

MARÍA BUGA



C U A N D O

T E

C O N O C Í

CONTENTS

[Cubierta](#)

[SINOPSIS](#)

[Dedicatoria](#)

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1: SIETE HORAS](#)

[Capítulo 2: SORPRENDIDOS](#)

[Capítulo 3: CERO... Y VAN MUCHOS](#)

[Capítulo 4: UN LLAVERO CON DOS CHANGUITOS](#)

[Capítulo 5: MOTOR HOME](#)

[Capítulo 6: IMPERTINENCIAS](#)

[Capítulo 7: LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ](#)

[Capítulo 8: REVELACIÓN INESPERADA](#)

[Capítulo 9: DOS MENSAJES](#)

[Capítulo 10: LOCURA CONSCIENTE](#)

[Capítulo 11: VESTIDO ROSA](#)

[Capítulo 12: FELICITACIONES Y REPROCHES](#)

[Capítulo 13: DESPEDIDA DE SOLTEROS](#)

[Capítulo 14: FOTOS Y NOTAS](#)

[Capítulo 15: CORAZÓN DE ORIGAMI](#)

[Capítulo 16: RETO](#)

[Capítulo 17: LA PIJAMA DE LA ABUELA](#)

[Capítulo 18: MIAMI](#)

[Capítulo 19: CONFIAR, TEMER Y CALLAR](#)

[Capítulo 20: MURIENDO LENTO](#)

[Capítulo 21: DESESPERANTE PASIVIDAD](#)

[Capítulo 22: BESO SABOR TEQUILA CON LIMÓN](#)

[Capítulo 23: EL MAXI Y LA NENA](#)

[Capítulo 24: VUELVE. VETE. ESPÉRAME](#)

[Capítulo 25: BASES DE CEMENTO](#)

[EPÍLOGO](#)

[Sobre la Autora](#)

CUANDO TE CONOCÍ

María Buga

SINOPSIS

Si algo odiaba Renata Palacios era que se salieran sus asuntos de control. Un par de años lidiando con un “fantasma” la tenía agotada... ¿Suponía aquél receso en su vida una verdadera ayuda? Bueno, que ni para tomarse un respiro. Lo que no entraba en sus planes, ni en los mentales ni en los escritos, era el conocer a un cínico sujeto “dios de los besos” que de pretender enamorarse algún día, podría personificar la antítesis de sus ideales y expectativas: el apuesto y afamado Maximiliano Rentería.

El pasado que no la deja vivir la alcanza para mezclarse con su presente, pero, ¿muerto el perro se acabaría la rabia?... Quizás, ni así.

Maximiliano, desinteresado como es, no sabrá contra que lucha.

Renata se resistirá a emprender batalla alguna.

A mi marido y mis hijos, por su resistencia.

A mi mejor amiga, por echarme porras.

A mis hermanas, a las dos.

PRÓLOGO

—Esta tarde es tan bonita como su espectadora.

Se encontraba tan sumida en sus pensamientos confinados al paisaje que no percibió cuando se sentó a su lado, adoptando su misma posición de piernas entrelazadas por brazos.

Lo miró con el ceño fruncido, la había hecho estremecer al no percatarse de su presencia antes de que le hablara. Vivía alerta, que la tomarán desprevenida le molestaba más de la cuenta.

—He venido observándote de hace un par de días, Bonita. Es la primera vez que no traes una laptop pegada a los dedos —continuó diciéndole el intruso.

—¿Perdón?

Ese “Bonita” le parecía demás, sobre todo viniendo de un completo desconocido.

—Sí. Que es la primera vez en el par de días que llevo por aquí, que veo te levantas de esos sillones sin computadora en mano —repitió el hombre señalando con su dedo pulgar a sus espaldas.

Renata se le quedó mirando con el mismo gesto unos cuantos segundos para luego ignorarlo y girar la cabeza hacia el horizonte.

La suave brisa que se dejaba sentir ondeaba su negro cabello al compás del ligero viento; ese martes brillaba por el espectáculo natural que ofrecía el hermoso atardecer que el señor sol, mientras se ocultaba, le entregaba a su cielo impactantes tonos naranjas y violetas sobre la playa desierta. Ambos observaban el ocaso hasta que el tipo sentado a su lado abrió la boca de nuevo:

—Soy Max, tu vecino de al lado —le dijo sin mirarla, con la vista clavada en la misma dirección que la tenía ella.

—Y yo Renata, sólo para que sepas el nombre de quien has estado espionando —se presentó molesta—. Diría mucho gusto, pero lo cierto es que ¡vaya exclusividad! —expresó con cierta ironía.

Sin poderlo evitar, aterrizó de nuevo sus expresivos ojos en él.

Reconoció que lo miró sostenidamente más de lo necesario hasta sentir sus mejillas enrojecer ante su escrutinio; que el hermoso atardecer se veía ridículo ante semejante sujeto.

«Muchos reconocimientos para mostrarse tan cáustica ¿no lo creen?»

De inmediato se puso de pie y caminó rápidamente hacia las escaleras que la llevaban a su casa. Él hizo lo mismo. Renata se detuvo en el contenedor especial para depositar el cigarro que sostenía en su mano consumido hasta los nudillos. Él hizo lo mismo.

Tenía frente a ella a un hombre muy alto y de cuerpo bastante bien producido, estaban colocados bajo el farol de la entrada a la casa por el área de la alberca, lo que le permitía observarlo bastante bien. Trigueño, varonil, muuuy varonil. El color del cabello y de sus ojos era difícil dilucidar, pero seguro eran claros y su voz ¡oh por Dios! su ronca y sexy voz.

—No era mi intención molestarte, Bonita —la volvió a llamar del modo al que a Renata le sonaba superfluo y adulador, y más, tratándose de la frecuencia vocal más sensual que hubiere escuchado jamás—. Sólo quería presentarme, sobre todo porque seremos vecinos por tiempo indefinido.

—¿Cómo sabes eso? —Le preguntó sorprendida.

—Ufff, no paro de hacerlo mal ¿cierto? —continuó Max, rascándose la barbilla, evadiendo la pregunta—. ¿Qué te parece si comenzamos de nuevo? Soy Max, Maximiliano Rentería y soy tu vecino de al lado.

—Buenas noches Maximiliano Rentería —se despidió recalcando el nombre.

—Que descanses ¿Renata...?

—Palacios —se limitó a contestar.

—Que descanses Renata Palacios —repitió con tal sonrisa que casi provocó que la aludida se derritiera como mantequilla por los escalones del jardín.

Terminó de subir como pudo, tomó la computadora y su teléfono celular de la mesilla y tan rápido como le fue posible, entró por la puerta corrediza.

Las seis propiedades donde compartieran vecindad se encontraban a la orilla de una hermosa y blanca playa bordeando un imponente mar tan turquesa, como si se viera a través de una postal, de esas que encuentras en anaqueles de ciertos comercios, de las que te invitan a conocer paradisiacos lugares, y que a veces, no son ni la sombra de lo que reflejan. Este sitió sí que dejaría corta a la postalita pues, además, de frente a todas las viviendas había

un magnífico parque lleno de palmeras y árboles tropicales; la colorida vegetación dejaba una exquisita vista, por lo que a través de la ventana que miraras, te deleitabas con un paisaje inmejorable.

Un privado, exclusivo y sobre todo seguro lugar de veraneo que pertenecía a un matrimonio canadiense de edad madura sin hijos que ocupaba la enorme residencia principal cuando no se encontraban disfrutando de alguno de sus incontables y exóticos viajes, tiempo durante el cual, aprovechaban para también alquilarla.

Así pues, serían vecinos por tiempo indefinido tal y como el guapo lisonjero de la playa, al parecer, lo investigara como para atreverse a afirmarlo.

De las personas que formábamos parte de la vida de Renata ninguna supo dilucidar realmente por qué quería alejarse, excepto yo, pues, de modo aparente, se trataba de esas chicas que poseían lo necesario para ser feliz. De hecho, si existieran requisitos para alcanzar la felicidad, ella cumplía cuando menos con los primeros enumerados: gozaba de buena salud, su familia era unida y amorosa, pocos pero leales amigos, un trabajo que adoraba, e incluso, su posición económica era bastante bien acomodada y de postre, era una mujer muy bella, por dentro y por fuera. Puntos básicos ¿no?

Pero tengo noticias: la felicidad no tiene requisitos ni se prepara a base de ingredientes, no tiene fórmula ni pasos a seguir y ni de facto, se trata de una meta que sólo por cruzarla, garantiza permanencia.

En fin, lo que sentía que le faltaba llenaba o pretendía llenar con letras, escribía siempre que podía, colmando vacíos.

—Traigo una historia que me ronda en la cabeza, la quiero aterrizar y de paso, alejarme un tanto de la realidad —me había dicho mientras le ayudaba a preparar maletas.

Pretextos, pensé yo.

Me hubiera encantado me incluyera en su aventura, pero tampoco es que se lo reproche y desconozco cuanto tiempo llevaba pensándoselo; apuesto que se trataba de una determinación concienzuda como todas y cada una de las que tomaba. Desde siempre ella había sido así, daba risa el modo en que cuando era niña resolvía sus deseos a Santa Claus, siempre pedía cuatro cosas, y cuando digo siempre es siempre; o lo cómico de verla distribuir el dinero que le dejaba el hada de los dientes, haciendo sus raros cálculos para cuando el siguiente fuera a desprenderse. Esta vez no tenía por qué ser

diferente; dos listados con distintas opciones más la lista en su cabeza, obvio.

Y eligió la más pequeña, la marcada con el número cuatro: una casa con espacios bien distribuidos, moderna y acogedora; amueblada y equipada por completo. La alberca, que parecía conectarse con el océano, estaba al centro de un bello jardín repleto de pequeñas flores blancas en los costados y en la planta superior un par de recámaras, la principal con baño, jacuzzi y terraza.

—Promete que me hablaras diario y me escribirás todo el tiempo —le dije al despedirla minutos antes de que pasara por el filtro de revisión para acceder a la sala de abordaje—. ¡Te voy a extrañar ñoña!

—Prometido. Si algo me encanta en la vida es escribir ¿recuerdas? Te contaré a detalle todo cuanto viva, como siempre, aunque te aseguro que será de lo más aburrido para ti —me contestó—. Sabes a qué voy. No creo tener ni la más minina novedad.

—No será lo mismo, no podré verte día sí y al otro también. Y a ti jamás te pasan situaciones aburridas, medio anormales a veces, pero aburridas nunca —reclamé haciendo pucheros mientras a ella se le llenaban los ojos de lágrimas ¡Dios santo! Es taaaan chillona.

—Será por unos cuantos meses, Alejandra —me dijo apretándose el puente de la nariz. Pretendía evitar que el agua contenida en sus lagrimales se derramara a caudales. Me había visto como giraba los ojos al ver los de ella enrojecidos.

Confieso que yo también tuve ganas de llorar, simplemente que no se me daba bien hacerlo delante de la gente, Renata incluida. Pero es que teníamos muchos años sin separarnos para casi nada, hasta vacacionábamos juntas. Nuestros hogares estaban situados en la misma calle, uno frente al otro y habíamos asistido al mismo colegio desde preescolar hasta terminar la preparatoria. Compartíamos todo. Inseparables desde que usábamos pañales. Más amigas de lo que nuestras madres lo fueran hasta que la mía falleció y la suya prácticamente me adoptara. De esas maravillosas amistades que superan todo límite y tapujos, nos sabíamos de memoria nuestra historia, de cabo a rabo. Cómplices de un sin número de aventuras, increíbles tanto por buenas como por malas. Hermanas del alma, hermanas por elección.

Estar sin ella me iba a costar y mucho.

La vida de ella iba a cambiar y totalmente.

Capítulo 1

SIETE HORAS

5:28pm

Alejandra: ¿Expectativa o realidad?

Renata: ¡Concordante! Estoy feliz y creo que no echaré tanto de menos a mí nana.

Alejandra: No te lo creo. Conchita es insuperable.

Renata: Cierto, pero al menos parece que me tendrá igual de consentida. La mujer que ha mandado la administración sí que es aplicada, se llama Mariana no pasa de los cuarenta y cinco años, poco regordeta y con una amplia sonrisa, me ha pedido que le diga Mary. Ya se aprendió mis rutinas y horarios, es muy callada y agradable. Estará de servicio de lunes a sábado y me aclaró que cuando se requiera, será acompañada por otro par de chicas y un mozo, tal vez cuando tenga alguna reunión o visita. Ya le dejé claro que eso no pasará.

Alejandra: Apuesto que ha pensado que ninguna guapa veinteañera de la Capital iría a pasar una temporada a una de las zonas más exclusivas de esa ciudad sin pretender pasarla bien, y menos sola.

Renata: Como sea... ¡he dormido de un tirón!

Alejandra: Buena señal.

Renata: Salir a correr no sabes que delicia. Sola y sin más sonidos que los que producen las olas del mar.

Alejandra: Que mal que ni para eso nos extrañes a Rodrigo y a mí.

Renata: No me lo tomes a mal. Nadie más que tú sabe lo mucho que necesitaba esto. Venir a escribir no ha sido más que una pobre evasiva, aunque sé que lo voy a disfrutar como nada.

Alejandra: Lo sospechaba. Y relájate, estoy de broma.

Correr, afición marcada con el número dos de su lista de favoritas.

Casi diario ella y Rodrigo (el dolorosamente apuesto mellizo de Renata) me arrastraban al ejercicio; solíamos salir a correr al parque de la esquina de nuestras casas o íbamos al club. Los hermanos “gimnadicotos” (sé que esa palabra no existe, pero debería, vigorexia suena más raro) eran extremadamente unidos, lo que me hacía ser también muy unida a él, en ocasiones, muy a mi pesar. Para mí, alguien a quien quería tanto que a veces me gustaría borrar de la faz de la tierra, así de sencillo. Al volver, Doña Conchita, la señora que llevaba toda una vida en la casa de los Palacios, y que ahora por su edad sólo se ocupaba de la cocina, nos tenía un desayuno de campeones que por supuesto, a los mellizos les fortalecía los músculos... ¿a mí? a mí me agrandaba el trasero. Gracias.

Como obsesa que era, Renata era una chica de rutinas, así que una vez instalada no tardó en agarrarse de una; luego de correr por cerca de una hora se daba un baño, se ataviaba con ropa cómoda y se instalaba en la palapa del área de la alberca donde ya tenía servido un desayuno muy similar al de Doña Conchita, de esos abundantes en proteínas, para luego disponerse a escribir, su afición número uno.

Así pasaría el resto de la semana y si se lo hubieran permitido, serían años luz absorta en sus letras, dándose de vez en cuando un rápido chapuzón en la alberca o en el mar.

¿No era eso lo que quería? Se había pasado los últimos años escribiendo de noche y uno que otro rato libre durante el día o fin de semana. Estaba agotada de eso, pero sobre todo de vivir en constante resistencia a su pasado. Igual le llegaba el tiempo de darle rienda suelta a su imaginación, escribir a placer y reencontrarse. Tanto fue, que el trabajo de Mary se tornaba aburrido, dándose cuenta de ello, Renata casi la obligaba a retirarse a media tarde, no la necesitaba por más tiempo.

Pero como digo, no se lo permitirían.

6:10am

Renata: Traigo metido el rostro del vecino en el cerebro. Soñé una retahíla de tonterías que nada tienen que ver con la realidad... todas relacionadas con esa cara. Siento que lo he visto en algún lado.

—La carpeta de llama “Proyectos en trámite” y está en el “escritorio” de

la laptop de mi oficina.

El teléfono sonaba en el momento en que elegía alguna lista de reproducción que escuchar.

—Bastante despabilada a esta hora de la mañana. Estás de vacaciones *twinky*.

«*Twinky* el ridículo apodo entre los mellizos»

—No estoy de vacaciones —le dijo seca—, estoy en un proyecto personal.

—Como sea ¿en esa carpeta encontraré también el contrato de los Guadarrama?

—Sí. Todos los que dejé en proceso hasta mi partida. Cualquier duda me la haces saber. Y te dejo, necesito dar una carrera antes de que el sol no me lo permita. Te quiero.

—¡Heey! —Le gritó justo antes de que su hermana le cortara la llamada—. Cuídate ¿Quieres? Que no estoy a tu lado para hacerlo por ti. También te quiero.

No conseguía acompañar sus pasos al ritmo de la música que sonaba en sus auriculares, extrañaba a su familia pero más a Rodrigo, por mucho. Estar lejos de él le estaba costando, eran unos hermanos como pocos, de esos que además son buenos amigos y confidentes. Un apoyo para el otro en toda circunstancia. Pensaba en el par de secretos que le guardaba y arrugó la nariz, como si le supiera feo. De pronto Max se le unió a la carrera sacándola de sus reflexiones con sólo verlo y darse cuenta de cómo sus ojos la escrutaban de los pies a la cabeza sin disimulo. Renata tenía un cuerpo ejercitado, sabía lo bien que lucía en ropa deportiva aunque se empeñaba en negarlo, por vanidosa, pues bien que amaba esos atuendos y todo el tiempo estaba comprando nuevos modelitos. Luego del banquete para la vista que ambos se sirvieron, se limitaron a correr juntos; la había saludado con un hola sin sonido, seguido por una endiabladamente encantadora sonrisa igual a la de la noche anterior, aquella de la mantequilla. Por suerte el temple de Renata era bastante sólido y eso le ayudó para no irse de bruces contra la arena.

Sin hablar, continuaron corriendo codo a codo por media hora más, hasta que cada uno entró a su respectivo domicilio, agitando una mano despidiéndose uno del otro con la señal de adiós.

7:24am

Renata: Sus ojos son verde aceituna... Intensa su mirada.

El resto de la mañana pudo transcurrir con normalidad, pero no, la concentración de mi amiga no aparecía por ningún lado. ¿Qué fallaba? Estaba sentada en el mismo sillón, de la misma palapa, de la misma casa y con la misma botana de media mañana, bueno, esa no era la misma, Mary se encargaba de darle variedad; esa mujer era tan eficiente que parecía adivinarle el pensamiento y le llevaba lo que quería a la hora que quería casi sin tener que pedírselo, ese día la había sorprendido con un pudín de chía, un poco de manzana con queso cotagge y una refrescante limonada de agua mineral.

11:42am

Renata: ¡Eficiente y también chismosa!

—Mary, ¿qué sabes tú del señor que ocupa la casa de a lado? —le preguntó a la mujer que partía la cebolla como una master *Iron Chef reلود*^[1]—. ¡Por Dios! no te vayas a rebanar un dedo —le dijo.

—¿Qué si qué sé del señor de al lado? Pero señorita, ¡¿no se ha dado cuenta que se trata de Max Rentería?! —le había respondido con más preguntas que ninguna duda despejaban, por el contrario, dejaba a Renata más confusa que al principio.

Renata pestañeó más de la cuenta diciendo no con la cabeza varias veces antes de que la palabra saliera por su boca.

—No, de lo contrario evitaría preguntarte ¿no crees? Sé que así se llama por que casualmente anoche se presentó conmigo y por alguna extraña razón de ultratumba, sabía que yo no estaba aquí de vacaciones.

—E-Eh señorita Renata, yo sólo le comenté en mera platica a Rosita de usted pero nad....

—¿Quién es Rosita? Olvídalo, eso es irrelevante... —la interrumpió sin el menor asomo de enojo—, mejor dime quién es Maximiliano Rentería. Y no me vayas a responder que es el vecino de al lado o con alguna otra pregunta por favor.

—Pues es Max... Max... Maximiliano Rentería... éste guapote que sale en la tele señorita, en la serie ésta que.... ¿cómo se llama? Junto con otro

igual de guapote pero güero y una niña, una niña pecosa que en el programa es un verdadero infierno, muy graciosa la chiquilla... ¿Cómo se llama esa serie oiga?

Renata con la boca abierta en una grande “O” se llevó una mano para tapársela. Sin entender del todo qué demonios balbuceaba Mary se limitó a darle las gracias por su absurda explicación y se dirigió a su recámara subiendo los escalones de dos en dos.

12:01pm

Renata: ¡Idiota! Por eso creía que lo había visto en algún lado.

Alejandra: ¿De qué carajos hablas, loca?

Renata: Lee los mensajes anteriores...

Alejandra: Mejor te cuento del Licenciado Millán, el nuevo integrante de jurídico... lo contrataron para que le ayude a Rodrigo en tu ausencia. ¡Está monísimo! No tanto como tu hermano, obvio, pero sí, así como me gustan, de hecho se parece a Carlos ¿te acuerdas de él? El “teto” que me acosaba con que saliéramos, se parece pero así, sin lo “teto”; por lo que me dijo, si no regresas pronto y resulta tan bueno como aparentó en su entrevista y con lo que dice su currículum, prescindirán de tus servicios amiga, por abandono de trabajo.

Renata: ¡¿Queeeeé?!

Alejandra: JAJAJA Es broma

Renata: Tarada...

Alejandra: Ya pues, dime ¿a quién habías visto en algún lado?

Renata: A nadie...

Alejandra: ¡Bájale! Sólo bromeaba... el guapérrimo de Millán es real, lo contrataron pero no para suplirte, sólo para auxiliar a Rodrigo.

Renata: Maximiliano Rentería, el vecino de anoche.

Alejandra: Noooooo ¿Es en serio? ¿Te estás pagando la broma verdad? Renata, sabes lo fan que soy de las series norteamericanas y que sé perfectamente a quien te refirieras con el sólo hecho de mencionar su nombre.

Renata: JA.JA. No soy tan “chistina” como tú.

Alejandra: Pero sarcástica a más no poder ¿De verdad es tu vecino el papito de Max Rentería?

Renata: Tardé en reconocerlo debo admitir... está bien no, no lo reconocí, pero como su cara me resultaba familiar y tú no respondías mis

mensajes, me vi forzada a preguntarle a la metiche de Mary y ella me dijo que salía en una serie y deduje que era esa policiaca que estás viendo.

Alejandra: Max Rentería es tu vecino. No. Lo. Puedo. Creer. Maximiliano Rentería, el famoso actor y productor de series americanas... ese que ha participado en películas al lado de imponentes actores de Hollywood ¿es tu vecino?

Renata: Si.

Alejandra: O sea... un segundo, deja que lea lo que me has escrito... pláticas y carreritas por la playa ¿eh?

Renata: Una y una... no es para tanto.

Alejandra: ¡Claro que lo es! Es guapísimo y ultra conocido. Vamos, que está en el apogeo de su carrera. Todos saben quién es Maximiliano Rentería, menos tu Renata, por lo visto. Mañana mismo voy a verte. No me pienso perder el conocerlo. ¡No señor!

Renata: ¿Y tú exposición? ¿Y los compromisos con tus clientes? Tendrás que esperar al mes que entra.

Alejandra: ¡Maldita envidiosa! En cuanto allane mis compromisos me aparezco por allá, prepárame la habitación de visitas... ¿Y si para entonces ya no está ahí? ¿Qué andará haciendo en Cancún? Mmmmm... ¿Será qué graba alguna otra serie o película? No, seguro son algunos capítulos especiales de la actual, no participaría en otra serie simultáneamente, pero una película sí pudiera ser... podría estar grabando rodeado de actores guapérrimos como él... ¿O andará de vacaciones?

Renata: ¡Ay Alejandra! No lo sé... si lo vuelvo a ver le pregunto.

Alejandra: ¿Harías eso por mí?

Renata: Obvio no.

Alejandra: Mala.

Renata: Ok, si volvemos a tener una pequeña conversación y si sale al tema, le pregunto.

Más tarde y dado que su concentración seguía sin aparecer, ataviada con cortos y ajustados *shorts* de mezclilla se dispuso para salir por la compra de la semana. Una actividad totalmente ajena a su estilo de vida. Renata a sus veinticinco años no era capaz de prepararse más allá de un sándwich, que pese a tener una madre que disfrutaba de la cocina, no le había enseñado a su única hija mujer a valerse por sí misma en esos ámbitos. De ahí que hacer la

despensa podría implicar un reto interesante que estaba dispuesta afrontar, además de que implicaba un buen pretexto para conducir de nuevo el adorado Jeep. Desde niña deseaba conducir un vehículo todo terreno como ese, por eso lo alquiló, finalmente necesitaba tener en que desplazarse por la ciudad y sus alrededores. Mientras estudiaban la licenciatura, el papa de los gemelos Palacios había destinado un vehículo para ambos, escogido por él mismo, el cual los hermanitos compartían gustosos y que en pocas ocasiones discutían por quien lo utilizaría, pues por lo general andaban juntos de un lado a otro, salvo cuando Rodrigo necesitaba pasear a solas con alguna de sus conquistas. Al graduarse, les obsequió el auto que cada uno de ellos escogió. Para ese entonces su vida ya era lo suficientemente ejecutiva, no podía permitirse enseñar los calzones cada vez que subiera o descendiera de un carromato que por sus llantas altas y gajosas, le hicieran levantar las piernas más de lo recomendado. Pero como su glamuroso estilo “Godínez”^[2] estaba en *stand by*, un gusto más que darse.

Recorrió el centro comercial completo, comprando algunas cosas que podrían hacerle falta.

<<No te hace falta nada, compradora compulsiva te llaman>>

Comprar: afición marcada con el número tres.

Dejó las compras en el descapotable y cerró el techo para entrar por la despensa en la otra ala del centro comercial.

—No creo que mi mano tenga la textura de una piña.

—La textura no, el color sí.

—Siempre pensé que mi tez era morena clara, no café con amarillo —le dijo mientras le entregaba la piña que ésta pretendió tomar del canasto de demostración y que el actor ya la tenía entre su mano.

—Quédatela, escojo otra —masculló esperando no haberse puesto roja de nuevo.

Renata se aclaró la garganta delicadamente poniéndose la mano en un puño sobre la boca, tratando de ganar tiempo y espabilarse.

—Me da igual llevarme otra piña —insistió al mismo tiempo que depositaba la peleada fruta en el carrito de compras de Renata y tomó la primera que alcanzó su mano para llevársela.

—Pues no debería darte lo mismo, si no escoges bien, podría estar fuera de su punto, quiero decir, tan ácida que te escaldaría la lengua por días o lo que es peor, tan pasada que podrías hacer un pulque con ella —balbuceó sin

sentido.

«Renata, ¡qué sabes tú de cómo escoger una triste fruta!»

—¿Estás haciendo una especialidad en piñas? Sobre eso es de lo que tanto escribes, claro —el guapo hombre se burló.

—De hecho escribo sobre frutas en general, dejé mis asuntos y mi familia impulsada por el deseo profuso de escribir un libro orgánico, ya sabes, para estar en tendencia. El libro se llamará “Cómo escoger la fruta perfecta” —respondió haciendo gala de su sarcasmo, levantando una ceja.

Y por qué no, se dio un aplauso mental para felicitar a su parte soysegurademimismaguapo.

«Pero con sólo verlo te quieres desmayar»

Ante la respuesta, Max comenzó a estremecerse con la mano sobre su boca, las leves arrugas que se le formaban en los costados de sus ojos indicaban que estaba riendo. Esto contagió a Renata a tal grado, que los dos con disonantes carcajadas atrajeron las miradas de los demás concurrentes de toda el área de frutas y verduras del supermercado.

Entre risas y hablando de sandeces terminaron de hacer las compras juntos, enfilándose por último uno tras del otro en la caja. Al salir, unas chicas quinceañeras lo rodearon y sin hacer el menor caso, Renata le dijo adiós con la mano y se retiró del lugar.

De regreso a casa aprovechó el tiempo que le proporcionaba el pequeño congestionamiento vial de la zona hotelera para llamar a su papá y para no pensar en el hombre de las piñas... lo apuesto.

—Señorita Renata ¿Tiene usted perro?

—Si Mary, una pareja de gigantes de los pirineos.

—¿Y dónde están? No los he visto por aquí.

«Vale ya, Mary, que lo que tienes de eficiente lo tienes de bruta»

—¡Por Dios Mary es obvio que aquí no están!... En mi casa, en México, de hecho son de Oscar, mi hermano mayor.

—¿Entonces para quién ha comprado croquetas? —le dijo mostrándole una bolsa amarilla que sostenía en sus manos.

—No sé Mary, seguro el empacador se equivocó y por error las acomodó en mis compras. Te las regalo —fue lo primero que se le vino a la mente.

—Seré estúpida. Seguro las eché mientras caminaba con el célebre vecino rumbo a las cajas ¡vergüenza y vergüenza! Debió ver cuando las depositaba—

Se martirizaba para sus adentros.

—Gracias señorita, pero yo no tengo perro.

—Entonces regálaselas a alguien que tenga Mary, aquí no las necesitamos.

La mujer agradeció con un asentimiento de cabeza y una leve sonrisa, desconcertada tanto por la comida canina como por la extraña combinación de cosas que venían dentro de las bolsas. Tendría que encargarse de hacerle una lista para siguiente compra, eso, o darle de comer con ingredientes discordantes entre sí.

6:18pm

Renata: Mi concentración y mi seguridad se hicieron amigas de mi parte distraída y se fueron a pasear...

Los días transcurrían topándose con el actor casi todas las mañanas a la hora de correr. Apenas y cruzaban palabras pero se sonreían y lanzaban miraditas entre respiraciones agitadas y gotas de sudor. Hasta que una noche se decidió visitarla. La encontró recostada en un camastro iluminada únicamente con uno de los focos del área de la alberca, fumando su cigarro nocturno. Extremadamente guapo como todo él y es que ese hombre podría lucir atractivo hasta en traje de buzo. ¡Por favor! en traje de buzo lógicamente demostraría... bueno, dicho hombre se vería guapo hasta en pijama y recién levantado con lagañas en los ojos. Punto.

La *tutsi pop* que sostenía con la otra mano se le resbalaba de los dedos del purito impacto visual.

—Hola Bonita, pensé que te encontraría escribiendo sobre ciertas peras y jitomates.

—He terminado por hoy —le respondió con la sonrisa dibujada en los labios.

Y el “Bonita” pareció molestarle... nada.

—Días atrás te daba casi media noche sobre esa laptop.

—¿Sigues espiándome?

—Es inevitable —carraspeó un poco—, quiero decir... desde mi habitación tengo vista a tu palapa —irguió sus hombros, como excusándose. Renata volteó su cabeza hacía la ventana de la que debía ser la habitación de Max—. ¿Vino tinto? —Max le mostró la botella que sostenía en su mano

derecha—. Un par de copas, beber un poco, charlar otro tanto. Haciendo ejercicio o las compras no es lo mismo.

Sin decir nada, dejó la cómoda posición en la que se encontraba y se dirigió a la cava dentro de la casa, regresando con las copas en una mano y en la otra, un tazón de fresas bañadas con un toque de chocolate.

—Ahora dime, ¿qué es a lo que tanto tiempo le dedicas en ese aparato?

—Escribo una novela —sin titubear le afirmó, sorprendiéndose un poco con ella misma. No hablaba con nadie de su pasatiempo favorito; conmigo y su editora, únicamente.

—¿Eres escritora? Quiero decir, una autora real de novelas y cuentos.

—Si por real te refieres a que si he escrito varios libros, que mi nombre es reconocido mundialmente y que he ganado premios y así, pues no —le contestó con toda la seriedad que pudo.

—¿Es tu primer novela? —Max servía vino en ambas copas mientras preguntaba.

—Escribí una trilogía juvenil, el último libro de la saga salió a la venta a principios de año ¡se han vendido mucho! —le dijo con más emoción de la necesaria a la par que alargaba la mano para tomar su copa recién servida. Se encogió de hombros y decidió en sus adentros que se sentía cómoda con él.

—Escritora ¿eh? —Murmuró—. Jamás imaginé que una escritora pudiera ser tan guapa. Más bien tipo cuarentona, bajita y de lentes —le sonrió coqueto.

—No existe un prototipo de escritores, como tampoco de actores ¿o me equivoco? —le preguntó Renata sin más, tratando de pasar por alto el cumplido.

Max abrió ampliamente los ojos. Por su expresión, Renata intuyó que éste se creía pasando de incognito.

—Supongo que no.

—Ok, si no tengo cara de escritora ¿de qué la tengo? ¿De abogada acaso? —le cuestionó Renata divertida.

—¡Menos! Las abogadas son de aspecto rudo.

Renata lo miró con aspecto “rudo”.

—¿Eres abogada?

—Qué lindo es ir por la vida con cara de todo menos de lo que eres —su tono sarcástico que la caracterizaba se manifestaba de nueva cuenta.

—Así que tengo delante de mí a una encantadora escritora Licenciada en Derecho ¡WOOOOW! que grata sorpresa. Aunque no me gustaría toparme

contigo en un juicio donde con tus dotes de imaginación combinados con una buena estrategia acusatoria, me sentenciaran a cadena perpetua.

—Que tonto —la hizo reír con su comentario—, y esa aterradora historia habría que probarla.

Entre copa y copa le contó sobre una de las razones para salir de casa por unos meses, uno de sus secretos que sólo compartía con conmigo y ahora con él.

«Sí, muy extraño»

—De niña me gustaba escribir sobre lo que sea, poco a poco fui desarrollando una buena redacción; me encantaba que las maestras me encargaran ensayos ¡súper ñoña! Luego, en la adolescencia me encantaba escribir frases sobre esto y aquello, cargaba una libreta y un pequeño plumón para todos lados, no teníamos los celulares de hoy en día con block de notas ni grabadoras de voz.

—Bendita tecnología.

—Sí y no. Yo disfrutaba escribir de puño y letra, aunque era más cansado; así tengo algunos cuentos cortos metidos en algún cajón... casi por cumplir veinte años, comencé con una historia que no podía concluir, me enamoré tanto de los personajes que les dedique poco más de dos mil páginas.

—Y te decidiste publicarlos.

—Bajo un seudónimo y todo lo que hasta el momento se ha recaudado en ventas lo tengo en una cuenta de ahorro que ahora destino en esta aventura.

Lo cual no era tanto para como ella estaba acostumbrada a gastar y que ni palparía, su padre había insistido en que la empresa le siguiese pagando su jugoso sueldo de manera íntegra en su ausencia, siempre y cuando no se prolongara más de un año. ¿Y sus acciones? Esas jamás las tocaba y de cualquier modo de eso no le hablaría. Renata era una niña adinerada, mimada hasta cierto punto, no, muy mimada y consentida, pero cero presuntuosa.

El Ingeniero Palacios confiaba ciegamente en su hija, confianza que Renata se tenía merecidamente ganada como la hija ejemplar que era, razón por la cual le apoyó en su distanciamiento “injustificado” sin pedirle más explicaciones que las que Renata le quiso dar.

—Es maravilloso dedicarse a lo que te apasiona. Nada como ganarse la vida haciendo lo que te gusta, es casi como trabajar sin trabajar.

—No es a lo que me dedico, es una especie de hobby que me llena de

satisfacciones pero en realidad soy asesora legal en la empresa de mi papá.

—Serás la empleada del año como sigas con tus libros a escondidas.

—Soy tan buena en lo que hago que cualquiera preferiría dejarme libre unos meses que perderme para siempre —le decía con evidente tono de broma.

—Y también muy engreída.

—¿Ya nos llevamos? —Max se carcajeó un poco y Renata continuó: —La constructora es un negocio familiar y trabajamos en equipo, seguro se la apañan sin mí. Mis dos hermanos me cubren.

—Dos hermanos.

—Sí, Oscar es el mayor y mano derecha de mi papá. Tres años más tarde le seguimos Rodrigo y yo, en ese orden, nació tres minutos antes —soltó una risita. No sabes lo que ese bobo se ufana de eso.

—¿Tienes un hermano gemelo?

—Sí y es de lo mejor en mi vida.

—¿Se parecen mucho?

—Los tres nos paremos bastante, no hay modo de negar la hermandad, pero Rodrigo y yo somos casi idénticos. Y está Alejandra, mi amiga y vecina que es como la hermana que no tuve, la adoro... bueno, ya hablé demasiado de mí ¿A ver actorcito? Cuéntame de ti —exigió Renata impaciente.

—¿Actorcito? —preguntó haciendo una mueca altiva, no parecía agradecerle lo despectiva que sonaba dicha la palabra así—. Pues tengo una hermana y a mi papá... mi mamá falleció hace un par de años. Cáncer.

—Cuánto lo siento —le compadeció en voz tan baja que apenas la pudo escuchar.

—Agradezco que no haya sufrido. Se lo detectaron en fase terminal cuando nada podía hacerse. Fue impactante para todos porque parecía sana, la extrañamos mucho... mi hermana es cuatro años menor que yo, se llama Kenia y es maestra de *kínder Garden* en Miami, donde ambos nacimos y hemos radicado toda la vida, ama los niños y tiene tres hijos: Mauro, Elías y Romina. Mi papá es Chef, tiene un restaurante de comida internacional y mi cuñado Steve trabaja con él como administrador. Mi padre es mexicano, se llama Raúl Rentería. Y yo, “actorcito” como dices.

Concluyó su breve historia familiar con tono de reproche al sentirse insultado anteriormente, metiéndose una fresa entera la boca.

Renata de pronto se acordó de mí y para sacar al tema todas mis dudas le preguntó en consecuencia:

—¿Estás por acá grabando para la serie en la que apareces?

—La serie en la que aparezco. Vaya que sabes cómo minimizar a las personas ¿eh? —Renata, con cara de interrogación le observaba con las manos puestas sobre su barbilla y los codos recargados en sus piernas—. No aparezco, la produzco y soy su protagonista. Estamos en México grabando los capítulos de una temporada especial dado nuestro alto *rating* en este país y nuestros fans hispanoparlantes. Dentro de los cuales no te puedo contar a ti ciertamente.

—¡Pero a Alejandra sí! Le tengo que contar.

—Alto Bonita. Es *top secret* aún no realizamos la rueda de prensa. Espera un par de semanas y ella se enterará, si es que ¿Alejandra? es tan fan de la serie como dices.

—Deja tú de la serie, que sí que lo es, es tu más ferviente seguidora —<<Exageras Renata, exageras>>—. Está que muere porque llegue el verano para venir a conocerte. Alejandra es mi mejor amiga, mi hermana como te digo... bueno, si es que te alcanza.

—¿Qué me alcance?

—Quiero decir, si es que no te has ido ya para ese entonces.

—Pasaré una larga temporada por acá. Mi trabajo como “actorcito” y “productorcito” en tierras mexicanas no se termina en tres semanas—. Le alegó el actorcito y productorcito haciendo énfasis en ambas palabras.

—Ya perdóname, no era mi intención herirte. Aquí la niña soy yo, te recuerdo —siseó Renata ahora ella con una de sus mejores sonrisas, sin darse cuenta de que le estaba coqueteando.

—Si prometes sonreírme de ese modo más seguido...

Al escucharlo, Renata se dio cuenta de lo que había hecho, tenía años que no empleaba su coquetería con nadie, salvo con su papá, pero para el caso no contaba. Sintió enrojecer y antes de se le subieran los colores al rostro, encendió otro cigarro diciéndole:

—El último y nos vamos ¿ya viste la hora que es?

La conversación había fluido entre ambos como si se conocieran de tiempo ya.

Esa noche platicaron las mismas horas que de años le llevaba él a ella. Siete horas que transcurrieron tan rápido y tan amenas, que ninguno de los dos se percató. Se quedaron mirando uno al otro por el tiempo que consumían el último cigarro que se fumarían juntos... por esa noche.

—Buenas noches Max —ambos se pararon de sus lugares; él se acercó a

ella depositándole un tierno beso en su mejilla.

—Buenas noches, Bonita.

4:15am

Renata: Es secreto... en una semana lo sabrás.

Capítulo 2

SORPRENDIDOS

Por primera vez Estela se quedaba tranquila. Habían sostenido su llamada diaria, pero algo en la voz de Renata le decía que todo iba bien con ella y confió en que todo iría mejor aún. Estela Velarde, la madre de Renata era una buena mujer entregada a sus hijos y a su esposo; habiéndose casado y comenzado su propia familia a temprana edad, la convertía en una madre joven aún que le gustaba mantenerse ocupada. Altruista de corazón, tenía una Asociación dedicada a asistir a mujeres víctimas de abuso físico y sexual; además de ser asesora contable en la empresa familiar. Dos veces por semana asistía a revisar las cuentas y el resto de la semana trabajaba de manera remota. Era la madre con la que se podía platicar de cualquier tema dado su relajado carácter, además de ser muy culta, devoraba libros al por mayor, de ahí la cuarta afición de Renata, leer.

Estela también era una madre para mí.

—No me daba buen presagio que te distanciaras de pronto, hija. Pero te oigo feliz.

—Y lo estoy —le aseguró Renata. Te aseguro que no hay nada por qué preocuparse.

Se odiaba por inquietar a su mamá. Era tan dulce. Ya bastante se había preocupado con los repentinos cambios en el estado de ánimo de su hija, que sin haberlo manifestado antes, los presentaba de cuando en cuando en los últimos tiempos.

El manuscrito de Renata comenzaba a tomar forma, las letras le fluían con mayor naturalidad que de costumbre; la concentración perdida había vuelto repleta de ideas nuevas, diferentes. Se sentía tan satisfecha con su trabajo, que esa tarde decidió apagar la computadora y no volverla a encender hasta la mañana del lunes. Se estaba tomando muy pocos ratos de esparcimiento, trabajaba el día entero; en realidad para ella escribir era ya de

por si un pasatiempo, sin embargo, la monotonía no formaba parte de su conducción por la vida, tenía sus rutinas sí, establecidas de acuerdo a necesidades que debía cubrir, pero la forma llevarlas a cabo las variaba para que no se tornaran aburridas. Y como se sentía contenta y pretendía relajarse, algo que no conseguía del todo desde hacía tanto, buscó en internet un buen salón de belleza y spa, en el que pasó toda la mañana siguiente dejándose consentir con deliciosos masajes y tratamientos corporales. El facial de chocolate era de sus favoritos, las expertas explicaban que los beneficios del cacao eran muy extensos, tanto para la piel como para el estado de ánimo, que su aroma estimula la producción de endorfinas otorgando energía y buen humor, disminuyendo a su vez el estrés. Seguramente a Renata eso le funcionaba, ya que cada vez que se aplicaba tratamientos de chocolate se sentía radiante por días. Luego de consentirse largas horas, se dirigió a la famosa Quinta Avenida donde comió ricos mariscos y de regreso condujo su Jeep descapotado por el carril de extrema derecha, lentamente, saboreando una monumental nieve de vainilla, su sabor favorito.

Pasada la media tarde arribaba de vuelta a casa dispuesta a tirarse en su sofá y disfrutar de una película de amor en el gigantesco televisor de la sala de estar. Pero sus planes se verían mermados. A través del ventanal que daba a la alberca vio al hombre frente al asador, ese que vestía un pantalón ligero de manta color beige, chanclas, camisa verde olivo de mangas cortas, un mandil blanco impoluto y del mismo color ¿un gorro de chef?

—¿Tu casa no cuenta con su respectivo asador?

—¿No te da algo de pena tenerme esperando toda la tarde, cocinado para ti? —respondió Max con otra pregunta—. Tengo aquí más de dos horas.

—¿Y qué tal que no regreso hasta media noche?

—Más cena para mí. Además no tienes a donde ni con quien ir.

—¿Por qué lo infieres?

—Uno, escogiste este lugar de “aislamiento” —dibujó signos de comillas con sus manos—, para dedicarte a tus letras, si conocieras alguien en esta ciudad no la habrías escogido y dos, nunca sales más allá del centro comercial. Te escuché salir temprano, pensé que volverías pronto ¿dónde te metiste tanto tiempo? —le preguntó en verdadero tono de duda.

—¿En serio crees que debo responder esa pregunta? Max, comienza a disgustarme que tengas tan monitoreados mis movimientos —arrastró las palabras más intrigada que molesta.

Maximiliano hizo caso omiso al supuesto disgusto de Renata.

—Dejémonos de explicaciones y ven a darle el visto bueno a estos pulpos —dijo señalando el asador.

—No puedo contigo —masculló muy para sí, pero Max la escuchó por lo que sonrió orgullosamente—. El visto bueno te lo puedo dar una vez que me siente en esa linda mesa bien puesta, de cocinera no tengo un pelo, pero los mariscos, después de la árabe, es mi comida favorita. Dame unos minutos, en seguida vuelvo —continuó diciendo.

Devoción marcada con el número cinco: comer.

Necesitaba respirar un poco a solas, por un instante recordó la última vez que un hombre la había pretendido complacer con una cena “romántica” para dos, en un sitio donde tanto el menú como la ambientación eran fantásticas. Sólo que esta vez no había un servicio de banquetes al que echar del lugar cuando las cosas se pusieran mal y esperaba, con todas sus fuerzas, que el desenlace de este inesperado evento no fuera como el que amargamente recordaba. No tenía por qué ser.

Subió rápidamente a su recámara, dejó bolsas con compras por ahí aventadas y comenzó a inhalar y exhalar varias veces, con ciertos intervalos de tiempo para tranquilizarse. Entró al baño, se lavó los dientes y se debatió por más tiempo del necesario si debía cambiarse de ropa o no. Al fin resolvió que no, eso no era una cita ni nada que se le pareciera, sería ridículo, además se veía linda con ese ligero vestido color lila.

7:17pm

Renata: No sé si asustarme y salir corriendo, o sentirme alagada y tragarme esos pulpos aunque acabe de comerme un ejemplar de cada especie de fauna marina hace menos de dos horas.

Alejandra: Ni te hagas de diente chico. Glotona sin remedio.

De regreso a la terraza Max ya tenía los platos servidos: pulpo en mantequilla a las brasas, ravioles rellenos de queso de cabra y camarón, y al centro en una simpática canastita, panes asados con mantequilla y sal de ajo. En copones anchos a tres cuartos, vino blanco Chardonnay 2011.

El apuesto caballero le hizo un ademán retirándole la silla para que se sentara, rodeó la mesa para ocupar su lugar frente a ella y disponerse a cenar con la puesta de sol al lado, con exactamente los mismo tonos del atardecer

del día en que se conocieron.

—Salud Renata —levantó su copa—. Por cientos de cenas al aire libre donde el caer de la noche sea tan fenomenal como éste —con solemnidad le pronunció una frase seguramente ensayada, dicha con anterioridad a cualquier otra.

Eso pensó Renata en ese instante. Eso mismo pensé yo cuando me lo contó.

—Salud —se limitó a contestar con una sonrisa dibujada en el rostro y los ojos muy abiertos.

Hicieron sonar sus copas.

—Tus ojos son grises. Había jurado que eran verdes —apreció Maximiliano.

—Suelen verse en tono verdoso con cierto color de ropa o a contra luz.

—No te imagino en bonito —Renata le miró dejando de masticar el trozo de pulpo que acababa de meterse en la boca. Comía despacio y por compromiso, le preocupaba que de un momento pudiera reventar como globo—. Una versión tuya masculina... sería como si en la calle le vieran diciendo: mira que hermoso —continuó—. Dices que son casi idénticos.

Renata se mofó de su palabrería.

—Si quieres te muestro una foto, tal vez te guste. Desconozco tus preferencias, pero mi hermano sí que prefiere a las féminas.

El comentario hizo que Max rodara los ojos y no le dijo una pequeña grosería ya que era un caballero, eso sí que lo era, sin fingimientos. Aunque ciertamente su apreciación resultaba graciosa.

—Sobre mis preferencias a las pruebas me remito —se ufanó cargado de testosterona.

—Somos mellizos no gemelos. En teoría deberíamos parecernos como cualquier hermano o ni si quiera aparentarlo, pero somos casi iguales: color y forma de ojos, boca, nariz, tono de cabello, aunque él lo tiene más rizado y es mucho más alto, tiene su cara cuadrada, endurecidas las facciones... pero la verdad es que si me saliera barba, seríamos casi idénticos —Renata se reía mientras describía a Rodrigo, restándole importancia a la presentación de pruebas que Max evidentemente pretendía exponer—. Es muy guapo —y dejó de reír, pensando en que acababa de decirse guapa a ella misma por lo que optó por cambiar de tema—. Te quedó delicioso, todo, sí que sabes cocinar. Le has hecho el honor al gorrito, no debiste quitártelo... te confieso que no tenía ni pizca de hambre y que justo lo que comí el día de hoy fueron

mariscos. Pero por mucho, estos platillos han sido mejores.

—Gracias por el cumplido y por la confesión. Crecí entre ollas y sartenes, hijo de chef y de aficionada de la cocina. Mi madre era chilena y le encantaba cocinar su comida regional, tenía un recetario que ella elaboraba con pasión, siempre añadiéndole nuevas recetas que inventaba. Mi padre aun lo conserva en su cocina, dice que es su amuleto. Además de “actorcito”, Bonita, soy chef profesional —Renata lo miró con asombro, levantando las cejas—. Sí, desde niño pensé que a eso me dedicaría, así que al salir de *High School* no presenté para la universidad y le pedí a mi padre me enviará a una escuela de gastronomía en París. Nos fuimos los dos, él se quedó sólo un tiempo estudiando una especialidad en pastelería y repostería, yo concluí la carrera y trabajé en algunos restaurantes para foguearme antes de volver a casa.

—¡Me impresionas! ¿Y ser actor de dónde salió?

—Eso fue muy loco, y es que lo diferente suele valer la pena ¿no lo crees así, Bonita? —Renata asintió con la cabeza. Estaba fascinada—. Durante mis estudios, la universidad lanzaba una revista y algunos videos promocionales de presunción de valía, me propusieron salir en ambos una vez que yo en comentarios les sugerí que en lugar de contratar actores, aparecieran estudiantes reales. Me gustó, pero hasta ahí llegó el asunto en Francia. Unos meses después de regresar a Miami, mi padre aceptó ser juez en un *reality show* de cocina, él es muy alivianado y bromista, extrovertido de más; los productores del programa eran sus amigos por ser clientes asiduos del restaurante, éstos, además aún no hallaban al que sería el conductor. Entre bromas les dijo que yo ya había concluido la carrera para chef y que era bastante amigo de las cámaras y pues, le tomaron la palabra. Audicioné y obtuve mi primer trabajo real en televisión. A decir verdad me fluía con toda la naturalidad, no estaba fingiendo ser nada, hablaba de lo que sabía. El *reality* fue bueno pero no gustó tanto y no hubo una segunda temporada. Una cosa conectó a la otra y un par de meses después ya tenía una propuesta para actuar en una telenovela colombiana y de esa, en una aquí en México con el papel protagónico. Acepté ambas. Luego algunas películas, unas en conjunto con la serie; en estos momentos se está transmitiendo la sexta temporada en los Estados Unidos y la que rodamos acá será la octava.

—No cabe duda que las cosas son cuándo y cómo han de ser —meditaba Renata observando a Max con ganas de seguir preguntando, como por ejemplo cuándo es que saltó a la fama, cómo llegó al mejor canal de teleseries de su país natal o cómo fue que llegó a ser productor, etcétera,

etcétera... pero no preguntó más.

—Cierto. Totalmente cierto. Amo lo que hago y estoy satisfecho con la evolución de mi emergida ocupación... pero yo soy Chef de corazón, así que programo mi agenda para el último fin de semana del mes, sin falta, acudir al restaurante de papá a deleitarme dirigiendo la cocina. Te toca.

—¿Qué me toca? Le preguntó desconcertada.

—Es tu turno de contar algo.

—Claro, nuestras conversaciones están regidas por turnos —le recriminó.

Entre risas Maximiliano le animó: —Por supuesto que no, pero me encanta saber de ti.

De pronto Renata notó que la miraba más, que repasaba de arriba abajo su rostro como si tratara de memorizar cada línea de expresión o contara cada una de sus largas y espesas pestañas; un silencio escudriñador y luego, de modo muy descarado, clavó la vista en su boca... ella de inmediato se mordió el labio inferior, siempre lo hacía cuando se sentía nerviosa.

—E-Eh ¿qué quieres saber?

—Ufff, tantas cosas Bonita... —Sin duda pretendía seducirla. Hizo una pausa mientras seguía con su escrutinio. Ya no la miraba, la masticaba con sus penetrantes ojos verdes—. ¿Tienes planes para mañana?

—¿Eso es lo que te encantaría saber de mí? —Max puso los ojos en blanco otra vez—. Deja reviso mentalmente mi agenda... mmm si no tengo a dónde ni con quién ir... resulta concluyente: nada.

—Adoro tu sarcasmo ¿sabes? Estás en el caribe, Bonita. Hay un millón de cosas que hacer y conocer, lo que se traduce en que si hay donde ir y ¿con quién? ¡Conmigo! ¿Conoces Xplor^[3]?

—He visitado algunas veces la zona con mi familia y amigos... ese parque no.

—Perfecto mañana vamos, si te gusta lo extremo, ese es el lugar.

11:56pm

Alejandra: ¿Maximiliano Rentería te invito a salir?

Renata: Nooooooo... o sea... nada que ver... o sea... así casual saldremos como buenos vecinos a divertirse.

Alejandra: Tienen una cita.

En punto de las nueve de la mañana Max hacía sonar el timbre de la

puerta principal de la casa de Renata. La noche anterior habían acordado desayunar en algún sitio y de ahí pasar el día en el parque extremo. En el restaurante todo pasó “tranquilamente” salvo por la mesera que no dejó de insinuársele al famoso y eso hizo resoplar a Renata más de una vez, no de celos, sino porque aunque estaba acostumbrada a compartir la mesa con tipos guapos, contando a sus hermanos, nunca con una estrella de cine y camareras descaradas atendiéndoles, esa que para cuando sirvió los platos principales ya llevaba desabotonada su camisa hasta el ombligo, casi. Sin contar con las quince mil ocasiones que comensales los interrumpieron pidiéndole fotografías.

—Qué horror no poder desayunar en paz— concluía Renata.

Al salir del lugar, esperando les entregaran del servicio de aparcamiento la *Ranch Rover* naranja quemado del actor, se acercó un reportero que Renata vio venir con antelación, lo que le permitió evitar ser fotografiada con él, dando la espalda en todo momento pero escuchando la breve entrevista.

—Señor Rentería, ¿me permites unas palabras? —cuestionó el joven pero audaz reportero de una prestigiada revista en todo el continente.

—Claro amigo ¿qué quieres saber? —le respondió. Max siempre se comportaba muy amable tanto con la prensa como con sus fans.

—Sabemos de buena fuente que andas por estos lares forjando un nuevo proyecto. ¿Nos puedes decir de qué se trata?

—Ahora si te quedó mal —le dijo riéndose. Pero estás a una escasa semana de saber tú y todo el público interesado. Les tenemos una sorpresa que seguro les encantará.

—¿Harás otra novela en México? Dime, ¿quién será la protagonista que enamorarás ahora? ¿Acaso aquella chica será la revelación del año? —preguntó insistente señalando a la espalda de Renata.

—Andas muy errado. Pero estate pendiente, tendremos rueda de prensa muy pronto.

—¿Quién es? —dijo señalando de nuevo a la acompañante.

—¿Ella? —suspiro sin fijarse—. Una amiga.

—¿Qué se llama? ¿Es del medio? Parece que no quiere darse a conocer ni revelar su identidad.

—Eres suspicaz —le dijo en tono burlón y sin contestar a sus recientes preguntas—. Tengo que irme.

El reportero le dio las gracias de igual manera muy orgulloso de su

proeza, tomó unas cuantas fotos más que no le servirían de nada para identificar a Renata, su espalda no era de aquellas que los medios de comunicación reconociesen.

—Las mujeres que conozco, incluidas mi hermana y mi pequeña sobrina, matan porque los reporteros las fotografíen conmigo ¿sabes? Y tú te escondes detrás de tu negro cabello —le recriminó apenas se colocó detrás del volante poniendo en marcha la camioneta—. Hay modelos y actrices que sé, pasan la noche conmigo con la única intención de darse publicidad.

—Bien, pues yo no soy una mujer que tú conozcas, ni pertenezco a tu familia. Y no soy una tarada que necesite acostarse con nadie por cinco minutos de fama.

«¡Toma ésta!»

—¿No eres una mujer que conozco?

—¿Cuál es tu problema exactamente?

Renata percibía la irritación de Max. Apuesto a que él no estaba acostumbrado a ese tipo de indiferencia.

Había dos sopas: adaptarse o emprender la retirada.

No imaginaba ni de la manera más mínima lo peculiar que era la dama con la que ese día paseaba.

Pasaron varios minutos en silencio hasta que en la radio una canción ochentera comenzó a sonar, “*Come on Eileen*”^[4]. Sin más, Renata le subió a máximo el volumen y la cantaba a todo pulmón, usando como micrófono la *tutsi pop* que acababa de desenvolver, bailando sobre su asiento mientras hacía gestos coquetos y le miraba y sonreía. Finalmente lo hizo reír cuando a ritmo de las últimas estrofas, cambiando la letra Renata le cantaba: —*Come on Max, don't be angry, what this reporter told to you, put a smile on your face and sing with me*— Cualquier atisbo de mal humor en aquél se disipó ante tal tontería y así pasaron el resto del día, riendo y jugueteando, como un par de niños con sobredosis de dulces en fiesta infantil.

Recorrieron el parque entero, disfrutaron de todas las atracciones que les fueron posibles; subieron a varias tirolesas, nadaron entre estalactitas, caminaron por las cavernas, pasearon en vehículos anfibios. Max tomó un millón de fotos y volvió a intrigarse cuando le preguntó cómo estaba dada de alta en Instagram y Facebook para etiquetarla en un par que quería colgar en las redes sociales. Renata no tenía redes sociales.

Max tuvo que quedarse con la duda del por qué una típica veinteañera

vivía ajena al mundo virtual, pues ella simplemente le respondió encogiéndose de hombros, que desde hacía un buen tiempo, había decidido simplemente prescindir de esos rollos. Y sin dejarlo ahondar en el tema, lo arrastró hasta un puesto de bebidas y botanas.

Ninguno recordaba haberse divertido tanto con alguien que apenas conocía, con un nuevo “amigo”. Ella no estaba acostumbrada, él tampoco. A ella se le abalanzaban o la pretendían sin despertarle ningún interés. Él sólo quería devorarlas, sin compromisos, sin citas, sin cortejos, sin quedar bien.

1:38am

Alejandra: Apuesto que intentó besarte.

Renata: No.

Alejandra: Apuesto a que tus señales lo atraen y repelen a la vez, momentos una cosa al instante la otra.

Renata: Te dije que no se trataba de una cita.

Alejandra: Apuesto que lo confundes.

Renata: No vayas a Las Vegas, perderías enormes cifras.

Alejandra: Apuesto que le gustas.

Renata: ¡Para de lanzar apuestas sobre mí!

Capítulo 3:

CERO... Y VAN MUCHOS

Y apuesto que ambos se sentían inquietos. Por lo menos Renata sí, y bastante, pero no lo buscaría. Nunca hacía cosas parecidas. Su vida se reducía a la familia, trabajo y amigos cercanos. Y a escribir. Digamos que simplemente no tomaba muchos riesgos, bueno, que ni para comprar un helado, solía pedir siempre el mismo sabor –El de vainilla es básico, para que aventurar a que no preparen bien en este lugar el de chocolate, por ejemplo– me decía cada vez. Esto era lo que la convertía en una mujer predecible, para quienes la conocíamos, sólo que muy pocas personas contábamos con ese privilegio. Y como no era de las que se abría a cualquiera, entonces, la mayoría de la gente la consideraba indescifrable.

Por otra parte, se trataba de una mujer muy inteligente y segura de sí misma, bien plantada pero sobre todo congruente, además era tan hermosa que llamaba la atención allá donde fuere. Sus ojos grises brillaban adornados de largas y tupidas pestañas negras como su melena azabache; tenía un cuerpo torneado y atlético. Su sentido del humor bañado siempre de sarcasmo, la hacía verse como una persona divertida. Y lo era. Siempre se le veía contenta con todo lo que le rodeaba. Sin embargo no conocía el amor, no el verdadero. El amor lo imaginaba en sus novelas, vivía enamorada de sus personajes, pero en la vida real no tenía pareja; a sus veinticinco años no tenía novio ni salía con nadie. Contaba con dos novios en su haber: el clásico primer amor de secundaria de esos que te incendian la boca a besos y el novio de la etapa universitaria a quien quiso mucho pero de quien jamás se enamoró. La ruptura con éste último la tenía atormentada. Después de llevar un aparente noviazgo de ensueño de cuatro largos años, las cosas entre ellos habían terminado fatídicamente, lo que hizo que en los siguientes dos años el par de relaciones que intentó establecer, no prosperaran de la primera o segunda cita. El último año se había mantenido fuera del alcance de cualquiera y por ello, más tranquila.

Renata era la clásica soñadora enamorada del amor y temerosa de encontrarlo.

Así que no, Renata no daría el siguiente paso, probablemente tampoco el siguiente ni el consecutivo... ni el subsecuente.

6:58pm

Renata: Debería ser pecado estar tan guapo...

—Hasta que mi distante vecino se digna honrarme con su compañía para correr —le reprochó Renata en tono divertido mientras corría hacia atrás cara a cara con Max.

—Lo dice la señorita letras que ni siquiera se esfuerza en buscar con la mirada a tal vecino. Una visita a la casa cinco no te haría daño.

Renata refunfuñó apresurando la carrera.

—Alcánzame si puedes —lo retó, ignorando por completo el comentario.

Le llevaba ventaja y gritó la advertencia cuando ya se había girado, aun así, a Max no le costó más que unos treinta metros y muy poco esfuerzo para atraparlo por la cintura dando tantos giros que cayeron sobre la arena calada por el oleaje. Las risas provocadas en ambos al revolcarse sobre la playa mojando sus vestimentas, se fueron desvaneciendo cuando sus rostros quedaron a escasos centímetros el uno del otro. Respiraciones agitadas en medio del silencio que se hizo presente por varios segundos ante la cercanía y las intensas miradas que se profesaban; respiraciones interrumpidas intempestivamente cuando ella se puso de pie echándose a andar hacia el cerro de rocas que le encantaba escalar para admirar desde la altura la inmensidad del mar.

Max se quedó tumbado un par de minutos más, dejándose acariciar por el agua, suspirando.

—Me gusta sentarme aquí, respirar la brisa salada que arrojan las olas al estrellarse sobre las rocas de abajo.

—Concuerdo contigo. No es la primera vez que arrendo esta casa. Desde la primera vez me ha gustado pasar el rato aquí trepado... pero a partir del día de hoy creo que me gustará más —le dijo sabroséandola.

—Si... este... bueno, hace un día precioso.

—Ok. Hablemos del clima.

Entre lo cerca que tuvo sus labios momentos antes y la insinuación que

acababa de lanzarle fusionada con esa mirada de te quiero comer, Renata estaba, no inquieta, lo que le sigue.

—Platícame algo —le dijo tratando de mostrarse relajada.

—¿Te gustaría acompañarme al *pre-launch* de las grabaciones de la serie? —le preguntó sin más, por lo intempestiva de la invitación y el cambio radical de tema, parecía que lo había decidido en ese instante.

—¿Yo?

—No. Le digo al cangrejo que va atravesando por el puente que forma tus piernas.

Renata pegó sonoro grito al tiempo que se ponía de pie de un brinco.

Maximiliano no podía contener la risa. Tomó al cangrejo de una pinza acercándosele mientras aquella se movía en círculos huyendo del ataque. Escaló de bajada unos peldaños de roca, los suficientes para de un salto, poder aterrizar en la arena sin hacerse daño.

Renata también tenía una lista de cosas que odiaba con todo su ser y algunas de esas criaturas de la naturaleza la encabezaban junto con cualquier cosa que hiciera que sus asuntos se salieran de control y en segundo lugar, los tipos aduladores. Vaya que Maximiliano Rentería lo estaba haciendo de maravilla...

—¡Me caes muy mal! —le gritaba desde abajo.

—No seas llorona.

—No te acerques sin antes dejar al animalejo allá arriba, lejos de mí.

—Ya, ya —Max levanto las manos mostrándole que ya no traía nada cogido—. ¿Entonces? ¿Me haces el honor de acompañarme?

9:34am

Renata: ¿Cómo diablos me voy a vestir? No tengo ni remota idea de cómo lucir ni comportarme en esos lugares ni con ese tipo de personas. No sé porque no invitó a cualquiera de su medio, yo no pinto nada ahí.

Alejandra: ¿Estás asustada? Se nota que lo estás... ¿Será que Maximiliano Rentería representa todo aquello que te parece ajeno y absurdo?... de hecho para cualquier chica normal que lo ve en una revista o en la televisión, lo es. Te gusta y mucho... no te culpo. Dios sabe que cualquier mujer que no sea invidente ve perfecto que está buenísimo... sin contar que es de lo más divertido e interesante ¿verdad? Renata, por supuesto que te gusta... no, no te gusta ¡te encanta! Pero, ¡oh no! es un artista ¡por favor!... Lo que se traduce en llamar la atención constantemente, tu buscas no

llamarla... ni provocar cotilleos, tu siempre tan alejada de dimes y diretes... la reservada Renata. No introvertida, no me mal entiendas, pero tampoco te paladeas de ser el centro de atención, aunque por lo general lo eres sin esforzarte. Ello sin contar con la sola idea de que estar frente a un reportero o a los flashes de cámaras te pone histérica... porque eres más nerviosa que un trozo de carne de caballo, sí que lo sé, pero, a que bien disimulas amiga. Eres el tipo de hembra capaz de presidir una reunión ante los más imponentes hombres de negocios pero que te quedas muda ante un simple video casero.

Renata: Haré de cuenta que no leí nada ¿de acuerdo? Bien, ¿qué diantres pretende este señor Rentería?

Alejandra: Por favor, eres la mujer con más estilo que conozco, no es un tema que deba preocuparte. Si tanto te incomoda ¿por qué aceptaste la invitación? y qué pretenda no lo sé... llevarte a la cama seguro, lo apuesto, porque es un donjuán incorregible, aunque ¿a ti? ¿A sus aposentos? ¡Apuesto que ni arrastrándote! Pese a la buena falta que te hace... pero bueno, eso él no lo sabe.

Renata: ¡AYUDA!

Alejandra: Mira boba, ve de compras y al spa de nuevo, te relajas, te consientes y que te pongan muy bella. Se tú misma. Estarás genial... Si fuera a mí a quien el encantador de Maximiliano estuviera invitando, estaría pegando de alaridos y no lloriqueando por las esquinas.

Renata: Razón por la cual no te invitaría a ti.

Alejandra: Como sea tarada, otra cosa: me das envidia... y de la mala.

Se sentía bien en su piel, como siempre. Ese moderno vestido estampado en tonos violetas le acentuaba sus hermosos ojos grises, además era corto, lo que le permitía lucir sus torneadas piernas sin mostrar de más; tacones muy altos y sencillos accesorios a juego con el bolso. El cabello suelto en ligeras ondas desvanecidas le daban el toque final. Toda ella elegante y sutil. Comenzó a desesperarse, se fumó un cigarro y no era de noche.

5:18pm

Alejandra: ¿Perturbada?

Renata: Cállate.

—Muy hermosa —le dijo en cuanto atravesó la puerta dos minutos antes de la hora acordada.

Él portaba un traje azul marino de reconocido diseñador con camisa de un blanco impoluto, desabrochada de los primeros tres botones. Lucía increíblemente apuesto. Renata lo repasó de arriba abajo sin disimulo, babeando, para ser más explícita.

—Gracias. Tú muy guapo —contestó al cumplido sonrojándose. La sonrisa que Max le desplegaba la hacía moronas.

—Debo esperar una llamada que me indique cuando es que debo arribar. Tenemos tiempo de tomarnos una copa.

—No tengo nada que ofrecerte más allá de un tinto.

—Está perfecto.

Renata dispuso de dos copas y Max se acercó a la barra de la cantina desprovista para descorchar la botella.

—Vaya, sí que no tienes nada.

—Un par de cervezas en el refri y ya está.

Se tomó tres copas en menos de quince minutos, achisparse era lo que necesitaba para combatir su creciente alteración. No le valió. El corazón se le detuvo cuando vio sobre la angosta pasarela que conducía al yate fiesta donde tendría lugar el evento, cualquier cantidad de reporteros que esperaban el arribo de los actores y actrices protagonistas de la serie norteamericana para entrevistarlos, fotografiarlos y tener material suficiente para sus programas y revistas. Estuvo a punto de volverse, pero era demasiado tarde. Concretamente aguardaban por Maximiliano Rentería, quien además de ser el actor principal, era el productor de la mentada serie. Caminaban uno al lado del otro apenas rosándose los brazos en el andar, cuando el primer periodista estaba por abordarlos, Max tomó la mano de Renata entrelazando sus dedos antes de que escapara como ya lo había hecho antes, el día del parque temático, y porque por un extraño motivo aún no descifrado, parecía querer que el mundo entero supiera que gozaba de la compañía de Renata; de esa aturdida que le apretaba los dedos sin que nadie lo notara. Cualquiera diría que estaba acostumbrada a los destellos de las cámaras y a sonreír con naturalidad ante ellas.

Así era Renata: transparente o inescrutable, según se lo propusiera.

—... ya, por último, ¿quién es tu encantadora acompañante? Serías tan amable de presentárnosla.

—Ella es Renata —contestó al tiempo que volteaba para verla, con una sonrisa de oreja a oreja, sin soltarla de la mano. Denotando toda la fascinación que sentía por ella—. Eso es todo lo que tienen que saber... por ahora —concluyó.

Y ahí estaba, segura de que más tarde que temprano su carota en los medios le costaría noches de insomnio y tortura psicológica. Por el momento decidió no pensar, más tarde se daría unas cachetadas mentales por atreverse a pasar por alto lo que no debía.

A bordo del yate la presentó con todos los asistentes como su vecina y amiga. Brindaron, sacaron más fotografías, presenciaron la proyección de unos promocionales mismos que al concluir, provocaron fuertes aplausos y vítores. Luego participaron en algunas conversaciones cortas y triviales, hasta que poco a poco la fue apartando del bullicio para quedar a solas recargados en los barandales de la popa del lujoso barco.

—¿Lo estás pasando bien, Bonita?

—Mejor de lo que esperé.

—¿Pensaste en algún momento que no sería así?

—No es mi mundo y si he de confesarte, me aterran las cámaras.

—Pues no lo parece. Te desenvuelves con extrema naturalidad. Aunque apenas se están despertando mis dedos a causa de la poca circulación que les permitiste tener allá afuera, con los reporteros —Renata le frunció la nariz de manera poco elegante—. Ya cumplimos aquí. Esto se pondrá... ¿cómo te digo?... intenso. Vamos a un lugar al que siempre he querido ir y que creo, a ti también te gustará. Vamos a divertirnos.

No esperó su respuesta, tampoco se despidieron de nadie en el interior. Recorrieron el muelle del mismo modo que cuando llegaron, con sus manos entrelazadas.

—Me han dicho que ya no está de moda como hace unos cuantos años pero me da igual. ¿Te gusta bailar?

—¡Me encanta!

Acción ranqueada en el sexto puesto.

—Pues este es el lugar.

Las siguientes tres horas bailaron sin parar al ritmo de canciones de los años setentas, ochentas y noventas, sólo se detenían para darle unos tragos a las bebidas que tenían sobre una mesa alta a la orilla de la pista. La música era tan alta que no daba pie a conversación alguna y la gente estaba

demasiado bebida o enajenada para presentarles interrupciones.

De pronto comenzó a sonar la canción “*The Time of my life*”^[5]. Max se acercó un poco más para poder abrazarla con ambas manos, colocando una en su cintura y la otra rodeando la parte media de la espalda con la palma extendida. Renata sintió una descarga de electricidad que viajaba desde los puntos donde le colocara sus manos hasta todas y cada una de sus terminaciones nerviosas. Su contacto era abrumador, jamás lo había tenido tan cerca, sus fuertes manos la apretaban a su fibroso cuerpo haciéndola estremecer.

Me hubiera gustado ver esa escena y guardar en mi memoria la cara de cervatillo de mi amiga... verla bailar más de media canción sosteniéndole la mirada.

El bello ejemplar no hacía otra cosa que embelesarla.

¿Y a quién no?

Renata le colocó ambos brazos alrededor del cuello, moviéndose al compás de la romántica melodía, tensa, luchando contra los impulsos que se despertaban en ella, que le avivaba concretamente él. Ése que con cadencia descendía su rostro en su dirección hasta quedar con la frente apoyada en la de ella para segundos después inclinarse en búsqueda de sus labios...

—Necesito ir al baño...

Frustración total. Apuesto que eso sintió el hombre.

¿Quién demonios rechaza un beso de Maximiliano Rentería? Respuesta: Renata Palacios.

¡Qué insensata!

Todo el camino de regreso lo recorrieron en silencio. Al volver del sanitario le argumentó que se sentía cansada y no mentía. Cuando llegaron al fraccionamiento descendió del vehículo con los tacones en mano, tenía los pies destrozados tras las horas de baile más las horas de pie en el yate. Max la encaminaba a su puerta mientras que ella trataba de encontrar las llaves dentro del diminuto bolso en el que era imposible que se perdieran; eran los infames nervios que no la dejaban encontrarlas. Optó por dejar caer los tacones para buscar con mayor facilidad. Dio con ellas después de lo que pareció una eternidad, ubicó la correcta, pero cuando pretendía insertarla en la ranura se le cayó el llavero al piso junto con el bolso de mano que sujetaba bajo el brazo, volcándose por el suelo lo poco que cabía en el interior.

«¿Pero qué demonios te pasa?»

Renata no era torpe. Maximiliano la volvía torpe.

Se agachó con rapidez al mismo tiempo que Max lo hacía para ayudarle; celular, polvo compacto, labial, cigarros y un encendedor terminaron en sus manos; él tomó las llaves y una de esas paletas que muy seguido Renata traía metida en la boca. Cuando se iban elevando del piso lo hicieron a la par, quedando atrapada entre la puerta... y muchos músculos.

¡Claro que no desaprovecharía la cercanía!

La miraba fijamente a los labios con la cabeza ladeada en su dirección, intentando robarle ese beso que le negara bailando... y aquél otro, en la playa.

—¿Abres tú, o abro yo? —Renata se quitaba una pelusa imaginaria del hombro mientras le decía, intentando romper el hierro del asunto.

—Yo. No te notas muy diestra desde que bajaste del coche. Creo que estás cansada de verdad —le dijo en tono serio, molesto.

Insertó la llave en la cerradura y abrió la puerta casi de modo violento.

—Lo estoy, pero ha valido la pena. Fue una noche estupenda y la he pasado genial.

—Pudimos pasarla mejor —Renata fingió no escucharlo, sumamente necesario acabar con la agonía—. Gracias por aceptar acompañarme. Nos vemos luego.

Max le entregó las llaves y se despidió con un movimiento de mano. Renata entró y cerró la puerta con el corazón latiendo a mil por hora.

11:04am

Alejandra: Cero y van tres.

Al día siguiente seguía con los nervios afectados, aun podía sentir el calor que irradiaba el cuerpo de Maximiliano, razón por la que decidió no salir al jardín. Escribiría rodeada de la comodidad que le proporcionaba su recámara y para resistir la tentación de bajar a la palapa, se quedó en pijamas y sin bañarse. También pidió un desayuno rico en calorías digno de fin de semana mismo que engulló en la terraza con toda lentitud, disfrutando cada bocado que se metía a la boca.

De terraza a terraza no se podía mirar y menos si se encontraba sentada; si quería echar un vistazo al patio de la casa cinco, era necesario pararse en la esquina derecha de su balcón y ver por entre las hojas de las palmeras. Ahí

estaba, acompañado por una humeante taza de café, quizá, y varios papeles regados sobre la mesa de centro de su sala de exteriores. Hacía llamadas cortas y anotaba algunos datos en su iPad.

Retrocedió lentamente cuando percibió que se encaminaba a la escalinata que daba a la playa y se tumbó en una de las sillas casi acostándose en ella para no ser vista.

—¿La señorita Renata...? Perdón, buenos días.

—E-Eh Señor... —Mary, temblando de emoción por tenerlo tan cerca, dejó caer el trapo con el que limpiaba los cristales del ventanal corredizo—, ahora le informo que está usted aquí.

Dio un paso en reversa sin poder quitarle la vista de encima y ensartó un pie dentro de una tina con agua.

—¡Ay Dios! ¡Ay Dios! —exclamaba sin parar.

Max metió sus manos a los bolsillos y se giró para poder reírse sin que la pobre de Mary se diera cuenta.

Renata escuchaba el alboroto desde la parte de arriba, cuando oyó que Mary subía el primer escalón, corrió para lanzarse de un clavado a su cama y fingir estar dormida.

«¿Pero qué haces?»

La atolondrada mujer como subió bajo y con toda la vergüenza del mundo por su penoso accidente, le informó al galán las noticias; éste desapareció de ahí con menos alegría que con la que llegó.

5:25pm

Renata: Oigo que toca el ventanal.

Alejandra: ¿Sigues a gatas por la terraza?

Renata: Esto es tan confuso.

Alejandra: ¡Confuso un crucigrama! Más sencillo ni la tabla del uno. ¡Te está pretendiendo tarada!

Renata: Pretendiendo llevarme a la cama.

Alejandra: Tal vez sólo le gusta pasar el rato contigo.

Renata: ¿Acorralándome para que lo bese?

Alejandra: Ajá, también.

Renata: No entiendes nada. Me gusta ¿Ok? Y me impone demasiado, dejo de ser yo, me altera... ¡ay no! está tocando el timbre de la puerta principal. Mary ya se fue.

Alejandra: ¿Qué esperas para abrirle? ¿Sigues en pijama?

Renata: Sí, pero una limpia. Acabo de bañarme... deberías verlo, se ve divino tan informal...

Alejandra: ¿Ya le abriste?

Renata: Lo veo por la mirilla. Un *short* largo, camisa tipo polo, mocasines...

Alejandra: ¿Qué tan decente es tu pijama?

Renata: ¿Cuándo he usado pijamas indecentes? *Short* de algodón, camiseta de tirantes... timbra de nuevo... creo que se va...

Alejandra: Abre la maldita puerta ¡Ya!

—Comenzaba a preocuparme. No sales y bueno, pensaba que no eras de las que dormía todo el día. ¿Estás enferma?

—Hola —le dijo tímidamente—. ¿Tan mal aspecto tengo?

—Estás encantadora... como siempre...

—Gracias —le contestó sin saber que más decir. Cerrando la puerta una vez que Max entró—, y no, no estoy enferma.

—Me alegro, porque hay un par de películas que quiero ver en el cine. Ignoro tus gustos al respecto, pero ¿qué dices? Elige una y vamos.

Ambos fueron a sentarse a la sala. Renata en el sillón de una plaza y Max sobre el descansa brazos del más grande.

—En realidad me gustará cualquiera. En casa solemos tener nuestro sábado de películas. Alejandra y Rodrigo se disputan el control de la TV y cuando vamos al cine escogen una y una porque rara vez logran ponerse de acuerdo.

—¿Entonces es un sí? Anda a cambiarte de ropa, no querrás antojarte a muchos más que uno... en tanto, yo compro las entradas por internet. La función de la que más me late comienza en tres cuartos de hora.

Renata se puso de pie cual resorte... esa mirada... por lo que le decía mientras la miraba... por la connotación que le ponía, sobre todo. Max sabía darle un toque sensual a casi cada frase. Sonriéndole, frenética, desapareció de la sala sin agregar ningún comentario más al respecto.

5:41pm

Renata: Es un cínico. Deberías ver cómo me barre con esos estúpidos,

descarados y... adorables ojos verdes.

Sin quererlo, poco a poco, Max se convertía en el centro de su universo, todos sus pensamientos volvían a él. Lo soñaba de noche, lo añoraba de día, día que se le iluminaba cuando se cruzaban corriendo en la playa o cuando al caer la tarde llegaba con cena para compartir con ella o cuando tocaba a su puerta para fumarse un único cigarro por ser ya muy tarde para hacer otra cosa.

La tarde del cine Max no había perdido ocasión, un intento y un rechazo seguido de una mala cara de mi amiga le bastaron para no continuar por esa línea; tuvieron que pasar varios días en los que se le notaba que hacía grandes esfuerzos por no acercársele demasiado, pero que mientras platicaban, Max veía más su boca que cualquier cosa.

—Vecino ¿Se te pegaron las sábanas?

—Grabamos toda la noche. He dormido pocas horas. Haré *home office*.

—Mary, almuerzo para el Señor Rentería, por favor ¿Te apetece un baguette de carnes frías? —Max, asintió con la cabeza mientras se acercaba a ella para darle un beso de buenos días, en la mejilla, muy al centro y bien tronado. Muy de “amigos”.

Mary enmudeció. Tenía mucho que contar en su colonia.

Max le dedicaba a Renata todo su tiempo y no sólo aquel que tenía libre, hacía espacios para tener más que disfrutar con ella, al grado de llevar a casa el trabajo que como productor la serie le demandaba.

A Renata le gustaba sentarse con las piernas extendidas en el sillón de dos lugares, con la laptop sobre ellas y un buen cojín en su espalda para recargarse, así que Max se colocó en el otro, en que la cabeza de ella le quedaba justo al lado, haciendo esquina.

—¿En qué consiste tu trabajo como productor? —Al cabo de un rato le preguntó fascinada de verlo tan metido en su chamba. Inconscientemente, llevaba varios minutos sin teclear, embobada con la dinamicidad con la que él entraba y salía de páginas y archivos en su iPad y hacía llamadas entre mordida y mordida de su desayuno.

—Estar pendiente de todo, básicamente. Digamos que superviso que las cosas de hagan bien para que salgan bien. Es mi producto y como tal, lo tengo que cuidar, Bonita.

—Protagonizarla y ser el jefe ha de ser muy cansado.

—La verdad es que cuento con un excelente equipo de trabajo. Al principio, cuando arrancamos, tardamos mucho en tomar un ritmo. En la actualidad, por ejemplo George, mi productor en línea y Mike, el coproductor, me quitan muchos pendientes del día a día, saben cómo proceder, que sean buenos amigos también ayuda, resuelven casi todo y sin conflictos entre ellos —Max terminó de hablar haciéndole un cariño en la mejilla con su dedo índice y pulgar, apretándole con ternura.

Renata se aclaró la garganta, cualquier toque que proviniera de él, por muy insignificante, la descolocaba como poco.

—Ando con varios pendientes porque recién iniciamos a rodar acá, incluso hay elenco que aún no arriba —continuaba diciendo.

Max siguió resolviéndole sus dudas entre llamada y llamada con una tal Jessi, su asistente de producción, una tipa que Renata imaginaba como aquella que sin duda, ya se había sabroseado y más el Productor que tenía delante dando vueltas a la mesa de centro, dándole un sinfín de indicaciones, hablándole de pronto con lindura de pronto con cierta brusquedad, autoritario pero con buenos modales.

Renata prefirió no pensar más en Jessi y se adentró en su historia por cerca de dos horas, tiempo en el que no volvieron a cruzar palabras, sólo miradas sostenidas cada vez que ella alzaba la cara para echarle un vistazo y lo descubría con los ojos puestos en ella... unos cuantos segundos y se sonreían.

—¿No te interrumpo cada vez que hago una llamada?

—Ni poquito —le aseguró.

De cualquier modo Max se apartaba hasta el filo de la alberca o poco más allá para no estorbar.

A la hora de comer Mary se lució con una sopa de lima y tacos de pescado capeado con salsa habanera. Platicaron todo el rato. Renata se descubrió más de una ocasión viéndole los labios ¡ella a él! Perdiendo el hilo de la conversación, enhebrando ideas en su mente del cómo serían sus besos.

Después de la deliciosa comida de casi media tarde y una agradable sobre mesa, no volvieron a sus respectivos trabajos, prefirieron nadar un poco que resultó menos de lo pensado, Max no dejaba de acercársele más de la cuenta y a Renata le dolían las piernas de correr bajo el agua, donde todo es más ligero y denso a la vez... como su resistencia.

Renata creía que con aquel horrible gesto que le hiciera en el cine le

había dejado claro que no lo besaría, donde la llevara a ver una película de miedo bastante buena, y que aunque brincaba del susto de cuando en cuando, luego soltaba una risa sorda para no incomodar a los demás cinéfilos. Max terminó abrazándola porque se estaba congelando. El patético e infantil que escogiera ese género para cuidar a su acompañante del malvado de la mega pantalla, se volvió a quedar con las ganas de conocer el sabor de sus labios.

Desde ese día Max dejó de buscar su boca, pero no de buscarla a ella.

Desde ese día y hasta ese día.

Bajo el pretexto que tenía caminando por su hombro uno de esos odiosos animalitos que tanto le aterrorizaban, Max le pidió no moverse para el poder salvarla de tan desafortunado ataque; no contó con que Renata no resistiría más de tres segundos quieta y luego de que “lo capturara” espabiló con violentos manotazos sobre su propio cuerpo argumentando comezón por todos lados. Apuesto que jamás tuvo algo posado en su hombro.

Adiós contacto, adiós beso.

Maximiliano Rentería, el soltero más codiciado del año, el inalcanzable amor platónico de miles, figurante del *top ten* de los hombres más sexys del planeta ¡por dos veranos consecutivos! según una famosa revista farandulera, vivía obsesionado por una irresistible, indomable y por lo visto, inalcanzable vecina temporal que le atraía como imán al metal y la cual, a pesar de mostrarse interesada, le negaba acercamientos más emocionantes.

4:43pm

Alejandra: ¡Quiero matarte!

Capítulo 4

UN LLAVERO CON DOS CHANGUITOS

—Hola Bonita... que rica...

—¿Qué? —preguntó Renata haciéndose la inocente—.

Renata ERA inocente.

Se encontraba recostada en uno de los camastros acuáticos con los que contaba la alberca, así, como para que Maximiliano pudiera arrancarle con la pura mirada el bikini dorado que eligiera para darse un chapuzón ese día.

—Vamos, nada conmigo un rato.

—No puedo, salgo a Miami en tres horas— respondió mirando su reloj—. Necesito decirte algo. No te veré el fin de semana. ¿Puedes salir un momento?

—Te escucho.

—Te importan dos pimientos que no nos veamos por tres días consecutivos ¿cierto?

«Vamos, que llevan una vida sin siquiera conocerse *Drama King*»

—Está bien, te extrañaré un poco. Ahora dime lo que sea que tengas que decirme.

—Sal. No puedo así, gritando.

—Pues no grites y resuelto. Acércate más, no te mojaré. Lo prometo —Renata levantó la palma de la mano en señal de juramento, como una niña boba. La última vez que la había encontrado ahí dentro lo había salpicado tanto que tuvo que volver a su casa a cambiarse de ropa para poder partir a una grabación nocturna.

—¿Vas a salir un momento o no? —Ya con severo tono de desesperación, le instó sin el menor asomo de estar disfrutando el momento.

—No.

—¡BIEN!

Y Comenzó a desvestirse, sacándose la impecable camisa del pantalón desabrochando con rapidez los botones para deshacerse de ella. Luego de una patada los tenis y al final el pantalón, previa retirada del cinto de un jalón. Ese último movimiento en especial hizo que el corazón de Renata se acelerará un tanto más de lo que ya de por sí le estaba provocado el *striptease* que le regalaba. Max se había quedado únicamente en un *bóxer* negro ¡corto y pegado!

Con sus manos en la cintura frente a ella, mostraba su empalme dejando poco a la imaginación lo bastante bien dotado que estaba. Renata sintió que se le subían los colores al rostro... y orejas.

—¿Estás loco?

—Así me tienes.

—Vístete, ya me salgo.

Un clavado y al agua...

Nadó por debajo sin salir a la superficie. Renata vio que iba en su dirección, bajó del camastro e intentó llegar a la orilla para emerger de la piscina pero éste la detuvo de un tobillo y ya cuando la tubo dominada, la recargó en el filo de la alberca mientras manaba del agua quedando prácticamente pegado a ella, impidiéndole moverse, pues había colocado sus brazos en ambos costados sujetándose del borde.

—Estás invadiendo los límites de mi espacio personal, Maximiliano, no te pases.

—Eso pretendo, Renata. Invadirte, pasarme...

Palabras que pronunció de modo sosegado y conciso, con el sexy movimiento de aquel actor de comercial, de uno que se pasa la mano por la cabeza peinando su pelo escurriendo el agua, mostrando su prominente bíceps.

No sé qué comercial sea, pero apuesto a que existe uno así y que así lucía Max en ese momento.

—No creo que alguien pueda hablar con claridad así de cerca —indicó turulata, apoyando sus palmas sobre el pecho de él en un intento por separarlo. Lo tenía literalmente embarrado a su cuerpo tembloroso.

—Entonces no hablemos —un dedo en su barbilla para poner su boca a su altura, pidiéndole un beso en silencio.

Y ¿Por qué no? ¡Se lo volvió a negar!

«¿Otra vez Renata? Ten madre...»

Volteando los ojos y con voz pausada, pero sin separarse siquiera un

milímetro, le grito:

—SEIS. RENATA. SEIS. ¿Eres casada?

—Claro que no. ¿Seis qué?

Volvió su rostro y sus narices chocaron.

—Entonces tienes novio.

—Tampoco.

—¿Novia?

—¡Nooooo!

—¿Pareja, algo?

—NO —soltó una risita que más bien pareció un bufido—. ¿De qué va todo esto? Apártate por favor.

—¿Alguien te espera? ¿Esperas a alguien?

—Eres exasperante. NO. Sí fuera cualquiera de las opciones planteadas ya te lo hubiese dicho. Deja de fastidiar y hazte a un lado, ¿quieres? —lo empujó sin lograr moverlo ni un poco de poquito.

—Probar tus labios es lo que quiero. No habrá una séptima, te lo advierto...

Y la beso.

«¡Por fin! Gracias Dios»

Con suaves y tiernos movimientos repasó su boca sobre la de ella; cuando trató de decir algo, le atrapó el labio inferior con delicadeza provocándole un manso suspiro ahogado. Max se soltó de la orilla para abrazarla, para recorrerle con sus manos la espalda al tiempo que con su carnosa boca la devoraba con delicia. Renata se dejó besar y lo besó. Contrario a seguir buscando el modo de apartarlo, subió sus manos al cuello de él, lentamente. Y como si bailaran dentro del agua, Max la giraba lentamente para que fuera su espalda la que se recargara en el borde y Renata sobre su pecho. Luego, con una mano tomó un costado de su rostro y con el otro brazo la rodeó por la cintura para intensificar el contacto, para pegarla a él, para seguir bebiendo de sus labios.

Estaba montada en él, con un muslo entre sus piernas, pegada en su abdomen... emitiéndose suspiros boca a boca... ella fundiéndose por dentro y Max evidenciando su creciente excitación.

—Vas a perder tú vuelo —le dijo tratando de sonar firme aunque estaba que se trasegaba, viviendo un loco sueño donde el galán de galanes entrelaza sus labios con los de una simple mortal, humedeciéndola más de lo que los litros de agua fueran capaces de hacerlo. Excitada pues.

Se bajó de la montura y se separó mirándose las manos, buscando que hacer con ellas. Pero Max, que si sabía cómo usarlas, de un movimiento la jaló de las caderas para tenerla otra vez, ahora entre sus piernas, propinándole un beso mucho más intenso, más acelerado, mucho más delirante. Hasta que la hizo jadear tanto por el beso más sensual que le hubieren dado, como por la deliciosa sensación del duro roce de él que aumentaba recargado en su vientre. Después la abrazó tanto como pudo rodearla con ambos brazos, le dio otro beso corto y se apartó desganado... otro cariñoso abrazo y un beso más... y otro. Luego se alejó de verdad y salió del agua; se envolvió en una toalla de la cintura para abajo, tomó toda su ropa y antes de irse se giró para verla de nuevo.

—¿Sabías que besas muy sabroso? —Preguntó comiéndosela con los ojos, sonriéndole vanidoso.

—Nunca me he besado —contestó Renata con una tímida sonrisa.

—Ni idea tienes de lo que te pierdes.

Le siguió con la mirada hasta que desapareció de su alcance y con los labios que le dejaran palpitando a besos, se quedó suspendida con los ojos fijos hacía el infinito, tratando de encontrar las similitudes entre la inmensidad del mar y la intensidad de los sentimientos desconocidos que se despertaban en su interior. Emocionada, al borde de un agudo ataque de pánico. Las heridas causadas por su único novio formal afloraban cada vez que se proponía a abrir la puerta, pero soñaba con alguien que le moviera las entrañas, que alborotara las mariposas dormidas en su estómago, si es que habitaban ahí; que su mente se pusiera en blanco mientras se entregara en un beso... como momentos antes. Justo así.

Ahora tenía miedo, más miedo que nunca.

8:12pm

Alejandra: ¿También llevaba la cuenta?

—Papi, me encanta oírte. ¿Cómo estás?

—Mi niña hermosa. Bien, saliendo de un partido de tenis. Tu madre y yo les hemos puesto una buena a los Romero ¿Cómo va tu misteriosa estancia en Cancún?

—Todo en orden papito. Echando mano de mí proyecto —rio con

nostalgia. Extrañaba a su papá... y a Max.

—Yo también espero. No tenerte en casa la torna un tanto aburrida, sobre todo los sábados. Reímos menos.

—Deja el dramatismo papá.

Don Oscar soltó una carcajada. Este señor tan atractivo hacía babear a varias señoras y no tan señoras también, tenía cincuenta años. Era un hombre alto entrecano, corpulento, de carácter muy fuerte, pero que ante su hija y esposa, se vencía la mayoría de las veces.

—Tus hermanos, Ale y no se quienes más, van pronto a visitarte. Supongo que lo sabes, por si no, que estés preparada.

—Estoy al tanto y feliz por ello. Ya tenemos todo organizado para pasarla de lujo.

Platicaron un poco de la empresa, contratos y clientes. Se despidió de él contenta de siempre ayudarle con su perspectiva. Para Don Oscar, Renata era además de una hija maravillosa, su mejor asesor legal de Grupo AltaPala, junto con Rodrigo por supuesto.

Su papá parecía adivinar, ¿cómo es que no lo había pensado? La verdad es que no esperaba relacionarse con nadie mientras estuviera en Cancún, ni nunca tal vez, a veces creía que sería en un futuro la tía “buena onda” llena de sobrinos que consentir. Tampoco consideró que los impertinentes de sus hermanos, sus primos y la loca de su amiga (o sea yo), pretendiéramos irrumpir su receso personal.

10:17am

Renata: Me encantó la idea de los aretes de tu parte y la gargantilla de la mía. Llena de besos de mi parte a mamá. Ya la felicité por su cumpleaños pero de igual modo dile cuanto la adoro... otra cosa, tengo un problema...

10:22am

Renata: ¿Qué voy hacer con el vecino?

10:24am

Renata: Ese beso...

1:40pm

Renata: ¡ALEJANDRA!

—Es sábado, estoy aburrida y Alejandra no responde mis mensajes. Ni los lee siquiera.

—Sólo por eso me llamas.

—¡Claro que no!

—Como sea, anda conmigo, por eso no responde. Se está probando trajes de baño... espera ya salió. Te pongo en altavoz.

—¡Amiga! Acabo de leerlos... pues nada, divertimos ¿qué no?

—Le has contado ¿verdad? —me recriminó.

—¿Qué tiene que contarme?

—Nada que no intuyas ya, Rodrigo.

—¿Se trata del vecino artista?

—Ayer me besó.

La cara de Rodrigo: todo un poema. Estaba acostumbrado a todo menos a lidiar con novios de su melliza. Más bien le quitaba de encima pretendientes, por propia petición de ella por cierto.

—Con que no te hayan fotografiado dándoselo, te anticipo que ya estás en las revistas. Susana me mostró ayer en la oficina una donde sales con él de la mano, la fiesta del yate creo, la neta no leí la reseña.

—¿Cuál revista era? ¿Te acuerdas? —le pregunté a mi cuasi hermano. Su secretaría leía todas las habidas y por haber.

—No vi la portada.

—No te preocupes amiguita, en este momento vamos a buscarla. Pero en redes sociales ya estás, comencé a seguir a Max en Instagram y por semana ha subido dos que tres fotografiado contigo, desde el parque extremo hasta en la playa o caminando por la calle.

—Gracias por avisarme, ñoña.

—Tu que vives en una burbuja.

Se me llevaría una tunda de reproches por hacer este último comentario ante Rodrigo, pero si no lo decía me iba a salir un grano en la lengua.

—*Twinky*, no sé por dónde vas con él pero cuidado ¿vale? A menos que quieras hacerte de fama, en ese caso, lígatelo bien y sonrío a la cámara.

—¡Ay ajá! Eso quiero —dijo sardónica—. Mejor díganme ¿Qué voy hacer?

—A Alejandra no le preguntes que te va a decir que te lo comas de un bocado —lo miré ceñuda ¿Qué cree? ¿Qué soy, una come hombres?—. Como tu hermano no quiero darte mi opinión porque no lo conozco y aunque lo haga, no sé si me va a caer bien. Como un amigo que no soy pero que lo intento, te digo que escuches a ese enorme corazón que tienes, pero si tu cabeza te lanza una alerta, por muy pequeña que sea, hazle caso ¿de

acuerdo?

—Me urge verlos. ¡Me urge ya! —Renata lloriqueó.

Y lloró en serio. No conocí nunca nadie más chillón que ella. Su voz, literal, estaba nadando en lágrimas cuando terminamos la llamada.

Más tarde decidió que ese beso podría no significar nada, así que se vistió de manera cómoda y se fue a pasear un rato por la zona centro de la ciudad, a buscar mercados y tienditas donde gastar.

El domingo le pasó sin pena ni gloria. Y el lunes, pues como cualquier lunes y el martes, porque ya era martes, pasaba la media noche, el timbre de la puerta principal se accionó... sabía que era él. Con el corazón a mil por hora bajó saltando por las escaleras. Tuvo que esperar a que su respiración se normalizara antes de abrir la puerta. Inútilmente. En cuanto lo vio el corazón volvió a acelerarse y esta vez agolpado en la garganta sin necesidad de que una acción física lo estimulara.

—Bonita, sé que es tarde. Si me atreví a llamar a la puerta fue al ver la luz de tu habitación encendida.

—Leía un poco.

—Me imaginé. Mi vuelo se retrasó pero no quise esperar a mañana para darte dos cosas...

Renata tenía la puerta abierta sólo lo necesario, se había recargado en el marco indicando un “de aquí no pasas mí rey”.

—Esto, que al verlo pensé comprarlo para ti, para darte una pista de lo único que traje metido en la cabeza todas estas horas sin verte.

Sacó de una bolsa de plástico de tienda de regalos un llavero con unos changos de peluche colgados, tomados de las manos, besándose.

<<¡Awwwww!>>

—Gracias. ¡Qué monos! —le agradeció acariciando el regalo, sin atreverse a mirarlo hasta que Max soltó una leve risa por el comentario.

—Y esto...

Únicamente tenía que dar dos pasos... y los dio.

Le depositó un dulce beso en los labios antes de tomarla por la cintura y besarla con cierto ardor, para luego pegarla más a su cuerpo explorándola de manera más que experta con la lengua, tentándola, haciendo que se aferrara a sus brazos arrugándole la camisa.

—¿Me invitas a pasar? —le preguntó sin dejar de provocarla con su boca.

—Será mejor que no.

Max recargó la frente en la de ella y le dijo sonriendo: —¿Ni siquiera te lo piensas?

Y la besó de nuevo, suspirando entre sus labios.

«A ver Maximiliano, cómo te explico que no ha dejado de hacerlo ni un instante desde que te conocí»

—¿Nos vemos mañana? —Se limitó a responderle con otra pregunta, cortando de tajo la evidente proposición.

—Te has propuesto acabar con la poca cordura que me queda.

—Max...

Poniéndole los brazos extendidos sobre la cabeza y sujetándola con ambas manos, la besó de nuevo. La recargó en la pared para restregarse en ella haciéndola soltar un profundo suspiro cuando su rígido miembro repasó por cierta parte de su cuerpo. Con la firme intención de dejarla con al menos un poco del calor que a él lo calcinaba.

—Sueña conmigo, Bonita.

1:28am

Renata: ¿Te puedes enamorar con unos pocos besos?

Alejandra: Te puedes enamorar sin probar de sus labios y te puedes enamorar después de besarlo mucho. Te puedes enamorar porque si y porque no, por prohibido o porque todo en el mundo así lo conjugue a su favor. Te puedes enamorar de un roce de labios en la frente; por cómo te mira; con una caricia de su mano; cuando te levanta con un dedo la barbilla o te presta oídos con interés. Por el modo en que te abraza... por cuanto te hace sonreír. Te puedes enamorar porque puedes, porque si al besarlo crees que te has enamorado, ya lo estabas desde que lo estabas sospechando.

Renata: Siento que hablas por ti...

MOTOR HOME

David y Max se levantaron de sus sillas apenas la vieron cruzar por la puerta del restaurante donde la esperaban.

Renata saludó primero al rubio que le había presentado en la fiesta del yate. Max, quien ya le había dado la vuelta a la mesa, la abrazó por la cintura y le dio un tierno beso debajo de la oreja. Renata se estremeció, sorprendida por lo íntimo del saludo, estaban en público, en un sitio abarrotado de gente chismosa de lo que acontecía en la mesa de las estrellas.

Después de la noche del llavero tuvieron que pasar dos largos días para volver a saber de él. No fue sino hasta esa mañana que se reportara con ella de nueva cuenta, sorprendiéndola con un mensaje invitándola a comer, de su puño y letra en un papel atrapado con una concha de mar en la mesa de la sala del jardín. Por supuesto que ya ambas habíamos alucinado por su indiferencia después de que le negara la entrada a su regreso de Miami. Pero ese “te extraño” antes de la firma, valía más que un kilo de invitaciones y dos montones de explicaciones.

—No tengo tu número de celular. Cómo avisarte que estuve estos días en Isla Mujeres —le dijo Max hablándole muy cerca, buscando su mano por debajo de la mesa.

Mientras revisaban el menú se intercambiaron teléfonos y pidieron las especialidades del día. Comiendo y entre risas, los apuestos caballeros le contaban a la chica sus anécdotas juntos, detallándole cómo es que se habían conocido en una audición cuando la carrera de David comenzaba; ninguno había obtenido el papel, al parecer necesitaban a un tipo “rambo” y aunque tenían sus cuerpos bastante bien trabajados, no llegaban a ese extremo. Desde aquél día se volvieron íntimos amigos al identificarse en varios puntos de su vida, ambos eran de ascendencia latina, Maximiliano mexicano por su padre y chileno por la madre y David de padres venezolanos, además los dos habían

llegado al mundo artístico sin siquiera imaginarlo. Por su parte David, que en aquel entonces era de condición socio económica media baja, debido a su atractivo le habían propuesto ser el modelo de una marca de ropa interior poco conocida un día que se encontraba trabajando en la obra de un edificio colocando ventanas en la ciudad de Los Ángeles, donde radicaba. Un señor de mediana edad, cazador de talentos, lo vio colgado de un andamio y le llamó la atención su físico, lo observó largo rato y le esperó hasta que concluyó su jornada laboral para invitarle una cerveza. Lo incitó a audicionar y David aceptó como por vivir una experiencia graciosa; siempre había sido extrovertido y aventurado, extremadamente despreocupado por la vida y su futuro, no había concluido sus estudios pese a las insistencias de sus afanosos padres. Consiguió el empleo sin el menor esfuerzo pese a su inexperiencia. De ahí se desencadenaron múltiples oportunidades que gracias a sus jugosas ganancias y al tiempo que le demandaban sus llamados, lo llevaron a dejar el trabajo que desempeñaba junto a su papá en la vidriera, situación que enfureció a sus padres ya que veían la nueva ocupación de su joven hijo como una verdadera pérdida de tiempo que no lo llevaría a nada bueno, se sentían decepcionados de él. Luego de lidiar con ellos debido a la nueva manera de ganarse la vida, David decidió dejar la casa de sus padres y dedicarse de lleno al modelaje y a actuar en comerciales hasta que un buen día aquél agente le chantajeó con no conseguirle más castings si no accedía acostarse con él. El muchacho que en aquellos tiempos tan sólo contaba con veintidós años de edad, tuvo a bien rechazarlo y se enfrentó al mundo del espectáculo por sus propios medios, abriéndose puertas gracias a su empatía con las cámaras de la cual, hasta hacía un par de años desconocía. Luego de unos cuantos meses de sobrevivir con uno que otro modelaje y apariciones como extra en otros proyectos sin importancia, conoció a Max, quien ya en aquellos tiempos comenzaba a adquirir fama y reconocimiento, lo que le anotó bastantes puntos a David. Tenía talento, pero necesitaba proyección y acercarse a las personas adecuadas. Era de pensarse que cuando Max arrancara su propio proyecto lo incluyera en el reparto principal.

También, entre pullas y casi quitándose la palabra hablaron de la serie televisiva la cual centraba su trama en la vida de dos agentes policíacos de mediana edad, compañeros de piso y de trabajo, que investigaban y resolvían asuntos relacionados con el narcotráfico y como tema secundario, para darle el toque romántico y cierta comicidad, ambos se disputaban el amor de una joven perito madre soltera.

Al caer la tarde y salir del restaurante, David tomó su camino aparte y Max invitó a Renata a conocer el centro principal de grabaciones.

—¿Siempre conduces así?

David se había llevado la camioneta de Max, por lo que viajaban en el carromato todo terreno de Renata.

—¿A qué te refieres?

—No tenemos prisa, vas demasiado rápido.

—Por favor, estos cacharros no son veloces, no seas nena.

—Será mejor que bajes la velocidad —le ordenó Max.

El tono controlador que empleaba Max para dirigirse a ella en algunas ocasiones, le sacaban de quicio, pero esta vez le pareció gracioso verlo sujetarse de donde podía. No estaba acostumbrado a que una mujer tomara el mando, en nada. Ella tampoco lo estaba en que le dijese cómo y cuándo hacer las cosas.

Con una salvedad...

Pasaron el resto de la tarde en el área de rodaje principal que se encontraba en una amplia explanada a la orilla del mar azul, llena de equipo entre palmeras, un amplio local improvisado pero bien puesto y varios *motor home* que fungían como camerinos. Había pocas personas deambulando por ahí, ya que en ese momento se encontraban grabando en otra de las locaciones a unos cuantos kilómetros de distancia.

La casa rodante de Max era espaciosa y aparentemente cómoda, provista de todo lo que pudiese requerir. Tenía una puerta que dividía la cabina del conductor con la de los ocupantes dando privacidad absoluta. Contaba con baño, tres sillas empotradas a una mesa paralela a la pequeña cocineta equipada y abastecida de alimentos y bebidas; un placentero y grande sofá que además se convertía en cama y con una pantalla de televisión de buen tamaño al frente, empotrada en un mueble con varios compartimientos, la cual podía verse prácticamente desde cualquier lado. Un motor home realmente lujoso y moderno.

—¡Es impresionante! Por fuera no parece tan amplio como lo es por dentro —exclamó Renata sorprendida.

—Es una extensión de mi hogar. Lo llevo donde quiera que grabo.

—¿Viene desde Miami?

—Sí.

Renata levantó las cejas y comenzó a curiosear abriendo y cerrando

puertitas. Maximiliano le ofreció algo de tomar y para entregarle el jugo de manzana que eligió se colocó tras su espalda; con un brazo la rodeó poniendo la palma de la mano extendida en su abdomen. Bebió un poco del líquido ámbar antes de que le quitara el envase con su mano libre depositándolo en una repisa para luego girarla y tenerla de frente. Llevaba zapatos de tacón alto, de ese modo no tenía que levantar demasiado su cara para verlo a los ojos.

—Esos labios tuyos... —le dijo bisbiseando mientras se los recorría con el pulgar reconociendo cada pedacito, intensificando su insaciable necesidad. Renata los separó un poco e inclinando la cabeza cerró los ojos esperando de nuevo sentir sus labios presionando, llenando los suyos—, me tienen embrujado.

Lentamente casi sin tocarle, poco a poco, sin prisas, sintiendo su aliento, su respiración que se agitaba al contacto, comenzó a besarla. Un leve mordisqueó del labio inferior para después separarse de su boca y sonreírle. Renata sintió un delicioso cosquilleo en el vientre que la empujó a ser ella quien se impusiera sobre los labios de él hundiendo ambas manos en su pelo, con un beso más explorador y apasionado, ahora húmedo al conjugarse sus lenguas inundándose ambos del sabor del otro.

El silencio reinaba, se escuchaban solamente sus fuertes latidos acompasados, respiraciones aceleradas y cuerpos anhelantes de caricias más provocativas.

Max se deshizo de su boca para besarle el contorno del rostro y probar su cuello, acariciándole tímidamente la oreja del lado contrario. Con la otra mano recorrió despacio, apenas rozando sus yemas, el brazo izquierdo de Renata, desde el hombro hasta tomarle de la mano fuertemente enlazando sus dedos con los de ella. Quería más, era evidente que el deseo que sentía por ella no se saciaba con besos castos, pero tampoco podía tocarla más allá, era como si hubiese olvidado como dirigir sus manos, como si necesitara permiso o aprobación. Lo buscó y en los agitados ojos de Renata vio que compartían la misma impaciencia...

La aprisionó con sus brazos y con un beso mucho más acelerado la condujo al esponjoso sillón donde delicadamente la depositó para cubrirla con su cuerpo.

Apuesto a que no era como lo imaginaba, en sus sueños, seguro se revolcaban como animales salvajes participando ambos activamente. Aunque daba la impresión de que las manos le pesaban, la tocaban como si fuese de

un cristal tan fino y delicado que pudiera romperse. Ella permanecía inmóvil. Sentía como su pecho subía y bajaba precipitado y lo miraba expectante mientras Max parecía morir por despojarla de su ropa y comerla entera. Delirante. Se sentía ajena, no se reconocía. Él lucía fascinado de cualquier modo.

Se sacó la camiseta y le tomó las manos llevándoselas al cuello para que le acariciara mientras doblaba su rodilla y con la palma completa le recorría la pierna desde el tobillo hasta al glúteo.

Renata no supo en que momento la incorporó y la desarmó de su vestido, pero la contemplaba como un si fuera una imagen que adorar.

¡Y ella con una ropa interior que ni siquiera combinaba!

—Deliciosa... —masculló mientras la sentaba en su regazo con una pierna de cada lado, besándole tiernamente el espacio entre sus pechos.

Se estremecía cada vez que le tentaba un punto nuevo, regalándole impulsos para continuar. Aún con el sujetador puesto, le besó un seno dándole una ligera mordida en su endurecido pezón, mientras apretaba el otro con la mano entera.

Renata, quien no había pronunciado ni una sola palabra desde que eligió el sabor de su bebida, recuperó el habla luego de que su mente se nubló de aterradores recuerdos. Su visión atolondrada se recuperó también y le sostuvo por las muñecas, deteniéndole.

—Suficiente.

—¿Qué pasa? —le preguntó desconcertado al ver como el semblante de Renata así como el tono de su voz, se trasformaban.

—Será mejor que salgamos de aquí.

—No.

Max se deshizo fácilmente del apretón de manos e intercambiando los papeles, pasó las de ella atrás de su espalda y se las sujetó enérgico con una sola mano.

—Suéltame, me tengo que ir. Me quiero ir.

—No.

—Max, por favor —más que una súplica, era una orden. Una orden un tanto impregnada de pánico.

—Me gustas mucho Renata.

Le soltó las manos y la atrajo hacia él cariñosamente, uniendo sus cuerpos sudorosos, besándole rápido los labios.

—Lo siento Max, pero creo que es momento de parar...

Se retorció delicadamente. Tampoco se trataba de montar una escena.

Max aflojó el amarre e intentó seducirla de nuevo con otro beso pero Renata aprovechó la situación para bajarse de sus piernas y vestirse cual rayo veloz.

—¡Los dos queremos esto!

Renata buscaba que decir porque sí que quería y su comportamiento dejaba mucho que desear, así que debatió con lo primero que se le vino a la mente.

—Si piensas que voy a tener relaciones contigo en ese sofá donde seguro te tiras a toda la que te gusta y se deja, estás muy equivocado.

—¿Es por eso? Entonces vamos donde tus ridículos escrúpulos te permitan continuar —respondió con cinismo—. Vamos a tu cama.

—Estúpido.

Renata se encamino a la puerta.

—Heeey vecina...

Renata volvió la cara demostrándole todo su enfado. Era la peor respuesta que le pudo dar, la que proporciona un patán bien hecho... ya se lo estaba demostrando.

—Venimos juntos. Juntos nos vamos.

—Hazle como puedas, conmigo ya no vas.

Capítulo 6

IMPERTINENCIAS

Renata repasaba las palabras hostiles del hombre al que dejara ardiendo luego de su tórrido encuentro en la casa rodante. Jamás empezaba algo que no continuaría hasta su conclusión, esa sería la excepción. Con lo metódica y obsesiva que era, tratándose de Max, no podía permitirse darse rienda suelta, pensaba que tenía mucho que perder. Ya la tarde anterior se había permitido llegar demasiado lejos terminando prácticamente desnuda sentada sobre él. Lo había disfrutado y le daba "palomita" a uno de los números de su lista mental de cosas por hacer, mientras elaboraba una nueva que ya imagino el título. Sin embargo, tal situación le ayudaba a resolver algunas cosas: una, traía a Maximiliano babeando por ella (empatados) y dos, su cuerpo era capaz de incitarse ante el contacto, SU contacto. No pudo evitar sonreír. Pero era mejor que no se volviera a repetir...

...Tres ¡Cuándo no tenía una, tenía otra!

Ni que necesitara pedir un vale.

La sonrisa se le borró de golpe.

En el área del jardín de la casa de Maximiliano estaba una mujer de larga melena castaña clara, muy muy alta y muy muy delgada.

Cuatro: sentía celos. Celos. Celos.

Salió corriendo hacia la puerta de entrada principal. Efectivamente, el vehículo de Max no estaba aparcado en su lugar. Recordaba que el día anterior mientras le daba un recorrido por su lugar de trabajo le había comentado que ese día arribaría a la ciudad el elenco faltante, el cual incluso, no había estado presente en la fiesta de lanzamiento, que por ello, y debido a una reunión que se llevaría a cabo con toda la producción, estaría fuera de casa por muchas horas.

Un momento... la camioneta de Max se la había quedado David

¡Demonios!

7:38pm

Renata: Acaba de llegar otra. Son dos Alejandra ¡Dos!

Alejandra: Pudo ser sólo una...

Renata: Dos flacas nadando en su piscina... en bikinis más que indecentes.

Alejandra: Tú, por ejemplo.

Renata: La de espeso cabello está acompañada por otra de cabello corto rojizo... de tez tan blanca que resulta de aspecto enfermizo.

Alejandra: Tú tienes aspecto saludable.

Renata: Espera...

Alejandra: ...

Renata: Max está saliendo por la puerta del jardín... juré que no estaría... mira que sí se mete a nadar con ellas...

Alejandra: ¿?

Renata: Se ha sentado en uno de los sillones del patio. Las dos tipejas salen del agua para reunirse con él... escucho que hablan pero no descifro qué... ¡Pendeja!

Alejandra: ¿Yo?

Renata: Acaba de ver que los estoy viendo. Quiero vomitar...

Alejandra: Eso si es una tragedia.

“—No me crees —dijo Jane, sonrojándose ligeramente—. En realidad no hay razones para que no me creas. Puede que permanezca en mi persona como alguien muy amable a quien conocí, pero eso es todo. No tengo nada que esperar ni que temer y nada que reprocharle. Gracias a Dios no me siento tan dolida. Tan solo necesito algo de tiempo para reponerme.

Con un tono más firme añadió: —Me consuela pensar que tan sólo se trató de un producto de mi imaginación que no ha herido a nadie más que a mí misma.”

-Orgullo y prejuicio, Jane Austen

—¿Me invitas?

¿Max recargado en el marco de la puerta de su cuarto de baño?

Renata agradecía estar leyendo el párrafo de manera mental, el cuál parecía encajar a la perfección para cómo se sentía en ese momento. Con frecuencia, cuando estaba sola (como pensaba que lo estaba) leía en voz alta, clara y lentamente, sobre todo aquellas líneas que más le agradaban o

conmovían de sus libros favoritos.

Nerviosa reacomodó la espuma, que digo nerviosa ¡al borde de un síncope!

—¿Necesitas tres? Que insaciable —le dijo así, casual, como si la escena no fuera rara, ni incomoda, ni demente.

Maximiliano soltó una carcajada, pero al ver que Renata no reía, apretó los labios para retener la risa.

—No, con una tengo —le contestó.

—Pues tienes dos para escoger ¿Me permites? —le hizo señas con la mano para que se fuera, de modo total y absolutamente despectivo.

Pero Maximiliano no hizo ningún movimiento que indicara retirada.

—¿No te han contado que en la cultura mexicana, en la racional, es de pésima educación entrar a una casa sin llamar a la puerta y meterte hasta cocina sin que te inviten? ¡Cuánto más al baño!

—¿Celosa?

—INCÓMODA. ¡Me estoy bañando! En la privacidad de MI.CASA.

—Estás celosa.

—Ja ja. ¡No me hagas reír! Pásame esa bata por favor y sal inmediatamente de aquí —le señaló su bata de baño que tenía colgada en un gancho de la pared, juntando calma de donde podía.

Era el típico momento en el que los celos te importan un pepino, sobre todo por estar desnuda dentro de una tina con la espuma escaseando y el hombre más atractivo del universo mirándote fijamente.

Max tomó la prenda que le señalaba así como otro par de toallas que se veían por ahí y las arrojó hacia el vestidor. Luego se sentó en la orilla de la tina muy cerca de Renata y sumergió una mano para jugar con las burbujas. Como es lógico, esclareciendo el agua para alcanzar a ver algo que le deleitara la vista a través. Ella hacía intentos desesperados por volver a juntar la espuma.

—Ahora no podrás salir y podremos platicar —le dijo tranquilamente sin dejar de hacer circular las casi nulas burbujas de un lado a otro.

Renata lo tomó del antebrazo que fluctuaba dentro de la bañera, acariciándolo lentamente. Max le guiñó un ojo y le lanzó un beso, ansioso de lo que sucedería a continuación. Que para nada era lo que esperaba. De un fuerte jalón lo hizo caer dentro del agua, luego le hundió la cara de un manotazo para ella salir corriendo. Para cuando Max emergía, Renata pasaba por la puerta dándole la espalda con el cuerpo ligeramente moteado de

espuma.

Y un minuto después...

—Me debes un reloj... un celular... una cartera.... —le decía con descaro, goteando, mientras depositaba uno a uno los objetos sobre el mueble del lavabo.

Renata con una corta bata de baño lo miraba mordiéndose el labio. Maximiliano comenzó a desvestirse y ella le lanzó una toalla para luego girarse a sacar ropa de los cajones del vestidor. Tenía que vestirse y vestirse ya.

—¿Qué sucede contigo? —le preguntó desconcertada.

Si todo eso hubiera sido gracioso, ya dejaba de serlo. Renata estaba que echaba humo.

—Si yo me quedo sin ropa seca tú también.

Le había arrebatado el calzón de las manos para extenderlo delicadamente con sus dedos índices y pulgares a la altura de su cara. Renata se los quitó casi de inmediato con el ceño ultra fruncido.

—Yo me visto y tú te vas —le dijo mientras se metía por una puerta que daba área que ocupara el retrete para ponerse la ropa que llevaba en la mano. No si antes tomar algunos enseres del mueble.

—No me puedo ir así, todo mojado y en ropa interior.

—¡Pues te secas y te largas!

—¿Qué van a pensar mis amigas si llego así? Pueden creer que hicimos cosas que ciertamente me gustaría hacerte, pero que tú...

—Me importa un rábano lo que piensen —lo interrumpió—, y sobre lo que quieres hacerme, ve despidiéndote.

—Estás celosa.

—¡Con un carajo!...Vete Max.

—Vine a invitarte a tomar algo en la casa con mis amigas. Quiero que te conozcan... en realidad ya no estoy seguro, no sé si estén a salvo cerca de ti. Eres una diablilla con cara de ángel. Ve lo que me haces. Recuérdame estar siempre alerta mientras permanezca a tu lado. Un día me dejas encendido y otro empapado... y encendido... otra vez.

—No tengo deseos de conocer al par de modelillos huesudos que tienes hospedadas —contestó a la invitación en tono despectivo al salir de donde se había vestido. Tomó un cepillo y comenzó a desenredar su pelo con más rudeza de la necesaria.

—No te pongas celosa, Bonita. Digamos que desde un mes a la fecha,

tan flacas no me andan gustando. Ahora las prefiero ¿cómo te digo?... —y con pantomima sugestiva, hizo como si agarrara algo voluminoso a la altura del pecho y luego lo mismo con el trasero—.con las curvas bien marcadas —terminaba la frase devorando con la mirada justo esas partes de la anatomía de Renata.

—Im...pertinente —Renata se puso roja.

Vergüenza, disgusto. Todo junto.

—Son inofensivas, Bonita. De hecho ante ti, cualquier mujer sobre el planeta lo es. Pero sobre todo las que son como ellas. ¿Cómo te explico? Una es mi coestelar y la otra SU.NOVIA —Renata lo volteó a ver deteniendo su cepillado—. Son lesbianas y mucho ¿eh? Para ellas, el género masculino es *iiiiaac* —terminó su explicación haciendo una graciosa expresión de asco.

En ese momento y después de su desatinado ataque de celos pensó que existían personas que podrían llegar a ser ridículas y estúpidas, mientras otras no. Ella pertenecía al primer grupo. Pero que también existían personas que no eran irritantes e insolentes y otras que sí... en este caso, Maximiliano Rentería correspondía al segundo.

—Muy considerado en venir a interrumpir mi baño para esclarecerlo, moría por conocer sus preferencias sexuales —le espetó con sarcasmo para salir del engorroso episodio.

Soltó el cepillo, se enfundó unos cómodos zapatos de piso y se dispuso a salir de su habitación.

—¿A dónde vas dejando a un hombre mojado y prácticamente desnudo en tu habitación?

Max llevaba solamente un *bóxer* que por el agua le quedaba completamente ceñido al cuerpo, haciéndolo lucir extremadamente tentador... Renata lo sabía, lo veía... necesitaba salir de allí cuanto antes.

—Saldré a hacer unos pendientes.

—¿A las nueve de la noche?

Renata no contesto más. Al darse cuenta que Max no se iría y que la desatinada conversación se volvería interminable, se dispuso abandonar el lugar.

—La llave está en la barra de la cocina. Cierras y me la dejas debajo del macetón. Gracias.

9:07pm

Alejandra: JA JA JA JA JA JA

En realidad no tenía a que salir. Sus planes originales se basaban en tomar un baño, comerse un bote de *nutella* a cucharadas viendo la televisión, todo ello para sobrellevar la invasión de féminas en la casa de a lado... y acostarse a dormir. Planes estropeados por el mismo sujeto que provocó que se planearan. Ahora se vería obligada a dar vueltas por ahí haciendo tiempo para que Max saliera de su casa. Terminó entrando a un cine donde proyectaban la que ella denominaría la peor película de ciencia ficción de la década. No pudo evitar salirse de la sala antes de que concluyera. Era eso, o quedarse dormida sobre el hombro de la persona sentada junto a ella.

—¿Cómo puede vender casi todas las entradas una película tan sosa?—
Le preguntó al joven de la dulcería sin esperar una respuesta mientras éste le despachaba un *hotdog* que engulló arriba del todoterreno en cuatro mordidas antes de arrancar el motor.

Tal vez la película no era tan mala y de serlo, Renata no hubiera reparado en ello, le encantaba ver películas y le daba lo mismo cual fuere, realmente nunca les ponía la debida atención, no sabía quiénes eran los actores la mayoría de las veces y jamás se acordaba de haber visto una hasta que no la veía en más de tres ocasiones.

La llave (con el llavero con los dos changuitos) no estaba donde pidió a Max que se la dejara. Ni por ningún lado. Refunfuñando se dirigió a casa del vecino. Una de las inquilinas abrió la puerta, la pelirroja. Se presentaron muy cordiales y Renata pidió permiso para atravesar la propiedad para salir al patio y entrar a su vivienda por el jardín.

Esa puerta también estaba cerrada.

—Aaaaaahhhggggg ¡MAXIMILIANO!

Volvió por donde había llegado, le sonrió tímidamente a Susan, la misma del extraño cabello rojo y subió los escalones de dos en dos. Por la ubicación de la terraza que se veía desde su jardín, la puerta del lado izquierdo tenía que ser la que daba a la habitación del ladrón de llaves. Tocó una vez... luego otra... y otra. Como nadie respondía giró la manija abriendo la puerta lentamente. Ya no quería más sorpresas. Ahí estaba el susodicho plácidamente dormido con la televisión y la luz encendidas, recostado de espaldas en medio de la cama con un brazo doblado cubriéndose los ojos y en la otra mano sostenía el control remoto de la pantalla de televisión, vestido

únicamente con un delgado pantalón. La imagen parecía arrancada de una revista.

—Ojalá, lo mismo que tienes de hermoso, no lo tuvieras de insufrible —dijo para sí en voz baja.

En silencio buscó la llave por todas las partes donde creyó que las pondría. En los cajones de los buros, sobre el mueble de la televisión —Qué extraña pintura, seguro Ale sabe quién la pintó. Le tomaré una foto y se la mando para que me diga... que horrendo gusto para decorar una habitación principal, de veras— pensaba y me escribía enviándome una imagen.

No reconocí el espantoso cuadro.

Sin encontrar la llave, se le ocurrió qué tal vez las tendría consigo, dentro de alguna de las bolsas del pantalón de pijama. Metió la mano en una, nada, luego en la otra...

—¡Eeepa! —soltó Max agarrando la mano de la intrusa, provocando que le apretara aún más la cosa que de ningún modo era llave.

Perdió el equilibrio que mantenía con una rodilla sobre la cama y como consecuencia lógica: le cayó encima.

—Te aseguré que "eso" no es una llave que abra puertas. Abre, sí, pero puertas no —le dijo Max, burlándose, con una sonrisa lobuna digna de dar miedo.

Renata se incorporó enardecida por lo que su mano tocara, le punzaba.

—¡Eres insoportable! ¿Dónde está la llave?

—Ahí —Max, quien había colocado ambos brazos doblados por atrás de la cabeza, le contestó levantando ligeramente la pelvis. Movimiento que para el caso, resultaba obsceno.

Renata le dio la espalda un momento, luego se giró de nuevo a verlo.

—Me refiero a la llave de mi casa —estaba de mil colores.

Le molestaba sobremanera el cómo la ponía ese hombre. Ese que le gustaba hasta la médula, que le fascinaba y la hacía tener pensamientos ajenos y disparatados. Era el hombre más atrayente de la creación que besaba como un dios, según Renata, si el dios de los besos existiera, sería Maximiliano Rentería.

Para colmo de males, aun podía sentir sus manos recoger su cuerpo. La inquietaba, la aceleraba...

Pero no se arrojaría a sus brazos... algunos asuntos de por medio. Uno en realidad. O dos.

<<Valiente súbdita te encontraste en tu camino “dios de los besos”>>

Inconscientemente se mordió el labio de abajo.

—A esa llave me refería yo también —Max se volvió a reír, con ganas. Se estaba divirtiendo de verdad—. Está dentro del bolsillo... sácala.

—Entrégamela —le dijo extendiendo su mano.

—Te la cambio por un beso.

—¿No me la vas a dar?

—Te la cambio por un beso —repitió—, de esos ricos que sólo tú sabes dar.

—Olvídalo.

Renata se quitó la pequeña bolsa que llevaba colgada atravesándole el pecho así como sus zapatos, iba vestida con ropa de algodón, no le incomodaría dormir con esa indumentaria. Buscó el sanitario. Al salir, se lavó las manos y la cara en el lavabo doble que estaba al exterior del cuarto de baño y que daba a un costado de la cama donde retozaba el desfachatado individuo; a falta de cepillo con que asearse los dientes, hizo gárgaras con el enjuague bucal y por último, rebuscó en los cajones un peine para alisar su cabello.

Max, quien no había vuelto a pronunciar palabra alguna, la observaba detenidamente.

Luego, Renata colocó varios almohadones y cojines, todos los que localizó, haciendo una especie de "barrera" para delimitar el espacio en la enorme cama donde, sin quedarle otra opción, se disponía para dormir.

—¿En serio crees que eso impedirá que me acerque a ti en caso de querer hacerlo?

—Obvio no. Pero veo que entiendes lo que significa, y como todo el caballero que solías ser, vas a respetar mi pequeño espacio.

Dicho lo anterior, abrió las sabanas y se metió dentro de su "trinchera" tapándose hasta la por arriba de la cabeza. Nunca dormía así, odiaba dormir así.

—Buenas noches, no estoy para tus jueguitos bobos. Muero de sueño.

—¿Solía ser? —le preguntó Max.

—Espero que no seas de los que ronca —le dijo Renata en lugar de responder la pregunta.

Definitivamente las últimas actitudes de Maximiliano Rentería distaban mucho de corresponderle a un caballero.

1:16pm

Alejandra: JA JA JA JA JA JA

—Domingo 10:45am, anotado... Sí, la casa contigua quedó —sintió un escalofrío al pensar en “la otra” casa contigua, la casa cinco concretamente—. Ya la tengo provista con todo lo que ahí necesiten.

—Tengo que irme, te quiero “zorrillo”.

Si no fuera porque creía imposible que Max sintiera algo por ella más allá de ganas de tenerla por debajo, habría jurado que el tiempo de sentir celos le llegaba a él. De ser así, lo que no sabía era que al mayor de los hermanos Palacios, su padre desde pequeño le había dado el apodo de “zorro”, atendiendo a que este animal está calificado como uno muy inteligente, además de ser más activo por las noches. Aspectos muy firmes en Oscar hijo desde temprana edad. Renata para molestarlo le decía ocasionalmente “zorrillo”.

—¿Se te ofrece algo? —le preguntó desdeñosa.

Después del asunto de la llave no lo veía. Sus esfuerzos por evitarlo le resultaban al optar por ejercitarse saliendo a correr a la calle para luego desayunar en alguna cafetería. Y por las noches se sentaba a leer o escribir en el vestidor de su recámara para que no la encontrara con las luces encendidas. Realmente pensaba que si dejaba de verla, se le iría el caprichito más temprano que tarde.

—Que me perdones. He sido un tanto bestia los últimos días. Lo del *motorhome* bueno, no me disculpo por lo que hicimos, por lo que dije... créeme, no es mi estilo.

—¿Pedir perdón o ser un animal?

—Ser un patán —Max volteó los ojos hacia arriba—, Bonita, no sigas enojada conmigo.

—He conocido tu parte burda, qué le voy hacer... igual estás disculpado, te escuchas muy cómico reconociendo tu principal característica.

—No es eso lo que me define.

Renata se encogió de hombros fingiendo que le daba lo mismo.

—Aquí no ha pasado nada, ¿de acuerdo? Tengo que irme, se me están quemando los pies.

Le daba la espalda para caminar con rumbo a su casa pero no contaba con que Max la levantaría en brazos cargándola como a un bebé.

—¡Bájame ahora mismo!

—Ya no estás sobre la arena, ya no te quemas, podemos hablar.

Renata pataleaba y le daba de manotazos. Así, como chiquilla en rabieta.

—Ya me cansé de tus jueguitos.

—A decir verdad, ¡yo también!

—¡Pues ya está! Si te acomoda, puedes simular que ni nos conocimos.

—¿Me estás terminando? —La puso de pie sobre la escalera. Ni tarda ni perezosa caminó hasta sus chanclas colocándose las, tratando de mantenerse en sus trece. Tenerlo cerca no hacía más que alterarla en todos los sentidos posibles.

—Nunca empezamos nada. No continuamos nada. No terminamos nada.

—Nada. ¿Es lo soy para ti?

—Tú no eres un sensiblero así que déjate de “cositas”. No voy a tener sexo contigo, los “acostones” no me van. Vuelve a tu vida, a tu rutina, tú y yo no tenemos nada que ver.

—Creí que había algo entre nosotros.

Aun notándolo tocado de igual modo lo rechazó. Era en ese momento o nunca.

—No hay un nosotros —Renata hizo aspavientos con las manos como si sacudiera algo en el aire—, la pasamos bien hasta que tus intereses cambiaron de verme como vecina a amante y es justo ahí donde termina mi participación.

—Eres rara, ¿te lo han dicho?

—Muchas veces, ¿a ti no?

—Qué mal hay en que si nos sentimos atraídos y disfrutamos de estar juntos, llevemos a otro nivel la relación de vecinos, amigos, amantes ¡lo que quieras!

—No entiendes nada.

—¿Y tú entiendes? Si me explicas de qué va todo esto, intentaré comprender. Aunque para mí está clarísimo: me gustas.

—Pues tú a mí no.

—No te creo.

—No me conoces.

—Más de lo que crees y congeniamos, no lo niegues. Nos sentimos bien uno con el otro.

—Bueno si...

—Entonces por qué no pasarla bien también en la cama —se acercaba

con cautela, tratando de sonreírle, incluso, Renata lo percibía un tanto tímido por su forma de moverse—. ¿Qué quiero hacerte mía? Pues sí, sí quiero y muchas veces no sólo una, no quiero tener sexo una vez y botarte, si es eso lo que te preocupa —pero de pronto parecía tomar valor y volver a sacar su patanería oculta tras el disfraz de menguado seductor—. No quiero un “acostón” como lo dices. Que esto nos lleve a donde nos tenga que llevar, estar juntos el tiempo que se dé. Lo que me gusta comer lo como, lo que me gusta tener lo tengo, lo que me gusta hacer lo hago, así de simple. Deberías hacer lo mismo, Bonita. Te auto limitas porque quieres.

—¿Ya terminaste? —no lo dejó contestar, se negaba a caer en sus redes de nueva cuenta—. ¡Qué letanía! Mira galancito de Hollywood: ve y regocija tus gustos con una par tuya... yo no tengo más para ofrecerte.

—Ya estás mayorcita como para comportarte como una mocosa mojigata y testaruda —le espetó con desdén, recorriendo el contorno de la mesa del jardín, con las cejas a dos de cruzarse. Lo estaban rechazando como nunca en su vida.

—¡Soy virgen ¿ok?! —se tapó la boca con ambas manos, no podía creer que se lo dijera.

«¡Es que ni lo pensó!»

Max se detuvo en seco y la miró con ojos de plato, abrió la boca para decir algo pero no supo que decir.

—Te quedas callado. Claro. No soy lo que pensabas, ya ves, no me conoces y lo más interesante aquí es que con esto te demuestro que no somos para tener nada más de lo que ya tuvimos. Ya no te gusto tanto ¡¿verdad?! Lamento estropear tus planes, pero evidentemente no soy tu tipo de mujer. Punto.

Se sostenían la mirada. Ella muerta de vergüenza y él... ¿impresionado? No era que ese tipo de confesiones se hicieran todos los días a las cuatro de la tarde.

—Lo hechizado que me siento por ti sigue intacto. Y justo ahora te deseo más... —se le acercaba sigiloso—, yo encantado de resolverte esa situación.

—Maximiliano Rentería ¡Vete a la mierda!

4:20pm

Alejandra: Bueno amiga, ya tienes otro voluntario.

Capítulo 7

LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ

El vuelo proveniente de la Ciudad de México aterrizó a tiempo. Renata nos esperaba ansiosa, más a mí, lo sé... y al fin y al cabo tener que dar explicaciones respecto a su “relación” con el vecino ya no representaba complicación. Días sin volverlo a ver y ya lo echaba de menos, sentirlo cerca... consciente de que había dos finales en esa historia: ese que tuvieron u otro más desolador con ella llorando por las esquinas después de “pasar la noche” con él y su indiferencia a partir del día siguiente.

Lo anterior aunado a que no se atrevía a lidiar con su fantasma del pasado, no por alguien que seguramente no le correspondería de la misma manera. Renata era una persona práctica y complicada a la vez. Por practicidad mal aplicada, llevaba tiempo sin afrontar un suceso que le paralizaba un aspecto muy importante en la vida de cualquiera.

En realidad era más complicada que practica. A quién engaño.

Los primeros en salir fueron Oscar y Malena, luego Alfredo y Manny. Detrás de ellos veníamos Rodrigo y yo. Éste corrió aventando la maleta y adelantando a todos los demás pues quería ser el primero en abrazar a Renata.

—*¡Twiinkyyy!* Te extrañé. Le decía mientras la cargaba por el aire y le daba un enorme beso en la mejilla.

Enseguida nos alcanzaron Camila y Julio, los inseparables primos, hijos de uno de los hermanos de Don Oscar Palacios.

Renata nos saludó a todos con gusto profuso. Esa recarga de energía familiar la haría muy feliz los próximos días y pensaba con ello sacarse de la cabeza al famoso vecino.

Nos trasladamos al condominio residencial en el Jeep de Renata y en otra camioneta que ésta alquiló en la misma agencia para tener medio de transporte suficiente. Ya en casa nos esperaban refrescantes bebidas, una

deliciosa paella y bocadillos preparados por Mary y el personal de apoyo extra con el que contaba el servicio de alojamiento.

A todos nos encantó el lugar. Era un verdadero paraíso terrenal. Si bien solitario, en temporadas altas los huéspedes fluctuaban semana con semana. Las seis propiedades estaban ocupadas, la principal por una gran familia de Guadalajara con personas de todas las edades, la segunda por un matrimonio extranjero que estaba en su luna de miel y la restante por un grupo de chavos de la ciudad de Puebla que se encontraba celebrando la despedida de soltero de uno de ellos. La playa se tornaba divertida pero a la vez relajada sin perder la privacidad que no brindaban los hoteles u otras villas de alojamiento.

¡Una pasada!

Maximiliano, quien llevaba toda la mañana saliendo constantemente a la terraza para avistar a Renata, salir en su búsqueda, disculparse con ella de nueva cuenta y tratar de recomenzar de nuevo, se había quedado dormido en uno de los intervalos cuando el sonido de la música lo despertó. No se encontraba enterado de la visita que tendría Renata, por lo que se sorprendió al verla con toda esa compañía en la playa.

No comprendía. Primero pensó que se les había unido a los revoltosos vecinos de la casa número seis, detalle que le disgustó. Pero luego observando detenidamente dedujo que se podía tratar de los hermanos, así como de otros que obviamente no podía identificar. —Ese de ahí podría ser Oscar, el mayor— pensó sobre el sujeto que comía a besos a una chica de mediana estatura, muy baja para el compañero. —¿Quién diablos abraza a...?—. Sentía como se le calentaban las. —SUÉLTALA HIJO DE LA... ¿será ese el “zorrillo”?—. En eso Rodrigo apareció en escena, Max definitivamente lo reconoció. Renata trataba de deshacerse del abrazo de Alfredo, incluso de lejos se notaba. Alfredo, seguía obsesionado con la que fuera su novia en la adolescencia y alucinaba con la idea de que algún día volvería con él. Renata le tenía estima por los años de conocerle, pero en realidad lo soportaba poco y sólo por la amistad que tenía con Rodrigo.

—¡Suéltala! —le ordenó Rodrigo a Alfredo, pegando de gritos, caminando hacia donde estaban parados.

—Estamos jugando —recriminó Alfredo con su mentecata sonrisa trazada en los labios.

—Mi hermana no parece divertirse. No hagas que lamente tu presencia aquí desde el primer día.

Alfredo le sonrió moviendo la cabeza de lado a lado. Renata observaba

la pequeña discusión entre los amigos, siempre le divertía ver a sus hermanos defenderla.

—Dame un minuto con ella, ya la dejo en paz.

—¿Renata? —volvió la mirada a su gemela, quien se limitó a asentir con la cabeza.

—Perdón por la última, llevas meses disgustada conmigo —le dijo Alfredo a Renata una vez Rodrigo se diera la media vuelta—. ¿Amigos de nuevo?

Esa última se trataba de lo mismo de siempre, intentar robarle un beso cada vez que se le subían las copas, seguido era. En esa ocasión, Renata le había advertido, previa sonora bofetada, que se arrepentiría si lo pretendía de nuevo, dejándole más despejada que nunca, la única posible relación que podía existir entre ellos. Desde entonces, prácticamente no le dirigía la palabra.

—Pero ya sabes la condición —le dijo Renata de lo más condescendiente.

Alfredo le sonrío y se acercó a darle un beso en la mejilla. Max, que ni oía ni les veía con claridad y que el ángulo desde el cual los divisaba no ayudaba, tuvo que quedarse con la duda del lugar exacto donde ese beso se depositaba. Sus orejas ya no estaban calientes, hervían.

Camila distinguió a Max a lo alto y corrió hacia Renata que iba camino a la casa por algo de tomar.

—Maximiliano Rentería a las once.

—¿En la terraza?

—¿Ya lo has visto?

—Pasa mucho tiempo ahí... digamos.

— ¡INVITALO A VENIR!

—Ssshhh baja la voz. No.

—Dijiste que nos lo presentarías. Lo quiero conocer.

—No sé si sigo siendo de su agrado.

—Por favor Renata. Han platicado cientos de veces, sales en revistas con él. Se supone que se conocen híper bien así como para hacerle señas y decirle que venga.

—No, necia —regañaba Renata a su prima mientras la jalaba disimuladamente adentro de la casa—. Digamos que le dije cosas que igual no quería escuchar.

Las ganas de Camila, y más, por ver de cerca a Max no eran nada en

comparación con las que tenía Renata. Apuesto. No. Eso no lo apuesto. Lo afirmo.

—Te advierto, no me voy de Cancún sin conocerlo —siguió diciendo la mema de Camila.

—Eso lo sé. Espera un par de días, seguro te lo topas —le aseguró.

La tarde transcurrió relajada, unos en la playa, otros en el área de la alberca y hubo quien se tomó una siesta para recuperarse del viaje.

Al día siguiente ya por la tarde, luego de que nos recuperamos los que tomamos copitas de más la noche anterior, nos encontrábamos los nueve alrededor de la palapa divididos en dos grupos, divirtiéndonos con un juego de mímica que consistía en adivinar el título de películas.

—¡Con ese par no se puede! —se lamentaba Camila cada vez que le tocaba pasar al frente a cualquiera de los mellizos. Se adivinaban casi de inmediato.

—No seas llorona Cami —le reprochaba Julio, su hermano—. Ustedes tienen un miembro más.

—Sí, pero esos dos parecen compartir cerebro —agregó aquella.

Todos soltamos la carcajada.

—Hagamos algo —dijo Oscar—. Cambiemos de jugadores, Renata se viene a nuestro equipo y se van al otro Alfredo y Malena. Acá quedaremos cuatro y allá cinco. Ninguno de ellos tres elaboró los listados de películas, los hicimos Alejandra y yo.

Todos aceptamos y continuamos el juego.

Efectivamente, las ventajas al separar a los mellizos se equilibraron, ahora íbamos empatados. Era el turno de Renata para pasar al frente. Estaba metida en su papel haciendo una serie de movimientos dando la espalda al mar. De pronto Max subió las escaleras provenientes de la playa y nos hizo señas de guardar silencio colocándose uno de sus dedos índice sobre los labios. Todos los presentes sabíamos que el actor era vecino de playa de Renata y que eran “amigos”, sobre todo las chicas, que desde nuestra llegada, no hacíamos más que consumir a Renata a preguntas relacionadas con él. Yo no tanto, estaba mucho más enterada que ellas, además, esperaba el momento para hablar a solas con mi amiga.

De hecho, toda aquella persona que conociera a Renata y leyera revistas de espectáculos y/o viera en la televisión programas de farándula, estarían enterados de que algo había entre ambos, pues los paparazzi los captaban

regularmente, recordando además, la alfombra roja del lanzamiento de grabaciones de la serie donde Renata acompañara al galán, evento al que se le había dedicado más de una página en las revistas y donde lejos de darle importancia a la serie como tal, se especuló sobre la guapa mexicana acompañante del señor Rentería.

Las chicas enmudecimos al ver al tipo parado tras Renata y nos volteábamos a ver frenéticas. Sí que era increíblemente guapo aun en “malas” fachas como figuraba esa tarde, recién bañado pero con barba de tres días, un poco despeinado, en cómodos shorts, una camiseta suelta y chanclas.

Efectivamente: era todo un monumento digno de mirar detenidamente, recogiendo con el dorso de la mano la saliva escurriendo por las comisuras de los labios.

Renata sin darse cuenta de su presencia seguía en su papel, soplaba y movía los brazos de un lado a otro, como si esparciera algo. Max se le acercó un poco más y dijo en voz medianamente alta haciéndola pegar un brinco:

—“Lo que el viento se llevó”.

—E-Esa es —dijo Renata con apenas un hilo de voz, recuperándose del susto mientras nos mostraba a todos el papelito donde estaba escrito el título.

—¿Por qué tan nerviosa *twinky*?

Renata tomó uno de los limones sin partir que había en un tazón sobre la mesa lanzándolo al rostro de Rodrigo. Éste lo atrapó con pericia y lo lanzó inmediatamente de vuelta a Renata para darle en una pierna, Renata igualmente lo atrapó sin batalla, como sabiendo el punto exacto donde se dirigía el cítrico.

—El atinado vecino me espantó —dijo queriendo matar con la mirada a su fastidioso hermano.

Max le aplastó un beso tronado en la mejilla diciendo enseguida:

—¿Por qué no me presentas, Bonita? El del truco del limón es Rodrigo —afirmó con seguridad.

—Cierto —le dijo el aludido y se levantó hacia Max para chocar los puños.

—De izquierda a derecha tenemos a Alfredo, amigo. María Elena, novia de mi hermano Oscar, que está sentado al final del sillón... acá mi primo Julio —decía señalándonos a cada uno—. Alejandra... Manuel, otro amigo y mi prima Camila.

Incomodidad, sensación que le quedaba corta. No se sacaba de la cabeza lo sosa que debía parecerle después de su confesión.

—Gusto en conocerlos. Yo soy Maximil...

—Todos saben quién eres —lo interrumpió Renata poniendo los ojos en blanco—. En fin, preservando los modales, les presento a Maximiliano Rentería.

Max le guiñó un ojo y le sonrió coqueto. Renata se mordió el labio de abajo y tuvo que redoblar esfuerzos para que nadie notara de nuevo su nerviosismo.

—Bien, pues les falta un jugador. Si no les molesta, me uno.

—¡Por supuesto!

—¡Ayyy claro! ¡No molestas!

—¡Cómo crees! Siéntate aquí.

No pregunten quien dijo que. Todas hablamos al mismo tiempo. Menos Renata, que estaba en *mute*.

—¿Si te conté que lo mandé por el escusado? —se acercó Renata a decirme al oído.

—Sí —le contesté.

—Porque así fue.

—Sí que lo fue... ¿Le jalaste a la cadena?

—No. Que tonta. Omití el detalle.

La noche nos alcanzó jugando como preescolares. Todos la pasamos muy bien, incluso Renata, quien logró relajarse pasado un rato. Excepto Alfredo, los celos le carcomían por lo que se dedicó a embriagarse y Max, quien también estaba celoso por el beso de la playa, concretamente por no saber en qué lugar se lo había dado ni quién era ese sujeto en la vida de Renata, pero a diferencia del primero, él si se estaba divirtiendo.

Risas, diversión, alcohol, salidas a los parques recreativos, lugares turísticos y centros nocturnos, comida, charlas, juegos... Max se nos unía en sus horas libres y en los pocos ratos que pasaba acá, ya había entablado una buena relación de amigos y “cuñados” con el hermano más importante para Renata y por ende, para él.

Una mañana libramos un partido de “tochito”, juego conocido en Estados Unidos como *flag football*, modalidad del futbol americano que se juega sin placaje y sin derribar a los jugadores para detener la jugada. Todos participábamos. Julio le había lanzado el balón por el aire en una larga trayectoria a Max, pero Renata se lo había interceptado y trataba de

emprender la carrera hacia su zona de anotación. Él la detuvo por la cintura y se dejó caer de espalda sobre la arena sin soltarla, para amortiguarle el golpe, luego se giró rápidamente invirtiendo posiciones para quedar sobre ella con el balón en medio de ambos cuerpos. Los dos reían explayados. Max aprovechó para darle un tierno beso en la punta de la nariz.

—Bien jugado hermana —Oscar se había acercado rápidamente, interrumpiendo la romántica escena deportiva, estirando su mano para que Renata se la tomara y poder levantarla. Sacarla debajo del cuerpo del otro era su principal objetivo—. Estamos jugando al toque, Rentería. No era necesario lanzarla a la arena.

—Tranquilo. No le he hecho daño —le dijo Max levantando las palmas en señal de rendición y sin darle más importancia al protector hermano mayor dirigió su mirada a Renata—. ¿Qué te traigo para beber, Bonita?

El partido terminaba con aquella jugada y todos comenzaban a dispersarse.

Rodrigo y yo reíamos con complicidad observando al mamón de Oscar. Todo el tiempo estaba dando instrucciones o comentando cómo y cuándo las cosas debían hacerse, lo que no se realizaba según su manera, estaba mal. Punto y se acabó. Tratándose de Renata solía ser absurdo, mucho más represor que Don Oscar. En cambio Rodrigo era más relajado en todos los aspectos, un encantador ser libre, que si bien protegía a su hermana a capa y espada, si la sentía feliz él también lo estaba, nunca dudaba de su buen criterio. Solía ser bastante más celoso conmigo, debo reconocer.

—¿Y qué es lo que tienes con mi *twinky*?

—Una pregunta muy ambigua.

—Sabes a lo que me refiero —continuó Rodrigo.

—Tu hermana me gusta.

—Ese par le gusta a todos, eso no aporta diferencia —le había dicho Rodrigo, como si aquello se tratara de una obviedad.

—Cómo Renata al pendejo de Alfredo.

Se encontraban sentados en los camastros uno frente al otro. Ambos frente a nosotras pero ni ellos podían oírnos ni nosotros a ellos. Rodrigo me contó a detalle su conversación. Rodrigo y yo nos contábamos prácticamente todo. Max se rascaba la barbilla y Rodrigo se alborotaba el cabello muy sonriente.

—Alfredo fue novio de Renata hace más de diez años, pero el muy

idiota no quita el dedo del renglón pese que a ella dejó de interesarle al día siguiente que rompió con él. Te repito, hace más de diez años —se mofaron un poco de la ocurrencia para luego continuar diciendo—, es un excelente amigo de cualquier modo.

—Debo suponer que con este dato puedo bajar la guardia.

Rodrigo asintió con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Ahora me dices qué hay entre ustedes —seguía cuestionándole al que creía, su inminente cuñado. Lo estaba probando, le caía bien pero valía la pena echarle un interrogatorio para ver que le sacaba.

—¿Por qué no le preguntas a ella y vienes a decírmelo?

—¿Crees que no lo he hecho? —Rodrigo fingía demencia, estaba enterado lo suficiente pero aun así pretendía sacarle la sopa.

—Bien... pues quiero estar con ella y ella a veces quiere a veces no... me tiene loco. Me lo pone difícil pero me interesa en serio, puedes estar tranquilo. Así que ahórrate el discurso de hermano preocupado, no me apetece escuchar el discursillo trillado de “si la haces sufrir te la verás conmigo”.

—¿Tienes hermanas?

—Una y créeme nunca cometí la ridiculez de decirle a uno de sus enamorados una frase como esa.

—Pero pensaste en cobrártelas si ocurría.

Max no debatió ese último comentario de Rodrigo. Se limitó a darle una palmada en la espalda con camaradería.

Mientras ese par conversaba y los demás se marcharon a pasear por Cozumel, mi amiga y yo nos quedamos solas ¡por fin! Hora de poner los puntos sobre las ies y espantarle unas cuantas moscas a mi cabezona preferida.

—Max no es sólo el vecino famoso que te ha dado sus buenos besos y arrimones.

—Quítate los lentes, a menos que quieras bronceado estilo mapache —me dijo mientras nos sentábamos sobre la arena. Pasaba de medio día y el sol estaba en todo su apogeo—. Pretendió seducirme, eso es todo.

—Eso es lo que te has empeñado a creer, para así, tener el pretexto perfecto para zafarte. Siempre lo haces. Te conozco tan bien... he sido testigo fehaciente, todos en realidad, de las miradas y sonrisas que se lanzan... Max no desaprovecha oportunidad para acercarse a ti, para hacerte una caricia.

—Ya no hay más, ni lo habrá.

—¿Y cómo besa? Amigaaaa ¡está buenísimo! Dímelo otra vez...

Ambas giramos la cabeza hacia Rodrigo y Max que estaban a unos diez metros de distancia de nosotras, hablando y bebiendo cerveza fría bajo una de esas sombrillas enormes de palitos. Los dos varones nos observaban saludándonos con la mano. Volvimos a nuestra conversación penadas de risa.

—El *twinky* también se cae de bueno —le dije y volvimos reír.

—Max besa delicioso —murmuró melancólica—. No lo puedo comparar con nadie —Renata se rozó los labios con un par de dedos cerrando los ojos—. Te confieso que cuando subimos de tono las caricias por un momento pensé en no parar... en llegar hasta el final... ¿me entiendes?

—¿Y luego? —le cuestioné, sudando. Sin dejar de observarla. Por supuesto que entendía.

—Alejandra.

—Renata.

—No es el indicado.

—¿Exactamente con quien quieres tener la mágica experiencia de perder tu castidad? Si no es con alguien como Max, que te mueve las entrañas y que está encabronadísimamente gozoso ¿entonces con quién demonios?

Concluí la frase aspirando con exageración, tratando de recuperar el aire perdido por mi exasperante cuestionamiento.

—Deja de burlarte. No entiendes nada. Maximiliano está acostumbrado a ir de mujer en mujer, tu misma me lo dijiste.

—Eso dice la prensa de él. Podría ser mentira.

—¡Ay ajá! ¿Sabes también qué dirá y será verdad? Que la ilusa del yate se enamoró de él y ¡oh, oh! “Amigos, llegó el turno de otra”... Además si no fuera el caso, cada uno tiene su vida tan distinta de la otra y tan lejos de aquí, que nunca sería posible.

—No tienes por qué ver todo a súper futuro. Tú qué sabes. Quieres calcular todos los detalles, hasta en el amor ¡Renata por Dios! Deja de negarte... ¡me cagas!

Me levanté de ahí, tenía que mojarme un poco los pies, la arena me estaba picando. Renata se puso de pie de inmediato y fue tras de mí.

—No me niego. Por el momento prefiero evitarlo.

Comenzamos a andar hasta internarnos un poco en el agua, mojándonos hasta la cintura.

—El tema es que llevas evitando cualquier tipo de relación por más de dos años. El día que dejes de darle importancia a...

—Ni lo menciones —me interrumpió y se sumergió en el agua; nadó un poco y luego regresó—. Nadie ha despertado en mi lo que Max...

—¡Ahí está! —mi turno de interrumpir ¡tome!—. Disfruta lo que tienes ahora y déjate llevar.

—Ni siquiera me ha pedido que sea su novia.

—Eres más anticuada que tu abuela. ¿Es neta? Están saliendo punto. Ahí verán que se da —Me pareció que Renata por unos instantes sopesaba lo que le decía—. Hay riesgos que se tienen que correr. Tú no sabes a dónde podría llevarte lo que tienen y si no te llega muy lejos, ya disfrutaste del bombón que quiere contigo.

—No tenemos nada.

—Claro que tienen algo.

—¿Qué les pasa con ese algo? Si hay "algo" o no, lo terminé justo antes de que llegaran ya te lo dije, cuando me negué acostarme con él y le dije cosas que bueno... ya que.

—Pues no era necesario decirle que eras virgen ni mandarlo a la mierda... sin embargo ahí está, míralo.

La redundante conversación se vio interrumpida por unos tipos que se nos acercaron... los de la casa seis. Habíamos salido el agua y jugueteábamos en la orilla haciendo figuras con los dedos de los pies en la húmeda arena. Intentaban sacarnos plática y para mí sorpresa, Renata la seguía. Después de lo que fueran cinco minutos, advertí cómo Maximiliano se turbaba... ¡oh, oh, viene hacia acá! Max se paró del cómodo camastro en el que yacía desde hacía horas y caminó velozmente en la dirección en la que nos encontrábamos, no sin antes tomarse unos segundos para estabilizarse un poco por el mareo que le provocó el levantarse con rapidez pero sobre todo, por los efectos del alcohol que venía ingiriendo. Rodrigo se burló y lo siguió ávido de ver lo que pasaría.

Se detuvo enseguida de Renata y le pasó un brazo por los hombros, acercándola de un jalón a su costado, le sujetaba el hombro con la mano entera. Con la otra mano sostenía su cerveza.

—Mi amor, ya vamos a comer —le dijo escudriñando con la mirada a los intrusos. Sobre todo al que Renata tenía más cerca.

Renata lo miró intrigada, —“¿mi amor?”— debió preguntarse mentalmente...yo lo hice.

Rodrigo y yo reímos. Él, para ser acorde con la escena, me abrazó del mismo modo que Max a Renata y me dijo:

—Sí, ya tenemos hambre, “mi vida”.

A mí se me aflojaron las piernas. Rodrigo me había abrazado un millón de veces y hablado bonito otras tantas... siempre que lo hacía me pasaba lo mismo, aunque fuera chascarrillo.

—¿Eres él de la serie...? —le preguntó al actor el sujeto que platicaba conmigo segundos antes—. Rentería ¿verdad?

—Sí —Max se limitó a responder.

—¿Podemos tomarnos una foto contigo? —y me pasó el celular que traía en la mano.

Lo que me faltaba... Max robándome galanes.

Todos los amigos posaron para la foto menos uno: el chico que aprovechó el revuelo para intentar sacarle el número telefónico a Renata.

«Oye, iluso, no te lo dará»

Max no les apartaba la mirada.

—Gracias —dijo el sujeto parlanchín que le había pedido la fotografía a Max—. Y perdón, no queríamos importunar a tu novia.

—No fue nada —contestó Maximiliano intentando asesinar con la mirada al insistente chaval que no se separaba de Renata.

Los chicos emprendieron la huida. El parlanchín se llevó a jalones al que pretendía algo con la “novia” del actor.

Max se acercó a la oreja de Renata.

—¿Qué quería?

—¿Quién?

—Sabes de qué hablo.

—Pues eso, hablar. Evidentemente lo espantaste.

—¿Y tú querías hablar con ese tipo?

—Me da igual con quien hablo. Ahora lo hago contigo.

—Displicente.

—Entrometido.

Max le dio un beso en la frente y le sonrió tierno. Vimos cómo se daba la vuelta rumbo a su casa.

—¿Qué fue eso? —preguntó Rodrigo.

—Una foto y un tenemos hambre —Renata movió la cabeza diciendo no una y otra vez—. ¿Está ebrio?

—Mareado... Yo me refería al “mi amor”.

—Es la primera vez que lo veo así.

—¿Celoso?

—Borracho

—¿Y lo de “mi amor”?

—Está mareado tú lo has dicho.

Capítulo 8

REVELACIÓN INESPERADA

Mientras aguardábamos por unos cuantos minutos para ser ingresados por un costado de la puerta principal del centro nocturno, ligeramente apartados de la multitud que se conglomeraba en la entrada del lugar, Max se encontraba enseguida de Renata, la tenía tomada con una mano por la cintura y Renata no hacía por liberarse de su brazo; finalmente y luego de varios esfuerzos que el galán diario hacía por tenerla cerca, ésta se mostraba cooperadora, intentaba dejarse arrastrar por la corriente y parar de luchar contra la fuerte atracción que sentía por él, al menos lo haría esa noche. Yo trataba de no perder detalle pese a que Rodrigo me tenía sujeta rodeando mi cuello con un brazo, ahorcándome describía mejor la postura. Aun así pude ver clarito que Max buscaba con la mirada algo, lo encontró y apretó más a Renata, juntándola lo más posible a su cuerpo, luego le dio un beso poco largo en la sien al tiempo que los flashes se descargaban sobre nosotros.

—¿Por qué hiciste eso? —le pregunté como pude, pues Rodrigo no me soltaba, llevaba regañándome desde que salimos por, según él, mi diminuto short y mis altos tacones rojos.

—Porque me encanta verme en las fotos que ponen a circular con la bellísima mujer que me tiene la cabeza echa un lío, por eso —me contestó rápidamente, sonriendo.

Renata y Rodrigo nos miraron sin escuchar nada. Ella fuertemente tomada por la cintura, de manera romántica... yo: como perro con correa.

Teníamos la mejor mesa. Repleta de bebidas y cocteles. Todos bailábamos, cantábamos y disfrutábamos del show que por tradición montaban en el sitio. Max había invitado a su amigo David, quien tenía a las mujeres embelesadas. Max nos daba un caramelo que degustar para desviarnos la atención y así él disfrutar de su princesa sin interrupciones ni miradas curiosas. Los chicos ya tenían sus propios distractores montadas en

el escenario: varias bailarinas con diminutos vestuarios bailaban y hacían acrobacias al ritmo de la música; al frente, al lado y sobre nuestras cabezas, para donde voltearas encontrabas bailarines llamativos dando show. Yo no atrapé el anzuelo, no podía perderme detalle, Renata me lo contaba todo, pero si podía tomar nota personalmente, que mejor.

También tenía montado un discreto dispositivo de seguridad alrededor de todos, para impedir el acercamiento directo de fans y no se despegaba de Renata ni cuando ésta requería ir al baño, un extraño instinto animal de marcar su territorio lo venía asediando días atrás dada la presencia de Alfredo y su manera de comérsela con la mirada, sobre todo cuando ésta andaba en traje de baño. La presencia de los de la casa seis tampoco ayudaba. Eso lo irritaba y vaya que se notaba. Para colmo, el lugar estaba a reventar, por ello la hacía caminar literalmente cuerpo a cuerpo, aprisionándola con sus brazos forzudos.

—Puedo ir al baño sola. Te lo aseguro —le decía Renata cada vez.

—Y también puedo ir contigo —le respondía igual, cada vez.

—Tampoco es necesario que me lleves casi elevándome del piso —le gritó girando la cara para verle. Max bajó la suya para alcanzarle los labios pero Renata no le dio tiempo de lograr su cometido.

David, por su parte, ya había tomado a Cami como acompañante exclusiva y ella, pues fascinada.

Una de las canciones que se montaron en el escenario se trataba de una pieza muy animada que versaba sobre alguien que quería saber si la chica quería ser SU chica y que la quería hacer suya y sólo para él. Max se la cantaba directamente a Renata sonriéndole de modo muy seductor, abrazándola y acariciándole el rostro; el tema embonada a la perfección con la situación sentimental del dúo. Renata debió olvidarse de donde estaba y quienes les acompañaban, Max la tenía prendida. Los ojos de sus hermanos estaban fijos en ellos. Oscar molesto, era posesivo. Rodrigo, en cambio, parecía emocionado disfrutando de la novedad, su melliza merecía volver a enamorarse o ilusionarse, por lo menos.

Para cualquier par de ojos que vieran a Max y Renata juntos, era evidente la química y conexión existente entre ellos. Sólo se necesitaba presenciar las miradas que se profesaban. Max vivía para complacerla, era todo un caballero con cualquier dama, pero con Renata era más que eso. La trataba con devoción, no desaprovechaba ni un instante para alagarla y demostrarle lo mucho que disfrutaba tenerla cerca.

Así bailando, recitándole las frases de la canción a Renata en el oído, se deslizó hasta su boca y ahí delante de todos, le atrapó los labios con los suyos, dándole un largo y excitante beso que concluyó con la canción misma.

Oscar se paró de la silla no gratamente sorprendido, Malena lo volvió a sentar con esa sonrisa nerviosa dibujada en su cara. Creo que Max no le caía bien.

Y yo estaba en lo correcto. Oscar estuvo mal encarado, criticando todo cuanto Max hacía o decía, al grado de optar por salir del antro llevándose a Malena casi a rastras antes de que llegara la hora del cierre, obligándonos al resto, a regresar unos encima de otros en el vehículo de Max.

—No me gustó tu comportamiento de anoche.

—¿De qué hablas zorro?

—De tu beso sugestivo en medio de cientos de personas. El mamón ese tragándote y sus manos como pulpo por todos lados —le recriminó Oscar encabritado—. Chicas, ¿nos pueden dejar a solas unos minutos?

Renata, Camila y yo nos disponíamos para ir a comprar unos “clamatos” (bebidas preparadas con cerveza y mariscos que vendían en un pequeño barecito de mariscos muy próximo a la privada). Ayudaban a curar un poco la resaca provocada por la ingesta excesiva de alcohol. Cami y yo subimos al Jeep acatando la amable sugerencia de Oscar.

—No soy una niña. Hago lo que me place, donde me place y con quien me place. Déjame tranquila. ¡Y sus manos no estuvieron por todos lados!

Oscar le tomó una mano y se la acunó entre las suyas. Más relajado le dijo:

—Hermana, lo que digo es que cuides las formas, no es tu estilo besuquearte de ese modo en público, me sacaste de onda. Si quieres algo con él no esperes a desplegar tus afectos al calor de la noche y de los alcoholes.

—Mira Oscar, odio cuando te pones condescendiente —se soltó la mano—, no bebí más de tres copas, sabes que rara vez lo hago. Así que no fue al calor de la bebida y tampoco lo fue al calor de la noche, para que lo sepas, no es la primera vez que Max y yo nos besamos.

—Entonces aclárate las cosas, es mi concejo. Con ese tipo de hombre, mujeres como tú salen perdiendo, y no me refiero al cuerpo ¿ok?, hablo de que no quiero verte sufrir por alguien al que tú entregues más de lo que esté dispuesto a dar. Si lo que quieres es una aventura, vivir la experiencia,

adelante. Se vale. Sólo cuidado con el corazón. Ya hemos tenido bastante después de Freddy. No me gustaría verte sufrir por malas decisiones. Te quiero —le besó la frente y después de darle un fuerte abrazo, se alejó.

Renata se quedó inmóvil. Antes, era una chica de mente despejada y sin problema para conducirse por la vida, pero había dejado de serlo.

Mis concejos se contraponían totalmente con los de su hermano primogénito. Pero yo la conocía mejor, así que mi consejo también era mejor. Renata estaba confundida.

«Bien por mencionar a Freddy, Oscar»

Pensaba con toda mi ironía mientras Camila y yo descendíamos del vehículo, habíamos escuchado todo. Cami hacía una rabieta, odiaba cuando Oscar se imponía sobre todos, incluso sobre ella que era su prima, no lo hacía con frecuencia, pero igual le molestaba.

—No hagas caso, lo que te haya dicho no importa. Importa lo que pienses y sientas tú ¿de acuerdo? Eres la persona más sensata que conozco. Tú no tomas malas decisiones —le dijo.

«Pfff si supieras...»

Renata no contestó ni sonrió siquiera y a cambio nos instó a no seguir perdiendo el tiempo. Lánguidamente rodeó el Jeep por la parte de enfrente, ensimismada en sus pensamientos, sin darse cuenta que Max salía de su casa, recién bañado y tan guapo como de costumbre.

—Yo también voy de salida, si me lo permiten, podemos hacer los encargos juntos.

Renata conducía a alta velocidad. Max se colocó justo de tras de su asiento para masajearle con cariño la cabeza con ambas manos, deteniéndose de cuando en cuando en sus orejas.

—¿Siempre maneja así? —nos preguntó.

—Imagínala en la jungla de asfalto de la Ciudad de México —farfullé con sorna.

—¡Qué miedo! —agregó Max.

Reímos todos y por fortuna el ambiente se relajó un poco.

Renata volvía a estar distante con Max, sonreía, soltaba algún que otro comentario muy a su estilo mordaz, pero prácticamente sin mirarlo.

La noche anterior, después del tórrido beso, Renata le hizo señas a Rodrigo para que bailara con ella, todo para poner distancia; luego de algunas canciones más, me jalaron junto a ellos y terminé bailando, sin

proponérmelo, en medio de Max y Renata. No volvieron cruzar palabra a solas.

Durante las compras el comportamiento de Camila no ayudó, le faltó micrófono y un güey con cámara de video al hombro para hacerla de corresponsal ¡no dejó a Max ni a sol ni a sombra! Bueno, tuvo la desfachatez de preguntarle por su marca de loción.

¡Qué imprudente!

—Vamos. Necesito manos si queremos que la comida esté lista para cuando los demás se levanten hambrientos.

Con sus indicaciones, música alocada y su muy bien equipada cocina, preparábamos animosamente los platillos en la casa de Max. Renata sonreía de vez en cuando de nuestras tonterías sin salirse de su línea de “si estás aquí ni me inmutas” inmersa en sus propios pensamientos; en definitiva, la estancia en Cancún lejos de proporcionarle la tranquilidad buscada, la tenía hecha un verdadero lío. Y aunque se empeñaba en negarlo, moría por estar en sus brazos, en sus labios y ¡puesto que en su cama también!, pero estaba consciente de cuánta razón tenía el zorro de su hermano. Yo igual, muy en el fondo.

—Ahora vuelvo —Camila dejó de lado la labor que le encomendara Max y salió por el área del jardín para atender su teléfono celular.

—Siempre hace lo mismo —explicaba Renata—. Huye de las labores después de un rato. Demasiado inquieta.

Renata se dispuso a terminar el trabajo tirado por la prima, sabía que tardaría en volver.

—Yo no suelo dejar nada a medias, pero necesito ir a hacer algo —dije a manera de pretexto, aprovechando la oportunidad para dejarlos solos unos momentos.

—¡Genial! Par de flojas —me gritó Renata y salí de ahí corriendo muerta de risa.

—Mira, así es más fácil y rápido —Max se paró detrás de Renata. Pasó sus brazos entre cada uno de los de ella, que estaba en el fregadero de trastos limpiando camarones.

Tomó el pequeño cuchillo afilado sobre su mano y con la otra, ambos sostenían el camarón. Despacio, con la perita dirección de él, hicieron dos cortes semi profundos de cada lado, a lo largo del gigante crustáceo.

—De este modo... arrancas... la... cáscara... y... enjuagas los desechos

del animalito con abundante agua —le explicaba muuuy despacio, cerca del oído, arrastrando las palabras, poniéndole la piel de gallina.

—Entiendo... —mi amiga tuvo que aclararse la garganta antes de hablar.

—Ahora hazlo tú.

Max le soltó las manos y sin quitarse de su espalda, recargó las manos en el filo del lavadero y su barbilla en la clavícula de la Renata atolondrada. A mitad del trabajo, él comenzó a besarle el cuello, tentándola con el roce de sus labios; le recorrió la mandíbula hasta llegar al lóbulo de la oreja dándole un ligero mordisco.

—¡Ay! —exclamó Renata.

—No te mordí fuerte —le espetó, mirándola a la cara, quien también lo veía.

—¡Mi dedo!

Olvidada de su tarea, cerró los ojos para disfrutar de la sugerente caricia a la que era sometida, cortándose el pulgar izquierdo en lugar del camarón, desde la punta hasta casi llegar a la unión con la palma de la mano. Maximiliano maldijo en su idioma primario, abrió la llave para enjuagar con abundante agua la herida, se percató de que era un tanto profunda, no como para necesitar sutura pero tampoco tan superficial. Con una toalla desechable le envolvió el dedo para contener el sangrado.

—Arriba tengo material de curación.

—No es necesario, no me duele tanto.

—Está adormecido, en poco rato comenzará a arder. Además, podría infectarse.

No le dejó alegar más y la arrastró escaleras arriba.

—Rosita. Traiga por favor la caja de primeros auxilios.

Era la segunda vez que pisaba esa habitación. En esta ocasión pudo darse cuenta que se trataba de un cuarto muy amplio, casi dos veces más grande que el suyo en la casa aledaña; muy masculino y con decoración minimalista y toques tipo Luis XV, una extraña combinación agradable a la vista, sólo aquel cuadro espantoso desencajaba. El baño austero pero elegante. Una enorme terraza con sala de exteriores y un jacuzzi en el centro. Renata se imaginó con él desnuda dentro del mismo, envueltos en burbujas efervescentes. Sacudió la cabeza para deshacerse de la idea.

«¿Qué te pasa? Lujuriosa del demonio... ¡Tu dedo! ¡Tú dedo!»

Le limpió con agua oxigenada luego de volver a enjuagarle la cortada y le puso una pomada de extraño olor que le ayudaría, según su dicho, a reducir

el dolor y cicatrizar más rápido.

—Espera. Me duele... dame un minuto... quítame eso.

Camila y yo regresábamos al mismo tiempo. Oímos la voz de Renata en el segundo piso. Abrimos grande los ojos. Yo me tapé la boca con una mano, Cami las orejas.

—Sé que arde, Bonita, pero al rato se te pasa. Deja que se absorba dentro.

Empezamos a caminar en círculos frente a las escaleras, topándonos una con la otra.

—No sean malpensadas —nos reprimió Rosita entre risitas—. La señorita Renata se cortó un dedo y el señor Rentería se lo está curando.

Salimos de ahí para poder reírnos sin inhibiciones.

—Listo. Este vendaje lo traerás por el día de hoy. Toma el ungüento para que te pongas los siguientes tres días, con regularidad.

Renata cogió el raro frasquillo observándolo por todos lados. No tenía etiqueta.

—¿Qué es esto?

—Exactamente no lo sé. Es un remedio chileno que mi madre usaba para estos y otros tantos casos. Cada que voy a su país traigo conmigo una dotación de menjurjes que me la recuerdan —la melancolía lo envolvió—, sirve, lo prometo. No haría nada que pudiera dañarte.

—Gracias —no supo que más decir. Quería besarlo, por sobre todas las cosas y en todo momento y por cualquier motivo, quería sus labios trabados con los suyos. Carraspeó la garganta e inconscientemente se tentó la parte que le besara en los instantes del incidente.

—Juro no volver a distraerte mientras tengas un objeto punzocortante en las manos. Malita para la cocina ¿eh?

Sonreía así... así como para terminar de matarla.

—Mejor no te me acerques.

—Como si pudiera.

Después de comer como reyes Renata se subió a su recámara arguyendo estar hecha polvo. No volvió asomar la nariz fuera. De momento creía no poder más: las miradas cómplices de algunos, el semblante acusatorio y lastimero de Oscar, el encanto de Max y su sola existencia. Y por si no fuera suficiente, la simple presencia de Alfredo, que no venía al caso, pero para esas alturas todo le molestaba.

Cerca de las siete de la tarde y con inmensas ganas de verla, Max subió a buscarla pero la encontró dormida. En realidad cuando Renata escuchó pasos subiendo las escaleras, fingió estarlo.

Al día siguiente igual lo evadió. Max tenía llamado por la tarde y ella sabiéndolo, nos agarró a todas las mujeres para salir de compras toda la mañana. Nos topamos con él carro a carro cuando regresábamos y él apenas salía.

Y el siguiente Max trabajaría el día entero. Con suerte lograría evitarlo por el resto de la semana, era de fin de mes, tocaba Miami... el domingo la visita se esfumaría y según ella, podría afrontarlo la siguiente semana para pedirle guardar distancia definitivamente.

Sus planes no se podrían ver más mermados. Algunos estábamos metidos en una partida de póker y otros preparándose para salir de fiesta. Pude ver la cara de fastidio de Max cuando entró por la puerta corrediza del jardín como era su costumbre y se recargó en ella a observarnos. Renata estaba enseguida de Alfredo riéndose y retándose a desistir primero, luego de ser ella quien “perdiera la mano”, se levantó para ir a la cocina.

—Güey, éntrale —Lo invitó Rodrigo al verlo pasar tras Renata.

Se refería a sentarse a jugar baraja, pero Max se limitó a saludar con la mano, del modo que lo hace un soldado a sus superiores.

—Tenía que verte. Mañana salgo temprano al aeropuerto.

—Buen viaje.

—¿Eso es todo?

Renata lo miró por unos instantes arqueando las cejas.

—Prima, ya nos vamos —oooootra vez Camila la inoportuna. Que tino de veras —Julio, Alfredo y yo vamos a un bar que nos dijeron está de pelos en la Quinta Avenida. ¿Qué dices Max?

—Gracias, viajo mañana. He venido a despedirme.

—Vamos, los llevo —dijo Renata para poder salir de ahí cuanto antes. Cada minuto al lado de Max le pesaba una tonelada.

—Pediremos Uber...

—Los llevo, dije.

Camila y Max se miraron unos instantes, extrañados por el repentino tono malhumorado de Renata.

—En ese caso voy contigo, para que no regreses sola —se ofreció Manuel que entraba justo en ese momento a la cocina.

—Déjalo Manny —le dijo Max haciéndole señas para que fuera a

sentarse de nuevo en el casino improvisado—. Yo la acompaño.

Manny era el típico personaje siempre dispuesto a ayudar. Amigo de los gemelos de la Universidad, más de Rodrigo que de Renata; un tipo con cuerpo de fisicoculturista, porque lo era, de concursos y todo eso. Sería guapo si no tuviera hasta la cara con los músculos marcados. A veces imaginaba que podría masticar una cuchara y tragarla, si se lo propusiera.

A Renata no le quedó otra alternativa. No pensaba evidenciar ante todos que deseaba con todas sus fuerzas mantenerse alejada de su pretendiente, no después de tanto estira y afloja.

—Vamos en mi camioneta —ordenó Max de esa manera tan firme que lo caracterizaba, desertando a Renata del combate.

—En ese hotel nos hospedamos alguna vez —afirmó Alfredo señalando uno de los resorts apenas a unas cuantas cuadras del alojamiento, sobre la avenida principal de la turística ciudad. Había un tránsito infernal, lo que nos hacía avanzar a vuelta de rueda.

—Cierto —continuó Camila—. La vez que Sofía despertó con una de las *tutsi pop* de Renata pegada en el pelo —todos rieron al recordar, más no así Max.

«*Sorry* lindo, chiste local»

Incluso Renata no pudo evitarlo, se trató de un viaje muy gracioso, lleno de percances de esos, muy infantiles.

—Sofi, siempre pasándole cosas... —dijo Julio suspirando.

—Pasándole de todo y ella pasando de ti, hermano.

—Nunca me peló. Enamorada de Oscar, así cómo...

—Lástima por Sofía, no todos tenemos la dicha de que algún Palacios nos haga caso ¿verdad Renata? —Alfredo formuló aquella pregunta acariciándole la cabeza desde el asiento justo detrás de ella. Renata giró los ojos sin responder, sabía por dónde iba su ex.

—¿Por cuánto tiempo más seguirás ignorándome?

Dejaron a los alborotados en un lugar en Playa del Carmen, a una hora de camino de la privada y regresaban en silencio, Renata viendo por su ventanilla y Max concentrado en la carretera hasta que no pudo más, habían pasado más de veinte minutos.

—No lo hago.

—Sí lo haces y ya no lo resisto —Renata se giró para verlo. Su mirada

se denotaba un tanto taciturna. La de Max no era más animada—. Pasas de mí, así, sin más.

—¿Desde que me besaste en el antro delante de todos?

—Me correspondiste.

—Mantente alejado. Por favor —dijo lo último con apenas un susurro de voz, suplicando.

—¿Y qué con que te besara delante de todos? ¿A qué le tienes miedo? ¿De quién nos tenemos que esconder? ¿Puedo besarte mientras nadie nos vea? Si es así, orillo la camioneta ahora mismo.

Renata no respondió a ninguna de las preguntas. Volvió la mirada a la ventana, no tenía ánimos de discutir ni explicar nada. Se suponía que esa conversación tendría lugar después.

—No sigas fingiendo que no hay algo intenso entre nosotros, por favor.

—Deja de llamar "ALGO" a lo que sea que pienses que tenemos —lo interrumpió molesta.

—Pues tú te has empeñado en determinar que no hay nada, que nunca lo hubo.

—Nos hemos divertido y ya.

—Para divertirme tengo amigos, sobrinos... un perro. Contigo tengo más que eso y quiero más, pasar al siguiente nivel.

—Ya hablamos de ello. No tengo más que ofrecerte, di lo que tenía para ti.

Max movió la cabeza desaprobando esa última locución de Renata.

—No tengo prisa contigo ¿sabes? Para sólo querer acostarme en todo caso ya invertí más tiempo del necesario. Te lo aclaro por si es eso lo que te preocupa. No niego que te deseo con cada centímetro de mi piel desde el primer día que te vi y que sepas que mis intereses no cambiaron, desde el día uno contigo me siento feliz, disfruto todo lo que hacemos juntos y me invade un vacío cuando no te tengo a mi lado. Puedo esperar a que estés lista, me voy a contener, lo prometo, porque sé que todo esto es mutuo. Lo confirmé al sentirte vibrar casi desnuda en mis brazos, mientras te acariciaba y recorría con mi boca...

—¡YA! —lo interrumpió Renata de nuevo.

Maximiliano la miró y se dio cuenta que Renata se sentía apenada. Moría de curiosidad por saber las razones por las cuales nunca hubiese estado con un hombre de manera más íntima.

—Pero no prometeré alejarme de ti...

—¿Por qué estacionas aquí?

Después de que el silencio reinara por el resto del trayecto, cada uno sumido en sus cavilaciones, Max detuvo su vehículo en un aparcamiento destinado para visitas dentro del conjunto habitacional, pasando de largo de sus residencias.

—Porque no pienso dejar inconclusa esta conversación y tú, por muy extraño que me parezca, no quieres que nos vean juntos —diciendo esto, salió del auto y rodeó para abrir la puerta de Renata y hacerla bajar.

—No se trata de eso...

El sitio destinado para aparcar los choches de los visitantes estaba ubicado al final del condominio a un costado de la casa principal. Al frente, había una pared de rocas con una rústica escalera de la misma piedra para ascender a una amplia y bella terraza con vista al mar; circundada por una pared mucho más baja, adornada con unos macetones de flores de diversos colores e iluminados para dar luz al lugar y delimitar sus bordes.

Renata bajó de la camioneta antes de que Max le abriera la puerta para intentar tomar camino con dirección a su casa de alquiler pero Max la detuvo de un brazo.

—¿Habías estado aquí?

—No.

—Necesitamos algunos minutos a solas y este el lugar perfecto.

—Nos están esperando —Renata le alegaba mientras era remolcada escaleras arriba. Hacía lo posible por no continuar con aquella conversación que la incomodaba sobre todo porque los temores que de un año a la fecha habían disminuido considerablemente, podrían hacerse presente de nuevo si la relación con Max crecía y más aún, si se proliferaba... aunque ya era tarde para eso, dada la profesión del hombre, algo podría hacerse para revertirlo.

Maximiliano hizo un gesto de me importa poco y una vez sobre la planicie la llevó hasta la media barda que daba frente al mar. Renata admiró el paisaje por unos cuantos segundos y antes de que pudiera decir algo, Max la tomó de la cintura para girarla y elevarla hasta dejarla sentada sobre el ancho de la barda y se colocó entre sus piernas. En esa postura sus rostros quedaban frente a frente. Se quedaron en silencio mirándose, miradas llenas de ilusión, esperanza, deseo. Miradas que intentaban revelar los más profundos sentimientos que nacían del uno por el otro, sentimientos tal vez comunes.

Max acunó la cara de ella entre sus manos, luego le dio un corto y suave

beso en los labios que Renata no hizo nada por evitarlo y sin esperarlo, le dijo un par de palabras que él no pronunciara antes, nunca en ese sentido, sorprendiéndola, sorprendiéndose.

—Te quiero...

Y le beso de nuevo.

Se quedó helada. Si bien no se trataba de una declaración de amor infinito, incondicional e indestructible, para Renata era demasiado. Estaba ante un momento en su vida en el que se veía obligada a enfrentarse a sí misma y su pasado... ella también le quería.

En su pasado versaba un sólo hecho que la atormentaba, ese que no se había atrevido a afrontar por el miedo al daño que podía provocar a terceras personas si salía a la luz. Pero ahora debía decidir entre seguir adelante para entregarse al amor que probablemente tocaba a su puerta o permanecer como hasta entonces, sola, con miedos y presionada a distancia por un tipo al que no veía desde entonces. Con ese “te quiero” cambiaban las cosas, ya no se trataba de evitar seguirle la corriente a Max con sus besos y caricias hasta llegar a tener relaciones sexuales. Ya no era decidir si quería jugar a los amantes. Ese “te quiero” cambiaba las cosas.

Y ahí estaban, Max, que detrás de él habían decenas de mujeres que habrían entregado el alma al diablo por un "te quiero" y Renata, temerosa de lo que, sin duda, tendría que afrontar en consecuencia.

Tiempo al tiempo. No respondió nada. Lo abrazó con fuerza, como aferrándose a él. Y lo besó apasionadamente.

Max se refrenaba con una amplia sonrisa repleta de gozo.

—Para ese modo de besarme o retiro la promesa de contenerme.

Capítulo 9

DOS MENSAJES

No obstante tener la mayoría de días soleados y con lluvias de corta duración, ese día en especial las nubes casi negras amenazaban con no detener sus ímpetus por largo rato. Lo mismo pasaba en la mente de Renata: un tormento. Hacía un par de días que había recibido un mensaje de texto inquietante en su teléfono móvil y para Max no pasaba inadvertido, la notaba sonreír menos, permanecer callada por interminables periodos de tiempo.

Desde aquel te quiero habían comenzado una linda relación de cuál sólo nos participó a Rodrigo y a mí, pidiéndonos le guardáramos el secreto hasta en tanto no se cerciorara a dónde podría llevarla.

Pero no pasaron unas cuantas semanas para que aquél sujeto que le acarreará problemas con anterioridad, volviera a aparecer. En el mensaje se había limitado a decirle: *"No me olvido de ti... te sigo observando"*.

De un año a la fecha, Renata había decidido cerrar todas sus redes sociales y cambiar su número de teléfono celular así como sus correos electrónicos tanto personales como de la empresa, para con ello evitar que se pudiera poner en contacto con ella de manera directa, lo cual había conseguido hasta entonces. Y aunque nada pudo hacer con el teléfono de su casa ni oficina, tampoco hacía falta, no le llamaba ni dejaba mensajes en esos números. Hablando con su hermano mayor le había asegurado que seguía en Canadá estudiando otra especialidad financiera. También Sofía afirmaba lo anterior.

Descartaba la idea de que la observara en persona, bueno era que no, eso le provocaba escalofríos. Era imaginar su cercanía y sentir desfallecer.

Tampoco era difícil para el detestable acosador conseguir sus nuevos datos de contacto ni saber sobre su paradero, tenían demasiadas personas en común y exclusivamente la madre, su hermana Sofía y yo, sabíamos lo

sucedido.

Aun sintiéndose temerosa a causa de la reaparición de quien le tenía el pie puesto en el cuello, y no obstante en haber pensado por momentos que lo mejor sería dejar de ver a Max, decidió que no, que esta vez no se dejaría amedrentar y qué pasará lo que tuviese que pasar. Los días al lado de Max eran maravillosos, pasaban juntos todo el tiempo libre que tenía él y ella escribía con alegría mientras no lo veía; su relación se fortalecía. Un sueño convertido en realidad minuto a minuto que se negaba volatizar por una persona detestable que se obstinaba en arruinarle la vida.

4:54pm

Alejandra: Debes hablarle sobre él...

Renata no había provocado las circunstancias.

Renata era fuerte de carácter, determinante y de ideas firmes, congruente en pensamientos y actos. Era atenta y entregada a lo importante en su vida, era fácil quererla. Por desgracia, una persona en la que ella confiaba ciegamente le había traicionado y dislocado su mundo, llevándola de mentira en mentira y a cerrar las puertas al amor.

Ese día de tormenta hizo un recorrido mental de los sucesos, pensó en lo que hubiese pasado si ella hubiere dado la cara a todos y en las posibles consecuencias; no era una persona de las que se arrepentían sobre su toma de decisiones y esa no sería la primera vez. Si antes no lo hizo fue por motivos que en ese tiempo consideró relevantes, no estuvo dispuesta a llevarse bajo sus pies a nadie, pero ahora era distinto, y no es que ahora quisiera llevarse arrastrado a alguien, sino que ahora si se dejaba amedrentar de nuevo la que saldría arrastrada sería ella. Ahora sería egoísta. Ahora se trataba de ella y de Max. De que lo amaba por sobre todo y sobre todos, aunque Max no lo supiera.

Ensimismada en sus pensamientos sentada en el sillón de jardín bajo su palapa, no se daba cuenta que la lluvia caudalosa que castigaba el puerto con tremendos ventarrones, la tenían mojada y con el cabello revuelto, había estado llorando pero las lágrimas no se dejaban ver por el agua en su cara; permanecía con los ojos cerrados con la cabeza recostada en el respaldo del asiento.

—Bonita ¿qué haces? Llueve a cantaros.

Renata se sorprendió ante la presencia de Max. No lo esperaba hasta entrada la tarde. Se paró de un salto y se lanzó a sus brazos quien la rodeó con ellos. En ese preciso lugar se sentía segura, protegida, todos los pensamientos que la tenían engarrotada bajo la palapa se desvanecieron en el instante mismo en que sintió que ahí, en los brazos de Max, nada malo podría pasarle. Encontraría el momento para hablarle de sus temores y angustias. Se besaron bajo la lluvia hasta que un relámpago los despertó de la ensoñación. Escurrían agua de pies a cabeza.

—Entremos —le dijo—. Aunque podría morir partida por un rayo si sucediera rodeada de tus brazos y el calor de tu boca en la mía.

—Renata, te quiero.

La lluvia era realmente abundante y no parecía ceder. Por lo que sus planes de salir un rato decidieron cambiarlos para otro día. Renata subió a ponerse unos pijamas delgados de algodón mientras Max se quedaba en bóxer dejando su ropa mojada a secar en la máquina. Se enredó en la cintura una toalla que encontró en el cuarto de lavandería.

—¿Dime que traes algo bajo esa toalla? ¿Por qué no vas y te pones ropa seca a tu casa?

—Porque si voy y me pongo ropa seca y quiero volver aquí, llegaría con la ropa mojada de nuevo. Y si, si traigo algo bajo esta toalla. ¿Tienes que ser tan mojigata? —Soltó una carcajada.

—Mis preguntas eran sin pretensiones simuladas.

—Lo sé. No lo he dicho en sentido despectivo. Pero ven acá y bésame. Lo mojigata te lo habré de quitar.

—¡Para de decirme así!

Max le quitó el enfado a besos. Cenaron unos bocadillos de queso, melón y jamón serrano y se recostaron en el cómodo sofá de la sala de estar. No iba la mitad de la película que escogieran para ver, cuando los dos estaban profundamente dormidos, abrazados.

Habían pasado toda la noche en ese sillón. Era la segunda noche que dormían juntos. La primera había sucedido cuando Max le retuviera la llave de su casa, pero esa no contaba en estricto sentido: en polos opuestos de la enorme cama y con almohadones de por medio. Esta era una noche diferente. Renata no se había obsesionado con la idea de que ya fuera hora de cada quien a su casa, a su cama. En realidad, había despertado más de una vez por la noche y al darse cuenta donde seguían, no hacía más que apretársele más. Al despertar esa mañana, una sonrisa en sus rostros no podía reflejar más que

felicidad absoluta.

2:12am

Renata: Ale... ¿estás despierta?

2:18am

Renata: Hoy fue otro día fenomenal, como todos mis días a su lado... fue el cumpleaños de David y dio una fiesta en el yate, lo pasamos genial... comí mucho, creo que por eso no puedo dormir... Max está enseguida de mí... ronca, eso tampoco ayuda a que concilie el sueño... Había poca gente, varios actores... te hubiera encantado estar ahí... estaban las amigas esas que por poco y me matan de celos cuando las hospedó en su casa, son bastante cómicas con traguitos de más... también estaban George y Mike, y otro tipo muy gracioso, el de efectos especiales creo, se la pasó contando chistes, ya sabes, de humor gringo, yo no me reía de los chistes, sino de la risa de las monas estas y los comentarios que hacían luego de cada intervención del aquél, te digo, súper cómicas... saltamos del barco a nadar en mar abierto, fue delicioso y muy divertido... Max, divino conmigo como siempre... amiga... lo amo.

9:28am

Renata: Max me ha regalado una pulsera. Tiene nuestros nombres entrelazados. Le cuelgan unas pequeñas plaquitas, una tiene la fecha en que nos conocimos, otra con la de nuestro primer beso y otra con la de la noche del primer te quiero...

“¿Encandilada por la estrella?... Te apagaré la luz.”

Así el segundo mensaje de número desconocido y distinto al anterior. Renata tembló. Borró el mensaje una vez leído y releído.

Max la miró con expectación. Renata se había puesto tan pálida como un papel.

—¿Pasa algo?

Por la cabeza de Renata pasaban un millón de cosas. Los días seguían transcurriendo y no encontraba el momento para hablar con Max al respecto. No venía al caso o estaban ocupados en actividades diversas o rodeados de gente o simplemente la determinación con la que solía actuar no aplicaba tratándose de su mayor angustia en la vida.

Tenía tanto miedo que se limitó a negar con la cabeza y la colocó en las piernas de Max que se encontraba sentado en el cómodo sillón de la sala de televisión de la casa de aquél.

—Si pasa algo... ¿tiene que ver con el mensaje que acabas de recibir?
—Max insistió.

Era su oportunidad... Renata la desperdiciaba. Renata tonta.

—Bésame —le ordenó sentándose a horcajadas sobre él, en lugar de contestarle lo que debiera.

Lo besaba con un desenfreno nunca empleado, desarreglándole el pelo. Sobre sus labios dejaba de pensar. Su cuerpo se movía sobre el de él de manera muy sugerente, Max le acariciaba la espalda de arriba a abajo con ambas manos y de cuando en cuando le sostenía la nuca.

Nunca se habían besado de ese modo. Renata nunca había besado de ese modo, ni a Max ni a ningún otro.

Varias ocasiones los besos entre ellos se subían de tono pero Max los contenía antes de sobre excitarse, esperando a que Renata mostrara más intención, ahora Renata estaba mostrando toooda la intención.

—Frena... —le dijo Max en un susurro muy delicado mientras le besaba el lóbulo de la oreja—. No sé qué te dirían en el mensaje para ponerte así, pero le agradezco a quien quiera que haya sido... —le sonrió muy desfachatado mientras seguía dejándose llevar por los ímpetus de ella—. Tienes que detenerte ahora... —le apremió más gimiendo que hablando. La respiración la tenía acelerada igual que ella—. O seré yo quien después no podrá hacerlo. Renata.

Sintiendo los ímpetus de Renata decidió participar y le sujetó con ambas manos de las pompas debajo del vestido abierto por la posición en la que se encontraba sobre él, apretándola más a su cuerpo.

—No te detengas.

—¿Estás segura? —Le preguntó asombrado mientras se levantaba de su asiento con ella montada en él.

—Más que nunca.

Renata se le aferró con piernas y brazos para que Max pudiera subir las escaleras con ella a cuestas; entraron en su recámara y se sentó al borde de la cama con ella igual, montada en él.

—Te deseo demasiado... —ella se mordió el labio inferior con los nervios a punto de desgarrarse—, no tengas miedo, he dicho que ya no podría detenerme pero no será así... si en algún momento no quieres seguir dilo ¿de

acuerdo? Quiero que seas mía en todos los sentidos, pero que lo disfrutes, que estés muy segura.

Renata asintió con la cabeza. Se acercó a sus labios y continuó besándolo, suavemente. Su boca temblaba tanto como su cuerpo entero; aquél hombre que se percataba de cada temblor, la acariciaba con ternura, dejando que un mimo diera paso al siguiente. Le frotó las piernas desde los muslos deslizando las manos por dentro del vestido de tela de camiseta que llevaba hasta llegar a la espalda para desabrocharle el sostén. Ella se despojó de la ropa con un torpe movimiento pegándole con el codo en la mandíbula. Enrojeció de pena y ambos soltaron una risa tonta que de inmediato Max cortó cuando le quitó la parte de arriba de su ropa interior dejando los firmes pechos de Renata al descubierto, ante sus ojos. Los tomó con cada mano, luego soltó uno y se lo metió a la boca, propinándole un ligero y fascinante mordisco. Renata gemía al sentir la dureza de Max pronunciándose más y más.

—Bella... divina y deliciosa.

Renata intentó cubrirse recargándose en el pecho de Max pero éste la bajó de su regazo para colocarla sobre la cama y ponerse sobre ella, sujetándola por las muñecas con los brazos extendidos a los lados de la cabeza.

—Déjame contemplarte. No sabes cuánto he soñado con este momento.

La soltó para deshacerse de la camiseta que llevaba puesta y comenzó a recórrela con manos y boca por todo su cuerpo.

De pronto, la mente de Renata se nubló... se fue al lado oscuro. Pasó lo que pasa cuando tu alma está inquieta, cuando subconsciente domina a consciente...

—Freddy no...

Max se paró de un salto de la cama y se agarró la cabeza con ambas manos. Comenzó a caminar por todo el cuarto. Renata se incorporaba atónita de lo que su lengua disoluta había soltado mientras la ira de él iba en aumento... escuchar cómo en ese íntimo momento Renata le llamaba por el nombre de otro lo hizo despotricar. Su autocontrol lo abandonó por completo.

—Tengo meses haciendo de TODO con el ÚNICO propósito de tenerte desnuda en mi cama ¿Sabías? ¿Y tú me llamas por el nombre de otro? ¿Tenías que estar pensando en este momento en Alfredo? ¿Es en serio? ¿Fue quién te mandó el mensaje?

Le salían las preguntas una tras otra, cada una con mucho más volumen

en su voz que en la anterior.

—F-Freddy no... no es A-Alfredo. Freddy es... un...

—¡BASTA! En todo caso ni me importa saber quién ese pendejo. Es obvio que es alguien de quien deseas sus atenciones.

—Por favor, déjame explicarte. El mensaje era de... —le suplicaba en tanto que Max le interrumpía de nuevo. Furioso sería un calificativo corto. Un perro con rabia sobrellevaba mejor la calma.

—¡NO! ¿Acaso crees que esto requiere explicación? Hazme el favor de callarte. No eres más que una provocadora que se baña de pureza inexistente. ¡Estoy harto de ti! Para qué quiero tu cuerpo si tienes la mente enferma... juegas con sus encantos. Estoy cansado de tu inocencia fingida...deja de mentir, no eres más que una pu... mujer que se disfraza de niña tonta y que se divierte seduciendo bajo un manto que no tiene. Virgen ¡Ajá! Como si esto fuera cierto. Como si eso fuera importante... ¿No podías disfrutar el momento calladita y ya? ¿Tanto te costaba acostarte conmigo? Lárgate de aquí. No quiero verte, ni tocarte, ni besarte ni una vez más, nunca... ya perdí el interés en ti. Busca a tu Freddy para que te haga temblar en la cama y dejes de imaginar que soy él. Vete. A mí mujeres me sobran, no necesito lidiar contigo... no necesito más estupideces.

—Max por favor yo... —le rogó inútilmente.

—¡QUE TE LARGUES! —le gritó tan alto y tan fuerte que la hizo estremecer.

Renata comenzó a sacudirse de modo incontrolable, los dientes le tiritaban... los recuerdos le comenzaron a invadir. Sintió ganas de vomitar y en la boca del estómago un nudo doliendo en lo hondo, profundamente.

Maximiliano recogió del piso el sostén y el vestido de Renata y se los arrojó al rostro.

Destrozada, con el corazón hecho pedazos, se ponía la ropa mecánicamente. Estaba absorta, llena de miedo y dolor. El hombre en cuyos brazos se creyó segura le humillaba del modo más vil, la echaba de su lado sin la oportunidad de explicarse, y lo peor, lo amaba tan profundamente que el alma le escocía.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas sin poder contenerlas. Se las limpiaba una y otra vez. Se odiaba en ese momento por dejarse ver tan vulnerable.

Y Max que no dejaba de mirarla.

Después de vestirse, ya en el umbral de la puerta de la habitación le dijo

con profunda tristeza en sus ojos, en su voz: —Jamás me atrevería a compararte con Freddy, él es el ser más... olvídale... tú, tú... —señalándolo con su dedo índice vibrándole—, tú no eres más que un imbécil.

Bajó las escaleras corriendo, buscó en la sala de estar su bolso y su teléfono celular. Agarró sus zapatos con una mano, no se detuvo a ponérselos, se arrancó la pulsera que le regalara; varias piezas salieron volando así como volaban por los aires sus ilusiones para luego aterrizar en el suelo. La depositó de un manotazo sobre la mesa de centro de la sala disponiéndose a abandonar el lugar.

Para ese entonces él estaba parado en el último escalón de la escalera que llevaba al segundo piso. Renata con el rostro bañado en lágrimas pasó enseguida. Muy cerca. Sus miradas se encontraron pero ninguno de los dos dijo nada más.

11:41pm

Renata: Solté mi mierda.

Renata: Me mandaron a la mierda...

Renata: Max... Maximiliano Rentería es un MIERDA.

Capítulo 10

LOCURA CONSCIENTE

Confundida, desconcertada, decepcionada... faltaban calificativos para describir sus sentimientos una vez atravesar la puerta principal de su casa. No paraba de sacudirse y las lágrimas le escocían a borbotones sin poder aguantarlas. No entendía lo sucedido. Todo iba tan bien... no podía creer que mencionara a Freddy ante el único hombre que había amado en su vida y en medio de la noche más anhelada de su existencia. Pero lo que menos lograba comprender, era la reacción desmedida de Maximiliano; la cerrazón, su ira, los insultos y humillaciones... su desconfianza. La había corrido de su casa, de su vida. Renata estaba destrozada. El amor que sentía por Max era el más puro y sincero. El amor que soñó y ansió con todas sus fuerzas sentir por alguien lo había encontrado en la misma persona que minutos antes le despreciara.

Renata pasaría en medio del llanto esa noche, el día siguiente y el siguiente y el siguiente... llorando mientras se daba un baño, mientras comía, llorando despierta y llorando dormida.

En su cama echa ovillo, lloró hasta ver el alba, hasta que Morfeo le robo sus sollozos.

8:47am

Alejandra: Sé que no estás bien... pero por favor dime que lo estarás...

Renata: El que se enamora pierde, perdí. A él solo se le resbaló la vecina de la cama...

Escribió por días enteros sin hacer pausas casi ni para comer, sólo para ejercitarse y realizar necesidades básicas. Dormía unas cuantas horas cuando comenzaba a despertar un nuevo día. Max de cuando en cuando, salía a la

terrazza o al área de la alberca buscándola con la mirada. Él se había dedicado a trabajar, a pasar la mayor cantidad de horas posibles fuera de la residencia y así reprimir la necesidad de verla. Estaba sufriendo, con el ego lastimado, se creía engañado, defraudado. Renata, SU Renata, se había desplomado de la nube en la que él personalmente se había encargado de colocarla. Sin embargo, con verla a lo lejos y por unos minutos, le hacían imposibles sus intentos por odiarla. Como el día en que le vio arremeter con puños enguantados y patadas certeras contra un costal de box que ésta recién había mandado instalar en su jardín para descargar el coraje que sentía; extremadamente sexy en su diminuto short deportivo y ajustado top que dejaban ver su escultural anatomía brillando de sudor, lo dejó babeando. O cuando la vio permanecer por cerca de una hora sentada sobre la arena mirando al negro infinito, iluminada por el farol colocado en la escalinata de la playa. O aquella vez que dormía abrazada a sus rodillas, tumbada en un camastro.

Sus pensamientos lo atormentaban a cada instante tanto la viera como no lo hiciera. El nombre de Freddy ya no sólo retumbaba la cabeza de Renata, también en la de Max, estaba celoso. Celoso de que Renata ya no le pertenecería más, de que en realidad nunca le hubiese pertenecido. Con cada pensamiento hacia Renata el vacío que sentía en la zona baja del esternón parecía profundizarse junto con una fuerte opresión en el pecho, síntomas de un corazón roto, él desconocía el diagnóstico de su enfermedad. Y es que nunca antes nadie se lo rompió. Al de Renata tampoco, sin embargo ella era consciente del inmenso amor que le tenía. Max aún no.

En una ocasión, cuando Max estudiaba detenidamente unos libretos, la vio pasear por la playa jugueteando con la espuma que dejaban las olas en su retirada. De pronto Renata fue mar adentro, hasta que la cabeza le quedó cubierta por el agua. El corazón de Max aceleraba sus latidos cuando después de unos largos segundos miró como emergía nadando hacia las profundidades. No supo calcular cuánto se adentrara, pero era diminuta a la vista lo cual le colocó en un extraño grado de nerviosismo. Max no era impresionaba con facilidad, tampoco era impaciente, pero es que ya no era casi nada de lo que fuera tratándose de Renata. Como seguía sin regresar y la travesía llevaba varios minutos, muchos, parecía que flotaba a lo lejos, decidió que era mejor salir a buscarla. Ya se encontraba bajando los escalones cuando avistó su regreso a nado acelerado. Se recostó a esperarla en un camastro que estaba recargado en el muro de piedra bajo un árbol de su

área playera, le tomaría algunos minutos más llegar a la orilla. Sólo se cercioraría de que se encontraba a salvo. No tenía la intención de cruzar palabra con ella, pues a su consideración ella había fallado y él era incapaz de verlo de otra forma.

Renata salió del agua agitada y se derrumbó sobre la arena para recuperar el aliento. No vio a Max. Jamás volvió la mirada en su búsqueda luego de su ruptura.

El comportamiento extraño de Renata no menguaba: nados extremos y peligrosos, peleas con costales, siestas a media tarde y lo que faltaba... estaba ebria y sola; las blancas y finas cortinas cerradas se movían por el ligero viento. Tumbada en el sillón de una persona con la cabeza en un descansabrazos y las piernas dobladas sobre el otro, sorbía de un vaso grande tipo termo colocado en el piso con un popote conectado a otro y a otro de modo que desde la posición en la que se encontraba, sólo tenía que inclinarse para beber el contenido. En una mano el celular controlando la música conectada por *Bluetooth* al sistema de sonido y en la otra un cigarro. Cantaba con su cara roja e hinchada por el llanto o de tanto beber o por ambas cosas... Max entró por la puerta corrediza del ventanal y se paró frente a ella pero sus ojos cerrados con lágrimas rodando le impedían verlo y la música era excesivamente elevada como para poder escucharlo; sin hablarle, optó por sentarse en la mesilla de centro, a menos de un metro de distancia de ella. Un impulso de celos lo había llevado hasta ahí, pensando que la encontraría en compañía de alguien. Freddy tal vez.

Al terminar la canción Renata abrió los ojos, lo vio, aparentemente no se inmutó pero su ritmo cardiaco delataba lo contrario. Llevaba sin verlo semanas enteras. Cerró los ojos de nuevo para concentrarse en no seguir llorando, no lo conseguía y la letra de la siguiente canción de la lista de reproducción creada, tal vez, por alguna otra chica despechada, no hacía más que alentar sus lágrimas.

Max, con un nudo en la garganta por verle llorar, continuaba observándola. Quería abrazarla lo suficientemente fuerte como para detener sus sollozos, alejar de ella el sufrimiento. Igual no lo hizo. ¿Por qué sufría? ¿Quién era Freddy?... Preguntas sin respuesta rondaban su cabeza.

Sonaron unas cuantas canciones más a un volumen más bajo, lo bastante como para escucharse en el caso de que alguno decidiera pronunciar alguna palabra; ninguno de los dos lo hacía. Renata abrió los ojos para beber y depositar ceniza en el enorme cenicero de cristal.

Encendía un cigarro tras otro.

Finalmente se levantó y limpió sus lágrimas. Se dirigió a la cocina a prepararse una bebida más.

Max la siguió con la mirada.

—Has estado llorando...

—Mis lagrimales tienen una fuga.

—No era pregunta.

—Tampoco una respuesta.

Max dibujó una media sonrisa sin ganas y resopló —tu sarcasmo no viene al caso. ¿Te puedo ayudar en algo?

Terminó de preparar el contenido del vaso. Tomó algo del refrigerador y se lo metió a la boca masticándolo lentamente. Se le veía más delgada, los pómulos un tanto más resaltados dejaban ver unas tenues ojeras que no formaban parte de su semblante habitual. Esas semanas apenas y comía, se ejercitaba en exceso y escribía desmesuradamente, sumando a ello las escasas horas de sueño que le proporcionaba a su cuerpo, la hacían lucir muy desmejorada. Renata era una mujer fuerte, muy resistente, pero nunca le habían roto el corazón y se encontraba en el transcurso de recoger los pedazos esparcidos por el piso. Un duro proceso.

—¿Podrías besarme? —le dijo mirándolo a los ojos.

Max la había seguido hasta la cocina. Al preguntarle sobre el beso se había girado para ir a recargarse en el respaldo del sillón cruzando sus brazos y sus piernas para observarla, para sopesar los efectos que todo ese vodka le provocaría si seguía bebiendo de ese modo y a esa velocidad.

No contestó.

Renata intentó tomarle de la cara, pero antes de que pudiera siquiera tocarlo, éste negó con la cabeza al mismo tiempo que le sujetaba las manos. Las ganas de llorar que sintió eran arrolladoras, lágrimas que pedían clemencia por gritarle lo mucho que lo amaba, hacerle saber el enorme daño que su rechazo le causaba. No lo haría. No después ver el sombrío rostro de Maximiliano. Instante en el que comprendió que no la quería, que nunca la quiso, que efectivamente su relación se había basado en las ganas de poseerla. Planes frustrados al atacarle ella, inconscientemente, su enorme ego de macho, perdiéndole todo interés, incluso de tomarla. Y si estaba ahí esa noche, bueno, de eso no entendía el por qué.

Se soltó del amago delicadamente, luego se encogió de hombros mientras otra lágrima escapaba pesadamente por una de sus mejillas; se

dirigió al mismo sillón para colocarse en la misma postura en la que la había encontrado. Subió el volumen de la música y cerró de nuevo sus ojos luchando inútilmente por no dejar correr el llanto.

No supo en qué momento Maximiliano abandonó el lugar, cuando despertó ya había amanecido y por supuesto, él ya no estaba.

Recordaba claramente la visita de la noche anterior, el dolor de cabeza y las incesantes ganas de volver el estómago a causa de la asquerosa resaca, no eran, en absoluto, más fuertes que el dolor que sentía en el pecho. No acostumbraba beber ni fumar en exceso y mucho menos por desamor. Se sentía terrible, ya no descendía por un abismo, Max se había encargado personalmente de depositarla en el fondo, incluso otros cuantos metros más adentro, si se pudiera.

9:31am

Renata: Una cuchillada en el vientre habría dolido menos.

¿Cómo puede el cuerdo llegar a saber lo que realmente se siente cuando se está loco? Alguna vez leí esa pregunta... ¿Será que Renata estaba completamente trastornada, pero como no lo sabía, creía que actuaba con cordura? O tal vez la ignorancia de las posibles consecuencias la llevaban a actuar concienzudamente, pero no por ello de manera acertada.

En tres ocasiones había intentado hacer sonar el timbre, el dedo llegaba a su destino pero no presionaba el interruptor. La puerta se abrió. Ella asegura que nunca lo accionó.

—Hazme tuya...

Se sostenía de la puerta a medio abrir, clavando sus ojos en esos senos prácticamente traslucidos a través del vestido calado por el agua que de la reciente ducha le escurría del cabello. No llevaba *brassier*. La miraba con lascivia, con deseo desmesurado.

—Deja que me entregue a ti... esta noche.

Llegó a ella de una zancada para arrebatarle las palabras con un beso desenfrenado; separó sus pies descalzos del piso para sujetarla con fiereza de las nalgas y sin pensarlo ni un segundo más, la llevó consigo al interior de su casa. Se aferraba a él rodeándole la cintura con sus piernas, tirando de su cabello, gimiendo de placer cuando la puso de pie nuevamente junto al sillón

y sus manos exploraban sus pezones sobre la tela húmeda. Cerró los ojos, con su cabeza echada atrás, mojándose los labios, mojándose más allá ahuyentando al miedo que desaparecía poco a poco, con cada caricia, para luego abrirlos y deleitarse con el deseo que emanaba de sus ojos verdes favoritos, de esas manos que levantaban su vestido al tiempo que ella estiraba sus brazos facilitándole la tarea. Dejó de pensar, se concentró en cada beso, en cada toque. Por un momento consiguió engañar a su corazón, ese que daba amor a cambio de sexo.

Otro beso urgente y ya estaba tumbada en el sillón soportando su delicioso peso y una mano arrancándole el calzón haciéndolo pedazos.

—Estoy ansioso de ti... —le dijo con la voz más ronca que le hubiese escuchado jamás.

Renata pretendió incorporarse ante una caricia tan desconocida... un dedo cruzando por su empapada entrepierna para deslizarse en su interior. La inmovilizó para seguir atormentándola... pasando, entrando, pellizcando.

—Disfruta, Bonita —le decía con una sonrisa descarada dibujada en los labios.

A Renata le dolió el corazón, pensaba que jamás le volvería oír llamarla así. Sus latidos se aceleraron aún más, su cerebro recuperaba la cognición perdida que la llevó a tocar el timbre, comenzando a ser consciente de lo que dejaba que le hiciera el hombre que le robaba la razón.

Y ahí estaba, ante las pupilas dilatadas de placer de una mujer que en su vida había tenido enfrente a un hombre completamente desnudo. Con toda su ancha espalda, sus brazos musculosos, el abdomen, sus piernas, su trasero... todo perfectamente bien definido y marcado... metido entre sus piernas, penetrándola...

—Espacio Max —imploró Renata mientras le rodaba una lágrima—, duele un poco.

No mentía. Nunca lo hizo. Nunca fingió. Sentía su estrechez y cómo iba abriéndose camino su largo y abultado pene dentro de ella, como rompiendo, desgarrando. Se detuvo, salió de ella débilmente y la miró fijamente a los ojos.

Que fuese virgen o no, nunca le importó. Nunca antes le pareció relevante, pero en ese momento sí, se sentía una auténtica basura. No estaba siendo lo delicado que debiera... dubitativo, con ojos tristes. ¡Por Dios! se sentía nervioso y como un verdadero cabrón por haberle echado en cara tanta porquería. No era más que un imbécil, como ella se lo había dicho.

—No me dejes así por favor. No me rechaces, hoy no... —suplicaba enterrándole las uñas en la espalda, con los ojos sumergidos en agua.

Esas palabras, esa mirada, le dieron a Max el tiro de gracia.

—No mi amor. Renata, no me digas eso, te ruego yo a ti. Es sólo que...

Max se desmoronaba por dentro, también él... ¿cómo podía haberle hecho sufrir tanto? La noche anterior la había visto llorar, llorar mucho, llorar hasta quedarse dormida hipando y él no había sido capaz de doblegar su orgullo ni siquiera para consolarla un poco, incluso le había negado un beso. Él era el culpable de sus lamentos; se odiaba tanto que quería parar.

Y Freddy ¿Quién demonios era Freddy? Los celos lo descerrajaban al mismo tiempo. Sus sentimientos no podían estar más revueltos. Sin comprender nada en su totalidad, estaba ahí, con su hermosa Renata reclamando por él, lo necesitaba... y él a ella.

—No quiero hacerte daño.

—Por favor, sigue —Renata lo miraba expectante. Con lágrimas rodando por sus sienes.

Entró en ella de nuevo, envuelto en un millón de sentimientos. Con una lentitud casi abrumadora (para él) se introducía en ella mientras la veía con ternura.

—Mi hermosa Renata —gimoteaba al compás en su embistes.

Ella contestó al cumplido con una sonrisa y un largo suspiro.

Max resopló, estaba volviéndose loco.

—Esto, creo... te dolerá más... pero, pero... aaaaahh mi amor.

La respiración se le alocaba del inmenso placer que sentía. Deslizó de nuevo una mano para acariciarle con pequeños pellizcos su parte más sensible y con ello distraerle de la siguiente y profunda arremetida. Funcionaba. La excitación que le provocó le dejó entrar con mayor facilidad, hasta el fondo, hasta quedar completamente dentro y totalmente unidos, adheridos uno al otro. Se detuvo un momento para saborear la sensación. Renata se arqueaba catando el dolor y el delicioso sobresalto al mismo tiempo. Ambos jadeaban mientras él la embestía con más fuerza y rapidez... una y otra y otra vez. Se comían a besos, entregándose por completo en el más excitante y explosivo de los orgasmos que jamás hubieren tenido. Incluido él.

—Te quiero, mi amor —le murmuró al oído mientras se le desplomaba encima.

Era la tercera vez que la llamaba así. Renata pensó que seguro ese trato

y palabras se lo daba a todas por igual. Permanecieron así por lo que fuera un minuto, luego la rodó para colocarla encima de él, abrazándola a su pecho, envuelto todavía en sentimientos encontrados. Ninguno de los dos dijo nada, se sonreían y se daban delicados besos. Estaban extasiados. Max tenía esperando por ella desde el primer momento en que la vio, Renata esperaba por él como una damisela a su príncipe azul.

Sólo que este no era un cuento de hadas, ni él su valiente caballero que acudía en su rescate...

Capítulo 11

VESTIDO ROSA

—Buenos días mi am...

Rosita limpiaba el frigorífico con la cabeza metida dentro. Y es que no hallaba donde meterla después de encontrar a su patrón tirado en la sala desnudo. La sábana no alcanza a cubrir del todo su fisionomía.

—¿Dónde está Renata?

—No lo sé señor —le contestó sin voltear a verlo.

—¿Usted me puso esto encima?

—No señor —colorada y lo que le sigue. Sentía calor incluso dentro del refrigerador.

Max se dispuso a colocarse de nuevo la ropa que traía el día anterior para ir a buscarla, no tenía mucho tiempo, debía estar en *set* de grabación antes del mediodía, sin embargo tenía prioridades. Buscando su ropa alcanzó a ver una mancha roja de significativo tamaño en el centro del sofá. No pudo evitar sonreír orgulloso.

—Rosa. Mande traer por favor servicio de limpieza de tapicería.

Corrió a casa de Renata, le urgía verla, besarla, volver hacerle el amor... decirle que no quería saber quién era Freddy, que lo único que importaba era que...

—Lamento informarle que la señorita Renata se ha ido—

La sonrisa que esa mañana le iluminara el rostro se desvaneció para abrirle camino a un espeso nudo en su garganta. Una mezcla de tristeza, vacío y furia le invadieron. Recorrió la casa que ocupará Renata hasta hacía unas horas abriendo puertas y cajones como suplicando encontrarla dentro de uno, no sabía que buscaba, algo que la llevara a ella tal vez, pero únicamente encontró el vestido rosa palo que vestía la anterior noche sobre una repisa dentro del armario, lo llevó consigo. Aun olía a ella. Intentó llamarle, mandar

un mensaje. No obtendría respuesta, Renata había bloqueado el teléfono de Max para evitar que se pusiera en contacto con ella.

Regresó a su vivienda abatido. Necesitaba despertar de esa pesadilla. Estaba lleno de preguntas sin respuesta, se atormentaba pensando en todas las viles palabras llenas de ponzoña que habían salido de su boca para estamparse en quien, se daba cuenta, era el amor de su vida. Quería regresar el tiempo para recuperar el beso que le negara la noche que la vio llorar hasta perderse en sus sueños.

Llegaba su turno para flagelarse con recuerdos.

9:55am

Max: Alejandra, soy Max... Alejandra... dile que la amo... no, mejor no se lo digas... sólo léeme... necesito que alguien lo sepa...

Maximiliano pasaba del día a la noche, de la noche al día, sobreviviendo. La partida de Renata había dejado un hueco en su vida que no sabía cómo ni con qué llenarlo. Imaginaba que un día, al volver del trabajo la encontraría, como la mayoría de las veces, sentada bajo su palapa con el ordenador sobre sus piernas. Se preguntaba si el desenlace de su libro era tan doliente como el de ellos, si acaso lo había concluido. No soportaba la idea de que a causa suya, el objetivo que la llevara a esa playa no lo hubiere alcanzado. Se lamentaba por no haber tenido la capacidad de dominar su orgullo y no tocar su puerta a tiempo; por no creer cuando debió hacerlo, en la mujer más pura que jamás se cruzara en su camino. Por el exceso de confianza en sí mismo esa última noche, cuando en lugar de dormir plácidamente, debió hablar y hacerla hablar, sincerarse; se castigaba por no brindarle magia cuando le hiciera el amor esa primera vez, primera vez en la vida de Renata, primera vez en el corazón suyo. Se lamentaba con suma tristeza por dejarla ir.

Su trabajo, que después de su pequeña familia, era lo más importante, ahora carecía de sentido. Nada tenía sentido sin Renata. Ya nada era más importante que Renata.

5:37pm

Max: Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde... no supe cuánto la amaba hasta que me vi sin ella.

Su vida cambió desde el preciso instante en que la miró por primera vez desde su terraza bajo la palapa. Un interruptor en su interior se encendió al ver su rostro, al escuchar su voz y tocar su mano cuando se acercó a ella aquél inolvidable atardecer. En realidad nunca tuvo la intención de sólo satisfacerse y divertirse por un rato con Renata. Se sabotaba y auto imponía pretextos porque simplemente no podía tratarla como a cualquiera. No era cualquiera, siempre se trató de una mujer distinta, de la mujer que ansiaba su alma conjugar a su existencia. Por eso avanzó cauteloso, paso a paso. Por eso no podía besarla sin más, buscaba su aprobación. La fascinación que tuvo por Renata desde el primer momento, modificó su manera de conducirse, de pronto ya no se trató de él y sus prioridades, o sí, sólo que la superior de sus prioridades se personificó en un ser que ya no era él. Sin siquiera pensarlo, dejó de ir de casería a centros nocturnos cambiándolo por cenas e interminables conversaciones con Renata o por noches de películas o paseos turísticos de su mano. Seguía disfrutando de su pasión delante y tras de cámaras, pero más disfrutaba cuando daba la hora de salir al encuentro con su chica.

Muy pronto supo cuánto la quería, pero no que se trataba de amor lo que por ella sentía, hasta que su ausencia lo arrojara en la añoranza más profunda.

Se percataba de cuan solo estaba, de lo vacía que era su existencia. Teniendo casi treinta y tres años de edad nunca había tenido una pareja formal. Por supuesto que era joven aun, sin embargo varios de sus amigos y conocidos, la mayoría ya estaban casados o vivían con su pareja o iban en su segunda vuelta, incluso David, quien era un par de años menor que él, no se había casado tampoco, pero tenía un hijo de diez años al que adoraba y era el motor de su vivir.

La fama y fortuna era lo único que lo acompañaba. A su familia la veía poco aun viviendo en la misma ciudad, por sus continuos viajes de trabajo y diversión, así como porque se encargaba de que siempre su agenda estuviera saturada. Limitándose en consecuencia, a convivir con ellos un fin de semana al mes cuando presidía como chef en el restaurante que tenía con su padre.

No bebía más de la cuenta, un poco de manera ocasional. Sus vicios eran

las mujeres, su trabajo y hacer ejercicio. Las mujeres que lograban disfrutar de su compañía, lo hacían por una o dos noches; todas se convertían en sus “amigas” que con suerte, Max les llamaría en alguna otra ocasión para pasarla bien o para que le acompañaran algún evento. Nunca las engañaba, era claro con ellas desde un principio y bien sabía que más de una lo utilizaba a él para darse publicidad o tener sus cinco minutos de fama. Eso no le molestaba.

Max no recordaba haber tenido una cita más allá de las que probablemente tuvo en su adolescencia con chicas del colegio. No recordaba alguna novia a la cual hubiere extrañado ni tener que hacer un plan para reconquistarla. La única “novia” que recordaba se llamaba Monique, se habían dejado después de salir un año juntos, por ella mudarse a otra ciudad del otro lado de los Estados Unidos y jamás había vuelto a saber de ella. Desde entonces salía con la que le gustaba, la pasaba bien y adiós.

Hasta que apareció Renata. La que sin pensarlo y sin siquiera proponérselo, había llegado hondo al corazón de Maximiliano Rentería, un soltero rico y famoso, codiciado por miles.

Capítulo 12

FELICITACIONES Y REPROCHES

“Bravo. Bravo. Bravo. Celebro tu regreso... sobre todo, tu obediencia.”

—Licenciada, perdón, le insistí que permaneciera en la sala de espera. No sé quién le ha autorizado el paso pero ahora mismo lo averiguo.

—Olvídalo Lety, yo me encargo.

La secretaria, hizo un ademán de despedida con la cabeza y abandonó el recinto dispuesta a cortar algunas cabezas. Leticia era de esas secretarías muy rudas para su aspecto tan menudo.

—Te ves diferente. Guapísima —dijo el visitante a Renata, quien también intentaba verse ruda enfundada en ese exquisito vestido de tubo color azul rey.

Esa era Renata. La mujer del verano era una versión alterna, aunque fuera sólo en aspecto. En la playa todo el tiempo se le vio relajada, por lo general sin maquillaje, con ropa ligera y mostrando mucha piel. Su estilo "normal" era por mucho, más sofisticado.

—¿Qué haces aquí?

Primero el mensaje de la mañana y ahora esto. El día le pintaba maravilloso ¿No?

—Bonita... —evadía la pregunta implorante.

—¿Qué quieres?

—Verte.

—¿Cómo hiciste para subir hasta acá? Déjalo, ni me respondas, se lo embaucador que puedes llegar a ser —Renata abrió de nuevo la puerta y llamó a su secretaria—. Lety, acompaña por favor al Señor. Ya se va.

Max se encaminó a la salida pero sacó de nuevo a la confundida secretaria tomándola de un brazo, sin lastimarla. Luego cerró la puerta y se recargó en ella.

—No hemos terminado —le dijo atrayéndola hacia él por la cintura,

dejando sus rostro muy cerca uno del otro, tan cerca, que Renata podía sentir su aliento acariciándole la frente—. Me debes una explicación y no me iré de aquí sin obtenerla.

—Cuando tenía algo que explicar no me lo permitiste, ya no tengo nada que decir. Suéltame, tengo una junta en un par de horas.

—Tenemos tiempo entonces.

—Algunos minutos... y no son para ti.

La soltó sin enfrentarla a más pelea, ella no tenía ganas para ello, lo entendió muy rápido al escuchar su modulado y aburrido tono de voz.

—Si me permites —le hizo una señal con la mano para que se fuera, con desprecio, como diciéndole me vales tres cacahuates.

Sentada y en silencio, trató de concentrarse en unos documentos que nada tenían que ver con su próxima reunión, de hecho ni sabía con qué estaban relacionados, leía sin leer. Turbada y espantada. Temblando todos sus órganos desde dentro; dando órdenes mentales a su cuerpo de que no fuera a traicionarla. Pensando en que pensar para distraer a sus rebeldes rodillas que cascabeleaban sin cesar, mientras lo veía paseándose por toda su oficina tan asquerosamente guapo que ganas le daban de escupirle en la camisa.

—¿Te han dicho lo bella que te ves detrás de ese escritorio?

—Deberías ser más original.

Maximiliano sonrió al tiempo que se sentaba en una de las sillas que tenía delante. Renata no lo miraba, salvo cuando creía que éste no se daba cuenta, por lo que de reojo lo vio que se ponía de nuevo de pie y que exploraba el impresionante mueble lleno de libros del fondo, justo frente a ella.

—Maximiliano, de verdad no tengo tiempo para esto y por favor deja ese libro en su lugar.

—No puedes simplemente tocar a mi puerta y pedirme que te haga el amor para desaparecer al día siguiente —le soltó con su voz impregnada de amargura, omitiendo la orden, aferrándose al libro que sostenía entre sus manos.

—Yo nunca te pedí que me hicieras el amor. Te pedí que me hicieras tuya. Muy diferente. Y tan puedo que lo hice —soltó un bufido—. ¿Qué pretendes? ¿Qué te pida disculpas por darte lo que querías, por tener sexo contigo? —Su tono de voz se estaba elevando. Se había levantado de su sillón ejecutivo y tenía las palmas sobre el escritorio con los brazos estirados—. Hiciste de todo para tenerme desnuda en tu cama. Lo conseguiste

en el sillón, bien vale, ¿no? Aplausos.

—No se trató de sexo y lo sabes. Y no vine por una disculpa tuya. En todo caso estoy aquí para pedirla. Tenemos que habl....

—*Twinky*, vámonos... Maximiliano —Rodrigo afortunada o desafortunadamente irrumpió en la oficina dándole un fuerte apretón de manos y un abrazo de esos con sonoras palmadas en la espalda. Renata ante la escena volteó los ojos hacia arriba y se derrumbó en su asiento de modo poco elegante—. Que gusto verte.

—Lo mismo digo.

—Lamento interrumpir la visita pero tenemos que salir ya.

—Lo sé —Renata se incorporó, tomó una carpeta de piel negra que yacía en el escritorio y sacó de un cajón su bolsa de mano—. Vamos... Maximiliano, pon ese libro en su lugar y cierra la puerta al salir —ordenó con desdén a su “visita”.

—No te preocupes Bonita. Me voy.

Caminaron los tres hacia el elevador y justo cuando las puertas de éste se abrían, Rodrigo les dijo que algo se le olvidaba, por lo que subieron solos Max y Renata para descender al lobby del imponente edificio que ocupara el corporativo de Grupo AltaPala.

—¿Cenamos más tarde?

—No puedo. No sé a qué hora termine hoy.

—Desayunamos mañana temprano.

—Tengo junta a las nueve en punto.

—Podemos vernos a alguna hora, escoge el horario.

—Tengo una comida y en la noche un compromiso con mis papás.

—He hecho este viaje para verte... para hablar.

—Yo no te lo pedí... te diría que lo siento pero no es así.

Las puertas del elevador se abrieron. Ambos salieron.

—¿Serías tan amable de hacerme un espacio en tu apretada agenda? —le dijo al tiempo que las puertas del elevador se abrían en la planta baja del edificio.

—Imposible.

Renata sonaba como quien no le perturba nada estar ante la persona que ama hasta el núcleo.

—¡Aaaaaahhhhgggg! —Max se quejó con un sonido propio de un niño, varias personas le dirigieron la mirada por ello, el movió la cabeza para ambos lados y agarró a Renata del brazo para poder decirle algo al oído ya

que caminaban muy aprisa por el amplio vestíbulo del edificio.

—Deja de ser tan infantil ¿quieres? Necesitamos hablar.

—No me interesa.

Sin titubear mencionó secamente esas últimas tres palabras. Ojalá yo tuviera un soporte instalado en las vísceras como el que tenía Renata.

«¿Dónde te lo mandaste instalar?»

Max no dijo más. Paró su andar ante la mirada de vigilantes y edecanes curiosos observando cómo la alcanzaba Rodrigo y ambos subían al imponente coche deportivo de éste alejándose del lugar.

Absolutamente derrotado.

5:02pm

Max: Alejandra. Tienes que hacerme un favor.

Renata había enmudecido, tenía que reponerse de inmediato, mantener su coraza intacta. Los clientes que los aguardaban, de lograr cerrar el trato, le darían a ganar a la compañía una importante suma de dinero y lograrían colocarla en la cima de los grupos de constructores del país. No podía permitir que su estado de ánimo recientemente afectado interfiriera en su negociación.

—Estás muy perturbada.

—No sabes cuánto y tú dándole abrazos. Te pasas.

—Me dijiste que las cosas no habían funcionado y yo sentí más tensión que eso.

—Max fue lo que fue: una celebridad con la que tuve el gusto de salir y ya.

—Pues no te creo.

—Deja de fastidiar.

—Nunca voy a entender por qué te niegas a enamorarte, sufrir por amor incluso. Archiva al puto de Freddy ¡Ya! Abre las puertas Renata... se nota a leguas lo mucho que le interesas.

Renata se mantuvo en silencio por unos minutos.

—¡Me enamoré como una idiota! Me abrí... y me abrieron ¿ok?

—¡¿Cómo?!

—Igual yo tuve parte de culpa, lo acepto. Ciertamente encendí la mecha de la dinamita del distanciamiento pero él tampoco quiso escucharme y fui a tocar a su puerta para entregarme a él la noche anterior a mi regreso. ¡Mira como eso si lo aceptó gustoso! Ahora viene por explicaciones que no estoy dispuesta a darle. ¡Que le llegue!

—No estoy entendiendo nada y me vas hacer chocar... ¿qué fuiste a tocar a su puerta para qué?

—¡Ay por favor! ¡Qué tu hermana ya no podrá postularse en la congregación de las carmelitas descalzas! Déjame en paz.

Rodrigo levantó las manos en señal de rendición. El silencio reinó por todo el trayecto hasta el restaurante donde tenían su reunión. Permanecieron ahí por más de dos horas, cerraron el trato con éxito y volvieron con dirección a su casa a celebrar el triunfo con su familia.

—Tenemos una plática pendiente ¿me oyes?

1:21pm

Renata: Inconscientemente esperaba esta mañana volver a verlo... o que intentara comunicarse conmigo... y Rodrigo me ha cocido a preguntas... con la novedad de que defiende a Maximiliano a capa y espada.

Alejandra: Olvidas que ninguno de los dos sabe lo que pasó con Freddy.

Por supuesto que Rodrigo se pondría de su parte, era cosa de resaltar dos puntos: uno, para los oídos de ambos Renata recordó a “un hombre” en situación de cama ¡nada más! y dos, le omitió a su hermano la sarta de ofensas que Max le echó en cara luego de aquello. Por no llevarlos a una confrontación, por supuesto. Nadie trataría como una mujercuela a su hermana, así de sencillo.

Y Max no se quedaría de brazos cruzados; llegó a la residencia de la familia Palacios pasada la media tarde, pero no tocó la puerta, estacionó el vehículo rentado medianamente cerca del acceso de entrada y se bajó para sentarse en el cofre, ahí la esperaría. En algún momento tendría que entrar o salir.

Cerca de las siete de la tarde arribó Renata. Regresaba de la comida de los viernes en casa de los abuelos. La familia de su papá tenía por tradición comer todos juntos, todos los viernes. A veces faltaba uno que otro pero ni se notaba, era una familia muy numerosa.

Maximiliano que días antes había conseguido en internet el número de teléfono de la empresa del padre de Renata, luego de dar con la página web haciendo una serie de intentos de juegos de palabras, Renata había mencionado el nombre del Grupo una sola vez. Me insistió quinientas veces que se lo proporcionara pero no me atreví, por más que desde que se separaran me convirtiera en la confidente de Max, mi posición era de escucha jamás de informante, bueno, sólo poquito, muy poquito y únicamente para abrirle tantito el camino. Desde entonces, llamaba todos los días a distintas horas, Lety ya no encontraba excusas que inventarle del por qué Renata no atendía la llamada. Max entendía perfectamente la situación, pero la carga de trabajo no le permitía abandonar las grabaciones, así que dispuso de su fin de semana destinado a visitar a su familia en Miami para ir a buscarla personalmente.

—¡Si tú no te has cansado de este numerito yo sí! ¿Quién demonios te dijo dónde vivo?

—Eso jamás podría revelarlo.

«Más te vale»

La sonrisa que dibujó en sus labios a Renata le fascinaba, pero no podía permitirse llenarse la cabeza de más imágenes encantadoras del hombre al que no conseguía olvidar, así que volvió la mirada hacia otro lado.

—Bien. Ya sabrás si te vas o no, la calle es pública. Igual te pido, de la mejor manera, que dejes de buscarme. Ahora soy yo la que no quiere verte.

Se dio media vuelta pero Max la sujetó del antebrazo.

—No —la jaló hacia él con ímpetu—. Me muero por besarte. Me diste a probar de tus labios lo suficiente para no querer dejar de gozarlos nunca más.

—No te atrevas —le sentenció con toda la hostilidad que pudo reunir.

—Vaya que querías la última vez que nos vimos, Bonita, besos por todas partes.

La mirada de Max viajó por el cuerpo de su prisionera y ella devolvió el vistazo con fingido desprecio. Estaba que se derretía por sentirlo, empezaba a acalorarse.

—No montemos una escena a media calle —se aclaró la garganta, como si eso pudiera enfriarla.

—Entonces deja de luchar conmigo.

—Suéltame —le murmuró con los dientes apretados. Tenía la mandíbula tensa—. Te recuerdo que me dijiste que no querías volver a besarme, ni

tocarme, ni verme. Me echaste de tu lado. ¿Qué demonios quieres?

No le contestó, así atrapada como la tenía, la despegó del piso y la introdujo al vehículo rentado por el lado del conductor, deslizándola con cuidado al asiento del copiloto. Luego entró y condujo unas cuantas cuadras.

—¿DÓNDE ME LLEVAS? ¡No puedes hacerme esto!

—Sí que puedo y hablar ESO ES LO QUE DEMONIOS QUIERO... Bien que después de decirte todas esas estupideces volviste para que te comiera completita.

Renata, giró la cara hacia la ventana. Sentía que los ojos comenzaban a llenarse de lágrimas. Aquél calentamiento le abría paso a la irritación y ésta a la angustia; ese agudo dolor en el pecho que pensaba aminoraba día con día, tomaba de nuevo fuerza y con mucha más intensidad.

—Comienzo a arrepentirme por esa noche —su voz apenas era audible. Con más esfuerzo logró tragarse el llanto agolpado en su garganta. No podía permitirse que la viera llorar otra vez—. Detente en ese parque por favor. Me estoy ahogando aquí dentro.

Caminaron hacia unas bancas. Max se sentó y enterró la cara entre las manos ¡no dejaba de joderla cada vez que abría la boca! La desesperación que sentía por no poder comunicarse con Renata lo hacía actuar impulsivamente. No sabía cómo hacer esto.

Renata se quedó de pie dándole la espalda.

—No consiento que laments esa noche. Es la mejor de toda mi vida —le dijo por fin.

—Tú que me la echas en cara.

—Si al menos entendiera por qué desapareciste... necesito saberlo. Sé que fue tan especial para ti, como para mí.

—¿No entiendes por qué desaparecí, Maximiliano? Me humillaste, me insultaste, me echaste de tu lado ¡ME TRATASTE COMO UNA ZORRA!... Ya sé que cometí un error y mencioné a alguien... no te llamé por su nombre ¡qué lo sepas! no te confundí con él, pero tú —lo señaló con el dedo índice—, no permitiste que explicara nada, fuiste muy injusto. Yo tenía... tengo una razón, una buena; nunca hablo de eso, nunca, y esa tarde tuve más miedo... ¡quería que supieras la raíz de todo, carajo!

—Renata...

—Déjame hablar, eso querías ¿no? Me lastimaste en lo más profundo —sus ojos brillaban de lágrimas contenidas—. Me destrozaste. Esperé día tras día que tocaras a mi puerta, no a que pidieras disculpas por tanto insulto,

no, sino para que me permitieras hablar, explicarme nada más, que me preguntaras por Freddy. Aun aterrada te quería responder y ser yo quien pidiera perdón por permitir que ese idiota se entrometiera entre nosotros, por no hablarte de él antes. Después apareciste sin saber el motivo, volviste a rechazarme para que yo dejara de soñar con vivir más tiempo a tu lado; me quedó claro que se trataba de un simple romance de verano que yo misma tiré por la borda, tal vez, antes de tiempo. Y nada más.

—No era así...

—Me dejaste muy claro de que iba nuestra relación y hacía dónde la llevabas ¿ya se te olvidó? —No dejó que le respondiera y comenzó a caminar de nuevo parque adentro—. Créeme que eso no fue sorpresa para mí. Estuve prácticamente consiente desde nuestro primer beso de qué querías tú y lo que hubiera querido yo. Lo que jamás imaginé fue lo poco que yo significaba para ti como para tratarme como lo hiciste.

—Todo lo que dije esa tarde...

Renata no lo dejaba hablar. No quería dejarlo hablar. La envolvería. Estaba segura. Max caminaba a su espalda respirando el aire de la derrota.

—Me dolió y más el modo como lo dijiste... y con tu indiferencia día tras día... con tu mirada tan llena de odio la noche que bebí... con tus ofensas me heriste, pero con esa mirada de desprecio me mataste, me lo dijiste todo con ese beso que no me diste. Rompiste en pedazos los pedazos...

—Por favor... perdóname.

Max le suplicaba con vehemencia. Renata parecía no escucharlo. Estaba sumida en su propia angustia.

—Aun así volví de ofrecida...

—¡NO! No. No. Yo sé que no...

—Volví porque quería llevarme el mejor de los recuerdos. ¿Satisfecho? Ahí tienes la respuesta.

Ya habían andado largo tramo, trazando una amplia media luna, lo que los colocaba en otro extremo del parque que daba a la otra esquina de casa de Renata.

—Créeme que hiciste que me tragara todas y cada una de mis palabras en el mismo instante en que vi la casa vacía, en el que me vi sin ti —las palabras de Max fluían con rapidez. Ya habían detenido el paso y estaban frente a frente, a un escaso metro de distancia—. Y quien quiera que sea Freddy dejó de importarme desde que... —quería ser cuidadoso con esas palabras, un paso en falso y sería usado en su contra—, desde que m-me

elegiste a mí para para darme... este... entregarte a mi como mujer, por primera vez.

—¡Ayy por Dios! No te ufanes de eso, que eso no indica nada. Yo también te tenía ganas. Tú qué sabes que tan especial fuiste. Con alguien tenía que perder mi virginidad... que mejor que con una celebridad. Así tengo una interesante anécdota que compartir —Renata rio con burla lastimosa, pretendía menospreciarlo y lo estaba consiguiendo.

Mentira podrida.

—¡Pues no creo que hayas esperado veintiséis años para entregarte a uno que saliera en la televisión!

—Todavía veinticinco y si, nací, crecí y luego te espere para tener contigo la primera vez, Maximiliano —dijo con sarcasmo y él volteo los ojos, ella se puso las manos en la cintura—. Quise contigo y punto, no sé qué quieras oír.

—Quiero oír lo que te niegas a decir, lo que no quieres aceptar ante mí...

—Ya hablamos. Ya te puedes ir con cualquiera de las mujeres que tanto te sobran. No pierdas más tú tiempo ni me lo hagas perder a mí.

—No lo pierdo. Estar junto a ti es ganancia... me equivoqué contigo, Bonita, y muero lentamente por ello.

Sostuvieron sus miradas por segundos eternos hasta que Renata simplemente se giró y prosiguió con su andar hasta desaparecer de la vista de él.

Capítulo 13

DESPEDIDA DE SOLTEROS

No hay nada más odioso que un par enamorados lamentándose por no tenerse el uno al otro sin que ninguno haga nada por estar de nuevo juntos.

Yo no soy quien para elaborar juicios de sinceridad en cuanto al amor se refiere, lo sé. Pero las situaciones son distintas par por par. Sobre todo cuando hay un indiscutible par.

Por un lado estaba la orgullosa Renata. Adoro a mi amiga. Es mi hermana por circunstancias de vida y por elección al mismo tiempo, claro. Pero en serio que me lleva al borde de la más extenuante desesperación. El orgullo mal encausado nunca ha llevado a nadie a ningún buen lado. Ojalá todos supiéramos portar el orgullo para enaltecernos y no para hacernos más miserables de lo que ya de por sí podemos llegar a ser, generalmente por propia responsabilidad.

La felicidad es efímera. El secreto está en encontrar los pasajes.

Y por el otro al tonto de Max: lo único que tenía que hacer era plantársele enfrente y decirle lo mucho que la ama, pero nooooo, no, nooooo... mejor cuestionarle el habersele lanzado encima para después dejarlo abandonado, queriendo orillarla a decirle que lo ama con locura y pasión desenfrenada ¿Qué quería? ¿Qué fuera Renata la primera en confesar su amor? Cobarde. Ambos orgullosos y cobardes.

No se me da eso de cupido, es que no domino la mitología romana y los rollos de llevar y traer me cargan de flojera. Si he de lanzarles una flecha ha de ser para atravesarle la boca a una y al otro la mano. Pasé la primera parte del día oyendo los lamentos de Renata y leyendo los de Max.

Desde la primera vez que Max me contactó se lo hice saber a Renata, incluso, intenté mostrarle los mensajes pero ella se rehusó. Me dijo que estaba segura que Max lo hacía con toda la intensidad de que ella se enterara

de su falso sufrimiento y me pidió, me exigió, que no le comentara más. No tuvo que decirme que yo no le dejara saber a él nada sobre ella.

—Al menos opina algo —me dijo Renata mirando al techo de su recámara mientras se metía otro puño de palomitas a la boca.

—Antes no eras tan dramática —le reproché y Rodrigo comenzó a toser a causa de la risa, atragantándose con un sorbo de agua de piña.

El líquido le escurría por la nariz y en lugar de correr al baño se tiró sobre nosotras limpiándose con mi pijama.

—Que ascooo —le espeté.

Nos reímos como niños, como siempre. Rodrigo jamás nos dejó tirarnos al piso por nada ni por nadie. Solía escucharnos en silencio hasta que hacía una graciosa para sacarnos una carcajada que aligerara la tensión.

—No estoy haciendo drama...pensé que no lo volvería a ver.

—Acepta tu culpa ahora que ha venido a buscarte. No sé qué más quieres —soltó Rodrigo una vez que recuperó la compostura.

Renata y yo nos miramos. La verdad es que yo también le había dicho lo mismo hasta el cansancio pero para que hacer leña del árbol caído. Ya teníamos un leñador.

11:47am

Max: Estaba enterado de lo idiotas que pueden llegar a comportarse los que se enamoran, pero a mi deberían darme un galardón.

Alejandra: Cierto.

Max: Soy un imbécil.

Alejandra: Cierto.

11:49am

Rodrigo: ¿Te estás escribiendo con Max?

Alejandra: Metiche.

Rodrigo: Me lo dice quien chatea con el galán de su mejor amiga mientras esta última se corta las venas por él.

Miré a Rodrigo con ganas de matarlo ¿Qué sabe él? Me escribió de nuevo para pedirme el número de teléfono de Max. Se lo di sin cuestionarlo. En una de esas y resultaba mejor casamentero que yo y mis escuetas respuestas con el chico de Renata y los candados que tenía al respecto de esos

dos.

Las horas seguían transcurriendo y después de película y media nos desperezamos, debíamos cambiar el chip y ponernos en modo diversión, esa noche era de Oscar y Malena, su despedida de solteros; las amigas cercanas de Male le tenían organizada una fiesta llena de sorpresas y juegos propios de eventos del tipo.

Pasamos un rato muy divertido donde todas las chicas invitadas reímos hasta sentirnos doloridas del estómago. Bebimos, bailamos y disfrutamos.

Los hombres por su parte, pasaron unas horas en un *table dance* para después trasladarse a un bar en el centro de la ciudad, lugar en el que quedamos de reunirnos para concluir juntos la celebración y donde los encuentros se subirían de tono de un momento a otro... por un lado, Rodrigo había invitado a Max, para eso me sacó su número. Que sensato por pensar que dar una ayudadita tanto a él como a su hermana no les haría daño. Y por otra parte Oscar a Freddy. Error. El primero había convencido al segundo de que no por causa de su distanciamiento con su hermana y los infructíferos regalos y detalles que Freddy había tenido a lo largo de estos dos años para reconquistarla, ellos se perderían de vivir juntos la experiencia de dejar la soltería de uno de ellos. Eran íntimos amigos desde la infancia. Además, éste último se veía obligado a viajar a la Ciudad de México dado el delicado estado de salud de su padre (el de su madre ya no era novedad). Apuesto que se había enterado de la entrada de Max en la vida de Renata y que justo ese último detalle era el que precisamente lo impulsaba a hacerse presente de nueva cuenta. Ni la despedida de Oscar ni la salud de su padre, Don Gonzalo Altamirano. Renata era su objetivo.

Al llegar Max al tugurio se hicieron inevitables las presentaciones. Rodrigo sintió la necesidad de meter la cabeza en la cubeta de los hielos para tratar de salir del enrollito. Oscar estuvo a punto de cometer fratricidio.

—¿En qué demonios estabas pensando? —le preguntó Oscar a Rodrigo cuando vio a Max buscándolos con la mirada.

—No me dijiste que Freddy estaba de vuelta ni que vendría esta noche. Además, por más que te obstines en que Renata se case con él, ella a quien ahora quiere es a mi invitado —Rodrigo se paró de su asiento y comenzó hacerle señas a Max para que lo viera.

Eran alrededor de veinte revoltosos jóvenes divirtiéndose con la variedad que ofrecía el lugar y obvio no les presentaría uno a uno a Maximiano, pero Freddy estaba sentado a un lado de Oscar.

Max sintió como si le dieran una patada en su entrepierna al escuchar de los labios de Rodrigo: “Te presento a Freddy”. Si hubiera imaginado que tendría frente a él al personaje cuyo nombre sucumbiera en los labios de Renata en el peor de los momentos, se habría preparado mejor para el encuentro. No supo reaccionar. No le dio la mano por supuesto, se confinó a inclinar la cabeza, arrugando el ceño. La sonrisa que intentó mostrar apuesto a que fue la más torcida de su repertorio. Rodrigo no perdió detalle.

«Gracias Rodrigo por habérmelo detallado»

—¿Quién es Freddy en la vida de Renata? —Le soltó Max a Rodrigo una vez que la incómoda escena se desarrollara y tomaran los asientos más alejados de la mesa.

—No me preguntes eso a mí.

—Necesito saber quién es. No te voy a contar por qué sé de su existencia, lo que sí, es que a causa de no saberlo, Renata y yo estamos distanciados.

Rodrigo se mostró especulativo, no sabía que fuera el nombre de Freddy el que mencionara Renata en la cama con Maximiliano, yo no se lo confirmé pero insisto, Rodrigo no tenía un pelo de tonto.

—Fue su novio y lo conocemos de toda la vida, su papá y el nuestro fundaron AltaPala.

Max se retorció de celos. No podía evitarlos. Sintió que Freddy era mucho más para Renata de lo él pudiera significar para ella. Eso lo devastó y no preguntó más.

Pero ese encuentro que acababa de ocurrir en el centro de desnudistas no sería el más terrible de la noche. No. Una vez en el sitio en el que quedamos para reunirnos, Freddy, con la intención de interceptar a Renata antes de entrar y que se reuniera con Maximiliano, aguardó por ella oculto detrás de los guardias de seguridad; como era la última de la agrupación de mujeres enfiestadas en entrar, la abordó sin que pudiera hacer nada, sin dejarla siquiera procesar el impacto de volverlo a ver después de tanto tiempo.

—Muñeca. Cuánto tiempo, es un gusto volver a verte.

Se quedó de piedra al sentir un extraño calor bullendo en las entrañas. Un calor malo. Nada había cambiado en el sujeto que tenía a escaso medio metro de distancia. Seguía teniendo ese porte sofisticado y pulcro; el mismo corte de cabello peinado de lado con las patillas bien definidas y sin rastro de barba. Seguía siendo el mismo galán arrogante y engreído de voz distinguida por su parsimonia.

—Lástima que no pueda decir lo mismo —le espetó Renata con desprecio dando dos pasos hacia atrás—. Será mejor que desaparezcas, no pretenderás armar una escenita con mis hermanos ahí dentro, ¿o sí? No tardarán en extrañarme.

Estaba muerta de miedo. Temblando como gelatina y pidiendo ayuda con los ojos a las escasas personas que deambulaban por la banqueta.

—¿Ellos o Maximiliano Rentería? ¿Qué te ha dado ese mamarracho?

Evadía la pregunta con la mirada dirigida hacia la puerta de club nocturno, implorando con las pupilas que alguien saliera a buscarla. Sus enormes globos oculares no le estaban sirviendo para nada, debía hacer algo para salir del trance ¿por qué nadie le dijo de su regreso? ¿Desde cuándo? Y lo más importante: ¿por cuánto tiempo?

—Lo que tú no pudiste en años —le soltó de pronto, infundiéndose de valor.

El medio metro se redujo a cero... largos dedos cernidos alrededor de su codo le hacían daño.

—Vamos a otro lado. Aquí hay mucha gente y no podemos hablar —le gruñó remolcándola hasta el otro lado de la calle, donde los vehículos estacionados y los frondosos árboles les daban cierta privacidad.

—¿En serio crees que soy tan estúpida como para volver a estar un minuto a solas contigo? —se deshizo del amago bruscamente—. Esta conversación carece de sentido.

—Me encanta que me tengas miedo ¿sabes? Estás temblando y no sabes cuánto me alegra, zorrita. No vas a ningún lado...

—Cuán equivocado estás. Ya no te temo Godofredo.

—Odio que me llamen así. Renata. No me provoques. Mira que te ha dado valor el mamón ese. Es una lástima que no pueda proteger a tu familia de la desgracia, si por tu tozudez, no haces lo que yo digo —volvió a sostenerla, con mucha más fuerza y por ambos brazos.

—Lo que es una lástima, es que al parecer no te has dado cuenta de que el balón ahora está en mi lado de la cancha. Suéltame ahora mismo o te vas a arrepentir.

Renata lo reataba. Y lo retaba en serio. Aun apanicada como estaba.

—¿De qué hablas? —Freddy no pudo más que preguntar confundido.

Freddy seguía con la idea de que podía arruinar a los Palacios si Renata se atrevía a desafiarlo. A su padre, Don Gonzalo Altamirano, le habían detectado cáncer, enfermedad de la cual no había logrado salir pues apenas se

lo extirpaban de un lado para cuándo le aparecía en otro. El señor nunca había sido previsor, se creía invencible, indestructible, y jamás se había hecho de seguros médicos ni de vida, mucho menos de ahorros, y bueno, el tema era que las altas cifras de dinero que ingresaba las había consumido en lujos y apuestas de carreras de caballos, por lo que Felipa, su esposa, ante la situación y con el afán de salvarle la vida, había vendido a Don Oscar todas sus acciones y convencido al deteriorado Gonzalo de venderle casi la mitad de las propias. Todo el dinero se estaba yendo en médicos, hospitales, medicamentos, estudios y demás. Las únicas acciones que quedaban intactas eran las de Freddy y de Sofía, pero éstas no eran más que de las que cualquiera de los hermanos Palacios poseía. Ni sumadas con las pocas que ahora le quedaban a su padre alcanzaban para seguir chantajeando a Renata. Conclusión: la posición de la familia de Renata en grupo AltaPala era entonces, por mucho, superior a la de los Altamirano. Situación de la que recién se enteraba Renata a su regreso de Cancún.

A Freddy se le movió el piso. La cruel sonrisa que mantenía desde el principio de la conversación se le borró de la cara de golpe. ¡Auch!

«Que gusto me da esto. ¿Estoy mal? No, para nada...»

—No pensarás que siga en mutismo basada en amenazas ¿verdad?... Pero no te preocupes, no pienso hablar, no mereces ni siquiera que te de esa importancia ¡Sólo déjame en paz!

Freddy la jaló hacía él con mucha fuerza, aplastando sus labios secos contra los de ella.

Max, desde el otro lado de la calle presenciaba la escena... “*Freddy no...*” con esa vocecita instalada en su cabeza. A punto de girar sobre sus talones para irse de ahí lo antes posible, para no seguir torturándose con la imagen de Renata perteneciéndole a otro, Freddy la arrojó al piso y como por acto reflejo, se inclinó a levantarla y sacudirla como quien menea una caja para adivinar su contenido.

Todo era confuso...

—No te vas a librar de mí...

La voz de Freddy era calmada, pero sus expresiones corporales y la fuerza con la que arremetía a Renata demostraban todo menos calma.

—¡Quítame tus asquerosas manos de encima! —le gritaba Renata asustada.

De pronto Freddy salió volando para estamparse contra un robusto árbol plantado en la banquetta.

—En tu vida volverás a ponerle una mano encima ¿Me oyes?

Renata, agitada y casi sin entender, tomó del brazo a Max antes de que su puño se estrellara en la cara de Freddy.

—¡No! Te juro que no vale la pena.

—B-Bonita —Max temblaba de rabia, hervía al tacto.

—Vamos adentro Max. Por favor.

Max la miró desconcertado. Quería molerlo a golpes pero de inmediato se dio cuenta de lo afectada que se encontraba ella, así que optó por asentir con la cabeza, conteniéndose. La rodeó con sus brazos en señal de protección y se la llevó dentro donde los demás aguardábamos sin enterarnos de nada, dejando a Freddy sin habla mientras se resbalaba por el tronco del árbol.

—Dime que estás bien —le preguntó a sin dejar de mirar al agresor por encima de su hombro mientras se alejaban.

—Sí Max. Estoy perfectamente —hizo una breve pausa—. ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó en voz muy queda.

—Lo mismo que tú. Ya sabes, despedida de solteros.

—No comentes nada de esto con mis hermanos, Max.

—P-pe...

—Por favor. Es muy importante que me prometas que no dirás nada. Son malos entendidos sin importancia ¿de acuerdo?

—No. No concuerdo.

—Mantente al margen ¡Te lo exijo! No compliques más mi vida. No eres nadie.

Soltándose de sus brazos apenas entrar al bullicio se dirigió a hacía todos nosotros echándose a los míos.

Logró contener el llanto hasta que estuvimos dentro del baño, en el cubículo para discapacitadas.

—Ha vuelto, Ale, y Max... ¿qué diablos hace aquí?

—Amiga, perdón.

—¿Fuiste tú?

—Le di su número a Rodrigo...

—Parece que no sabes lo que todo esto puede acarrear —Renata se limpiaba los mocos y las lágrimas con el rasposo papel sanitario.

—No sabíamos sobre su regreso, amiga, calma.

—¡Estoy aterrada!

—Rodrigo me contó que se meaba en los pantalones al verlo hace unas horas donde las bailarinas; pero que ni con tiempo de cancelarle a Max lo

hubiera hecho. El muy tarado está gozando de lo lindo con la que ha liado.

La pobre de mi mejor amiga que intentaba limpiarse, no hacía más que embarrarse el maquillaje por todo el rostro. Saqué un pañuelo desechable de mi bolsa y comencé a componerle la cara con mimo.

—No le conviene seguir con su jueguito ¿se lo hiciste saber?

—Igual sabiéndolo me maltrató y lo peor, Max vio todo. Vamos, antes de que ponga al tanto a los demás. Ahora más que nunca tengo que deshacerme de él.

—¿De Max? —le pregunté incrédula; asintió con la cabeza desvalida. Con los ojos más tristes que le conocí jamás.

Negué con la cabeza y sin ganas de complicarla más de lo que ya estaba, pasé un poco de polvo compacto por sus mejillas y le coloqué brillo labial en un intento por mejorar su aspecto lloroso.

No mediamos más palabras y nos reunimos con los demás. Freddy nos alcanzó varios minutos más tarde con dos vasos de whisky, uno en cada mano, luego de quedarse en la barra empujándose sabrá Dios cuántos más, llegaba tambaleándose.

La situación no podía ser más incómoda, Freddy por un lado sentado en una silla con los codos recargados sobre sus rodillas, borracho, con la mirada fija en Renata, acribillándola, de cuando en cuando posaba los ojos en Max. Renata bailando con suave cadencia frente a las mesillas, más cerca de Max que de Freddy, tratando de no mirar a ninguno, tratando de disimular; Max, recargado en un pilar con sus brazos y piernas cruzadas, observando para todos lados. Yo junto a él para impedir que abriera la boca.

—¿Por qué Renata permite que la trate así? La besó, y empiezo a creer que fue a la fuerza... la besó y la tiró al suelo el muy imbécil... estoy furioso Alejandra... —me lo explicaba todo mientras apretaba los puños hasta ponerse blancos los nudillos.

—No están juntos Max —le dije.

—Ya veo, pero igual se fue con él cuando llegaron.

—¿Y si no tuvo otra opción?

—¿Y eso quiere decir qué...?

—No me corresponde, lo sabes. Lo único que puedo decirte es que si se enteran sus hermanos de lo que ha pasado ahí a fuera, perderás a Renata para siempre.

Max rio con amargura, negaba con la cabeza con toda la desaprobación posible, teniéndolo claro, no le diría más. Siempre me limité a contestar con

alguna frase sujeta a interpretación. Nunca tuve el valor de entrometerme de lleno, pero tampoco lo tuve para mantenerme a raya.

—Tengo que hablar con ella. No me gusta ese tipo.

—Debes hacerlo. Y a mí tampoco —solté.

El antro estaba ubicado muy cerca del centro histórico de la Ciudad, no era exclusivo, sino más bien popular y a donde la gente acudía para divertirse bailando "salsa", además de disfrutar la música en vivo del grupo musical que ahí deleitaba a sus asistentes con sus movidas melodías.

Max se acercó a Renata. Necesitaba alejarla de la sádica mirada del agresor. Freddy no le agradaba, no se trataba de simples celos, ahora sabía que era algo más fuerte que eso. Había sido testigo.

—¿Bailamos? —Max le preguntó a Renata pero ella negó con la cabeza—. Sí. Bailamos —no era una invitación, era una orden, así que la tomó por la cintura y la condujo a la pista.

—No necesito esto. Déjalo ¿También vas a obligarme a hacer algo que no quiero?

—No me compares con ese gusano. Jamás te haría daño... jamás intentaría besarte para luego arrojarte...

—Tú me arrojaste de otro modo —le acusó.

«Bravo Renata, haz un hoyo en el hoyo»

—He intentado disculparme por eso y tú no me lo permites.

Desentonaban con la multitud de parejas que despleaban los más complicados pasos de baile al ritmo de una canción que de Romeo Santos interpretaba el vocalista.

Media canción más en silencio y moviéndose torpemente, sin ganas de mostrar que no tenían entre los dos cuatro pies izquierdos. Para ser sinceros, aunque hubiese ánimos, para nada sabían bailar salsa. Ninguno de los dos.

—Es Freddy —le dijo ella tratando de romper con tijeras de acero la tensión que se percibía entre sus cuerpos.

—Lo sé.

—Fue mi novio.

—También lo sé —Renata volteó a ver a Rodrigo meneando la cabeza ligeramente—. ¿Qué más te dijo aquél entrometido?

—Sólo eso —contestó Max.

Renata ya no se sentía obligada a explicarle nada al respecto, sin embargo, si consideraba la necesidad de aclararle un poco el panorama. La

escena que acababa de presenciar ¡y salvar! no merecía menos.

—Estuvimos juntos mucho tiempo, hace un par de años rompimos. No lo veía desde entonces. Ahora ha regresado del extranjero y me parece que perdió los estribos...

—¿Te parece?

Renata no respondió, era mucha su vergüenza. Freddy la había humillado pero lo que más la hacía rabiar era que pasase frente a los ojos de Max.

—¿Lo quieres? —Soltó Max la pregunta abrazándola, temía su respuesta, así que la adhirió a su pecho dejando los brazos de ella alineados a su cuerpo. La tenía ligeramente atrapada.

Ya se habían alejado de las mesas de la comitiva de despedida; “bailando” habían llegado hasta la esquina contraria de la barra.

—Viste como me ha tratado, ¿qué no? —los ojos de Renata estaban inyectados de sangre por la ira.

—Aun así podrías amarlo... muchas mujeres suelen...

—En la gráfica, no pertenezco a ese conteo.

Renata trataba de deshacerse del abrazo de Max con pequeños movimientos. La pregunta la ofendía. La canción terminó y el grupo comenzó con otra interpretación de Grupo Aventura luego de dar una pequeña charla en el micrófono saludando a su público.

—Respóndeme, lo quieres ¡sí o no!

—¡NO!

—Eso es todo lo que necesito saber.

La pegó más a su cuerpo. Renata ya no hacía por soltarse.

El espacio que había entre sus rostros los llevaba a respirar el mismo aliento.

Renata abrió la boca para decir otra cosa, pero Max le puso un dedo índice sobre sus labios para hacerla callar.

—Te amo Renata, con cada fibra mi ser... haré lo que tenga que hacer para recuperarte, para que me ames tanto como yo a ti.

—Max yo...

Max le presionó más fuerte con su dedo para evitar que siguiera hablando a través.

Renata esperaba lo que fuera menos que le dijera que la amaba, esperaba que la besara, quería que la besara, incluso esperaba que la cociera a más preguntas, pero no que le declarara su amor.

—No digas nada. Cualquier palabra que pronuncies hará que me quede y no puedo hacerlo... por ahora. Me tengo que ir.

3:35am

Max: Ale. Por favor. Que se mantenga alejada de él. Y no me refiero sólo a esta noche...

Capítulo 14

FOTOS Y NOTAS

—No puedo creer que sigas pensando en dejar atrás a Max después de que te ha dicho que está enamorado de ti.

—¿Qué quieres que haga? Freddy ha vuelto, lo tengo pasándome por enfrente a todas horas, además Maximiliano se fue apenas decírmelo y no he tenido noticias tuyas. Dame el rímel...

—El de gel está en la canastilla...te dijo que lucharía por ti y lo hará.

—No pienso precipitarme, tengo que estar alerta. Veré como fluye el panorama con Freddy ahora que papá lo ha enterado de su situación con puntos y comas confirmándole lo que le dije, ver si se olvidará de sus amenazas. No puedo echarme otra carga a cuestas, pasar de mis sentimientos hacía Max será más saludable.

—De los sentimientos no se pasa ¡por Dios!... Debes tener cuidado y mucho, pero, renunciar a Max... ¿en serio?

—No lo sé. Ahora no puedo pensar en ello. ¿A qué hora dijo Rodrigo que volvía?

—Eres tonta. Mejor me voy a mi casa, no puedo seguir escuchándote.

—Alejandra...

Me dispuse para irme, ya no quería salir con esta testaruda. Me puso de muy mal humor y miren que eso no es nada fácil.

—Eres una cobarde de porquería.

— ¡¿Qué te pasa?!

—Ya estaré aquí para acompañarte mientras te lamentas por dejarlo ir, pero ahora no me caes bien... y sobre Freddy de una vez te advierto: si se atreve a ponerte de nuevo la mano en encima tendrás que hablar Renata, porque si no lo haces tú lo haré yo.

—¡Te juro que ya no quiero temerle! —me gritó aventando la canasta de maquillajes.

—¡Que le tengas miedo no es problema! El problema es que no lo afrontas, vives a su merced. Cuando iniciaste con Max habías decidido darle para adelante a pesar de sus advertencias.

—Freddy estaba lejos y con él mis miedos. Estoy aterrada de que mi familia se entere de lo que pasó, que Max se entere... lo hubieras visto Ale, la furia con la que lo empujó cuando me aventó en la banqueta... y sólo fue eso ¿te imaginas?... Necesito mantenerlo fuera de esto, igual que a mi papá y mis hermanos. Entiende y no me dejes, salgamos un rato Ale, por favor, me quiero distraer. Te necesito.

—Ven aquí ñoña —la abracé con fuerza... lo que daría por hacerla entender.

—Veremos qué pasa, por una vez en la vida no quiero calcular nada, no haré planes ni listados de opciones.

—¿Nos vamos? Par de ñoñas —Rodrigo entró en baño de la habitación de Renata donde nos dábamos una manita de gato, y él, tan guapo como de costumbre—. Tengo ganas de patinar en hielo. ¿Una lista de qué?

—Ya sabes, para sopesar la declaración de amor —le digo a Rodrigo. No quitaré el dedo del renglón. Renata se merece ser feliz y Max la hace feliz.

—¿Ya se puso en contacto contigo?

—No. Y ya no quiero hablar del tema. Vámonos.

El mes de noviembre corría y la lluvia no cesaba. Mientras la junta extraordinaria de consejo concluía, Renata miraba entretenida las gotas chorrear por los cristales, como se unían unas con otras para luego escurrirse convertidas en un hilo de agua. Los días nublados y lluviosos tendían a ponerle melancólica, pero ese día en particular no tenía cabida para albergar ese sentimiento pues al regresar de su hora de comer, encima de su escritorio había encontrado un sobre de color dorado con su nombre impreso. Dentro, una fotografía de una puesta de sol. En el reverso una frase anotada:

"Porque un atardecer de un día como hoy te trajo a mí. Tan naranja como violeta. Tan inesperado como acertado. Tan dichoso como un milagro." MR

Pensando en la oración una y otra vez, no prestaba atención a la reunión que presidía su padre ya como Director General y socio mayoritario de AltaPala, mucho menos cuando por finalizar, le había cedido la palabra al insoportable de Freddy Altamirano quien a partir de ese preciso momento se reincorporaba a sus labores en la compañía vanagloriándose de los conocimientos adquiridos en sus últimos dos años de estudio. Les explicaba el modo en que algunos cambios podrían beneficiar ampliamente al funcionamiento, ya de por sí bien encausado de la empresa. Ciertamente se trataba de un joven muy inteligente, pero la petulancia heredada de su padre parecía incrementarse con los años. Varios de los asistentes comenzaban a removerse en sus asientos cansados del monólogo del expositor, incluso Oscar tuvo que darle un codazo al Director de Finanzas para que dejara de cabecear.

De ese día en adelante tendría que acostumbrarse de nuevo a tener a Freddy presente en la oficina; de su casa no salía desde la última semana pegado a Oscar como siamés. Comportándose como si nada hubiere sucedido en el pasado, como si no la hubiera maltratado el sábado anterior. Renata se esforzaba por no mostrarse afectada era eso, o contarles a todos sobre lo ocurrido. Sin embargo no haría lo segundo a menos que fuese estrictamente necesario. Le preocupaba el estado de salud de Felipa y Gonzalo, a ambos les tenía estima. Felipa era una buena mujer aunque débil de carácter y con muy mal estado de salud desde siempre, llevaba un par de infartos y Don Gonzalo, a pesar de su arrogancia y haber pretendido siempre mantener a Don Oscar por debajo de él, nunca le había hecho nada a nadie que ella conociera, no le caía del todo bien, pero al verlo tan enfermo le provocaba compasión. Además, y siendo lo más importante, eran los padres de Sofía, y Sofía no merecía que su familia resultara expuesta, no después de su lealtad mostrada. No hablaría, aprendería a vivir con su presencia siempre y cuando guardara su distancia.

A menos, a todos los que a ella le interesaban, les había quedado claro que Freddy ya no le importaba más. Detalle de suma importancia.

No terminaba de salir de su gozo por la frase de la puesta de sol, para cuando al día siguiente encontró en su oficina, sobre la silla para visitas en la que se había sentado Max, un tubo porta planos color negro donde venía enrollado un collage de fotos lleno de imágenes de su primera cita.

"Porque eres tan única como nuestra primera cita, tan colgado de ti como pender de un arnés en las alturas... y sonreír." MR

La frase venía impresa sirviendo de marco al collage. Las fotos no hacían otra cosa más que denotar la devoción que Maximiliano sentía por ella desde los primeros días juntos. La mayoría eran capturas de Renata sin posar, fotos espontaneas que la tomaban desprevenida, al natural.

—Lety, ¿quién ha traído el sobre de ayer y el tubo negro de hoy?

—Los ha dejado en recepción un mensajero, solicitando ambos días, se le entreguen de manera inmediata en su oficina. Discúlpeme Licenciada ¿desea que los regrese o que impida el acceso de paquetes con ese remitente?

—No, para nada quiero eso. Gracias.

—El Licenciado Rodrigo me ha pedido que cuando tenga un tiempo razonable le avise para venir a ver un tema largo con usted. ¿Me espero a que termine con las firmas?

—Dile que cuando guste.

—*Twinky* ¿Qué fue lo que pasó con Freddy en la despedida? —preguntó apenas atravesar la puerta de la oficina de Renata, un par de minutos después de que su secretaria le avisara que podía recibirlo.

—¿De qué hablas? —cuestionó ella sin inquietarse, el collage la tenía embobada, ni siquiera miraba a su hermano.

—Max me dijo que se puso violento contigo.

¡¿Qué?!

—Y te ha pedido que estés pendiente de mí ¿no es cierto? ¿Qué te dijo exactamente?

Nervios en 3, 2, 1...

«¡¿Qué parte de si abres la boca la pierdes para siempre no entendiste Maximiliano Rentería?!»

—Deja de contestarme con otras preguntas. No importa lo que me dijo o sus pedimentos, no se trata de él, sino de ti.

—Pasó que Freddy me interceptó en la entrada y Max nos vio hablando —Renata tomó aire, las cosas se le estaban complicando—, parece que perdió poquito el juicio y me sacudió. Nada grave. Max exagera.

—¿Cómo es eso de que te sacudió? ¡Qué se sacuda los mocos! Pendejo de mierda.

—No es para tanto.

—¿No lo es? Jamás veas normal un maltrato por más mínimo que sea. Nunca, Renata —La protección que siempre le había proporcionado Rodrigo era precisamente el motivo por el que lo mantenía fuera del asunto, además de que se caracterizaba por ser muy impulsivo—. Ese imbécil me va a oír...

—¡NO! —Renata lo detuvo del brazo intentando que entrara en razón, sentándolo en una de las sillas.

—¿Por qué lo defiendes?

—No lo hago pero tampoco quiero que sienta una importancia que ya no tiene.

No se había detenido a pensar en que tarde o temprano alguien se preguntaría sobre la tensión entre ellos y que Max, con la buena relación que llevaba con Rodrigo, no se quedaría callado pese a que ella se lo pidiera (y yo) y ella no estaba dispuesta a seguir con la farsa de que estaba despechada, ni que sufría por su abandono ni nada de esa basura. Así que comenzaría con contar la verdad... a medias.

—Ok Rodrigo, te voy a contar lo que sucede —respiró profundo—. El día que sufrió el infarto Felipa, Freddy me dio un anillo de compromiso, me pidió que nos casáramos y me fuera con él. No acepté. No fui capaz de dejarlo todo, tú sabes que yo no estaba precisamente enamorada. Nunca lo superé, por eso tanto regalo, tontería y hasta un perro. Se enteró de Max no sé cómo, las revistas tal vez, y bueno, supongo se puso celoso, que venía con la intención de que retomáramos... lo ignoro.

—Nos hiciste creer que te abandonó por perseguir su sueño de estudiar en el extranjero aun y cuando te había dado a entender, y a todos, que te pediría se casaran y llevarte.

—Pero las cosas no fueron así.

—Ajá —Rodrigo puso los ojos en blanco—, por eso tú sufriste como magdalena por meses. Hermética al tema ¡claro! Permíteme decirte que no te creo nada.

Rodrigo se paró de su asiento y comenzó a pasear por la oficina de Renata con las manos metidas en las bolsas del pantalón.

—Sufrí porrrrrqueeeee... por... que... —Renata trataba de armar un discurso que sonara coherente. Optó por otra verdad a medias. Estaba sudando—. Porque sentía que había perdido cuatro años de mi vida con alguien a quien no supe amar ni querer unir mi vida. Entiende que me propuso matrimonio y que yo me sentía impotente, incapaz de amarlo. Era como si no quisiera estar con él pero tampoco con nadie más ¡no sé Rodrigo!

El caso es que no lo soporto o bueno —se autocorrigió para no levantar más sospechas—, me es indiferente.

—Y la pregunta del millón: ¿por qué diantres dijeron ambos que él te había dejado?

«Excelente pregunta. Contesta esa Renata...»

Tamboriteaba con sus dedos el escritorio. Odiaba mentir, sobre todo a su mellizo.

—Por no humillarlo y para disminuir mi sentimiento de culpa.

¡Taraaan!

Rodrigo la miró fijamente entornando los ojos. Agitando su eternamente despeinado cabello.

—No me convences del todo, pero está bien, trataré de creerte. Algo me dice que ocultas algo y cómo lo descubra, dejaré de darte la punta de chocolate de cada *cornetto* que me coma —Ambos se echaron a reír. Renata odiaba tanto el sabor de esos helados como amaba la punta de chocolate del barquillo—. De lo que sí estoy seguro es que Freddy ya no me cae bien y me va a oír. Nadie toca a mi hermana sin sufrir las consecuencias. Vente, vámonos a comer y a pasar la tarde juntos. Hace mucho que no andamos solos bobeando por ahí. Últimamente la giro más con Alejandra que con mi verdadera hermana, y no es que me queje ¡me encanta estar con ella!

—Vamos, pero de reclamarle algo a Freddy, de eso nada. Están celosos uno del otro, eso es todo. Cuando digo que me sacudió es un decir —Renata minimizó la situación e intentó convencer a su hermano de que dejaran el tema Freddy por la paz. Lo consiguió. A Rodrigo le sonó más coherente que Max actuara bajo impulso de los celos a que Freddy se atreviera a ponerle una mano encima a Renata.

—Antes de irnos mira esto.

Renata le enseñó el collage y la foto del atardecer explicándole con detalle lo acontecido ambos días. Ya se lo había contado en su momento. Apuesto a que Rodrigo no la sacó del error dejándola que se explayara, disfrutaba ver a su hermana enamorada. Y Max le caía bien, sentía que él sí podría hacerla feliz, igual que yo.

6:43pm

Alejandra: ¿Te dijo que le encanta estar conmigo? O sea ¿cómo? Así como: “me encanta estar con ella” muy equis, casual... o “¡me encanta estar con ella!” con emoción, como si realmente le encantara.

Renata: Como lo segundo... Ale *focus*... Rodrigo-Freddy-DRAMA... no se tragó el chicle completo. Sabe que no digo la verdad, o al menos no del todo. Odio que no pueda formar parte de esto.

Alejandra: Ese bicho tiene TO-DO pero bruto no es... a mí también me encanta estar con él.

Renata: ¿Me estás diciendo que te encanta estar con él? O sea ¿cómo? Así como: “me encanta estar con él” muy equis, casual... o “¡me encanta estar con él!” con emoción, como si realmente te encantara.

Alejandra: Me caes mal.

Renata: Ustedes dos me caen peor a mí.

—Ésta cuñadita nos va a dejar exhaustas. Vamos a llegar a la boda echas trizas —decía Renata a Estela mientras cruzaban el umbral de la casa—. Creo que ya quedó todo, el resto depende de las chicas de la agencia. Por muy *nice* que sea asignar lugares en la recepción, a mí me parece pésimo que no puedas elegir dónde y con quién sentarte. En fin.

—Buenas noches hija.

Renata le respondió con una sonrisa tierna mientras ambas subían por las escaleras a sus respectivas habitaciones. La noche ya estaba avanzada y el resto de la familia parecía dormir.

La alcoba de Renata se encontraba completamente invadida de ramos de flores, rosas de todos los colores y sobre la cama un pequeño sobre blanco sellado.

"Porque pétalos debieron formar un camino bajo tus delicados pies llevándome a tu encuentro. Esa noche tan repentina como mágica. Tan deliciosa como apasionada. Tan llena de amor como de ilusión". MR

—Para esto sí necesitó nuestra intervención —dijo Rodrigo a Renata al ver su cara de asombro, estábamos escondidos en el área del vestidor de la recámara y le salimos de pronto cuando ésta encendió la luz. No queríamos perdernos su reacción al ver la nueva sorpresa de Max.

El aroma de las flores inundaba toda la habitación y pese a que llevábamos más de una hora ahí metidos, no me cansaba de aspirar su olor mientras en mi mente me repetía *¡me encanta estar con ella!* Rodrigo siempre hacía cosas o decía algo que lograba inquietarme por varios días y en

varios sentidos.

—Para esto y otras tantas, tal para cual... metiches.

—Sólo nos metemos en lo que nos importa —dije.

La abrazamos unos breves instantes y salimos de ahí. Seguro tendría mucho en que pensar. O tal vez sólo sentir... recordar.

Y así, siguió tomándola desprevenida día tras día con los diversos detalles que le hacía llegar. Todas las notas estaban escritas de su puño y letra, cargadas de amor, de devoción, que no hacían otra cosa más que alimentar el alma y corazón de su musa. Renata comenzaba a brillar como nunca antes y vaya que siempre había brillado. Saber del amor de Max, sentirlo, comenzaba a cambiarlo todo. Aunque no hablaran desde el día de su declaración de amor; aunque él no supiera cuanto lo amaba ella a él.

La mañana siguiente, después de que Renata durmiera entre pétalos y la nota con las palabras de su enamorado, un mensajero la interceptó al salir con su coche de su residencia. Un joven delgado y de estatura muy baja le entregó un frasco pequeño lleno de arena blanca con un papelito sujeto con un hilo alrededor de la tapadera.

"Porque esta arena acunó tus pasos, saboreó tu cuerpo, atestiguó nuestros encuentros. Tan blanca como tu alma. Tan llena como tu mirada. Tan delicada como tu piel" MR

Al llegar a su oficina aparcó su vehículo en el estacionamiento destinado para socios de la empresa. El lugar era sombrío y sin movimiento, sólo un par de guardias se avistaban por ahí dando sus rondines de rutina. La mayoría del personal directivo dejaba su auto a los guardias de la bahía de la puerta principal del edificio para que estos se los acomodaran en sus sitios. Renata llevaba varios días con esa práctica dado que un molesto reportero la venía asechando y no sabía cómo manejar la situación ni que responder a las preguntas que evidentemente pretendía formularle.

—Muñeca, buenos días —saludó Freddy a Renata cuando ésta descendía de su auto—. Te estaba esperando.

—Freddy —Respondió Renata secamente y con la mayor tranquilidad que pudo. Todavía su presencia le aceleraba el pulso, en el muy mal sentido de la palabra. Sentía temerle menos al saberse con la sartén por el mango, ya

le había dejado claro que con cualquier movimiento en su contra, ella haría saber al mundo quien era él en realidad.

—¿Se puede saber de quién te escondes? Llevas días entrando y saliendo por el subterráneo.

—No de ti.

No había detenido su paso ante su presencia, ya estaba esperando el elevador que la llevaría directo al último piso, donde estaban las oficinas de ambos, para su desgracia.

—Obvio no. De mí no te podrías esconder nunca. Son demasiadas cosas las que nos unen Muñeca. Y ahora que he regresado para no irme más, te tendrás que acostumbrar a verme siempre. Mejor cuéntame, ¿qué se siente tener a un enamorado famoso? ¿Por qué no le dices de una vez que está perdiendo el tiempo contigo? Que no eres más que una frígida incapaz de dar amor.

El ascensor se abrió y ambos entraron. Freddy tecleó la clave para que no se detuviera en ningún piso con la intención de que nadie los interrumpiera o para provocar el pánico en Renata, apuesto.

—Es una lástima que quien te ha mantenido informado sobre cada paso que doy no pueda darse cuenta cuando me quito la ropa ni ante quien lo hago.

Freddy se tambaleó replegándose a una de las paredes del artefacto que los trasportaba. Luego, sin siquiera percatarse, la acorraló en una esquina con una mano por debajo de su mandíbula estirándole el cuello.

—Las cámaras Freddy, las cámaras —le dijo como pudo, la estaba ahorcando.

Freddy la soltó inmediatamente sin separársele mucho. Necesitaba disfrazar lo sucedido, despistar a quien quiera que pudiera ver las grabaciones. El fingido aspecto relajado de Renata lo tenía fastidiado, tal vez caía en la trampa de que ya no ejercía control sobre ella y eso lo sacaba de quicio, actuaba sin pensar en las consecuencias. Mientras Renata por dentro moría de miedo.

—Espera que me encargue del asunto, mosca muerta.

—¿Me siento o me quedo parada? Freddy.

Renata lo retó ignorando si regresaría con Maximiliano Rentería o no. Reconocía que lo de Max había salido del “archivo muerto” para quedarse en el estante de “estatus no identificado”. De lo único que estaba segura era de que lo amaba con locura y él, bueno, se había pasado los últimos días endulzándole con flores, fotos, letras, arena...

El siguiente sábado por la mañana: un hermoso marco de madera.

La foto debió tomarla alguno de sus amigos en la fiesta de David en el yate. Estaban parados de lado en la popa, Max recargado de la barandilla, Renata entre sus piernas. El brazo derecho de Max rodeándole la parte baja de la espalda con la palma extendida, atrayéndola, y ella con el brazo izquierdo sobre su hombro, quien ligeramente inclinado la hacía arquearse un poco hacia atrás denotándose su pelo alborotado por el viento. Fundidos en un beso. La foto era espectacular, retocada con destreza. El paquete llegó al salón de la modista donde recogíamos los atuendos para el enlace matrimonial Palacios/Miranda que se llevaría en unos cuantos días en New York City.

"Porque cada intento me hizo añorar, soñar, imaginar... no pedirle nada al universo más que un beso de tus labios. Tan suaves como fieros. Tan abrazadores como intimidantes. Tan excitantes... tan sabrosos... tan ricos..."
MR

La frase estaba tallada en la madera del marco.

Todas las féminas que albergábamos el lugar alucinamos con la fotografía, pero sobre todo, con las palabras labradas. Algunas desconocidas rodearon a Renata animándola a que le llamara a su remitente.

¡Ay aja!

Estela sonrió a su hija tiernamente, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación de lo que fuese que hubiere entre ella y Max. Toda la familia estaba enterada de los detalles que el galán venía desplegando desde días atrás y lo que eso provocaba en Renata, de la felicidad reflejada en su mirada.

Max por su parte sí que esperaba una llamada, un mensaje. Lo esperaba pero sabía que Renata no lo haría, no se comunicaría con él. Lo tranquilizaba que ninguno de los envíos los devolvía. No había logrado sacarnos ni media palabra, ni a Rodrigo ni a mí, nuestro papel era muy ambiguo, ayudábamos con decirle donde estaría Renata y donde no, sus horarios, pero nos tomaba igual por sorpresa tanto el modo como los contenidos. Rodrigo por su parte se había dado el gusto de hacerle saber a Max que la sorpresa de las flores no pudo salir mejor y yo, mandándole algunos mensajes con emoticones de aplausos y ojitos de corazón.

Me llenaba de felicidad que con el paso de los años, Renata, Rodrigo y

yo, siguiéramos siendo los tres mosqueteros de siempre.

"Porque antes de ti no hay antes. La vida entretuvo mi corazón viajero en la espera de lo verdadero. Tan real como tu existencia. Tan presente como este sentimiento" MR

Esta frase venía escrita en la primera hoja de un cuadernillo de pastas rojas. El resto de las páginas, absolutamente todas, estaban en blanco. Renata lo hojeó esperando encontrar algo más, y no porque el pensamiento le haya parecido poco, moría de amor con cada palabra, pero le pareció extraño, cómico en realidad. Más que nunca Renata deseó tener a Max enfrente para preguntarle qué significaba eso y el cómo sabía dónde se encontraría en ese momento para que el mismo joven de corto tamaño que le entregara el frasco de arena, la interceptara al salir del restaurante donde comiera con su familia, para entregarle la libreta envuelta en papel periódico atado con una cuerda.

—¿Rodrigo?

—Juro por tu vida que ni idea.

—Jura por la tuya ¿por qué por la mía?

—Porque si la tenía.

—¿Y el Señor Rentería qué? He tenido que pedirle a Graciela que me compre las revistas para ponerme al día. Resulta que mi hija se ha vuelto famosa y yo ni enterado.

—Papi, lo conocí en Cancún, era mi vecino.

—Eso ya lo sé...

—Que le ha declarado su amor y se desvive por llenarla de palabrería para que le dé el sí.

—Rodrigo, en serio que contigo no se puede. Que te cuente él, papá. Es todo un experto en mi vida —dijo Renata divertida jalándome del brazo para subirnos a la camioneta.

—Es un mamón que no le conviene —terció Oscar con cara de vinagrón—, maneja tu Rodrigo, el tema de conversación me está indigestando.

—¿Cuál es tu problema con Maximiliano, Oscar? No respondas, si tu estómago está resentido es por todo lo que tragaste y si tanto quieres que Freddy entre a la familia, cástate con él en vez de con Malenita.

—¡Rodrigo! —sentenció Estela.

—¿Por qué no le conviene el tal Max a tu hermana? —Preguntó Don Oscar acomodándose en el asiento del copiloto.

—¿Vamos por un helado? —preguntó Rodrigo muy quitado de la pena, muy en su actitud de me importa todo un papalote y lo echo a volar. Muy a su estilo despreocupado.

—Yo no quiero, déjame en casa de Malena, imbécil.

—¿Oscar? —volvió a la carga Don Oscar.

—¿Por qué hablan de mis asuntos entre ustedes como si yo no estuviera presente?

—Helado no, mejor churros de Coyoacán —dije para tratar de desviar un poco el tema, una polémica de cómo pasar el resto de la tarde era menos tortuosa.

—No se diga más, tus deseos son órdenes para mi Bicho Hermosa —contestó Rodrigo dando vuelta a la izquierda, corrigiendo el camino para llevarme por mi antojo, haciendo que me sonrojara... no por lo de bicho, así nos apodábamos mutuamente.

—¡Llévame con Malena primero Rodrigo! Y respecto a Maximiliano simplemente no me cae, a lo que se dedica dista mucho de lo que Renata merece, eso es todo.

—Suficiente todos —se pronunció Estela—. Rodrigo, conduce a casa de Malena y de ahí a Coyoacán y por lo que toca a Maximiliano, eso es asunto de Renata, así que par de Oscars dejen el tema por la paz.

La jefa se pronunció y todos a callar.

Un par de días más tarde, Renata leía una vez más y otra y otra cada uno de los textos recibidos por parte de Max, admiraba las fotografías y sonreía con nostalgia recordando cada uno de esos maravillosos momentos vividos a su lado en la comodidad de su amplia habitación. Su cuarto era fresco y acogedor a la vez, pues conservaba algunas cosas de cuando era niña, lo que le daba a la habitación un toque tierno, como la osa de peluche gigante de moño rosa atado en el cuello, sentado sobre una silla en una esquina, ese se lo regalé en su cumpleaños número nueve. También tenía el escritorio que sus padres le habían comprado cuando cursaba la secundaria, Renata en ese entonces se había opuesto a seguir haciendo sus tareas del colegio en el estudio de la planta baja junto con sus hermanos, pues alegaba que con tanto alboroto era imposible concentrarse, ellos peleaban y se arrojaban cosas todo

el tiempo; el escritorio seguía en excelente estado y a ella le encantaba sentarse ahí a escribir.

Suspiraba por Max, las palabras que le dedicaba hacían que lo extrañase con mayor intensidad. Sin embargo no lograba concebir la vida a su lado. Eran personas muy distintas a pesar de la cantidad de cosas que les gustaba realizar juntos. Su día a día era diferente por decirlo de un modo muy lindo, se trataba de más que simples diferencias, él siempre lleno de atención, glamour, envuelto en chismes, asediado por mujeres, cambiando su residencia en temporadas. Ella por su parte llevaba una vida extremadamente familiar, rodeada de un pequeño círculo de amistades y constreñida a su oficina, que si bien podía manejar horarios para no ser esclava del trabajo, en realidad no lo hacía. Era una persona que por lo general no salía de su zona de confort, no asumía riesgos, ni en el plano personal ni en el emocional.

Todo ello sin mencionar que el asunto Freddy no lo tenía a raya.

Colocó la foto de ellos besándose en el buró de su lado preferido de la cama y enganchó en una de las paredes el collage enrollado, se veía raro pero así funcionaba, en la parte de arriba tenía un triángulo de cuero de donde se debía colgar y en la parte de abajo una pestaña del mismo material, que cuando estaba enrollado, sobresalía para halarlo y hacer que se extendiera para admirar el contenido.

—Renata. ¿Puedo pasar?

—Pasa zorrillo.

—Freddy ha llegado, nos preguntamos si quieres salir un rato con nosotros, vamos al bar.

Nuestro bar favorito al que Renata había dejado de ir desde el regreso de Freddy. No le apetecía compartir con él ningún otro aire que no fuera el de la oficina o la estancia familiar de su propia casa de la que el indeseable no salía ni a empujones.

—No Oscar, gracias —Renata le contestó con toda seguridad, borrando la sonrisa con la que lo había recibido.

—¿Qué sucede? ¿Por qué evitas a Freddy? No deberías ser tan grosera.

—Muy sencillo, lo evito por que no deseo su compañía.

—Pues va a ir a la boda. Haz un esfuerzo por convivir de nuevo con él. Es mi mejor amigo desde siempre y para ti también es alguien importante. No seas tan orgullosa.

—Oscar, a tu boda va quien quieras que vaya, no puedo hacer nada al

respecto, pero no me pidas que socialice con él, no me gusta tenerlo cerca.

—Renata por Dios. Ya supera el pasado. Se fue porque quería cumplir un sueño, eso no es un pecado ¿o sí? Destacar, estudiar, ser alguien más para ti y por eso no dejó de hacerse presente en tu vida, siempre manifestándose en las fechas importantes. Ahora ha vuelto y te quiere. Deberías darle una oportunidad.

—¿Te mandó a que intercedieras por él? Porque si es así, te anticipo que ambos pierden su tiempo. Graba algo en esa necia cabecita tuya: Freddy, desde hace muuuucho tiempo dejó de importarme. No es orgullo, simplemente no me interesa.

—Para todos es evidente que estás despechada y quieres vengarte de él. Maximiliano bien que te está sirviendo ¿verdad? con tanta bobada que hace para llamar tu atención. Si le sigues el juego a ese mamón, vas a salir perdiendo.

—Piensa lo que quieras y por tu salud mental supera que entre Freddy y yo todo acabó hace años, mismos años que llevo repitiéndotelo ¿No te cansas? No estoy despechada, no quiero venganza, ni se trata de orgullo, ni quiero regalos de su parte, ni que haga nada, absolutamente nada tu mejor amigo para reconquistarme ¿entiendes? ¿O te lo explico con manzanas? ¡Estoy cansada de lidiar contigo y este fastidioso tema! Y sobre Max, quiero que sepas tú y vayas y le digas a tu adorado Freddy, que estoy perdidamente enamorada de él, que es al único hombre en toda mi vida al que he amado y que deje de llenarte los sesos de basura si no quiere salir perdiendo más de lo que ya perdió.

—¿De qué hablas?

—No quieres saber hermano. Así dile... y como te atrevas a dejar mal a Max frente a mis papás de verdad que la excelente relación que llevamos la vas a tirar por el caño, no lo conoces realmente, no puedes opinar sobre él. Ya, sal de mi cuarto, no eres de mis personas favoritas en este momento.

Con lo dicho concluyó la corta y acalorada conversación con su hermano mayor. Girando sus talones se metió a su enorme y bien provisto vestidor cerrando la puerta de golpe. Oscar parecía no querer salir de ahí hasta saber a qué se refería Renata con que Freddy podría perder más... estaba perplejo; habría apostado un órgano a que su hermana tarde o temprano cedería ante su amigo, los pensaba el uno para el otro. No imaginaba a Renata con nadie que no fuera Freddy. Le echaba la culpa a la aparición de Max, juraba que la tenía deslumbrada y que sólo la dañaría.

Lo odiaba por eso.

Rodrigo, que había escuchado toda la conversación desde el pasillo, cada vez su melliza lo intrigaba más respecto al tema Freddy, estaba seguro que algo fuerte y nada bueno pasaba entre ellos, le purgaba no saberlo para poder protegerla mejor, pero lo que más le calaba, era que no le tuviera la confianza para decírselo.

“Porque tú sonrisa tan me ilumina como me mata no mirarla. El leve mordisco de tu labio tan seductor como antojable. Porque deseo vivir impregnado de tus besos”. MR

“Porque las gotas que empaparon nuestros cuerpos, la confusión y la dicha fusionaron, tan incierto como estaba y tan seguro como ahora, que no te dejaré partir como la nube que la arrastra el viento”. MR

Capítulo 15

CORAZÓN DE ORIGAMI

El aire fresco se dejaba sentir en la ajetreada urbe, engalanada con los espectaculares tonos amarillentos combinados con el verde pálido y naranja intenso de los frondosos árboles vestidos de otoño. Para los ajetreados transeúntes por las calles y banquetas un día de la semana como cualquier otro, no así para los Palacios, ya que en punto del medio día, Oscar Palacios hijo y María Elena Miranda unirían su vida ante Dios en la neogótica Catedral de San Patricio de aquella glamorosa Ciudad donde cerca de cien personas habían arribado para celebrar el enlace matrimonial de la pareja.

Las mujeres nos encontrábamos desde temprana hora en uno de los salones que el magnífico hotel donde nos hospedaban y dentro del cual también tendría lugar el majestuoso banquete, había dispuesto para el arreglo personal tanto de la novia, como de sus invitadas. El amplio recinto estaba dividido por secciones con exquisitos biombos y mamparas otorgando cierta privacidad a la homenajeadas, pero sin perder la idea de familiaridad con la que estaba diseñada la exclusiva boda. Luego de tomar el desayuno y estando prácticamente listas para enfundarnos en los atuendos de gala, una chica de servicio al cliente entró en el lugar y sin dar explicaciones le entregó a Renata un corazón rojo de papel bond.

Lo tomó y lo observó por ambos lados, girándolo varias veces.

—¡Ábrelo mujer! —le dije. Estaba justo a su lado cuando lo recibía

«¿Por qué tengo que ser tan curiosa?»

—¿Sabes qué es?

—Si lo extiendes... sabremos las dos —puse mi cara de cuando algo resulta obvio.

“Porque sin ti mi corazón se reduce a nada... tan necesito llegar a ti, como preciso hacerte sentir cuanto es que TE AMO”. MR

El corazón de Renata dio un vuelco, llevaba unos días sin recibir más detalles. Volteó para ambos lados, buscando. Yo, con una sonrisa de oreja a oreja y con las cejas levantadas moví la cabeza negando.

—¡Juro que no sabía! De ésta no tenía ni mínima idea. Lo juro.

—Heeyy bobas, atención —Camila nos sacó de la ensoñación.

Renata buscó su bolso de mano para guardar el corazón de papel. Ojalá dejara de guardar el que latía como caballo desbocado en el lado izquierdo del pecho.

—Vístase y vamos con Malena, debemos cerciorarnos de que lleve consigo todo lo necesario —entre aplausos y brinquitos continuó diciendo la inquieta Camila.

—¿Algo nuevo? El vestido obvio ¿Algo viejo?

—El abrigo que usaré. Era de mi abuela —dijo Malena a Camila, muy sonriente.

—¿Azul? —gritó una de las amigas de Male.

—¡En la liga! —dijo con picardía la madre de la novia, una señora con mucha clase y estilo pese a su baja estatura y llevar consigo bastantes kilos de más.

Todas las presentes alardeamos con chistes relativos a la noche de bodas y luna de miel.

—Basta golosas, concéntrense, que las de parte del novio ya nos debemos adelantar. ¿Qué llevas prestado y regalado? —le preguntó Renata todavía con el brillo en la mirada. Ya no podía ocultar la dicha que le provocaba el sentirse amada, saberse en la mente y en el corazón de aquél que le robaba todos sus pensamientos.

—Los aretes me los prestó tú mami y este dije divino —se tocó el cuello y la sutil cadenita de donde pendía un par de exquisitas letras “M” y “O” entrelazadas—, me lo ha regalado esta misma mañana Estela. Suegrita, de nuevo gracias por recibirme con los brazos abiertos en tu familia.

Estela se acercó a Malena con lágrimas en los ojos, tomándole de las manos y dedicándole la más sincera de las sonrisas.

—Bueno, bueno, será mejor que nos dejemos de arrumacos y palabrerías o se nos correrá el maquillaje. Es hora de irnos, Palacios —les dije antes de que comenzara el chorreadero de lágrimas.

Malena, pese a llevar una corta relación de año y medio con Oscar, les había ganado a todos en unos cuantos meses. Era una chica muy transparente

y relajada, trabajaba en la Asociación de Estela, era psicóloga y sabía manejar muy bien al cabeza dura de Oscar, algo que todos en casa de éste le agradecían. Había conocido al primogénito de los Palacios Velarde en una de las cenas de beneficencia de la asociación y desde entonces, se dieron cuenta de que eran el uno para el otro.

En el mismo instante sus ojos se cruzaron... si el bullicio de la esquina donde tendría lugar el enlace eclesiástico no fuese tan desmesurado, los latidos acelerados y acompasados a la vez, serían escuchados hasta el campanario que hubiere querido repicar dichoso de atestiguar el encuentro de almas nacidas para complementarse entre sí.

—Yo lo invité —le dijo Rodrigo antes de que Oscar dijera nada.

—¿Eres así o te dan apagones cerebrales? ¿Qué pretendes poniéndole a Renata en bandeja de plata?

—Sólo facilito las cosas. Max llegaría a ella de cualquier modo. Como ya lo ha hecho.

—¿Y qué me dices de Freddy?

En ese instante, Freddy, como mejor amigo y padrino de altar de Oscar, bajaba de la misma limosina familiar en la que éramos trasportados, siendo Max lo primero que alcanzara su vista.

—Aquí lo tienes —le dijo, recargándole el dedo en el pecho de manera innecesariamente brusca—. TÚ disfruta de tu boda y deja a Renata disfrutar de SU vida.

En el momento justo que el indeseable sujeto bajaba del auto y pretendía tomar a Renata por los hombros, ella sin saberlo, dio el primer paso encaminándose hacia Max quedando, inconscientemente, fuera de su alcance; la dicha que la invadía desde que recibiera el corazón de papel, superaba el desagrado que le venía azotando por compartir el mismo aire espacial con el otro. Max acompasaba sus pasos en la misma dirección hasta quedar frente a frente muy cerca, sin tocarse.

—Max...

—No te atrevas a preguntarme que hago aquí —Max le dedicó su sonrisa favorita, esa misma que le mostrara bajo el farol de las escaleras de la playa el día que se conocieron, y si, volvió a sentir que se derretía como mantequilla.

—Eres bueno con las manos, origami ¿eh? —dijo ella tragándose con una sonrisa el “qué haces aquí” que estuvo a punto de pronunciar.

—Tuve que ver varios tutoriales —seguían mirándose detenidamente, como si estuvieran reconociéndose—. Luces encantadora —le suspiró al oído.

Renata quería dar las gracias, tanto por el cumplido, como por la serie de detalles recibidos cuando Rodrigo les interrumpió.

—Vamos, la novia está por llegar y mis padres están ansiosos por conocer a tu acompañante.

A unos cuantos metros se encontraban Don Oscar y Estela, yo junto a ellos, así como algunos de los pocos invitados que aún no daban paso al interior de la Catedral. Oscar hijo y Freddy ya aguardaban en el altar. El primero había tenido que arrastrar al segundo a dentro, luego de ver como Renata iba al encuentro de Max.

—Mamá, papá, les presento a Maximiliano Rentería, amigo de Renata.

—Bien, pero ¿no se supone que esa presentación la debería hacer Renata? —Preguntó Don Oscar.

—Así es papito, ya vez como es de entrometido mi querido *twinky*.

Don Oscar le tendió la mano y con un fuerte apretón y una palmada en la espalda le saludó con el talante parco que utilizaba para espantarnos los galanes. Estela por su parte le sonrió fascinada, moría de ganas de tener frente a ella al afortunado de arrancar suspiros de su hija.

—Señor, señora linda. Encantado de conocerlos.

Una señorita con un auricular de diadema, la encargada de coordinar el evento, interrumpió la escena luego de quedar hipnotizada por unos segundos al reconocer al guapo actor. Les informó tartamudeando sin dejar de mirar a Max, atolondrada, que el cortejo debía tomar sus posiciones, la futura esposa estaba a punto de arribar.

Freddy no podía dejar de voltear para ver al par que estaba colocado a sus espaldas. Las miradas asesinas quedaban por mucho fuera de contexto dado el lugar y el evento que se presenciaba. Max aprovechó uno de esos momentos para susurrarle al oído a Renata luego de entrelazar su mano con la de él:

—Tenemos que hablar, Bonita. Necesito decirte tanto...

—Ya has dicho bastante.

—No —le apretó la mano y mucho más cerca de su oreja le dijo—, mi amor... lo requiero.

Tanto sus palabras como su cercanía le erizaron la piel. El calor de su respiración que sintió en el cuello le descendió hasta la parte baja de la

espalda... y más allá. Y ese mi amor...

Alguien de la banca de atrás los mandó callar con un tan ruidoso “ssshhhh” que fueron más los que voltearon a ver a esa la tía de la novia, que a los propios causantes del mohín.

El rito religioso continuó sin pormenores. Al salir, la familia de los ahora esposos así como los padrinos y madrinas nos dirigimos a *Central Park*, uno de los lugares neoyorquinos más emblemáticos, donde se llevaría a cabo la sesión fotográfica entre los caminos, parajes y puentes del encantador parque.

Entre foto y foto Max no desaprovechaba oportunidad de parafrasear con Renata. Si a ella no le apetecía sentarse para hablar, él le diría andando todo lo que llevaba semanas queriendo decirle, así no fuese ni el lugar ni el momento apropiados.

—Todo lo que dije y como te traté... me arrepiento enormemente. Lo siento mucho... todas estas emociones eran ajenas a mí ¿comprendes?

—Lo que tenía que comprender ya lo he hecho.

Uno de los fotógrafos le hizo señas para que se uniera con sus hermanos. Les tomarían una serie fotográfica debajo de un fascinante árbol de tronco torcido.

«¡Nadie sabe la emoción que sentí cuando me incluyeron en esa serie de fotos!»

El paisaje inmejorable: un puente al fondo, hojas secas de todas las formas y tamaños esparcidas por el suelo y variedad de tonalidades otoñales de los árboles y malezas, pero Max lo que admiraba era la belleza y naturalidad de Renata, el entallado vestido color vino que portaba enmarcaba su exquisita silueta a la perfección. Él, muy apuesto en su esmoquin, recargado en el troco de otro árbol con una pierna por delante de la otra y una mano dentro del bolsillo del pantalón; el cuadro era arrollador, tanto, que otro fotógrafo de los contratados para realizar el estudio, no pudo evitar capturar esa imagen en la que desde la distancia, se podía dilucidar el modo devoto de mirarla.

Caminando rumbo a otro paraje, siguiendo las instrucciones de los especialistas quienes capturaban las imágenes tanto posando como si no, Renata aminoro el paso dejando que Max le alcanzara.

—No conocía tu lado poeta —le dijo apenas vio de reojo que ya avanzaba a su costado.

—Tú me inspiras.

—Gracias por todas esas palabras, fueron...

—No se trata de simples palabras —la interrumpió. Era ahora o nunca—. Es lo que significas para mí, lo que me provocas. Y son todas esas emociones de las que quiero hablarte, tanto buenas como malas. Sentimientos que no sabía que pudieran despertar en mí... celos, cerrazón, arrojito... y amor Renata, sobre todo amor. Me asusté, no supe darme cuenta a tiempo, necesito que me perdones, debí confiar y no lo hice.

Detuvieron su andar. La sesión había terminado y ya nos esperaban en los carruajes para llevarnos al hotel a descansar un poco antes de la recepción. El recorrido fotográfico concluía en la esquina contraria del fastuoso parque.

—Suficiente... tengo una boda en unas horas y... y quiero que me acompañes.

Era una Renata decidida, segura de sí misma. Era Renata, otra vez.

—¿Es una cita? —le preguntó con la sonrisa más cautivadora de su repertorio.

—A las seis en punto.

La orquesta interpretaba la tradicional marcha nupcial de modo solemne mientras los novios arribaban al salón saludando a todos sus invitados ondeando sus manos en señal de victoria. Las risas se dejaban escuchar en el majestuoso salón del que colgaban opulentos candiles que hacían juego perfecto con los arreglos florales que servían de adorno en las mesas.

Tres minutos antes de la hora acordada, Max llamaba a la puerta de la habitación que Renata compartía conmigo y con Camila.

—Pasa, dame un par de minutos —le dijo Renata una vez abriera la puerta. Estaba sumamente nerviosa, aunque se aferró a negarlo cuando le dijimos que nos adelantábamos para darle unos minutos a solas con Max.

La habitación contaba con una sala de buen tamaño y una vista envidiable del *Central Park*. Renata lo invitó a tomar asiento mientras ella entraba por una puerta que daba al dormitorio en sí.

Max estaba inquieto. Ansiaba estar a solas con ella desde lo que pareciera una eternidad. Ahora lo estaba. Podía ir tras ella y sencillamente tomarla en sus brazos, arrancarle el vestido y poseerla sin importarle destrozarle el peinado. Saciar el hambre de besarla, acariciarla... ella no se resistiría, podía sentir la energía que los envolvía a ambos con sólo sentirse cerca. Pero no lo hizo. Gobernó sus ímpetus y se reacomodó el pantalón que de pronto sintió un tanto justo. Renata era un todo más que deseo. Llevaba

cerca de medio año aguardando por ella. No fue hasta días después de que pasaran su primera y única noche de pasión, que se diera cuenta que desde coincidir, no había puesto los ojos en ninguna otra fémina... ni su boca, ni su cuerpo. Situación que mantenía a la fecha religiosamente.

—Estoy lista.

—¿Vamos?

Renata asintió con la cabeza. Max le abrió la puerta y permitió que ella saliera primero que él. Caminaron a paso lento por el pasillo alfombrado rumbo a los elevadores.

—¿Puedo tomarte de la mano?

—¿Puedes? —le respondió coqueta, con otra pregunta impregnada de “te estás tardando”. En los minutos en habitación había querido que como mínimo, le diera un beso en los labios sin tener que conformarse con aquél escueto beso en la mejilla a modo de saludo.

El ascensor se abrió... con Freddy adentro, con sólo Freddy adentro. Max sintió como Renata le apretaba los dedos con fuerza. Aun así, dio un paso al frente para introducirse con Max siguiéndole, apretándose más las manos uno al otro, luego de sopesar por medio segundo (si es que se puede pensar en algo relevante en esa fracción de tiempo) el dejar que se cerraran de nuevo las puertas y esperar otro elevador. De seis elevadores tenía que abrirse el único que llevaba un Godofredo montado ¿Es en serio?

—¿No me vas a presentar, Muñeca? —Freddy fue el primero en querer romper el hielo.

Nada ni nadie habría sido capaz de destruir, ni tantito, el iceberg que ahí se trasportaba.

—Ni te molestes, mi amor. Ya nos presentaron —Max se apresuró a decir, intentando que Renata no se sintiera más incómoda de lo que ya debía sentirse. Nada estropearía sus avances. Y Freddy menos. La abrazó por la cadera, pegándola a su cuerpo para marcar territorio. Renata le sonrió sin dejar de mirarlo—. Tengo algo para ti. Recuérdame que te lo de cuando volvamos a la habitación, Bonita —continuó diciéndole muy cerca del oído pero con un volumen de voz suficiente para que el indeseable escuchara.

Renata no supo si le dijo eso con el único propósito de destantear al enemigo; la razón que fuese provocó que Godofredo se pusiera como energúmeno y comenzara a presionar todos los botones de los pisos faltantes.

Max quiso reír por lo alto pero sofocó la risa por prudencia, aun así, soltó una especie de graznido como proveniente del fondo de su garganta.

Las puertas se abrieron y Godofredo salió hecho bólido.

—¿Eso fue tu novio por años?

—En mi defensa, puedo alegar que no era así entonces.

—Deberían encerrarlo en un lugar de esos con paredes acolchadas.

Max y Renata entraron al salón poco antes de que arribaran los novios, habían perdido demasiado tiempo en el elevador con tanto abrir y cerrar de puertas.

El lugar en la mesa que Oscar había fraguado ocupara Freddy al lado de Renata sería ocupado por Max, desde luego. Malena se había encargado, cómplice de Rodrigo.

La tarde-noche transcurría muy amena. El acompañante de Renata departía con Don Oscar y el padre de éste sobre cualquier tema. A Max no le faltaba tema de conversación y cuando sí, era un excelente escucha. Freddy les observaba de lejos, desde la mesa del resto de los amigos de Oscar, retorciéndose en su asiento y alcoholizado más de la cuenta ¿Tan rápido? Eso sí que no era nuevo. Godofredo solía empinar el codo de manera regular. Cuando Renata y él estaban juntos, ella decía que era el único defecto que realmente le odiaba, sobre todo cuando se ponía pesado.

En fin, la cena deliciosa, muy buen vino y música que invitaba a bailar al ritmo de jazz y swing.

—*I've got you under my skin, i've got you deep in the heart or me...* baila conmigo Bonita—. Max le cantaba al tiempo que la invitaba a la pista.

—Será un placer —se apuró a decir.

Danzaban por la pista de baile, Max cantándole al oído la letra de la canción de Frank Sinatra, besándole detrás de la oreja en cada pausa.

—Tu padre no para de mirarnos. Y su modo de verme me está asustando.

—En un celoso. Pero le has caído bien.

—¿Y los motivos de sus celos serán justificados?

—Totalmente.

Hubo un pequeño silencio entre los dos mientras la orquesta comenzaba a interpretar la melodía "*Fly me to the moon*" del mismo cantante.

—Te extraño tanto Renata —la apretó más a su cuerpo para traducirle la canción al oído—. Llévame a la luna, déjame jugar con las estrellas... sujeta mi mano... nena bésame... —la hizo girar lentamente para atraparla de nuevo entre sus brazos, topando nariz con nariz—, en otras palabras, te amo.

Le atrapó sus labios con firmeza, sin escándalo; un beso inmaculado lo

suficientemente corto para el lugar en el que encontraban, lo insuficientemente largo para saciar la sed de sus bocas.

Freddy se paró de golpe de su silla haciéndola caer estrepitosamente.

«Eso, lárgate»

—Y yo a ti —logró decir Renata luego de sentir el frío de la separación de sus labios, aun sin abrir los ojos.

—¿Me extrañas o me amas?

—Te extraño... y te amo Max, yo también te amo.

Maximiliano sonrió de oreja a oreja. Creo que jamás le había visto una sonrisa tan amplia como la que le vi esa noche. Rodrigo y yo bailábamos, muy cerca de ellos, ambos pudimos percatarnos. Mi bicho me abrazó con más fuerza...

—Renata hace esto todo el tiempo ¿sabes? Es mía y vuelve a mi cada vez. Estás perdiendo tu tiempo.

—¿Tuya? Renata no es propiedad de nadie. Y de serlo, en todo caso, bueno ¿cómo te explico?

—Aléjate de ella... te podrías arrepentir... o ella, no lo sé —le dijo sereno, con su arrogancia característica—Max no le respondió, no pretendía seguir con su juego. Terminaría de lavar sus manos y saldría del cuarto de aseo de inmediato—. ¡Te estoy hablando! —continuó, gritando, perdiendo los estribos y buscando pelea.

Max se giró para dejar de verlo a través del espejo de los lavabos.

—Mira enano —en realidad no era muy bajo, más bien de la estatura de Renata cuando ésta usaba zapato de tacón alto, pero junto a Max sí; además, no contaba con su corpulencia, Freddy era más bien esbelto, muy guapo, por cierto—. No te metas conmigo, ni con lo que SI es mío.

Godofredo intentó darle un golpe con el puño cerrado. Seguro pensaba que por su profesión, el cuerpo trabajado lo tendría de adorno. Max interceptó el golpe con agilidad; le tomó la muñeca para retorcersele el brazo por detrás de la espalda provocando que éste se arqueara de dolor.

—No. Te. Metas. Conmigo —le dijo pausadamente y en voz muy baja. Lo tenía con el brazo atrapado y con la cara aplastada con su otra mano contra la pared—. Y a MI Renata, la dejas tranquila ¿Te quedó claro?

No esperó a que le contestara. Lo soltó con brusquedad azotándole el rostro, y luego de arreglarse el moño frente al espejo, salió del sanitario.

Unos minutos más tarde la fiesta finalizó. Todos pasamos un rato agradable, salvo Freddy, quien después del incidente del baño se retiró a su habitación con la furia recorriéndole las venas. Ni siquiera Oscar notó su ausencia.

—Fue una velada extraordinaria. Tenía mis dudas de que las cosas salieran bien realizando el enlace fuera de nuestros terrenos —comentó Don Oscar orgulloso.

Capítulo 16

RETO

—¡Por Dios Renata! Deja de caminar en círculos y abre la puerta de una vez —le dije muerta de risa.

Renata se miró de arriba a abajo y de un lado a otro como si buscara algo perdido en la habitación. Apenas entrar se había descalzado y soltado el pelo pero aun llevaba las medias y su vestido de gala puesto.

—Max... —se limitó a decirle y dejó un espacio para que éste pudiera entrar.

Sobre el mismo corredor, entre nuestro cuarto y el de Max, estaba el de los señores Palacios. El hombre no había podido despedirse de Renata del modo deseado por más de que Estela jalara a su marido para que siguieran avanzando y entrasen a su respectiva habitación, y es que el señor parecía tener clavados los pies a la alfombra esperando a que su hija, su hija putativa (o sea yo) y Camila, nos fuéramos a dormir y que el joven pretendiente se esfumara por completo. Desde luego que Max comprendió enseguida, así que resignado le dio a Renata un casto beso en la mejilla. —Muy buenas noches a todos— Había dicho, avanzando lentamente hasta desaparecer.

En el instante que Renata le abrió la puerta, Camila y yo desaparecimos hacía el área de las camas, justo cuando la arrinconó en la esquina que formaba la puerta con la pared y que se restregaba de manera muy sensual contra su cuerpo.

—Ven a dormir conmigo.

—Haces que haga cosas que nunca he hecho ¿Sabes?

—¿Papiroflexia? —le preguntó Renata con fingida inocencia.

—Es correcto. Y gracias como hacer tiempo para que los suegros se vayan a su habitación y así poder robarme a mi novia del suyo... me parece divertido y me causa excitación a la vez, pero tampoco quieras que esté

dispuesto a escabullirme como ladrón por mucho tiempo, Bonita.

Le besaba lentamente el cuello y desabotonaba un pequeño gancho que por debajo de la nuca sostenía la parte alta del vestido, mientras ella miraba a través del ventanal, fascinada con la idea de ser la novia del Maximiliano Rentería, por fin podía darle un nombre a su relación sin constreñirse a un “algo”.

—Bueno, ya sabes, vengo de una familia muy tradicional.

—Pero somos adultos.

Max le bajaba la ropa dejando descubierto un hombro, se lo acariciaba con los labios con delicados toques.

—Tendrás que lidiar con eso —le dijo murmurando, apenas podía articular palabra; el modo de despojarla de la ropa la ponía sobre una deliciosa nube de expectación empapada de deseo.

—¿Y si no quiero?

Y Max se deleitaba tanto con la absurda conversación, como con la actitud perturbada de Renata.

—Dos trabajos para ti.

—¿Me estás retando?

Le descubrió el otro hombro. El vestido cayó a los pies de Renata. Sí, así, tal y como tenía al hombre, a sus pies. Por instinto se cubrió el pecho al no portar ropa interior en esa parte. Aun y cuando la habitación estaba en penumbras, podían verse mutuamente a través del reflejo de la ventana iluminada por la aluzada ciudad. Entonces Renata se fascinó de ver cómo lo ponía, el “letrero” de te deseo que llevaba inscrito en sus pupilas la llenó de seguridad para provocarlo alejándose de él. Deshaciéndose del estorbo en sus pies, giró su rostro para verlo, unos metros más adelante, quedando fuera de su alcance. Era su turno.

—Tómalo como quieras...si no te queda el reto puedo irme en cualquier momento —le dijo en un susurro, en uno muy seductor.

Max se quitó la camisa, él también podía tentarla, llevarla al límite de igual manera.

—No quieres irte.

—Puedo hacerlo aunque no quiera.

—Tampoco puedes.

—Sí que puedo.

—No... ¿Sabes por qué? —No esperó a que respondiera—. Porque no podemos estar el uno sin el otro... —se acercaba a ella lentamente—, el aire

nos resulta insuficiente cuando no lo compartimos. Porque el mañana carece de aliciente sin tenernos.

Ya estaba de nuevo tocándola, envolviéndola con sus brazos. El juego de palabras terminaba abriéndose paso la pasión y el deseo que los dos se demandaban, ese que llevaban conteniendo.

—Te haré el amor Renata, será nuestra segunda primera vez... de muchas, de una eternidad. Dame la oportunidad de ser el hombre que mereces. Deja que te demuestre la veracidad de mis palabras.

Se quedó pasmada, no reconocía a este Max romántico hasta las trancas, romántico como ella, como las frases cargadas de sentimiento que no se convencía del todo sobre su procedencia. El Max del verano era seductor, desvergonzado, adulator... el que tenía enfrente era todo eso más uno desbordándose de amor para ella.

—Di algo Renata, tu silencio me aniquila. Di de nuevo que me amas... di que quieres lo mismo que yo. Dime que después de esta noche no te irás de nuevo. Pasé los días esperando a que me llamaras después de cada frase, quise desistir Renata... ojalá supieras lo que me haces...

Renata lo hizo sufrir un minuto más mientras le observaba detenidamente el rostro, mojándose los labios, mordiéndose el de abajo deliberadamente.

—Max... te amo. Te amo por sobre todo. Mira que ha sido suficiente. Debes saber que no necesitas demostrar nada más, ni pedir oportunidades. Sólo se mío y déjame ser tuya... siempre.

Max exhaló con fuerza, no se había dado cuenta de que tenía el aire contenido mientras Renata hablaba. Le dio un suave beso en los labios y se arrodilló ante ella.

AY NO...NO... NO...

—Quiero tenerte a mi lado todos los días de mi vida.

Extrajo del bolsillo delantero de su pantalón un delicado anillo de platino adornado con un exquisito diamante y se lo deslizó lentamente por el dedo correcto de la mujer semidesnuda que tenía delante.

Renata palideció. Mutismo de nuevo y esta vez no para provocar nada. Que Dios ampare y proteja a este hijo suyo. Ella jamás esperó lo que en ese momento ocurría. La única vez que alguien le pusiera un anillo en un dedo, ese alguien había tratado de llevarla consigo y al negarse, su vida se dislocó por completo. No pudo evitar recordar en esas milésimas de segundos, la peor experiencia de su vivir. Terror, sintió terror.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo ya —Maximiliano se puso de pie tomándola de las manos, seguro de sí mismo—, lo que te pido que seas mi todo, que iniciemos un compromiso de amor que se sellará con el tiempo. Que me permitas ser parte de ti, de tu mundo y que tú ingreses al mío. Pensemos en una vida juntos, mi amor. Yo quiero el reto.

Las palabras de Max le llegaban al alma. Cualquier atisbo de mal recuerdo que transitaba por su mente segundos antes se desvaneció enseguida. Lo abrazó por el cuello poniéndose de puntitas para hacerlo con fuerza y poder decirle al oído, sintiendo más felicidad de la que se creyó capaz de sentir:

—Si Max, también quiero, a partir de este momento, vivir retada por tu amor.

—Jamás podrás contarles a nuestros nietos cómo es que te declaré mi amor, Bonita. Estás prácticamente desnuda —soltó una risita.

Renata dio unas palmadas en la espalda sin ropa de Max.

—Supongo que tendremos que omitir detalles.

Las risas se fueron desvaneciendo al tiempo que sus rostros se iban acercando. Max la tomó con suavidad por el cabello y se disolvieron en un profundo beso, en un beso tan lento como apasionado.

—Quiero hacerte el amor de mil maneras y en un millón de lugares, Bonita, pero esta vez será aquí —la recostó en la cama cayéndole encima con delicadeza—, con toda la suavidad que mis impulsos sobre ti me permitan ¿de acuerdo?

—¿Me estás amenazando, Rentería?

—¡Oh sí! Y esta vez será como debió ser la primera —besó por detrás de su oreja susurrándole lo hermosa que lucía cuando se ponía nerviosa, todo lo que se le antojaba su labio cuando se lo mordía, haciendo que se estremeciera con más fuerza. Max se rio mostrándose orgulloso de ponerla en ese estado.

Con un camino de besos sin tocarle con las manos, recorrió desde su oreja hasta sus pies, pasando por entre sus descubiertos senos lentamente, entreteniéndose con el filo de la tela de sus *panties*, saboreando la cara interna de un muslo. Luego se puso de pie para despojarla de las medias con una sobriedad casi abrumadora.

Renata disfrutaba de cada contacto; se incorporó sosteniéndose de los codos para observar cómo se deshacía de su pantalón pero cuando se disponía a quitarse el *bóxer* se dejó caer de nuevo, mirando al techo, tratando de

disimular.

—Ya me has visto desnudo Renata —le dijo burlándose de ella.

—Pasaba por una especie de locura transitoria —alegó en su defensa—, creo que no me acuerdo.

Renata no volvió a mirar pero enseguida sintió como él comenzó a gatear sobre ella colocándose con una pierna entre las suyas, dejándole caer su pesado miembro sobre el vientre por unos segundos, restregándosele hacia abajo mientras descendía con su rostro para atraparle los labios.

—Te haré recordar. Siente como me pones... como me tienes desde entonces.

Renata soltó un gemido de placer provocado por la dureza que se desplazaba por su cuerpo.

—Esa locura no ocultó nada de lo que me hiciste sentir.

Max sonrió y comenzó a descender de nuevo sobre ella para mordisquear con ternura un pezón y luego el otro, devorándolos con ansias controladas, mirándola retorcerse sobre las sábanas blancas de mil hilos cuando la despojó de su tanga de encaje negro y sin esperarlo le pasó su dedo índice por el centro de su cuerpo.

A Renata se le arqueó la espalda con la tela entre sus puños.

Otro par de dedos entre sus piernas atrapando el botón más sensible por un pequeño instante...

—Esta noche sentirás más, Bonita —sus respiraciones se aceleraban más y más—. ¿Te gusta?

Un dedo en su interior...

—S-Sí.

Luego dos dedos entraban y salían son cadencia y con el pulgar masajeaba su clítoris llevándola más allá de las posibles demarcaciones.

Renata se incorporó para jalarlo del cuello y que llegara a su boca al tiempo que alcanzaba un delicioso orgasmo suspirando entre sus labios, palpitando de éxtasis entre sus dedos. No pudo besarlo, la había dejado inconsciente por unos segundos y al recobrase se enterró entre su pecho avergonzada.

Aquel hombre que la miraba como si se tratara de un tesoro muy preciado desenterrado por primera vez, la depositó sobre su espalda de nuevo llevándole ambas manos sobre su cabeza, poniendo una palma sobre las de ella y con la otra, dirigió su virilidad hasta la mojada entrada, haciendo círculos, presionando un poco.

—Abre los ojos mi amor, quiero que me veas cuando entre en ti...

Aquella noche en que Renata le dijo adiós estuvo cargada de arrebatos y llena de expectación, donde los dos estaban tan deseosos de tenerse que la premura los había rebasado, que el dolor tanto físico como del alma no hacían a Renata tan consciente de lo que pasaría a continuación, por eso, y por no haberlo vivido nunca antes. Esta vez era diferente, el deseo se conjugaba con amor entendido y plenamente correspondido, incluso ese mismo deseo era superior.

—Mírame Renata, mírame y dime que me amas tanto como lo hago yo.

—Con todo mi corazón.

Un suspiro, un sofoco...

—Estás tan... deliciosamente... apretada —se enterró en su cuello y se enterró más dentro de ella. Renata se dobló hacia atrás dejando escapar un pequeño lamento que lo hizo recular—. ¿Te hago daño?

Movía las caderas hacia arriba buscándolo, diciendo no con la cabeza.

—Duele, pero por favor sigue... sigue.

Con movimientos lentos y cada vez más profundos, sin detenerse, lograba armonizar sus embistes para hacerla gozar. La llevó al clímax de nuevo pero esta vez él llegó de tras de ella aplastándola con su musculoso cuerpo una vez terminando de vaciarse en su interior.

—Te amo Renata.

—Te amo Max —le contestó con apenas un hilo de voz.

Se quedaron en silencio un rato, recobrando el ritmo cardiaco, absorbiendo el aroma que desprendía el cuello del otro. Embriagándose, recordando.

—¿Pasa algo? —Max giró para colocarse a un costado de ella. Renata se removía inquieta.

—Necesito hablarte de Freddy.

—No tienes que hacerlo.

Renata lo ignoró.

—Como te dije, fue mi novio mucho tiempo. Lo quise pero...

—Créeme que no es momento para que hablemos de esto Renata. Estamos reanudando nuestra relación y bueno, me parece que acabamos de hacer el amor.

—Por supuesto, pero es necesario que tengas claro que...

—Confió en ti —le dijo para cortar de tajo con el tema —, jamás volveré a juzgarte sin antes escuchar lo que tengas que decir. Pero ahora no,

por favor ¿Te apetece que nos demos un baño?

Max se puso de pie y entró en el sanitario, hacía el lado de la regadera.

—Ese es el punto. Que no te he explicado nada.

Era evidente que Max pretendía evitar la conversación. Definitivamente no era un tema a tratar después de intimar como lo habían hecho y menos después de que fuera la causa de su separación en sus inicios. Abrió la llave mezcladora para regular el agua, quería dejar de oírla.

—Ya lo harás. Ven, meterme a la regadera contigo es más que un simple gusto que me quiero dar —estiró la mano para que Renata se la tomara—. Resulta en vano que asevere que no has compartido regadera con nadie ¿verdad?

—Mis hermanos o Alejandra siendo tan niños que ni me acuerde ¿cuenta?

Max le contestó con una sonrisa.

««Obvio no tonta, no cuenta»»

—Deja que te diga que yo tampoco —Renata lo miró con asombro. Max se encogió de hombros—, supongo que así como me ha salido lo romántico contigo, también te esperaba para realizar un acto tan íntimo como ducharme.

—Pretendes hacer que me sienta menos ñoña ¡qué lindo! —sarcástica y disimulando su enojo, buscaba con la mirada la barra de jabón.

—Jamás me duché con ninguna mujer y para serte sincero, llevo días fantaseando con que me lavas el cabello mientras me miras y me sonríes como sólo tú sabes mirarme y sonreírme, a mí, únicamente a mí.

—Y que te tallo la espalda con una esponja...

—Muy espumosa —completó la frase—. Hay muchas más cosas que no he compartido con ninguna otra, las iras descubriendo, así como yo, y aunque me taches de macho, estaré feliz de ser el primero para ti en casi todo.

Más tranquila, se dejó bañar y lo bañó. No era necesario que reconociera que se sentía bastante bien ser la primera mujer con la que compartiera algo tan personal. Que si bien la bajoneaba no poder enseñarle o maravillarlo en cuanto al sexo se tratara, podría darse la satisfacción de ser diferente a las demás en un plano más interno.

—No lo llegué a amar en tantos años. En cambio me bastaron unos cuantos días para que mi corazón se rindiera ante ti. Te quiero desde el principio, desde mucho antes de que tus labios intentaran siquiera besarme —le decía mientras cepillaba su cabello frente al espejo del tocador, muy

serena, enfundada en una camiseta de Max a modo de pijama. Max arreglaba la cama abriendo las cobijas para meterse en ellas, resignado a seguir oyendo de Godofredo—. No entregaría mi cuerpo a menos que fuera por amor... no podía irme de ti sabiendo que tal vez nunca volvería a sentir por nadie lo que tanto esperé sentir para hacer el amor... hacer el amor ¿entiendes? por eso toqué a tu puerta a sabiendas de que lo único que querías era ponerme debajo de ti... yo te daría mi amor sin palabras, aunque a cambio recibiera sexo.

—No fue sólo sexo Renata, no me digas eso de nuevo, te lo pido... la rabia me hizo decir lo que no sentía, escucharte nombrar a otro me trastornó —Max dejó de hacer la tarea que emprendía, se sentó a la orilla de la cama cubriéndose la cara con ambas manos—. Sigo lamentando provocar tu llanto y no haber sido capaz de consolarte cuando debí. Fui ruin con lo mejor de mi vida. Terminé comprendiéndolo en el instante en que te entregaste a mí y esa mañana fue la peor, me sentí desolado, enojado contigo por arrancarte de mí, porque supe que nada tendría sentido si me faltabas, furioso por entender que había estado enamorado de ti todo ese tiempo. Me trajiste el amor, me enseñaste a amar sin tu conocer el amor siquiera, ninguno se lo propuso y eso es lo que lo hace tan puro —Renata lo observaba callada. Destaparse les hacía bien—. Ven, acuéstate a mi lado —Renata dejó el peine y se encaminó hacia él—. Abrázame Bonita, abrázame fuerte mi amor, di que me perdonas...

—Lo hago —le dijo dándole un beso en el pecho donde recargaba su cabeza. Cada discurso que le daba, cada caricia, cada mirada, la convencía más de su amor por ella.

Pasaron varios minutos envueltos en sus brazos, siendo Max quien rompiera el agradable silencio.

—¿Entonces por qué lo mencionaste ese día? Me refiero a Freddy. Sé que te dije que no quería hablar de eso pero, te mentiría si te dijera que ya no me importa. Muero de celos aunque me digas que nunca lo amaste, que nunca fuiste suya.

«¡Te lo buscaste Renata!»

Renata ya no podía hablar del tema sin esperar reacciones adversas por todos lados. Max se pondría rabioso y arremetería en su contra. Rodrigo también. Y Don Oscar. Y Oscar. Y todos estaban hospedados en el mismo hotel. Todos los hombres de su vida en el mismo sitio. Además compartían trabajo, familia, amistades y Max siempre podría dar con él, en cualquier momento, su familia ni se diga. Segura estaba que de saber lo acontecido, ninguno de ellos se quedaría con los brazos cruzados. Hubiera sido más fácil

si el sujeto nefasto continuara en el extranjero, pero no era así. Era tarde para sincerarse. La intención de Renata al hablarle de Freddy era sólo para aclarar a Max sus sentimientos y borrar en él todo tipo de duda, no lo había conseguido claro está, se salía de control la situación. Tuvo que disfrazar las cosas como con todos los demás, pero con él sin mencionar la proposición de matrimonio, porque justo a él también lo estaba evadiendo al respecto. Eso era algo que tenía que aclararse a ella misma, después, con más calma. Comenzaba a darse cuenta de cuantos miedos cargaba.

Y de que las mentiras la tejían cada vez más, haciendo más enorme el telar.

—Lo mencioné porque... porque el día que terminamos —titubeaba—, quiso... pasarse un poco conmigo... decía que ya había invertido demasiado tiempo en mí como para no llevarse su “premio” ¿me explico? Y como me negué pues... digamos... no lo tomó bien. Enfureció, de hecho. Y pues aunque no viniera al caso, estando contigo en un momento tan íntimo, estúpidamente lo mencioné. Creo que por la situación en la que estábamos, a punto de... comenzar, o no sé... perdón Max me estoy poniendo un poco nerviosa.

«Que estúpida sueñas Renata, no te basta con ocultar información sino que lo haces de modo incongruente»

Max empuñó una mano con la otra, se había sentado recargando su espalda en la cabecera de la cama cuando Renata se había colocado sobre sus talones en el centro de la misma. Tronándose los dedos.

—¿Te hizo daño? ¿Qué quieres decir con que enfureció? Y deja de hacer eso con tus dedos.

—No pudo hacer nada —dijo otra verdad a medias—. Su mamá y su hermana llegaron.

Renata seguía tronando los pulgares girándolos de lado a lado de forma extraña. Yo también odiaba que hiciera eso.

—Los dedos Renata, los dedos...también estuviste a punto de “comenzar” con él ese día para luego terminarlo o ¿cómo?

—¿Eso hace la diferencia?

—No Renata pero entiende, estoy muy celoso y prácticamente me estás diciendo que quiso obligarte y súmale que vi cómo te besó para luego tirarte al piso. Esto me gusta cada vez menos —le dijo Max con enfado.

—Tú lo trajiste a colación de nuevo.

—¡Responde mis preguntas! Carajo. No estás siendo clara.

—Max, mi amor, si quise hablar de Freddy fue precisamente para que te quedarán claros mis sentimientos tanto hacía él como hacía ti. Y si no es más el hecho de que traigo este anillo puesto en mi dedo y todo lo que te he confesado y entregado hoy... no sé qué más. Sigue con tus celos infundados si quieres, pero bésame y hazme el amor otra vez —le ordenó tomando el timón de su barca de nuevo, sin responder las preguntas de Max.

¡Chica lista!

—Que no vuelva a ponerte una mano encima o no respondo.

Renata volvió a ignorarlo y se montó sobre su regazo, Max no hizo más que obedecer gustoso, resignándose a que ella no le aclararía más.

Capítulo 17

LA PIJAMA DE LA ABUELA

—Hija ¿no me quieres presentar a tu acompañante? —le preguntó Don Oscar a Renata muy irritado cuando se sentaban en sus sitios ella y Max, luego de llegar diez minutos tarde. Para Don Oscar llegar a tiempo ya era llegar tarde.

Era la mañana siguiente al enlace nupcial. La familia desayunaba para despedir a los recién casados. Ese mismo día partían a su luna de miel.

—¿Desde cuándo sufres alzhéimer Ingeniero Palacios?

Renata era sarcástica incluso con él.

—Desde que hasta donde sé, mi hija no anda besando a sus “amigos” dando espectáculos a media pista de baile en una fiesta familiar.

Don Oscar no estaba molesto, estaba lo que le sigue. Estela lo jaloneaba por debajo de la mesa mientras lo miraba, así, como miran las madres para regañar. Oscar parecía feliz del ridículo en el que ponía su padre al rival de su compinche.

—Ofrezco una disculpa. Permítanme presentarme de nuevo. Señor. Señora. Familia —volteó a vernos a todos, a cada uno. Trataba de verse serio, pero nuestras caras de mofa lo distraían, la comisura de sus labios se levantaban ligeramente —. Soy Maximiliano Rentería, el novio de Renata —hasta ahí todo estaba bien, Renata soltó el aire que guardaba—. Estamos juntos desde hace casi medio año —remató.

¿Qué queeeé? Renata había estado a punto de atragantarse con un sorbo de café. Rodrigo que estaba a su lado derecho le dio varias palmadas en la espalda para ayudarla. Lo que ella contara a sus padres sobre Max no era nada parecido a estar juntos desde hace meses.

—Quiero decir —continuó Max, después del escandaloso evento de tos

de su prometida—, venimos conociéndonos desde entonces —Max la miraba fijamente esperando el siguiente exabrupto—. Y anoche le he pedido que sea mi esposa.

Oh, oh...

Oficial. Renata moriría atragantada.

Estalló en tos. Todos la miramos desconcertados. Incluso las personas de las mesas circundantes. Unos por su exagerada asfixia, nosotros por lo que Max acaba de decir.

—Pero me dijo que no... —prosiguió después de verla otros instantes y darse cuenta de que en realidad no se estaba ahogando.

De pronto Renata dejó de ser el centro de atención. Las miradas las centramos en el relajado Max.

—En realidad no me contestó, pero por su decoloración en el rostro y la sobre apertura de sus cavidades oculares, advertí que me conducía con demasiada premura, por lo que le he pedido se comprometa conmigo hasta que se encuentre preparada para dar ese paso.

Hubo una pausa en la que nadie habló. Max tomó la mano izquierda de Renata por debajo de la mesa y se la apretó para que volteara a verlo. Con la mirada le dijo todo. Renata sacó la misma mano con el anillo puesto y la puso sobre la mesa, orgullosa y perturbada al mismo tiempo, sobre todo lo segundo. No esperaba el giro que daría su vida en las últimas veinticuatro horas; aun así se vanagloriaba del espectacular discurso de su prometido, arrepentida un poco del escándalo que había dado, finalmente le estaba ahorrando engorrosas explicaciones.

—Señores Palacios, cualquier día estaré por su hogar pidiendo la mano de Renata en matrimonio. Y deseo con el alma que eso sea muy pronto.

—¿Me está previniendo Señor Rentería? —dijo inmediatamente Don Oscar.

—Sí, Señor. Eso hago.

Don Oscar esbozó una amplia sonrisa. Apuesto que el temple de Max le gustaba.

—Parece que no me deja usted más remedio. Y tú, Renata, tenemos bastante que platicar porque hasta ahora me das a entender que tu proyecto en Cancún tenía nombre y apellido. En fin... ¡Salud!

Levantó su taza de café y todos lo imitamos muy contentos. Excepto el enano gruñón de Blanca Nieves, o sea, Oscar hijo.

—Por Max y Renata —dijo Rodrigo.

Brindamos con tazas de café y de chocolate caliente. A Oscar no le quedó más remedio que hacer lo mismo con su vaso de jugo de naranja, luego de que Estela prácticamente hiciera que rodeara con una mano su vaso y lo chocara con el de alguno del centro, todo con la pura miradita que le lanzó. Max advertía la animadversión que le tenía el hermano mayor de los Palacios, lo cual, no le quitaba ni mínimamente el sueño.

Desde ese momento Renata pasó de ser la chica dispuesta a estar para todo y para todos, a estar para Max y para Max. No descuidaría su trabajo, no, le encantaba lo que hacía, ni dejaría de dedicarnos tiempo, pero su mente flotaba, estaba enamorada.

El resto de los días por Nueva York los pasó pegada a él. Camila volvió a casa al día siguiente del enlace junto con sus padres y su hermano así que a mí no me quedó más remedio que pasar el resto de mis pequeñas vacaciones con el bicho de Rodrigo. Cómo sufrí.

En las fiestas decembrinas de ese año habría un invitado más. Desde comenzado el receso vacacional en la producción de la serie televisiva, Max se había trasladado a la Ciudad de México, las poco más de tres semanas las pasaría con Renata, dos en su casa y una más, para recibir el siguiente año, en Miami, a donde la llevaría a presentarle a su pequeña familia. Estela insistió en que el novio de su hija se instalara en el moderno chalet de visitas ambientado en la parte posterior de la residencia Palacios. Éste se había resistido un poco, sabía lo complicado que sería estar a solas con su prometida bajo esas circunstancias, pero digamos que no le quedó alternativa y si lo veía de un mejor ángulo, serían pocas horas las que pasaría alejado de ella. A Don Oscar le agradaba menos que nada la genial idea de la patrona que disponía de lo que se hacía y lo que no dentro de la casa Palacios, imaginar los actos que con certeza se ejecutarían al fondo del patio, le hacían prometerse a sí mismo no volver a poner un pie ahí dentro.

—Cuando toque el turno de convivir con mi familia te aseguro que no te van a mandar al último rincón de la casa. Vas a dormir conmigo, en nuestra cama —le dijo cuando entraban al chalet acompañados por Pedro, el joven mozo de los Palacios que contaba con apenas diecisiete años y hacía las veces de jardinero, mensajero y en este caso, maletero.

—Gracias Pedrito. Puedes retirarte —le dijo Renata al muchacho con una linda sonrisa, apenada por lo que Max decía sin inhibiciones—. ¿Vives

con tu padre? —le preguntó muy quitada de la pena, mordiéndose el labio de abajo a propósito.

—Por supuesto que no.

—Entonces no hay quien me mande a dormir a otro lado a menos que lo hagas tú. Mira que si no estás cómodo puedes recuperar tu reservación en el hotel.

—¿Te vendrías a dormir conmigo?

—No.

—Entonces cuál caso —Max se encogió de hombros en señal de resignación y comenzó a recorrer el sitio.

El área de visitas era sumamente agradable. Se trataba de una especie de departamento abierto de poco más de cien metros, decorado en tonos blancos y grises. La puerta estaba en la esquina derecha de la construcción seguida por un ventanal de piso a techo hasta la otra orilla. Por fuera, un par de sillas de jardín con una mesilla de centro bajo una cubierta a dos aguas. Entrando se encontraba una minúscula cocineta blanca equipada con un pequeño horno de microondas, una cafetera y un frigo bar de acero inoxidable. De lado izquierdo, una cómoda sala gris rata en forma de “L” con muchos cojines de distintos tamaños y gamas de morado. Al fondo, una cama *king size* separada de la sala por un mueble de madera cuadriculado de forma irregular, con una enorme pantalla de televisión en el centro sobre una base giratoria, de modo que si querías la podías mirar ya fuera desde el sillón de la sala o desde la cama. Y justo detrás de la cocineta, a un lado del tálamo, un amplio baño con jacuzzi.

—Llevo semanas sin perderme en tu cuerpo —le dijo Max cuando cerraba la puerta poniendo el seguro.

—Dos...

—Muchos días. Cientos de horas... miles de minutos —regresó a donde estaba parada Renata y a besos la llevó hasta recargarla en la pared que quedaba a escasos metros de la cama.

Le extendió los brazos por encima de la cabeza, con una mano le sujetó las muñecas y con la otra la manejaba alrededor de la nuca para tener pleno control del beso con el que la devoraba.

—Será mejor que te detengas —le dijo con la respiración entrecortada. Podía sentir el delicioso endurecimiento de Max sobre su muslo.

—No hay forma... —le respondía Max con su gruesa voz mientras le recorría el cuerpo, ahora con ambas manos.

—¡Max! —Renata se puso firme. Tenía que ponerse firme, esas caricias la estaban descolocando.

Le empujó separándose de la pared; se reacomodó la ropa y el cabello para salir cuanto antes de allí.

—Lo siento —resopló—. Ya habrá oportunidad.

—¡Demonios Renata! De verdad no puedo con esto. Mejor era quedarme en el hotel —Volteó a ver su reloj para chequear la hora—. Ya te tendría sin ropa.

—Cómo no le explicaste eso a Estela ¡caray! —Renata bromeaba con la situación. Max no—. No estoy diciendo que no podremos, sólo espera. Vas llegando y bueno... ellos lo asimilarán poco a poco. Dijiste que aceptabas el reto.

—¿Les hablaste de nuestro viaje?

—Aun no.

—Los boletos están listos. Nos vamos antes de que acabe el año y no hay cuartos separados al final de la propiedad ni reservaciones de hotel. ¿Les dirás eso?

—No te pongas pesado.

Max levantó las manos en señal de rendición.

—Tenemos comida en casa de los abuelos, ahí conocerás a muchos más Palacios ¿O es que prefieres descansar?

—No he venido a descansar. Estoy aquí para disfrutar de ti. Dame unos minutos y te veo en la entrada principal —dijo con resignación.

Renata le dedicó un tierno mohín arrugando la nariz y se volvió para besarle antes de salir. Ese beso lo volvió a descontrolar, el sutil mordisco que le propinó en el labio inferior repicó hasta su entrepierna.

Los padres de Don Oscar era un par singular, muy aliviados para su edad y recibían a la familia cada viernes para comer y conversar. La pequeña casa estaba ubicada en medio de un gran terreno con un par de áreas habilitadas para la comida semanal, una con techo y otra sin él. Usaban una u otra según el clima. La familia Palacios era realmente numerosa y unida; integrantes de todas las edades convivían unos con otros, jugaban lotería o a las escondidillas con los niños y cuando hacía buen tiempo, hacían guerra de globos con agua. Cada quien hacía y comía lo que quería, todos llevaban diferentes platillos y la única regla era que ese día de la semana no se podía llevar a persona que no formara parte de la parentela, por lo que Godofredo ni

un viernes fue invitado por Renata.

Siendo así, Renata se sentía muy rara de llegar con Max ahí. Estela fue quien la había animado a que lo hiciera, pues cuando alguien de la familia se comprometía, se le abrían las puertas como inminente integrante. Muy pronto dejó de parecer que iba acompañada, todas las mujeres incluida su abuela, acapararon a Max. Había veces que se le olvidaba que su novio era un ente público y famoso, atractivo hasta el núcleo, y no dejaba de extrañarle qué lugar donde lo llevara, las personas se le acercaran o no dejaban de mirarlos, o de mirarlo a él nada más.

Cuando la noche los alcanzara y llegaba el tiempo de retirarse, la abuela le pidió a Max que no dejara de visitarla cada vez que anduviera por la ciudad. Maximiliano le dio un tierno beso en la frente prometiéndole que así sería.

9:05pm

Renata: Debiste venir... Fue increíble ver a Max en medio de la bola de Palacios chismorrientas... daban un poco de pena. Ojalá fuera ajena.

Alejandra: No soy de la familia. De vez en cuando queda bien.

Renata: Me cagas cuando te pones así.

Renata no dejaría que a Max lo rebasara la situación. Ni a ella. Esperó un tiempo prudente dentro de su habitación luego de pasar un rato en la cocina platicando con sus padres al regresar de casa de los abuelos y de que Don Oscar se hubiera comedido a acompañar a Max a sus aposentos.

¡Qué atento!

Desgraciadamente Rodrigo no había regresado con ellos y no podía contar con su complicidad. Necesitaba estar a solas con Max. Saberle al otro lado del jardín...

Bajó las escaleras con sumo cuidado. Se había puesto pijamas de invierno cero seductoras a juego con calcetones de felpa y una enorme bata rosa fucsia de tela de peluche. Salió por la puerta de la cocina rogando que nadie la fuera atrancar por dentro. Por si las dudas, llevaba consigo su celular y las llaves de la puerta principal. Atravesó el jardín. Por las cámaras de seguridad seguro Don Armando, el velador, de estar despierto como siempre

que algún miembro de la familia faltaba por volver, la vería dirigirse al chalet, así que actuó con naturalidad mientras le escribía un mensaje a Max: “Ábreme la puerta”. Max debió tener su teléfono celular en la mano, apenas pulsaba enviar para cuando sus órdenes se veían acatadas. El frío que se sentía al exterior provocó que Renata entrara temblando al recinto que ocupara su novio, quien reventó a carcajadas. No sabía que resultaba más cómico: el atuendo de su chica o lo ridículo de tener que esperar a que sus padres se durmieran para alcanzarle, o las dos cosas.

—¡Cállate!

—¿De qué vas disfrazada mi amor?

—Hace mucho frío... afuera ¿Por qué está tan caliente aquí dentro?

Se quitó la bata mata pasiones que portaba.

—Soy yo —le dijo Max insinuándosele y continuando con su burla pero Renata le sonrió muy pícara... llevaba ciertas intenciones.

—¿A cuántos grados pusiste la calefacción?

Max no le contestó. Resultaba irrelevante.

Renata se despojó de los calcetones y el grueso pantalón.

—¿Asaltaste a la abuela en la reunión de hoy? —le preguntaba entre risas a la vez que observaba como su escultural prometida se iba quitando capas de ropa. Se recargó en la puerta con las piernas cruzadas y las manos dentro de los bolsillos del pantalón de su pijama para seguir observándola con detenimiento.

—Soy muy friolenta —le aclaró cuando se soltaba el cabello y comenzaba a desabotonar la camisola.

Sacó todos los botones de sus ojales, uno a uno, lentamente la dejó alineada de modo que quedaba completamente abierta pero sin mostrar más allá del espacio entre sus senos, su casi cuadriculado vientre adornado por su fino ombligo y sus diminutas bragas de encaje rosa intenso que apenas cubrían lo necesario. Se encontraba parada a la mitad de la habitación, a unos pasos frente a él. Max fue enmudeciendo conforme ésta se iba despojando de sus vestiduras, las pullas dejaron de ocurrírsele y la risa se fue esfumando dando paso a unos labios secos que trataba de hidratar mojándolos con la lengua.

—¿Te sigo pareciendo graciosa, mi amor?

Max no pudo contestar. La saliva a penas le resbalaba.

Renata le dio la espalda al tiempo que dejaba caer al suelo suavemente alfombrado la penúltima prenda que portaba, para luego caminar hacia el

fondo del perímetro a marcha lenta contoneando ligeramente la cadera, levantando su cabello como si fuese a recogerlo en un chongo.

Max enloqueció.

Se fue acercando a ella quitándose el pijama para estar en igualdad de circunstancias.

—¿Cómo puedes ser tan inocente y sensual a la vez? —Le preguntó tomándola por la cintura con ambas manos.

—Te lo debo a ti.

Renata sintió un escalofrío provocado por las manos de Max, frescas por el sudor. Luego la atrajo a él cuando se sentó a la orilla de la cama para besarle su firme abdomen. Ese simple contacto bastó para que Renata se curvara de gozo. Qué bien se sentía el calor de su boca en lugares donde ninguna otra antes estuviera.

Y que en pocos segundos estaría en otro paraje...

Max se acuclillaba para bajarle con los dientes su última cobertura... hasta el piso y subir despacito recorriendo con besos una de sus piernas; la sujetó con cierta fuerza por ambas extremidades tambaleantes llegando de pronto a su parte más íntima, besándola rápidamente...

Renata dio un pequeño salto hacia atrás.

—¡Max! —gritó sofocada.

Él sonrió y se puso de pie. La abrazó con fuerza diciéndole al oído: —Me encantas preciosa... —hizo una pausa al besarle un hombro—, debes saber que eso no es malo mi amor... con una vez que me lo permitas, serás tú quien me lo pida una y otra vez.

Renata no dijo nada. ¿Qué podía decir si estaba muerta de pena?

Luego la besó en la boca con ternura y devoción mezclada con ímpetu, con fogsidad, acariciándole el rostro, revolviéndole el cabello, replegándose a su cuerpo para que sintiera su apetito.

Mientras ella cataba los besos que mutuamente se daban, pensaba en la erótica pero no por ello menos indecente proposición, según su corta concepción del sexo.

La travesía que implicaba llevar a Renata a descubrir las formas de entregarse, de darse placer, de gozarse, a Max, le parecía fascinante. Disfrutaba como se sorprendía, incluso, como volteaba la vista para no ver el bulto entre sus piernas, sin mencionar cuando se asustaba si por error o casualidad, se lo rozaba.

Esa noche le hizo el amor detenidamente, mostrándole como podían

avanzar hacia la cúspide sin premuras. Alguna vez le había dicho que no tenía prisa con ella, y todo indicaba que era cierto.

La siguiente semana la pasaron entre la oficina de Renata y compras navideñas, el mes de diciembre resultaba complicado en la empresa dado el cierre anual y ella se veía forzada a cumplir con sus obligaciones lo antes posible para poder disfrutar de Max sin presiones los días que se tomaría libres. Quería pasarlos con él sin tener que correr de un lado a otro. Lo complicado de la ciudad en esas fechas no ayudaba de por sí.

Además, la presencia de Freddy en el edificio con Max por un lado la presionaba demás; no fue sino hasta el último día que tuvieron un encuentro. Discutieron por la omisión de Renata al respecto cuando Freddy le llevara unos folders con información financiera y legal, luego de cinco largos minutos que dialogaran respecto a su contenido; se había marchado sin saludar ni despedirse de Maximiliano, ni por educación. Si las miradas mataran, ese día habría dos cadáveres desangrándose en AltaPala.

—Gracias Muñeca. Me avisas cuando los hayas revisado —le dijo antes de salir.

Renata lo miró con menosprecio. En innumerables ocasiones le había pedido dejara de llamarla así, pero no quiso volver hacer hincapié en ello y se limitó a aclararle que no sería sino hasta iniciando año que le resolvería el asunto.

—¿Muñeca? —Repitió Max rabiando de celos.

—Siento la incómoda escena.

—No puedo creer que no me lo dijeras —le reclamó fúrico.

—No tenía sentido, sé lo que te provoca. Saberme a diario coexistiendo con él no haría otra cosa más que amargarte los días. De menos desde la boda no lo tengo metido en mi casa todo el tiempo, ni lo tendré más.

—¡¿Y qué pensabas al traerme a tu oficina?! ¿Qué soy tan imbécil como para no percatarme?

El decibel en su voz estaba a punto de superar el máximo permitido para no considerar esa pequeñísima diferencia, una pelea en forma.

—Tranquilízate por favor. Sé que no eres ningún imbécil ¿ok?... Estaba preparada para afrontar lo inminente. Sólo nos evité un trago amargo algunas semanas. Ahora lo sabes y es inevitable, lo veo prácticamente diario. Que lo sepas ahora o lo supieras desde antes no cambia nada.

—Debiste ahorrarnos esta discusión. No quiero que me ocultes cosas, la comunicación es básica Renata. La confianza.

Renata sintió una terrible punzada en la boca del estómago. El secreto que guardaban Freddy y ella no la dejaba vivir plenamente.

Si hubiera hablado a tiempo, de menos cuando se enteró de que sus ventajas en la empresa ya no eran las mismas y que no podría amedrentarla más con eso, seguro Freddy no habría regresado a su vida, no estaría ahí recordándole todos los malditos días su cobardía. Luego sintió que no había podido ser tan mezquina y aprovecharse de la situación cuando no tuvo el valor de hacerlo asustada por la economía de su padre y de ella misma, que de igual modo no era mala ni cerca, pero que les pudo afectar de cualquier forma.

¿Y ahora cómo hacerlo? Por supuesto le creerían. Sofía le apoyaría con eso siempre. Y la madre era tan débil que confrontándola lo confesaría aunque eso la matara segundos después. Pero ¿y la catástrofe que ello acarrearía? No quería pensar en ello. Finalmente dejar las cosas como estaban lo consideraba mejor. Y en cuanto a la confianza, se prometía que sería lo único que le ocultaría al hombre de su vida.

—Lo siento Max —fue lo único que pudo decir al respecto. El nudo que se le había formado en el estómago no la dejaba hablar más.

Max se acercó para abrazarla.

—No me gusta que tengas a ese tipo cerca. Ya no se trata de celos —apoyó sus labios en la frente de ella—. Algo en la forma en que te mira... me mortifica.

—Max...

—¡No y no! Has que salga de tu vida. Si para ti, que te lancen a la banqueta sin más no te asusta, pues mi sí, sobre todo porque no estoy contigo todo el tiempo para poder protegerte. Ningún hombre que sea capaz de tratar así a una dama puede ser de fiar.

—No puedo hacer nada, es accionista de esta empresa. Entiende.

—Tendré que hablar con tu padre y tus...

—¡NO! —Max se puso las manos en la cintura. Instigándola con la mirada—. Quiero decir... —Renata se rascó el cuello, se mordió el labio, rebuscó en su cabeza algo convincente que decir—, sólo conseguirás inquietarlos por nada.

—¿Por nada? ¿Hablas en serio?

—Estás exagerando la nota... ¡Por Dios! Que no es más que un ex celoso. Ya se le pasará.

Max comenzó a andar por la oficina como desesperado.

—Prométeme que me dirás si intenta algo, por más irrelevante que lo consideres.

—Te lo prometo —le dijo, cruzando los dedos detrás de su espalda. Sabía que se trataba de una promesa que tal vez no podría cumplir.

No volvieron a discutir más, ni por Freddy ni por nada. Después de trabajar el resto de la tarde mientras Max leía plácidamente, tirado en el sillón, el manuscrito que Renata había escrito en el verano, valga la redundancia, dejaba todo listo en su escritorio para iniciar el nuevo año con el orden que a ella le gustaba.

—¿Cuándo es que esta maravilla se va a publicar?

—Ya lo tiene mi editora.

—No sé cómo haces para que leyendo la descripción de un beso casi pueda sentirlo en los labios.

Renata se sonrojó.

—Ese capítulo lo escribí luego de que me besaras por primera vez, en la piscina, ¿recuerdas?

—Cómo olvidarlo. Ese beso fue el que le dijo a mis labios que no le pertenecerían a ningunos otros jamás.

—Mentiroso. Te recuerdo a que te dedicas.

—Esos besos no cuentan. Es trabajo. No entrego ni recibo nada.

—Me estoy poniendo celosa —Renata comenzaba a pensar en Max desnudo en escenas de amor con las actricillas en pantalla.

—Descuida. En la serie, las escenas de amor que he filmado han sido realmente pocas. Es de acción básicamente —el aclaró como si le leyera la mente.

—Tendré que creerte —le dijo ella resignada—. Estoy lista para salir de aquí y no regresar hasta después de la primera semana de enero.

—¿No te gustaría dejar un recuerdo de los días pasados juntos en este lugar? Es tarde... debe haber poco personal. En el piso seguro ya no hay nadie...

Max ponía el cierre a la puerta y bajaba el interruptor de la luz mientras la seducía con su proposición.

—Eres incorregible.

—Qué puedo hacer, te me antojas todo el tiempo.

Renata, casi a ciegas, terminaba de archivar unos papeles en el mueble a espaldas de su escritorio para cuando se le pegó por detrás.

—No creí que hablaras en serio.

—¿Esto te parece poco serio? —su bulto despotricaba todo menos seriedad—. Llevo todo el día pensando en cómo arrinconarte y levantarte ese vestido. Únicamente necesitamos deshacernos de esto.

Le quitó el calzón con destreza y se lo guardó en el bolsillo del saco. Renata lo acribillaba con la mirada. Max la giró para tenerla de espaldas otra vez y metió sus manos de nuevo por debajo del vestido directo a su trasero. A su antojo, la movió hasta situarla con los brazos extendidos y apoyados en el escritorio de modo que, gracias a la altura de las botas de ella, le quedaba justo en el lugar que precisaba.

Le separo las piernas y antes de que pudiera rechistar, pasó su palma entera por todo su centro, presionando y deslizando el dedo pulgar en su interior.

—Max...

Renata trataba de incorporarse entre jadeo y jadeo pero éste con su brazo libre le hizo colocarse de nuevo con todo el torso apoyado sobre la amplia mesa y sin mover su brazo de su espalda, le impedía enderezarse, luego le abrió más las piernas usando uno de sus pies continuando con la erótica tortura con su mano, con tanta destreza que en unos pocos segundos la tenía a punto.

—No llegues.

—¡¿Qué?!

—No llegues y no te muevas.

Max le dejó a medias, inmóvil y aturdida... y bajando su ropa apenas lo necesario se acercaba hasta...

—Estás chiflado si crees que...

Si no fuera porque estaba sobre excitado y con ganas de estallar de otra manera, habría estallado a carcajadas.

—No es tiempo de que te pida algo como eso...

Y de golpe, casi brusco, entró en ella desde atrás. Dentro de donde pensó Renata que no era posible dada la postura. Suspiró tanto de placer como de alivio y se dejó llevar. Deleitándose de las sensaciones que la posición le ofrecía. Max la embestía lento pero duro, muy duro, llegando tan dentro como no podría haber imaginado que pudiera llegar, haciéndola gemir con cada empuje.

—Llega conmigo —le ordenó con voz ronca

—Aun no quiero...

Aceleraba los movimientos tomándola por las caderas.

—Renata, ya no puedo detenerme...

—N-No debiste... ¡oh diiiioos!

Max le dio un rico pellizco en su punto más sensible, sin salir de ella, haciéndola explotar al mismo tiempo que él lo hacía.

—Estoy en terrible desventaja —aun jadeando le reprochó—, sabes que hacer para llevarme a la meta, todo el tiempo y en el momento que se te antoja.

—Y a mí me encanta aprovecharme de ti, Bonita.

La familia de Don Oscar se turnaba para ser anfitriona en la cena del 24 y el recalentado del 25, cada año le tocaba a un hermano ambas fechas y el resto de las familias acudían con sus regalos y una buena actitud de pasarla bien. Ese año le tocaba recibir a mis vecinos, así que la casa entera comenzaba a movilizarse desde temprana hora para estar listos en punto de las siete de la tarde con la cena, los aperitivos, muchas botanas, riquísimos postres y variedad de bebidas. Se reunían más de cincuenta Palacios de todas las edades, desde bebes hasta los abuelos cabeza de tan prolífera familia. La fiesta empezaba apenas levantarse, la organización era de lo más divertida; poníamos el disco navideño de Luis Miguel y de otros tantos artistas a buen volumen y no parábamos de cantar mientras nos dedicábamos a cuanto tarea nos encargaba Estela. Mi familia era esa, los Palacios, y por ende, llevaba años pasando cada festividad, fuera la que fuera, a su lado.

—A ver tú, musculosito. Vamos a la bodega por más mesas. Rodrigo trajo la mitad de las que necesitamos y ha salido por unas compras faltantes.

Oscar no superaba al novio de Renata y no perdía oportunidad para tratarlo con cierta descortesía, aunado a que de por sí, solía ser el *grinch* de la familia.

—Por supuesto vinagrón. Dime dónde, yo voy. Ocúpate de otra cosa, no creo necesitar ayuda —Max sonriendo levantaba los brazos enseñándole los prominentes bíceps al tiempo que volteaba a ver a Renata ajena a la palabrería de aquellos, quien ordenaba las botellas, vasos y copas en la cantina. Oscar frunció más el entrecejo, no sé si por como lo había llamado o por envidia del cuerpo fibroso del otro. ¿Y que esperaba? Él lo llamó musculosito en un tono más que despectivo.

Vaya que Oscar era un tipo guapísimo, con los mismos rasgos físicos que los mellizos, salvo por no tener los ojos grises sino más bien aceitunados,

ni portar un cuerpo tan atlético, pero tan alto como Max, esbelto y marcado pero sin aquellos músculos del actor.

Se colocaban mesas a lo largo del pasillo vestidas con fina mantelería y vajillas propias para la ocasión. A un costado, recargadas a la pared se instalaban en tablones bien decorados, bufeteras *chaffers* para mantener la cena caliente, de modo que todos se sentaran a cenar prácticamente al mismo tiempo no sin antes escuchar las palabras del abuelo, del anfitrión y por supuesto, la bendición y agradecimientos de la abuela.

Luego de que las mesas y sillas estuvieran listas, Max se apareció en la cocina donde Estela, Malena y yo preparábamos parte de la cena. Como chef profesional que era, el guapo novio de mi amiga nos deleitaría con una ensalada de papa con mayonesa y “pollo al pil pil”, platillos típicos chilenos.

—Me sorprendió saber que aparte de actor también eras Chef —comentó Estela mientras inyectaba el pavo con una mezcla de jugo de piña y otras tantas especias.

—Ya vez mamá. Tu yerno que es todo un estuche de monerías —dijo Oscar quien en ese momento entraba a la cocina. Estela lo reprendió con una mirada y este levantó graciosamente las manos en señal de rendición.

—Voy a variar un poco la receta de mi madre —decía Max ignorando al nefasto de Oscar. Tendría que acostumbrarse a su pesado humor—. Me fue imposible conseguir guindillas.

—Y mira que me trajo por todos los comercios y mercados —Renata se reía dándole un tierno beso en la mejilla.

—¿Qué son las guindillas? —preguntó Malena.

—Es un chile seco color rojo muy parecido al chile de árbol aquí en México, pero no tan picante —explicaba Max—, es el que usaré en sustitución pero cuidando de no excederme o quedará incomible.

—En México si sabemos comer chile, picoso, no simples pimientos. Atácale *cuña'o* —intervino otra vez Oscar. Su punto era fregar.

—¡Vale! Pero te atacas la olla entera tu solito... *cuña'o*.

Estela esta vez fue y le propinó un pellizco a Oscar en la pierna antes de su contraataque. Sabía por dónde iba su adorado hijo mayor.

Renata y yo nos volcamos de risa. Malena quería meter la cara por el fundillo del pavo que le sostenía a Estela. Era ridículamente vergonzosa.

Continuamos entre risas y amenas conversaciones hasta pasadas las cuatro de la tarde que terminamos con los preparativos. Oscar no desaprovechaba oportunidad para intentar fastidiar a Max. Éste tomaba los

ataques con filosofía, sin dejar pasar oportunidad para arremeter primero. A cuál más.

—De sobra está decir que no me pasa ni a traguitos.

—Réstale importancia en lugar de seguirle el juego —Max y Renata caminaban por el patio en dirección al chalet para descansar un poco antes de que llegara la comitiva.

—Para ese jueguito hacen falta dos.

—¡Por eso! Ese hermano mío así ha sido siempre. Ya que la agarra con alguien no lo suelta. Es impositivo. Cuando las cosas no se hacen a su modo se torna agrio como el limón.

—Digamos que lo que no ha salido a su gusto tiene que ver con Freddy ¿O me equivoco?

Ya cruzaban la puerta de la quinta trasera. Ya Max la acorralaba entre sus brazos reclamando mimos no departidos por largas horas.

—Me tiene sin cuidado, por mucho que lo quiera —le aseguró Renata dejándose conducir hasta el sillón.

—Pregúntame a mí.

Se besaron por varios minutos hasta que Renata lo apartó y alargó la mano para alcanzar el control de la televisión.

—Media hora y me voy para alistarme.

—Treinta minutos suficientes para saborearte, todita.

—Está toda mi familia a unos cuantos metros Max, y es de día.

—Muy lindo todo ¿eh? tus padres, la cena, lo que quieras... pero esto de no poder disfrutarte a mis anchas me purga.

—Calma —le dijo ella tranquila buscando que ver en la pantalla. Acurrucándose en el pecho de su encendido enamorado.

—Me urge estar en Miami...

Capítulo 18

MIAMI

La nochebuena padrísima. El platillo chileno el favorito. Unos cuantos bebidos de más haciéndola de bufones. Un niño con chipote al ser empujado por otro más listillo. Dos horas abriendo regalos y más de media abrazando a tanto en punto de las doce. Las primas y tías sacándose fotos con Max para subirlas a Facebook. Rodrigo molestándome a mí, Oscar a Max y yo a Renata por ser tan remilgada.

Partieron a Miami a pasar el fin de año en compañía de la familia de Max. Renata ya conocía aquella ciudad pero junto al amor de su vida todo era más cálido, doblemente fantástico.

En la residencia el personal de servicio ya los esperaba de manteles largos. Max la presentó como la futura señora de la casa y eso puso a Renata a temblar. La relación con Max parecía intensificarse en más aspectos con cada paso que daban. Le gustaba y se aterraba en partes iguales.

La mansión, demasiado grande para una persona, la típica de celebridad que se ve en reportajes. Renata casi sentía no encajar, tan llena de palmeras y coches aparcados en grandes cocheras ¿Para qué tanto vehículo si sólo puedes conducir uno a la vez? Una piscina de resort, habitaciones amplias y todo tan blanco y pulcro que daba miedo tocar. Y no era que no estuviera acostumbrada a los lujos, al fin de cuentas ella también era una niña rica pero no obstante, con servidumbre, coches del año y demás lujos, Don Oscar y Estela supieron mantener a sus hijos con los pies en la tierra debiendo siempre ganarse lo que se les daba, no eran muy opulentos ni despilfarradores.

Un hermoso perro grande y lanudo recibió a Max eufórico quien jugueteo con él usando un tono que en la voz ronca de él sonaba ridícula.

—Saluda a tu mami...

El canino puso las dos patas delanteras sobre los hombros de Renata. Sí, así de enorme era animal. Le dio tal inesperado lengüetazo en la cara que no le dio tiempo a ésta de cerrar la boca.

Max soltó una carcajada. Estaba feliz de tenerla ahí, en su casa, donde ninguna mujer que no fuera de su familia o amigas cercanas, tuvieran acceso nunca antes más allá del jardín o el camino de la entrada.

Le mostró cada espacio usando frases como “este es el estudio... podrás adaptarlo a tu gusto y necesidades, mi amor”... y a Renata se le salía el corazón. Tenía una vista de ensueño hacia un costado arbolado de la propiedad. De pronto no pudo evitar imaginarse pasando las horas en esa parte de la casa mientras leía un libro o tecleaba sin parar alguna linda historia.

—A cualquier espacio le podrás poner o quitar lo que te plazca, pero la cocina te pediría me la dejes como está. Total, a ti ni se te da.

Mi aturdida amiga le dio un codazo en las costillas y el ama de llaves se tapó la boca para ocultar la sonrisa. Como sea, la cocina era espectacular. Siendo chef, no podría ser de otro modo.

6:32pm

Renata: ¿Dónde se le pisa el freno? ¡Acelerador a fondo! El accidente será mortal.

Alejandra: Dramas...

Renata: No hay fecha de boda ni de vivir juntos y ya hasta tengo hijo perruno, su nombre es “Pelos”.

Alejandra: Y casa en Miami... ¡eso está chido!

Renata: Tarada... que me asusta...

Alejandra: Eso hacen los que se comprometen... planes les llaman.

—Y este es nuestro dormitorio. Sonia, que nadie nos moleste. Al rato bajo a darte indicaciones.

La mujer de mediana edad asintió y muy sonriente abandonó la habitación.

—Tu cama es enorme.

—Nuestra cama Renata. Acostúmbrate cuanto antes, todo lo mío es tuyo. Y si, la mande hacer.

Renata soltó un pequeño clamo que Max no escuchó.

—Vamos a impregnarla de tu aroma. Mi último fin de semana aquí lo pasé lamentándome porque tal vez no cumpliría mi sueño de dormir contigo sobre ella.

—Pero aún no es de noche y tengo hambre.

—¡Oh! Yo también... pero de ti. Haremos lo que me pidas si me alimentas primero.

Después de rodar desnudos por cada centímetro de la gigante cama y saciar sus apetitos carnales, tomaron una rápida ducha y salieron a pasear por la exclusiva zona de *Bal Harbour*, donde Renata le hizo prometer que tendrían un día entero dedicado para compras.

—Las fotos te minimizan. Eres más que un encanto.

No paraba de abrazarla y sobarle los brazos de arriba abajo.

—Papá, permite que entremos.

—Deja que vea bien a esta hermosura.

Al día siguiente, cerca de las tres de la tarde se dieron cita en la linda casa de Don Raúl Rentería, misma en la que creciera Max y su hermana Kenia en una zona de clase media de *Miami Lakes*. Contaba con un jardín espectacular y su padre, quien había amasado una fortuna nada despreciable gracias al prestigio que desde hace años tenía su restaurante y aun y cuando aquella casa le resultaba muy espaciosa y le quedaba a más de media hora de camino de donde estaba situado su negocio, se negaba a mudarse.

—Renata, mi padre que no creía que fueras real.

—Es lo que pasa cuando te resignas a que tu único hijo varón pretende acabar con el apellido —Don Raúl miraba a Renata sosteniéndola por los hombros, con una amplia sonrisa—. Los demás ya están en patio. Adelántense que tengo costillitas en el horno.

—¡Max!

—Alexa...

—Me tienes muy abandonada, tesoro.

—Ella es Renata, mi novia —Max se soltaba las manos del cuello de la exuberante mujer, de las que coloquialmente se le pondría el calificativo de “gordibuenas” y realmente no por gorda, si no por sus prominentes curvas por todos lados y tenerlo todo muy grande, mucho de dónde agarrar digamos—. Bonita, te presento a una amiga de Kenia.

—Su mejor amiga. No lo olvides.

La sonriente Alexa entró por la misma puerta que salían hacia el jardín.

—¡Qué belleza! —Exclamó Renata tratando de soslayar el modo en el que le restregó el escote la tal Alexa a su prometido.

—Aparte de la cocina, mi padre ama la jardinería.

—Siempre tarde. La cita era a las dos Maximiliano —gritaba Kenia a unos cuantos pasos, cerca de la mesa bajo un hermoso tejaban.

—Hola hermana que gusto verte.

—Yo también te extraño pero de verdad que deberías ser más puntual.

—Lo soy.

—En todos tus compromisos pero en los familiares nunca... ¿y tú eres?

—Hola. Soy Renata.

—Mi prometida —remató él, soltándole la mano, asiéndole por la cintura y besando su mejilla.

—Mucho gusto... Okey ya par de tortolos, la comida está lista —dijo la guapa hermana con cierta indiferencia al tiempo que Don Raúl ponía sobre la mesa senda charola repleta de costillas de varios tonos de rojo y café—. Niños ¡quietos! Que tenemos visita.

Mauro se lanzó a los brazos de mi amiga y con su carita llena de chocolate le dio un baboso beso en la mejilla.

—Dije no morder en el pastel —lo reprendió Steve con un atropellado español—, ¡disculparte! Novia de tío Max. Renata gusto de conocerte.

—No pasa nada —les aseguró Renata con una amplia sonrisa. Max, con otra sonrisa, le alcanzó una servilleta para que se aseara.

—¿Me perdonas? —dijo el pequeño con fingido pésame.

—Creo que estás en más líos con tu abuelo.

El pequeño al ver a su abuelo con el ceño fruncido corrió a esconderse debajo de la mesa.

Todos rieron cuando Don Raúl entró también allí debajo y lo sacó de una oreja para luego cargarlo por los aires y someterlo a base de cosquillas y arrumacos a los que se unieron los otros dos chiquillos felices.

Luego de la rica comida dónde Kenia hizo cientos de preguntas a Renata, y de voltearse a ver con la pechugona con cada respuesta que le daba, Max se la llevó de la mano antes de que se arrepintiera de haberla llevado. Su hermana era su adoración, pero era exasperante hasta decir basta.

—¡Regresen para el postre! —les grito con entusiasmo.

Ambos asintieron con la cabeza y se perdieron en el interior.

—¿Y ésta de aquí?

—Mi habitación. La dejaremos para el último, ahí no haya nada más que una cama, un par de muebles y un poster gigantesco donde salgo vestido de chef, cuando realicé mi primer trabajo ante cámaras.

—¡Eso tengo que verlo!

—Mejor ven acá —Max se tornaba melancólico—, en este cuarto mi madre solía pasar las tardes enteras. Le gustaba armar álbumes de fotos, pensaba que los teléfonos con cámara eran el peor de los inventos.

—Cuando éramos niños, si querías ver las fotos que tomabas, estabas obligado a “revelar el rollo”.

—¡Exacto! Y nada de “esa no me gustó, toma otra”. Intento seguir con su costumbre e imprimo las fotos que más me gustan y cada vez que vengo traigo unas para agregarlas al que dejó empezado. Luego tendré que comprar otros; pienso como ella: sí capturaste un momento importante o que marque tu vida en algún sentido, de nada te sirve guardado en los aparatos, mejor colocarlos en un marco o dentro de un álbum que puedas volver a mirar con regularidad y mostrarlas a tus visitas, presumirlas.

La habitación en la que se encontraban era una amplia estancia con varios sillones llenos de cojines esponjosos y dos reclinables de apariencia muy cómoda. Una mesa muy grande a un costado con una única silla y una gigante televisión al centro de un mueble de pared a pared donde todas y cada una de las repisas estaba llenas de portarretratos y en la parte de abajo muchos álbumes etiquetados. Cogió el que decía “Max”.

Realmente pudo conocer su historia a través de las fotografías. Desde que su madre lo llevaba en el vientre, el día que nació, cada uno de sus cumpleaños, sus primeros días de colegio, tirado en el piso quizá del día que aprendió a montar en bici... hasta un día de carne asada como ese.

—Falleció un par de meses después...

Max se acuclillaba cerca de ella que miraba el encuadernado sentada como chinito en el suelo.

—Cuanto lo siento, Max. Tal vez no debí...

—A eso te he traído hasta este lugar, Renata. Quiero que conozcas a mi madre aunque sea por medio de imágenes, ella seguro te insistiría que hicieras lo mismo, que plasmaras nuestra vida como ella lo ha hecho —Renata le acarició una mejilla con el dorso de la mano y éste se la tomó dándole un beso con ternura, luego de secarle una lágrima que rodaba—. Vamos, ayúdame a colocar éstas en el último tomo. Le resumiremos nuestra

historia, Bonita.

—Esta es la misma que me hiciste llegar a mí, la del parque temático.

—Sí. Nuestra primera cita. Imprimí tres, una para ti, otra para mí y ésta para mi madre, la colocaremos primero.

—Y dices que no eres romántico.

—En lo que me has convertido... demente y sentimental.

—A no. No me achagues culpas. Me has dicho que cada que vienes intentas traer algunas fotos. Mira, aquí ya has agregado unas que parecen recientes.

—Puedes revisar cada álbum y en ninguna encontrarás ninguna foto con ninguna novia mía.

—En el otro te encontré con una chica rubia que te miraba como si fueras un panquecito para comerse al rato.

—Era mi acompañante de graduación de preparatoria, no seas absurda... no hay fotos del amor de mi vida, las estamos agregando en este momento.

Se dieron un tierno beso en los labios. Renata se sentía emocionada y él irradiaba felicidad. En total pusieron diez fotos, contando la de la tirolesa.

Renata ya se había percatado que Max todo el tiempo estaba tomándole fotos o pidiéndole a alguien más que los capturara juntos, sin saber que había un trasfondo más allá de simple moda, para redes sociales. Realmente intentaba capturar su vida a través de la cámara, para llevarlas ahí, llevárselas a su madre.

A partir de ese momento, a Renata no pudo pasarle desapercibido que tanto esta casa como la de Max ahí en Miami, la de Cancún y hasta el Motor home estaban repletas de fotografías por todas partes, en realidad las suyas no lo estaban tanto pero si tenían algunas, incluso de ellos juntos. Pudo conocer por ese medio a tíos, primos, abuelos, amigos de toda la familia e incluso vecinos que ya ni vivían en la misma calle o en el mismo mundo, tal vez. De tras de cada retrato había una historia y Max parecía saberlas todas. Le resultó fascinante.

Haría lo mismo. Definitivamente lo haría.

—La he pasado genial, Señor. Ha sido un placer conocerlos, su casa es maravillosa, nunca estuve en una tan llena de recuerdos y degustar su rica comida ha sido toda una experiencia.

—Te dije que me llamas Raúl, preciosa. Mañana los espero a comer en el restaurante, llenemos ese cuerpo tan flaco de más experiencias.

—Papá, más respeto.

—Estaremos ahí sin falta y como siga cocinando tan delicioso, le prometo engordar un par de kilos esta semana.

—Lamento el cuestionario al que te ha sometido Kenia. Somos una familia pequeña y bueno, como tal nos protegemos.

—Entiendo lo peligrosa que puede llegar a ser una mujer que calza del cinco.

—Tú y tu loca ironía, me encantas ¿Te lo he dicho hoy?

—Menos veces de lo que debieras.

—Mañana he de llevarte a comprar más armas de esas llamadas zapatos.

Ambos rieron un poco. La noche caía, Max conducía tranquilamente mientras comentaban la tarde con la familia.

—Quedamos en comer con tu padre.

—Le avisaré que lo veremos para cenar y luego nos vamos a un bar sobre la playa que me gusta, sirve que paseamos por Miami Beach. Hoy si no te importa, me gustaría llegar a casa y no salir de ahí hasta mañana al medio día —terminó la frase sonriendo con divertida lujuria.

Y así fue, disfrutaron el uno del otro hasta casi ver el sol y que el sueño los venció.

12:06pm

Renata: No sabes qué cantidad de cosas he comprado. ¡Te llevó un saco que te va a encantar!

Alejandra: ¿Nada más eso? ¡No seas coda!

Renata: JA JA JA. También pantuflas y un perfume... y unas pijamas iguales para las dos... Ayer, después de las compras, cenamos con “mi suegro” y fuimos a un bar padrísimo con un amigo de Max y su esposa. Luego te cuento de ellos.

5:22pm

Alejandra: ¡Hoy es fin de año! Te extrañaré ñoña.

Renata: Me vas hacer llorar...

Alejandra: Ánimo y disfruta tu nueva vida llena de celebridades.

Renata: Ni me lo digas. Anoche estuve al borde de un colapso nervioso. En la fiesta de fin de año adelantada con sus amigos más cercanos, había al

menos veinte caras que hemos visto en el cine y otras tantas con cuerpos y vestimentas escandalosas que me veían como si fuera un insecto. Sobre todo una modelo de lencería que en serio, no se cansó de hacerle arrumacos a Maximiliano por más de tres cuartos de hora. No sé qué diablos platicaba con ella y otro señor como de la edad de mi papá. David me dijo que se llamaba Melanie.

Alejandra: ¿Y lo cuestionaste?

Renata: No. La verdad es que tanto antes como después de ese episodio, Max no me dejó sola. Estuvo cariñoso conmigo todo el tiempo, como lo es siempre.

Alejandra: Entonces déjalo.

Renata: Pero hay algo raro... me presentó con todos, menos con ese par.

—Es muy guapa no te lo niego y me ha caído bien, es sólo que no es el tipo de mujer con la que me hubiera gustado decidieras comprometerte.

—Qué bueno que es a mí a quien tiene que gustarle. Te has pasado el otro día con tanta estúpida pregunta.

—Es prácticamente una de esas descerebradas con las que sueles salir en cambio mira a Alexa, una chica guapa pero común y corriente, trabajadora y con todas las aptitudes que requiere una ama de casa. ¿Probaste las papas salteadas que llevó? —Max asintió con la cabeza y giró los ojos—. Lo que tú necesitas, alguien que te dé un hogar cuando aterrizas en el mundo real, fuera de las cámaras.

—No debiste invitarla.

—Te equivocas. Es mi amiga y siempre está en nuestras reuniones familiares.

—Que se consiga una vida, mejor...

—Grosero... Nada más mira a la tuya: tan perfecta, tan entaconada, tan nose mesale un pelodemisbucles.

—Es justamente lo que quiero a mi lado Kenia y te pido respeto para ella ¿de acuerdo?

—¡Por Dios Max! Es una niña consentida, no muy lejos de todas las falsas con las que sales en las revistas.

—Lejos, lejísimos... No te haces una idea de cuánto. Cualquiera de ellas quisiera su belleza, sus ojos o su sonrisa; todas y cada una matarían por su inteligencia o su sentido del humor cargado de sarcasmo que adoro. Le

querrían robar su temple o su seguridad. No estaba en mis planes terminar con una sola mujer ni formar una familia, pero si lo hubiera planeado, la habría imaginado a ella. Ella que no se deja encandilar por nada, autosuficiente.

—Pero si es una hija de papi, que ciego estás.

—Es una empresaria que lleva un negocio familiar al lado de los suyos en equipo. Y como sea, no se trata de que te convenza.

—No te ama Max. De ser así tendrían fecha de boda.

—Le es difícil dejar su mundo, eso es todo.

—Más a mi favor...

—Tengo que darle la seguridad de que no la quiero para lucirla en alfombras rojas ni aguardando en casa como una muñeca con un sequito de servidumbre a su disposición. Ella no necesita eso, créeme, tiene de sobra. Trabaja por convicción, porque tiene demasiado cerebro para desperdiciarlo. Yo casi no tengo tiempo para una vida normal y salgo de viaje constantemente. Necesito asegurarle que si la aparto de lo suyo y los suyos, no será para que deje de ser libre, tengo que pensar en algo que la haga seguir siendo como es, pero en el lugar donde yo requiero estar.

—Te complicas, en todo caso.

—Ya tuve suficiente, de ti y de Alexa. Con sus artimañas a otro lado.

Ahora todo encajaba. Renata, pese a que se había sentido cómoda en la comida familiar del otro día, no le pasaron desapercibidas las miradas entre ella y su amiga. Y esa noche desde su arribo a uno de los privados del enorme restaurante de Don Raúl, los inconvenientes con ellas se dejaban sentir. Cuchicheaban, la volteaban a ver y se reían.

Sí, escuchar conversaciones ajenas es de pésimo gusto, como lo es que la rejilla de ventilación del baño privado dé al callejón de acceso de servicio.

Si Renata fuera de las que le gustara barbear personas, se pondría su máscara de hipócrita y saldría de ahí con afán de ganarse a la cuñada, pero no, haría lo que Max con Oscar, mandarla por cuerdas si fuera necesario. Y lo hizo.

—Ay cuñadita. En nuestra familia las fiestas son muy mexicanas, tanto como tú. Con esos zapatos dudo que aguantes el bailongo que comenzará justo después de la cena —le había dicho Kenia—, pero no te preocupes, aquí esta Alexa, como todos los años, y te salvará a la hora de que Max quiera girar por la pista.

—Ay cuñadita —le respondió con el mismo tono que aquella empleaba, dejando boquiabierto a Steve y a los hermanos de éste—, no necesito zapatos de andar en la casa para bailar toda la noche —bajó la mirada hacia las bailarinas que portaba aquella—. Deberías intentarlo, tienes unas piernas hermosas que lucirían mejor si las estilizaras con un buen par de zapatillas —remató alagándola, tampoco se trataba de menospreciar a la poca familia de su novio.

—Todo me sería más fácil si me aclararas que pinta esa mujer en todo esto.

—No sé de qué hablas.

—Si sabes y ahora me lo explicas. O si gustas voy y le digo que deje de sobarse las bubis con tu pecho cada que te saluda y se despide y de paso, que no eres perchero para colgarse de ti en cada oportunidad.

—Tranquila, que no es más que la mejor amiga de Kenia, desde hace años. Ya sabes, la típica amiga del colegio.

—La enamorada de su hermano mayor.

—Encaprichada resulta una mejor definición.

—Algo habrás hecho para que aplique al concepto.

—¿Celosa?

—Sí, un poco. ¿Te has acostado con ella?

Renata ya había tenido suficiente con Melanie la noche anterior, como para seguir soportando al emplaste de Alexa.

—No es el lugar para que abordemos estos temas.

—Oh sí, sí que lo es.

—Bonita...

—Me aclaras o me voy. Nunca me ha gustado ser la pendejita del lugar y varias miradas de aquí me están, como poco, disgustando. Habla.

—Bien, pues digamos que fue mi especie de mujer de planta, más o menos.

—¿Más o menos?

Max emitió un ruido muy extraño moviendo la cabeza de lado al lado. Renata estaba a dos de sacar cuchillos por los ojos y matarlo.

—Nunca ha sido mi novia ni ante la familia ni ante nadie, pero terminamos en la cama muchas veces... por varios años.

Renata levantó la ceja y dio un sorbo a su bebida para pasar el nudo que se formaba en su garganta.

—Pudiste advertírmelo.

—No sabía que vendría.

—¿Por qué no lo haría, Maximiliano?

—Es la primera vez que asisto a un evento familiar acompañado, nada menos que con mi prometida. No creí tan imprudente a Kenia como para invitarla... por Alexa, básicamente.

—Pues es que tu acompañante siempre estaba invitada...

—No me estás entendiendo.

Renata sonrió a Romina que se les acercaba. Sacó de su bolsa dos paletas *tutsi pop* una para la niña y otra para ella. El vino no estaba funcionando.

—Gracias tía —Renata se estremeció ante el apelativo. Cada vez la cosa era más y más tangible y eso no hacía menos que darle ciertos escalofríos, entre buenos y no tan buenos—. ¿Le quitas el papel, tío?

La niña se alejó dando brinquitos dejándolos con su nube negra sobre los hombros.

—Explícame. Muero de duda sobre todo de saber si para la próxima que venga debo pedir que cambien el colchón donde he estado compartiendo mis noches contigo.

—Nunca creí fantasear con ser una paleta.

—¿Cómo dices...?

—¡Qué modo de chuparla!

—¡Maximiliano! Concéntrate.

El muy fresco soltó una carcajada.

—Me rio por cómo te pones colorada... tengo un departamento. Tampoco mi cama la he compartido con otra, como la hora de ducharme. Eres la primera. La primera de mucho, ya te lo dije.

—Hemos de contratar un asesor de bienes raíces, espero que no sigas necesitando ese picadero.

—Ya está a la venta Renata.

—Y volviendo al tema que nos ocupa...

—Alexa siempre supo que no me interesaban los compromisos y que tampoco tenía exclusividad, ni siquiera es mi amiga. Comprende que nunca tuve una cita con ella. Nuestra “relación” se basó en encontrármela en reuniones familiares para terminar en la cama. Más veces cama que con cualquiera... si eso la hizo tejerse marañas sobre un futuro conmigo fue porque quiso.

—O porque tu hermana se encargó.

Maximiliano hizo una mueca de desagrado.

—En fin. No vamos a pasar la última noche del año hablando de ella ¿verdad? No significa absolutamente nada para mí. Ninguna, sólo tú. Vamos a bailar... mira a mi padre y ese par de meseras que trae locas.

Don Raúl era lo más parecido a un personaje de caricatura, de no nacer Walt Disney lo habría inventado. Era simpático y dicharachero. De la estatura de Max y misma complexión pero con una leve barriguita cervecera, con un tipazo que en sus tiempos mozos debió arrasar con las féminas. Un cálido señor regiomontano.

—Tu hermana me dijo que la bailada era después de la cena.

—Yo quiero bailar contigo ahora.

Sin discutirle más se pararon a bailar.

—Creo que si tu hermana no me está recibiendo del todo bien, es por ella.

No era que lo creyera, la había oído decir de viva voz pero eso no podría revelárselo. Así como tampoco todo lo que le había escuchado decir a él de ella y de su futuro a su lado, lo que la hizo sentir orgullosa, con miedo, pero muy henchida de amor.

—Tampoco Oscar a mí por Freddy y eso no nos detiene ¿o sí?

—En lo absoluto.

—¿Ya te he dicho lo hermosa que luces esta noche? Mmmm esa falda me trae loco... ven, suficiente baile.

—¿A dónde me llevas?

—Es que el otro día no pude mostrarte la cocina, había mucho movimiento.

Si le pidieran a Renata una reseña de la dichosa cocina no habría proporcionado dato alguno. Apenas cruzaron la puerta para cuando Max la recargó en ella sujetándole sus muñecas por detrás de la espalda para someterla con una mano mientras con la otra, le levantaba la mentada falda.

Le pasó un dedo por su entre pierna y se lo llevó a la boca. La *tutsi pop* se estrelló en el piso.

—¡MAX!

—Tu sabor es delicioso. Esto es un manjar, lo que aquí se prepara son nimiedades —le dijo dando una ojeada por el lugar.

—Nos esperan ahí fuera Max... d-detente.

Se enterró en su cuello ignorando sus peticiones.

—La culpa es tuya y de tú paleta... tu forma de bailar, de moverte cerca de mi... por cómo me miras... por existir.

Un par de dedos de un sólo asalto entraron hasta el fondo. Y así de largos y húmedos los introdujo en su boca lamiéndolos por completo frente a la vista nublada de placer de ella. Luego la besó en la boca succionándole un poco su labio inferior.

—Salgamos de aquí, Maximiliano.

Renata se retorció tratando de liberarse del tormento sexual al que era sometida.

—Si prometes dejar que te pruebe directamente... —le dijo jugueteando con sus dedos sobre todo su centro. Renata comenzaba a desvariar—, con mi lengua... aquí, por todo aquí. Si llegando a casa podré saborearte.

—Max...

—Promételo.

Le arrancó la promesa a base de chantaje erótico y un delicioso orgasmo no planeado. Jugada muy sucia...

La fiesta continuó sin más sobresaltos de ningún tipo, ni sexual ni con la hermana gracias al freno que Renata de manera astuta le pusiera horas atrás. Al llegar a casa tendría que contarle a Max antes de que aquella quisiera sacar alguna dote de víctima que no le conociera. No necesitaba echarse broncas con su inminente familia política.

David llegó con su pequeño y endemoniado hijo y sus encantadores padres que lo visitaban desde Los Ángeles. Los hermanos de Steve, un par de adolescentes medios revoltosos, le sacaron varios disgustos a Max por como miraban a su novia, por suerte se fueron de fiesta a otro lado apenas cruzando la media noche, al poco tiempo los suegros de Kenia también se retiraron. Don Raúl no hizo otra cosa que alagar y consentir a Renata, y Kenia y Alexa se apoderaron de la pista y del karaoke el resto de la noche.

Al despedirse Renata tuvo que prometer que volvería pronto; los siguientes días en Miami los pasarían turisteando, reuniéndose con amigos de Max y cumpliendo otros tantos compromisos y pendientes laborales que éste tenía que allanar antes de volver a Cancún.

—Por lo visto fue el día de las promesas mi amor.

—Las promesas en estado de inconciencia carecen de valor.

—No para mí.

Max la devoraba con los ojos mientras subían por la escalera de su casa hasta el dormitorio principal.

Renata sabía a qué se refería y los nervios la estaban matando.

—Un baño en la tina me apetece primero.

—Son más de las tres de la madrugada.

—Igual quiero bañarme, si no te importa.

—Satisfaremos tus apetitos mientras haces más grande el mío. Muy justo.

Renata soltó una risita perturbada, estaba tan acalorada por todos lados que definitivamente un baño era la mejor opción en ese momento.

—Descansa un poco mientras preparo el agua y traigo algo para beber. Lo vas a necesitar.

Y se acaloró más.

Luego de que volviera a la habitación con una botella y copas en mano, desapareció dentro del cuarto de baño. Renata no logró descansar ni medio segundo y antes de que se llenara la tina por completo, entró desnuda hasta donde aquel esparcía jabón para burbujas, totalmente vestido.

—¿Cuándo dejaras de sorprenderme?

—Espero que nunca —tomó una de las copas servidas y antes de darle un sorbo la alzó en su dirección.

Max tomó la suya e hizo lo mismo haciéndolas chocar.

—Por ti, mi Bonita.

—Por ti, mi Guapo —le respondió entrando en el agua caliente. Un sordo gemido se le escapó cuando terminó de introducir todo su cuerpo y recostaba la cabeza en el filo de la bañera.

—Deberían prohibir esa sensual inocencia tuya.

—Deberías dejar de consentirme de este modo que cuando sea tu esposa podría exigirlo.

Max comenzó a desvestirse con rapidez.

—Deberías serlo ya, para que me permitas hacerlo cada día.

—Debería...

Se colocó a su espalda para así poder abrazarla, mimarla con suaves masajes.

—¿Tu departamento es el de la esquina?

—¿Cómo lo supiste?

—Está aparcada una *Hummer* idéntica a la que alquilaste en México.

—Y nada más a mí me gustan esos vehículos.

—Obvio no, pero lo intuí. ¿Qué pasaba si una mujer con la que retozabas se te ponía intensa? Podría localizarte de inmediato. Muy promiscuo pero nada listo.

—¿Qué tienes tú con las noches de pasión y las ex parejas? Te voy a responder pero aquí acaba el tema de conversación ¿de acuerdo? —Renata se giró un poco para verlo a la cara—. Siempre fui claro de que se trataba y en el momento que terminaba el asunto, me encargaba de despacharlas fuera de la privada o hacía que las llevaran a donde indicaran. Listo.

—¿Y Alexa?

—Igual que a todas, mismo trato. Ahora bésame.

Le robó los labios antes de que siguiera con sus preguntas incómodas. Con una mano dobló una de las rodillas de ella dejando su pierna extendida en medio de las de Renata; luego, así doblada, se la inclinó suavemente para abrirle paso a sus dedos y repararle la apertura de abajo hacia arriba.

—Imagina mi boca mordiendo suavemente aquí...

La tenía retorciéndose entre sus brazos, deseando algo que ni siquiera conocía, pellizcando sus pezones mientras le insinuaba como planeaba someterla con su lengua dentro de unos momentos. Le ofreció más vino y ambos tomaron de una sola de las copas.

Con un ágil movimiento se la montó encima para devorarla a besos, para torturar su cuello y atrapar sus senos entre sus dientes. Renata enloquecía.

Se puso de pie con ella sujeta de sus hombros; sus cuerpos escurrieron agua espumosa hasta llegar a la cama de colcha negra donde se dejaron caer.

Sin más esperas, descendió sobre ella chupando las gotas de agua. Al llegar al final de su vientre se detuvo y ella curvó la espalda deseosa de que siguiera bajando. Max le dobló la rodilla del mismo modo que en la tina y clavó su boca donde ansió por horas, desde que la probara de manera remota. Renata volvió a arquearse y comenzó a gemir sin reconocerse. La besaba suavemente, llenándose de su sabor.

Era tan íntimo, tan compenetrante. Pocos instantes y una mágica explosión se apoderó de ella, brujería haciendo de las suyas en sus entrañas. Absorbió los temblores con su boca para luego subir de nuevo por su cuerpo, entretenerse con sus pechos e introducirse en su cuerpo muy despacio, poseyéndola con toda lentitud, haciendo que alcanzaran ambos un nuevo y diferente clímax lleno de lujuria arrebatadora.

Capítulo 19

CONFIAR, TEMER Y CALLAR

—¿Tantas ganas tienes de deshacerte de mí? —Le respondía Renata con esa misma pregunta, muy sonriente, cada que hablaban del tema.

—En lo absoluto hija. Sé que cuando eso pase te iras de la casa, de la empresa, de la ciudad... y esto último es lo que menos quiero. No se elige de quien enamorarse pero pusiste tu corazón en un extranjero, que le vamos hacer. Pero todavía menos ganas tengo que lleves una relación tan liberal sé muy bien dónde pasaste las noches en Nueva York, dónde pasas la mitad cuando viene a verte y dónde cuando te vas con él. Tuve tu edad y no pretendo tapar el sol con un dedo, no es eso lo que deba preocuparme, afortunadamente eres una mujer sensata que sabe lo que quiere y lo que hace. Simplemente no me gusta. Preferiría que formalizaran su relación a que vayan y vengan tan a la ligera.

Renata estaba roja como tomate. Esas pláticas no formaban parte del repertorio de las que acostumbraba tener con su papá ni con nadie.

—Bueno, precisamente porque no estoy lista para irme, es por lo que no me puedo casar todavía papito. Lo haré pronto, pero luego de que concrete algún plan.

—¿Qué tanto lo amas?

—No se ama mucho o poquito papá. Lo amo, punto. El amor no admite cuantía.

—Bien respondido —la felicitó sonriéndole y suspirando como si estuviera cansado—. Pero cuando se ama, se sacrifica mí niña. Ambos deberán sacrificar para poder estar juntos. Siempre es así cuando el amor es mutuo.

Renata estaba consciente de lo que le tocaría sacrificar por amor a Max. Cada vez le costaban más las horas sin su presencia, las despedidas le resultaban abrumadoras, los días para volverlo a ver le parecían años.

—Podríamos abrir AltaPala sucursal Miami ¿cómo te sonaría eso?

—¡Me seguirás consintiendo!—se lanzó a sus brazos llenándolo de besos por toda la cara.

—Todo por mi niña —Don Oscar reía con ganas —pero que sepas que te implicará muchísimo trabajo y necesitamos el apoyo de tus hermanos. Maduraremos la idea y cuando te sientas segura de casarte con Rentería, se lo planteas. En un matrimonio todo se decide en pareja, no lo olvides nunca.

—Falta resolver el tema de dejarte, de dejarlos a todos...

—La empresa en común nos mantendrá en el mismo hilo, habrá más pretextos para viajar que simples visitas, lo demás, nena, será sacrificio y si lo amas cómo dices, te toca, así como le tocará a él tener una esposa de verdad y no una maniquí de esas que les gusta tener a los de su tipo.

—Max no es de esos papá —le constriñó haciendo pucheros.

—No lo sabemos, tampoco es que te haya planteado algún otro plan que no sea tenerte a su lado sin más.

—Sé que quiere para mí lo mismo que tú, aunque te purguen los celos.

—Eres mi hija ¿qué quieres? y si no fuera porque sé lo que adoras tu trabajo y nuestra compañía, te diría que te cases, vivas de tus acciones y de la fama de tu marido, sin más preocupaciones que tus idas al club, al spa y a burradas como entregas de premios.

—¡Horror!

—Ni finjas que te encanta andar de compras, por ejemplo.

—Oh si... pero de vez en cuando, para vestirme como me gusta ir a la oficina.

Las risas se dejaron sentir así como a una Renata más tranquila, ya podría darle una idea a Max de una posible fecha.

Cada vez más cerca.

Esa mañana después de la productiva plática con su padre y un abundante desayuno a su lado, se dirigió a la oficina. Todo el trayecto hablamos por teléfono y jamás la escuché tan convencida de su amor por Max y su disposición a dejar parte de su vida actual por unirla a la de él.

Sin embargo el amor mal versado suele cometer errores, a veces tan graves, que pueden destruir tanto a quien lo padece, como a quien no le corresponde.

Y Renata tenía tres culpas: confiar, temer y callar.

De la peor manera le tocaba expiarlas, esposada de una mano a un oxidado respaldo de una cama, con el alma destrozada. Freddy acababa de

enseñarle las fotografías que la tarde anterior le había hecho llegar a Max; en una aparecía tumbada en una cama totalmente desnuda, cubierta por una sábana de la cintura para abajo, sola. En otra, "acomodada" en el pecho de Freddy, quien sacaba la auto foto sonriente. Y otras tantas en el jardín de la casa donde la tenía raptada, los dos sentados, ella recargada en su hombro.

Renata ignoraba en que momento las había tomado. Lo último que recordaba era la llamada conmigo, la que terminamos una cuadra antes de llegar a la constructora. Luego que Freddy le había pedido unos minutos para hablar cuando ella se bajaba de su coche al estacionarlo en el subterráneo de la empresa. Llevaba tiempo adoptando esa desatinada costumbre. También se acordaba que ella le había dicho que no tenían nada que hablar que no pudiera hacerse en su oficina... un pinchazo en el brazo, un mareo y hasta ahí. Después despertó sobre la misma cama en la que se encontraba en ese momento, sin ataduras; al recuperar por completo el sentido y saberse presa de Freddy, había tratado de escapar pero éste se lo había impedido forcejeando con ella y drogándole de nueva cuenta. Al despertar de nuevo ya se encontraba esposada con su camiseta interior puesta, sin sostén, con pantaletas y calcetines.

Y ahí estaba, a la merced de Freddy y sabiendo que el amor de su vida llevaba horas sintiendo por ella el más feroz de los desprecios. No podría ser menos. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, no se preocupaba por contenerlas menos por limpiarlas.

—Me van a encontrar Freddy. Vas arruinar tu vida por muy poco.

—Te equivocas Muñeca, mira que no eres poco; come algo, necesitarás fuerza para comenzar esta tarde —le decía al tiempo que colocaba sobre el buró un plato desechable con una pieza de pollo asado al carbón y una botella de agua natural.

—¿Comenzar qué? —Estaba aterrada de escuchar la respuesta pero necesitaba saberlo.

—A plantar en ti la semilla del amor.

—¿Te has vuelto loco? No seas ridículo.

—Obviamente no hay modo de obligarte a que me ames, a que te cases conmigo, pero puedo unir tu vida a mí a través de un hijo y cerciorarme de que no me olvides nunca. Tú actorcito de quinta ya no te querrá, no después de las fotos que le he enviado y menos cuando se entere del fruto de esta aventura. Te destrozaré la vida así como tú lo has hecho con la mía —hizo una breve pausa antes de continuar—, de tus anticonceptivos ya me encargué.

—Yo no destrocé nada. De eso te estás encargando tú ¡maldito enfermo!
Freddy le soltó una bofetada con tanta fuerza, que le reventó la boca.

—Nada ganas con golpearme... —Renata se limpió con su mano libre la sangre que le brotaba mientras lloraba desesperada—, puede tomar años quedar embarazada ¿me piensas tener amarrada hasta que eso pase? Y todavía falta que yo quiera mantener vivo a tu engendro.

—Vamos por partes, Muñeca. Primero lo primero. Ahora come.

Renata derribó la mesilla donde estaba la comida de una patada.

Freddy apretó la mandíbula y con el puño cerrado le dio en el rostro.

—Mira que nada te pasará por un día que no te alimentes. Como sigas haciéndome enojar, la vas a pasar peor.

—¡Primero muerta que complacerte estúpido de mierda!

—Veamos si esta tarde te encuentras tan bélica cuando te haga mía. Lo hará más interesante...

Renata se estremeció al imaginar a Freddy sobre ella, tocándola. El pánico la invadía, aun así reunió fuerzas para echarle en cara: —¡Hazme lo que quieras, tuya no seré nunca! —le gritó con todas las fuerzas que había en sus cuerdas vocales, con todo el aire de sus pulmones.

Freddy se rio con más ímpetu mientras salía de la habitación.

—Ya verás como sí.

Max, había recibido las fotos justo antes de dirigirse al aeropuerto para pasar el fin de semana con Renata. No abordó el vuelo por supuesto, seguía, desde la noche anterior, derrumbado en el sofá de su sala de estar, marcando al celular apagado de Renata. Necesitaba una explicación, oír su voz diciéndole que elegía a Freddy.

Cerca de media noche se armó de valor y llamó a Rodrigo. Le confirmó lo que su corazón se negaba a aceptar: Renata y Freddy estaban juntos

—Lo siento Max —fue lo que le dijo el hermano de aquella.

Estaba desolado, el dolor que sentía era abismal, pero cómo arrancarla de su ser así como así, seguía creyendo que eran uno sólo, cerraba los ojos y veía su sonrisa; recordaba el modo en que con la mirada podía decirle cuanto lo amaba. Además, le había prometido que nunca más la juzgaría si escuchar lo que tuviera que decirle, que creería en ella ciegamente.

De pronto sintió una especie de premonición, algo se agolpó en su garganta. El ritmo cardiaco comenzó a desbocársele. Abrió el mensaje de teléfono desconocido y revisó las fotos, una a una, detenidamente,

conteniendo el dolor que le provocaban. Se percató que Renata no parecía ser ella en sí, la de las fotos lo era, pero no en esencia. Max la fotografiaba todo el tiempo, tenía cientos de capturas de ella y la conocía perfecto, tanto en la cama como fuera de ella.

—A Renata no le gusta dormir desnuda —se decía mientras analizaba las fotografías de la cama.

Con el semblante desencajado y el corazón en mil pedazos, veía como algunos detalles no cuadraban, incluyendo el hecho de que Renata no era una hipócrita.

Luego de hacerle el amor le gustaba ponerse la parte de abajo de la ropa interior y alguna camiseta. Además, nunca dormía sin limpiar el maquillaje de su rostro; por muy agotada que terminara su día, lavaba su cara y peinaba su cabello en una trenza holgada. Otro detalle a resaltar, ni en el más frío invierno Renata toleraba dormir con los pies tapados, en las fotos de la cama se asomaba un pie cubierto por una media negra, absolutamente despeinada y ojeras de rímel corrido. También, se alcanzaba a percibir que tenía los ojos cerrados pero no en su totalidad, ni el día que la viera dormir luego de llorar sin descanso, sus ojos se habían quedado entreabiertos. En el resto de las fotos en una especie de jardín, sentados en una banca, las posturas de Renata eran antinaturales, se le veía suelta, a través de las gafas de sol se le veían los ojos igual, a medio cerrar y en ninguna sonreía, incluso, la mandíbula se notaba desencajada.

Las miró todas con detenimiento, varias veces, en todas lo mismo.

—Renata está drogada —concluyó.

Convencido en llegar al fondo de la situación, llamó a Rodrigo por teléfono de nuevo.

—Alguna noticia de Renata.

—Hablamos hace menos de una hora Max, olvídala. Créeme que ni yo doy crédito a lo que sucede, desconozco porque te ha hecho esto.

—¿Has hablado con ella? —Insistía Max.

—No. Su teléfono está apagado y de madrugada. Si Freddy no respondió mis mensajes ni llamadas a una hora prudente...

—Necesitamos asegurarnos que Renata está bien y no quedarnos con el dicho de ese imbécil a través de Oscar.

—Freddy sería incapaz de hacerle daño. Lo conocemos de toda la vida, a su familia... Si quiere estar con él, debes respetar, todos tenemos que hacerlo.

Hubo una pausa. Max necesitaba sonar coherente para convencer a Rodrigo de que algo andaba mal para así, obtener su apoyo.

—Rodrigo, Freddy me envió unas fotos y Renata no luce bien en ellas.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Rodrigo sin mayor inquietud en realidad—. A Oscar también le envió un par, yo no las vi. Supongo que con ello te están dando a entender que están juntos. Deja de buscar más en donde no hay.

Max hizo caso omiso a las aseveraciones del hermano gemelo.

—A mí me envió varias. En todas, Renata aparece con los ojos entrecerrados pese a traer lentes para el sol y además en ellas no sonrío... se ve extraña —hizo otra pausa, sabía que sonaba como dando patadas de ahogado—, ahora te las reenvío.

Max las envió y esperó el tiempo necesario para que Rodrigo las analizara y le dijera sus impresiones.

—Bueno sí, se ve algo rara pero...

—Además tengo otras dos que no creo que quieras ver. Estamos hablando de tu hermana.

—Mándamelas —le ordenó Rodrigo.

—Sale desnuda, cubierta muy apenas por una delgada sábana. Despeinada, con el maquillaje corrido y se nota que estuvo llorando.

—¡Que me las envíes te digo!

Max se las envió y le dijo: —Ve su rostro de cerca, por favor.

—¿Y? Deja esto por la paz, para de martirizarte ¿quieres? Se lo difícil que es esto para ti. Me odiaré por decir esto pero creo que mi hermana no merece más preocupaciones de tu parte.

—¡No! No lo entiendes, he tenido noches de pasión con tu hermana, muchas, y te aseguro que no es el modo en el que ella se queda dormida después de...

—Demasiada información Maximiliano. Como bien lo dices, estamos hablando de MI hermana.

—Entonces escúchame. Ponte de mi lado. Te lo pido como amigos que somos. Observa bien las fotografías, tiene unas marcas en el brazo, se le ven a unos cuantos centímetros debajo de la axila, por el que tiene abrazado a ese pendejo.

Rodrigo estaba en silencio. Max esperaba que se encontrara analizando de nuevo las fotos.

—Además, en el bar aquel día, se puso violento con ella, vi como la

besó a la fuerza para luego tirarla al piso; la maltrató Rodrigo... no fueron unos estrujones, no...

—Pero ¿qué dices?

—La besó a la fuerza, la lanzó a la banqueta... conmigo también se puso agresivo en la boda de Oscar, pero no comenté nada para evitar conflictos, me amenazó, dijo que si no me alejaba de ella me arrepentiría, o ella... hila todo por favor Rodrigo: su rostro de denota lloroso en algunas fotos. No sonrío. Las marcas del brazo. Independientemente de que esté con él por voluntad propia o no, nos tenemos que asegurar de que esté a salvo.

Eso último se lo dijo ya para dejar de sonar como pelagatos, pero muy en el fondo de su alma sabía que Renata lo amaba y que Freddy de una u otra manera la tenía atrapada.

Colgaron la llamada no había más por decir. Tenía que volar hacia México, hablar con Oscar y si era necesario, con Don Oscar. Alguien tenía que ayudarlo a dar con el paradero de Renata. A Rodrigo ya le había plantado la duda, pero no estaba seguro de que se movilizara. Max por su parte, no se quedaría llorando la partida de Renata sin asegurarse de que estaba bien, al lado de Freddy, pero bien...

—No es necesario que te pongas prepotente Oscar. Maximiliano quiere despejar sus dudas, después de estar con Renata por estos últimos meses, de entrar a la familia, creo que está en todo su derecho —le decía Rodrigo a su hermano mayor, quien molesto había acudido a la casa de sus padres por petición de Rodrigo para que le ayudara con Max.

—Max, lo siento por ti, pero ¿qué quieres que te diga? A parte de lo que ya sabes. Ellos fueron novios muchísimos años y llevan toda la vida juntos. Tienen su historia ¿entiendes eso? —le decía Oscar a Max, estoico, incluso, parecía burlarse de él.

—Lo que quiero es que hables con tu hermana. Que le exijas a Freddy, que es tu “amigo” —Max hizo un ademán de comillas con las manos al decir la palabra amigo. Si Oscar podía ser despectivo, Max también—, que la ponga al teléfono, que te diga dónde están para ir a verla. Si nada tiene que ocultar te lo dirá. ¿Qué es lo que les sucede? —continuó—. Su hermana desaparece una mañana sin más para irse con el novio al que no quiso darle oportunidades en años. La misma hermana organizada, concienzuda, estructurada, la que no da pasos en falso. ¿Y se quedan tan tranquilos? ¿Qué dicen Don Oscar y Estela de esto? ¡SI USTEDES NO QUIEREN

ASEGURARSE DE QUE SE ENCUENTRA BIEN, YO SÍ! —Max gritaba en medio de la enorme sala de estar de la residencia Palacios, caminado de un lado a otro, desesperado, después de pasar la noche entera sin dormir y tomar el primer vuelo.

—Baja la voz y no te tires al drama por favor, mira que no estamos en una de tus películas. Intentaré lo que me pides —dijo Oscar con desdén. Pensando que de ningún modo lo haría. Que Freddy y Renata hicieran lo que les placiera. Pero necesitaba quitarse de encima al enamorado número veinte mil de su querida hermana.

Por la mañana me vine enterando que Renata llevaba con Freddy alrededor de veinticuatro larguísimas horas. Cuando terminé la llamada con mi amiga el día anterior tuve a bien echar a nadar en el inodoro mi celular. Lo dejé secando y me dediqué a pintar el día entero. Me fui a dormir temprano y de pronto me vi escuchando la acalorada discusión que sobre Renata y Freddy sostenían los hermanos Palacios y Max.

Muerta de pánico entré intempestivamente en la sala de estar y corrí a los brazos de Rodrigo.

—¿Qué pasa Alejandra? ¿Estás bien? —me preguntó Rodrigo desconcertado, separándome de sus brazos casi brusco.

Rodrigo y yo no pasábamos por nuestro mejor momento, abrazarlo parecía no ser muy buena idea.

—Yo sí. Pero no estoy segura de que Renata lo esté —les dije a los tres pero quien no podía apartar la mirada era del gemelo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué sabes de Renata? ¿Dónde está? —Max se nos acercó dando grandes zancadas—. Llevo desde ayer intentando hablar contigo.

—No sé nada de ella. Lo que acabo de oír y ya. Perdón, mi teléfono se ahogó.

—No te pierdes de mucho. Lo único que sabemos todos es que ayer en la mañana Freddy y Renata decidieron fugarse juntos —intervino Oscar.

—¡Ay no! No, no, no... —tapé mi boca con ambas manos y caminé con el santo en el cielo alrededor de la mesa de centro—. Renata no pudo irse con él. Freddy es un monstruo, está enfermo, obsesionado por ella.

—¡Explícate! —me exigió Max al tiempo que volteaba a ver al otro par—. Les dije que algo estaba mal —la mirada acusatoria que les lanzó a los hermanos era suficiente para expresar su desasosiego.

—Freddy todo este tiempo —continué—, ha estado amedrentando a

Renata, amenazándola. El amor enfermizo que siente por ella lo ha llevado a actuar en su contra. Ha sido su tormento por años. Renata simplemente no pudo irse con él, lo aborrece, le tiene miedo incluso. Además no se iría con nadie, no por su voluntad, amándote como te ama, Max.

—No es a mí a quién tienes que convencer... ¿Dónde puede estar? Ayúdame a encontrarla, te lo ruego —Max comenzaba a perder los estribos, mis palabras comenzaban a asustarle. Temía por la seguridad de Renata más que nada en el mundo.

—Momento —Oscar se levantó del sillón en el que se encontraba—. Estás diciendo que Freddy está obsesionado con Renata y que ha actuado en su contra y la atormenta y no sé cuántas tonterías más, de las cuales perdón, pero no hay ni siquiera vestigios. No es tu estilo Ale, pero creo que estás alardeando de más. Freddy jamás ha hecho nada que lastime a Renata salvo dejarla para irse a Canadá, de lo cual paso toda su estancia por allá tratando de enmendarse, hasta boletos de avión le mandaba para que lo fuera a visitar.

—Y Renata nunca quiso aceptar sus regalos, boletos, perros, serenatas, flores, llamadas, cartas, mensajes... méncioname una sola cosa o una sola vez que mi amiga quiso volver a tener que ver con algo relativo a Freddy —necesitaba convencer al mayor de los hijos Palacios para que actuaran ya y comenzaran a buscar a Renata, no quería hacerlo sola con Maximiliano, el único que hasta ese momento mostraba seria preocupación.

—Se quedó con el perro.

—Ese te lo quedaste tú por insistente y luego le compraste una pareja —terció Rodrigo—. Tiene razón Alejandra, Renata nunca mostró ni siquiera inquietud ni interés en nada de lo que le hacía llegar. Botaba las notas a la basura no sin antes hacerlas añicos, siempre sin leerlas.

—Son bobadas. Todo eso no es concluyente en que Renata lo esté pasando mal con Freddy ¡por favor! Se están excediendo. Se les olvida que no es la primera vez que Renata decide irse de casa un tiempo, no siempre da la cara Maximiliano —volteó a ver a Max antes de continuar—, cuando Freddy se fue, pasó un mes fuera de casa, disque en un hotel de la ciudad tratando de reponerse. Luego, eso si te consta Señor Rentería, acaba de pasar una temporada en Cancún, según ella, por un proyecto personal del que nos hablaría después y que a la fecha seguimos ignorando, al menos yo. Y ahora, bueno, se fue con Freddy, oootra vez huyendo de sólo ella sabe qué, o mejor dicho, tal vez para evitar por unos días el reconocer ante todos que se equivocó respecto a con quien quiere estar...

—Puedes decir lo que piensas con todas sus letras Oscar —le dijo Max muy irritado—. Lo que sucede es que estás tan obstinado como Freddy en que Renata esté con él y no conmigo. Pero si de algo estoy seguro en esta vida, es que me ama como yo a ella, aunque eso te pudra Oscar. Además, no creo que Renata sea de las que le guste que la maltraten como yo vi que Freddy lo hizo el día de tu despedida de soltero.

Oscar no se inmutó por ese último comentario, para él, Max no era más que un pelele.

—Tengo cosas más importantes que hacer a seguir con esta absurda conversación. Si me disculpan... —Oscar hizo un ademán de despedida inclinando su cuerpo como si hiciera una reverencia.

—Oscar, antes de que te vayas ¿no quieres saber por qué Renata nunca quiso volver a saber ni recibir nada de Freddy? Yo te lo puedo decir, porque el muy imbécil la atacó de la manera más vil cuando no aceptó casarse con él... —me tapé la boca de nuevo, adiós promesa...

—¿De qué demonios hablas? —Rodrigo intervino cruzándose miradas con Max.

Entre la repentina e inusual desaparición de Renata, que para Oscar resultaba común, pero que para los otros dos no, las otras veces no se había ido sin despedirse ni estuvo incomunicada; los detalles de las fotos, mis palabras... ya no les quedaba duda de que la persona que más amaban en el mundo, cada uno a su correcta manera, estaba en peligro.

Comencé a alterarme. Sentía traicionar a mi amiga, sin embargo sabía que era eso, o dejarla a la voluntad de su agresor.

—La noche en que Felipa sufrió el infarto fue porque ella junto con Sofía encontraron a Freddy a punto de violar a Renata —les solté sin más preámbulos. Los tres me miraron turbados. Oscar, que estaba a punto de abandonar la habitación, se sujetó del marco de la puerta para no caerse. Rodrigo se quedó petrificado—. Tirada en el piso amordazada, atada de manos a la pata de un sillón, casi desnuda... brutalmente golpeada. Golpes de los que fui testigo fehaciente... yo curé y cuide sus heridas... —lo último lo dije en un agudo chillido, ni siquiera yo pude reconocer mi propia voz.

Sus amenazas daban resultado siempre que Renata intentaba instaurar una relación fuese lo informal que fuese. Cada vez que aceptaba una ida al cine o una simple copa en un bar, Freddy se hacía presente hasta llevarla a la paranoia, y como al final sus pretendientes no le interesaban tanto, decidía dejarlos a vivir en constante presión. Su familia y amigos lo atribuían a que

Renata no superaba la ruptura con el que fuera su novio por años, pues a la vista de cualquiera, incluso de Renata misma en un tiempo, era la pareja perfecta, el futuro esposo envidiable. Para dejar que las cosas se enfriaran, por el último año no se dejaba ver con nadie a su lado, y por tanto, Freddy no había vuelto a aparecer, hasta la llegada de Max a su vida, de quien, al verse realmente enamorada, finalmente había resuelto no dejar por influencia del sujeto acosador.

La obsesión que Freddy tenía por Renata no tenía límites, pese a irse del país pocos días después de atacarla, tenía el modo de mantenerse al tanto de ella sin levantar sospechas. Además, constantemente le enviaba regalos: por su cumpleaños, navidad, flores y animalitos de peluche el día del amor y la amistad, incluso, algún detalle excéntrico la fecha en que celebraran su aniversario; meses antes, le había hecho llegar un lindo cachorro que sus hermanos le habían suplicado a Renata no regalar, finalmente ésta accedió que se lo quedaría su hermano Oscar, el más insistente en que no lo rechazara como todos y cada uno de los obsequios sin siquiera quitarles la envoltura, al fin y al cabo el sabueso no tenía la culpa y era realmente hermoso.

Comenzó su noviazgo con Freddy con diecinueve años de edad, habían crecido prácticamente juntos pues sus padres eran amigos y socios de toda una vida. Era un par de años mayor que su hermano Oscar.

Entre Gonzalo Altamirano y Oscar Palacios habían fundado “Grupo AltaPala” casi 30 años atrás con el último capital que le quedaba a Don Gonzalo de la herencia que le dejara el abuelo de Freddy al fallecer, luego de perderlo casi todo en apuestas de carreras de caballos. Ambos eran Ingenieros Civiles y Don Oscar había convencido a Don Gonzalo de que antes de quedarse en la calle, invirtiera su capital en un negocio productivo.

Así, con imaginación y talento fundaron la compañía, uno con el capital humano y el otro con el financiero. Pronto se convertiría en un verdadero emporio nacional, desarrollador y constructor de proyectos inmobiliarios ambiciosos, desde vivienda residencial, corporativos, centros comerciales, hasta desarrollos turísticos. Con el paso del tiempo, Gonzalo se había transformado en un ser avaricioso y petulante. El señor Oscar desde hacía varios años que se encontraba en la posibilidad de completar el 50% de la sociedad, pero el otro no se lo permitía, dejando siempre a los Palacios por debajo en el número de acciones de los Altamirano, para así, su familia tener mayor control sobre la misma. Argumentaba todo el tiempo que no sería justo, que su capital había permitido la creación de la empresa, aun y cuando

ese capital representaba una minúscula cantidad de acuerdo al valor global del Grupo treinta años después y a que era evidente que sin el cerebro y habilidades empresariales de Don Oscar, nunca hubiera sido posible. Eso no le quitaba el sueño al Ingeniero Palacios, el porcentaje que le correspondía era más que suficiente para darle a su familia lo que necesitaba y mucho más. La pequeña empresa ahora era un verdadero monstruo inmobiliario.

Después de cuatro años de noviazgo Freddy resolvió darle fin pidiéndole a Renata que fuera su esposa. Tenía planeado un largo viaje al extranjero donde estudiaría su doctorado y no estaba dispuesto a dejarla, la solución: llevarla consigo hecha su mujer, de otro modo jamás la convencería. Con lo que no contaba era con que Renata no aceptaría. El imponente anillo de compromiso que nerviosamente había recibido, minutos después se lo regresaba. Le quería, mucho, sí, pero no al grado de dejar su vida, su familia, amigos, trabajo... no se encontraba muriendo de amor, de hecho, nunca se había enamorado de él pese a sus años juntos, como para dejarlo todo, como para casarse. Para Renata, Freddy significaba un cómodo novio, ambos trabajaban en la empresa familiar y compartían un millón de cosas más en común, pero no lo amaba. Ni cómo prometerle esperarlo. Llegaba el día de terminar.

Para Renata significaba quitarse un peso que no sabía que traía encima. Para las dos familias el cataclismo universal; para Freddy, la pérdida total y absoluta de la cordura.

La había llevado a la casa vacía de sus fallecidos abuelos paternos, la cual contaba con un hermoso jardín y para darle un extra toque novelesco, lo había decorado con hermosas luminarias y tulipanes, las flores favoritas de Renata. Contrató servicio de banquete para dos y un violinista que tocara música romántica de fondo. Ante la negativa, Freddy perdió el juicio. Su novia, a la que le había dedicado años, a la que había visto crecer y madurar. La novia linda que lucir tomada de brazo, la novia a la que muy en contra de su voluntad se había visto forzado a "respetar" porque no estaba "lista", ese día, justo el día en el que le declaraba su amor eterno, lo rechazaba, tranquilamente lo terminaba para siempre. Y lo que más le frustraba, eran sus creencias de que haciéndola su esposa por ende, también la haría suya. El deseo acumulado que sentía por ella lo rebasó y la furia y descontrol se apoderaron repentinamente de él.

Derribo la mesa sobre Renata cayendo al piso, dejándola atrapada debajo del mueble; el violinista y el mesero contratado como parte del

servicio de banquete, acudieron corriendo para auxiliarle, Freddy se los impidió sacándolos a patadas del lugar. Y comenzó el atardecer que Renata pensó que jamás, ni en la más horrible de sus pesadillas, tendría lugar.

La sacó de debajo de la mesa tirándole del cabello. Renata gritaba con todas sus fuerzas implorando por ayuda. La llevó dentro de la casa a rastras, a la sala principal que tenía los muebles cubiertos con plástico llenó de polvo. Le rompió a tirones su blusa, con un trozo de tela la amordazo para hacerla callar y con otro, la ató de las manos a la pata del sillón más grande, tirada de espalda.

“¿Ya no te parece tan simple y sencillo terminarme verdad? ¿Por qué me haces esto Muñeca? Te di la oportunidad de decir si, acepto. Yo me iba, regresaba en seis meses para la boda, nos casábamos. Regresabas conmigo, te ponías a estudiar una maestría, reforzabas tu inglés, te metías a un curso de cocina que buena falta te hace, qué se yo. Luego un hijo, quizá dos y vivieron felices por siempre. PERO NO MUÑECA NO. NO PUEDES DEJAR DE SER LA NIÑA MIMADA EGOISTA, EGOCENTRICA. ¿Cuatro años invertidos en ti para esto? Si te suelto te casarás conmigo ¿verdad?”

Renata había respondido girando la cabeza de lado a lado, había pensado que tarde o temprano reflexionaría sobre su conducta, que los años de conocerse lo harían recapacitar. Era una persona buena y sobre todo, inteligente, razonable. Al menos eso creyó siempre.

Contrario a ello, se descontroló aún más, comenzando el ataque verdadero. La abofeteó montado sobre ella y destrozó su blusa por completo. La lucha que Renata le presentaba lo único que había ocasionado era abrir su espalda por la fricción con la vieja alfombra. Renata no paraba de llorar, no sabía en qué momento las cosas había llegado a ese punto. Lo desconocía. Tenía miedo. Miedo de lo que pasaría a continuación.

Las manos de Freddy estaban por todos lados, Renata tiraba de patadas y para contenerla, la golpeaba sin piedad para mientras se retorciera de dolor, manosearle el cuerpo entero. Ya le había arrancado casi el resto de la ropa, la había dejado únicamente con su prenda interior de la parte de abajo. Se encontraba completamente golpeada, arañada, magullada, fatigada de dolor y de tanto luchar. Él de pie frente a ella, comenzaba a desvestirse.

“Esta tarde serás mía Muñeca, no puedes pensar que me vaya sin mi premio, cuatro años Renata, cuatro. Después te llevaré a tu casa y dirás a todos que te dejé, que no pudimos acordar como continuar ante mi decisión de estudiar fuera del país. Y esto te lo callarás para siempre si no quieres

dejar a tu papito y a tus tontos hermanos en la calle. Te recuerdo la minoría que representa tu familia en la empresa”.

Estaba a medio vestir, sin camisa y con los pantalones desabrochados cuando de pronto alguien entró por la puerta principal. Su madre y su hermana Sofía, que sin saber lo que encontrarían, habían acudido a tomar unas medidas que necesitaban para montar una fiesta sorpresa precisamente para despedir a Freddy y celebrar el compromiso de la pareja. Nadie sabía que esa tarde estarían ahí Freddy y Renata; todos, menos Renata, sabíamos que Freddy le entregaría el anillo, pero no cuándo ni dónde.

La sorpresa se la llevarían ellas. Al ver a su hijo semidesnudo con Renata a sus pies sin ropa, amordazada, golpeada. Felipa, quien sufría de males cardiacos, había caído desmoronada en el suelo víctima de un infarto. Freddy desató a Renata de inmediato y le quitó a Sofía su suéter para cubrirla. Renata entró en shock, temblaba y se fue directo a un rincón. Desde ahí, sentada abrazada a sus rodillas, balanceándose de atrás hacia adelante, había visto desarrollarse la escena de la última vez que viera a Freddy. Su agresor se había vestido rápidamente. Sofía daba vueltas como loca de un lado al otro por el salón esperando la ambulancia, le gritaba a su hermano desesperada exigiéndole una explicación, se acercaba a Renata para tranquilizarla, para decirle que todo estaría bien.

Nadie más se enteró de lo sucedido. Sofía no estuvo de acuerdo y desde ese día odió a su hermano con todas sus fuerzas, renegaba de él. No quería ser la hermana del agresor de ninguna chica y menos de Renata, a quien conocía desde la infancia, que estimaba y que incluso consideraba una amiga. No quería ser la hermana de un inminente violador.

Una vez que estabilizaran a Felipa, Freddy emprendió su viaje y por órdenes de ella, no había regresado desde entonces. Sofía se cansó de reclamarle a su madre servirle de tapadera al delincuente de su hijo. Ella guardó silencio por el ruego de Renata, una vez que ésta le explicó sobre las amenazas de Freddy, y siendo capaz de estar a punto de violarla, seguramente también lo sería de lograr que el avaricioso de su padre dejara a los Palacios en la ruina, si se atrevían a levantar cargos o tomar venganza de propia mano.

Para ocultar los golpes y heridas, Renata se refugió en un hotel de la ciudad hasta que sanaron los situados en lugares visibles. Y para no levantar sospechas, argumentó lo que Freddy le había ordenado, que se encontraba destrozada por su abandono, que necesitaba un tiempo. Sofía y yo estuvimos

con ella casi en todo momento. Poco tiempo después Sofi se mudó. No resistió vivir bajo el mismo techo que su madre, ni siquiera respirar el aire de la misma ciudad. Era su hermano sí, pero también un monstruo del que no quería volver a saber. Le podría ver como Renata no rehacía su vida por completo a causa de la sombra de Freddy.

Solté el relato de manera atropellada y tratando de no omitir detalles de importancia, sobre todo, intentando ser lo más rápida posible.

Max reventó con la mano el vaso de vidrio que tenía sujeto para beber agua. La sangre comenzó a chorrearle hasta caer grandes gotas sobre el tapete. Quise acercarme para auxiliarlo pero Rodrigo comenzó a gritarme.

—¿Sabías del peligro en el que se encontraba Renata conviviendo con Freddy desde su regreso y no hiciste nada para protegerla?! ¿Qué clase de amiga eres?!

—Una que respeta sus decisiones ¿qué te pasa? Lo único que pude hacer fue pedirle que se mantuviera alerta.

—YA VES EL PUTO CASO QUE TE HIZO ¡Todo esto es tu culpa!

«¿Mi culpa? ¿Es en serio?»

Rodrigo me tenía contra la pared. Jamás lo vi tan alterado. Entendía su preocupación, lo que no: ¿por qué la culpa mía!

Max dejó de darse cuenta de lo que le ocurría. Seguro no podía hacer otra cosa que imaginar a su amada golpeada, amarrada... violada. Reaccionó un par de minutos después de que me deshice del histérico de Rodrigo y lo conduje hasta el lavabo del baño de visitas para curarle la herida y ver si era necesario llevarlo al hospital.

—¡Déjame! —se soltó de golpe. Agarró una toalla de manos y la envolvió en la cortada apretando fuerte—. En este preciso instante mientras estamos aquí perdiendo el tiempo, Renata está con ese delincuente, nadie sabe dónde, ni en qué condiciones —Max se agarró el cabello con su mano sana.

Salimos del baño y nos dirigimos de nuevo con los hermanos.

—¿Por qué ninguno de ustedes dos supo de esto? ¿Por qué demonios Renata tuvo que lidiar con toda esa mierda sola? ¿Dónde estaban el par de hermanos, el papá, los primos, sus amigos? ¿Para qué tiene tanta familia y gente que la quiere si no iban a saber cuidarla? Ahora él la tiene, se la llevó ¿ENTIENDES OSCAR? ¡TU AMIGO SE LA LLEVÓ! ¡Y YA TODOS SABEMOS PARA QUÉ! Sólo falta, Oscar, que insistas en que se fue por su voluntad, enamorada de quien la quiso violar alguna vez, pero no creo que

seas tan imbécil.

Max gritaba poseído por el coraje, de la desesperación de no saber cómo estaba Renata en ese preciso instante... tenía miedo, pánico.

Oscar comenzó a lamentarse. Él era quien le mantenía al tanto de los pasos de Renata. Él le informaba de si iba, volvía, salía. Él era el mensajero. Él había puesto a su hermana en charola de plata a su "amigo"; él le había facilitado los medios para que todo este tiempo le fastidiara la vida, para que se la llevara...

—No sabía... si alguien tiene culpas aquí soy yo.

—¿De qué sirve que ahora te laments, Oscar? —le acusó Max—. ¡Llámale en este momento!

—¿Qué le digo? —Preguntó Oscar con la cola entre las patas.

—¡NO LO SÉ CARAJO! Empieza por sacarle dónde la tiene.

—Tranquilo. Oscar está en *shock*. Dale tiempo —le dijo Rodrigo a Max, no menos asustado que él pero intentando conservar un poco más la calma.

—Tiempo es lo que menos tenemos. No sabemos cuándo sea demasiado tarde para Renata. Sino es que ya lo es...

—Me desvía la llamada...

—Oscar —le ordenó Rodrigo a su paralizado hermano—, dame tu celular.

Rodrigo comenzó a conversar con Freddy por mensaje quien le respondía con fluidez, se hacía pasar por Oscar y luego de algunas tonterías típicas de ellos, intentó sonsacarle dónde se encontraban pero no consiguió que le dijera. Lo más que logró antes de levantar sospechas, fue que le dijera que no muy lejos de ahí, que se encontraban cerca de la ciudad.

—Necesitamos la ayuda de Sofi —sugirió Rodrigo.

—Sofía no se habla con Freddy desde aquél suceso. Por eso se fue a vivir a Cuernavaca —le debatí.

—¿Alguna otra idea Alejandra? Aparte de solapar agresiones y no hacer nada para evitar esta ¡puta calamidad!

—Será mejor que pongamos al tanto a tu papá —le dije tratando de ignorar sus duras palabras—. Que sea él quien amedrente a Felipa para que la haga ir a su casa y de ahí montarle una redada para dar con el lugar donde la tiene. Nada en este mundo le importa más a Freddy que su madre, ella y el dinero, por alguna de esas dos vías podemos hacer que atrape el anzuelo. Felipa está enferma, Don Gonzalo también y su situación económica va en picada, usemos eso en su contra.

Capítulo 20

MURIENDO LENTO

Don Oscar palideció ante la noticia. Los papás de Renata no la habían echado en falta porque Oscar estaba fungiendo como tapadera, sin saber nada acerca de las intenciones de Freddy.

Felipa estuvo a nada de sufrir otro infarto, sin embargo a esa vieja guanga y sin chiste no le quedó de otra más que colaborar. Era ella contra tres Palacios, un Rentería y una fiera amiga. Don Gonzalo no se enteró de nada, ni siquiera se paraba de su cama desde hacía poco más de un par de meses.

A base de mentiras relacionadas con unas firmas urgentes y rollos de testamentos, logró que le dijera que se encontraba en la casa de Valle Bravo^[6] que alguna vez, hace más de diez años, estuviera bien puesta y que incluso a mí me tocó disfrutar. Freddy se encargó de que Felipa le asegurara que sería un mensajero ajeno a la familia quien ese mismo día estaría por el lugar para recabarle las firmas necesarias y que nadie se enteraría de su paradero. Lo cual resultaba inútil, la llamada estaba en altavoz.

Tomamos a Felipa y la llevamos con nosotros a casa de los Palacios por mera precaución. No podíamos arriesgar a que al retirarnos, Felipa pusiera a Freddy sobre aviso.

—Ya sabemos dónde están. Ahora pensemos que vamos a hacer —dijo Don Oscar con la voz más apesadumbrada que le hubiere escuchado jamás.

—Vamos para allá—. Max se ponía la chamarra con dificultades. La herida de la mano no paraba de sangrar.

—Primero vamos a que te cure eso —le dije.

—Esto puede esperar. Renata tal vez no.

—Así no serás de ayuda si las cosas se ponen difíciles, cuñado. Además, tenemos que ver el modo camuflajearnos. Valle de Bravo es pequeño y no sabemos si tiene montada vigilancia o algo por el estilo. Si nos presentamos

así como así, podríamos echar todo a perder. Mientras te controlan el sangrado, veo que hacemos. Ya se me está ocurriendo algo —Rodrigo se apuró a decir ignorándome por completo y cuando no, me miraba con saña.

Oscar estaba ahí pero sólo su cuerpo, no dejaría de atormentarse por haber sido el contacto que Freddy usara contra su hermana. No descansaría su alma hasta tener a Renata a salvo y lejos, muy lejos de aquél enfermo.

Luego de una hora tenían todo listo. Rodrigo había echado mano de un par de amigos que ya estaban en la casa de los Palacios, uno de ellos tenía una empresa de mensajería.

—Freddy no conoce ni a Esteban ni a Juan Pablo, papá. Juan Pablo conducirá y Esteban de copiloto, ambos con el uniforme de la empresa. El primero será quien descienda del camión y toque la puerta. Los demás nos esconderemos, salvo Esteban quien será quien nos envíe las señales.

No me dejaron acompañarlos, Don Oscar pensando en mi seguridad y Rodrigo por no abandonar la idea de que de no ser por mí, su hermana no estaría envuelta en esa situación.

Que injusto...

Pasé horas conteniendo el llanto, vigilando a la maltrecha Felipa. La llevé para mi casa con ayuda del personal de servicio. Estela y Malena seguían sin enterarse y así debían continuar.

Cuando llegaron a la casa de campo donde Freddy tenía raptada a Renata, revisaron cuidadosamente todo el perímetro en busca de personas de vigilancia descartando la posibilidad a los pocos minutos. La casa estaba rodeada con apenas una barda de un par de metros de altura y espesos arboles gigantescos recubrían el contorno. La idea era que Juan Pablo estacionaría el vehículo metros antes de la puerta peatonal del acceso principal de la mansión y distraerlo recabando demasiadas firmas sobre unas falsas cartas que Rodrigo había preparado y obligado a Felipa a autenticar de manera autógrafa. Ello, con el fin de mantener a Godofredo ocupado al menos diez minutos para darles tiempo a Max, Rodrigo y Oscar padre e hijo colarse a la casa por la parte trasera y cerciorarse de que no hubiera más personas con él adentro aparte de Renata.

—Esto es demasiado. Debo leer antes de firmar y entregártelos de vuelta. Espera aquí. Haré lo propio allá dentro.

—Lo siento, no es posible. Mis instrucciones son que firme de recibido, haga el trámite que sea necesario y requisieste este formato para yo poder llevarlo de vuelta en el sobre que sellaré en su presencia. Podemos realizar

todo el proceso aquí, en el cofre del vehículo.

—A ver naco, no seas absurdo. En todo caso entra conmigo y hacemos todo esto en una mesa y un par de sillas.

—No se me permite ingresar a los domicilios particulares, Señor.

—¿Me tomas el pelo?

—Si se tratara de un comercio o algo por el estilo, podría acceder a la recepción, pero no es el caso —Juan Pablo le hablaba pausado, muy tranquilo para la misión que traían en manos, intentando ganar todo el tiempo que fuera posible—. La otra opción es que se quede con los documentos, haga lo que tenga que hacer y genere con nosotros o alguna otra empresa de paquetería su recolección y vuelta a su destino. Pero se contrató entrega y vuelta en un mismo servicio inmediato y con urgencia. Usted decide, Señor.

Freddy miró con odio a Juan Pablo sin al parecer, sospechar nada. Comenzó a medio leer los documentos rápidamente y firmar donde veía su nombre completo.

Mientras tanto, los cuatro rescatistas ya estaban dentro de la casa. Max subía los escalones que llevaban a la planta alta de dos en dos. Tropezó varias veces. La duela se estaba desprendiendo dado su mal estado de conservación. Rodrigo corría sigilosamente detrás de él. Con la vista se indicaron en cuál dirección iría cada uno. Oscar y Don Oscar revisaban la planta baja.

En la parte de arriba había nueve habitaciones, el ala que examinaba Max tenía cuatro, entre ellas, la recámara principal al fondo. Abría las puertas una a una sin entrar, miraba dentro en una ojeada y la cerraba de nuevo, haciendo el menor ruido posible. Y ahí estaba, en la cuarta puerta que abriera, sentada en la parte donde va la almohada, la muñeca de la mano izquierda rodeada por una esposa y enganchada en el respaldo de la cama. El barrote alargado le permitía mover el brazo de arriba a abajo por lo que fuera un metro de tramo. Renata veía fijamente unos moretones en su entrepierna a lo largo de sus dos muslos, mientras con un dedo de su mano libre los repasaba.

Escuchó el rechinar de las bisagras pero no le dio importancia. Sólo una persona podía ser.

Una mezcla de alivio e impotencia regodeó las entrañas de Max. Estaba viva, la había encontrado. Pero las condiciones eran sumamente desgarradoras. Ni el más horrible de sus sueños pudo haber imaginado a la mujer dueña de su alma, de su corazón, en esas horribles circunstancias.

Max se acuclilló frente a ella poniéndole las manos sobre sus rodillas. Renata no levantó la cara, observaba esas manos que tantas veces la

acariciaron, la abrazaron, que le sujetaron del rostro... esas manos que besó dedo por dedo, manos que entrelazaron las suyas incontables veces. Debía estar delirando. La desconsolación y la falta de alimento podían estar afectando sus sentidos, su cerebro. La gota de una lágrima cayó.

—Bonita. Soy yo. Ya estoy aquí —le dijo al tiempo que le desanudaba el trapo que traía como mordaza.

Renata levantó la cara para ver la de la voz que le hablaba, ver de frente a su alucinación con un sólo ojo, el otro lo tenía prácticamente cerrado a causa de otro terrible golpe. Agradeció para sus adentros que no se estaba volviendo loca, que el cuerpo al que le pertenecían esas manos eran las de él, las de Maximiliano.

Ojalá Max no hubiere tenido que verle ese ojo hinchado y morado, ni el labio abierto, ese mismo que tanto lo invitaba a besarlo cada que Renata lo mordía sin pensarlo... ni una mejilla sumamente enrojecida. Ni moretones de todos los colores por todo su hermoso cuerpo rasguñado...

Renata reaccionó. Le hizo señas de que se callara. La habitación en la que estaba se conectaba por un pasillo a otra más pequeña, una especie de estudio u oficina privada, creía que ahí estaba Freddy.

Las llaves de las esposas estaban arriba de un viejo ropero a un lado de la ventana. Renata le indicó señalando con el dedo para que Max fuera por ellas.

Acató de inmediato y a toda prisa la liberó y comenzó a acariciarle las marcas que por tantos intentos de soltarse le habían dejado por toda la muñeca y dorso de la mano.

—Será mejor que le pidas que se vaya, Muñeca, a menos que prefieras verlo muerto.

Freddy apareció precisamente por ese pasillito. La casa tenía una serie de accesos y recovecos que pocos conocían. Ese estudio anexo a la habitación, también tenía una escalera oculta que llevaba a la oficina principal de la casa en la parte de abajo y ésta a su vez, una puerta a un costado de la propiedad con salida al jardín.

Renata no dijo nada. Una sensación visceral ante lo desconocido se apoderó de cada una de sus terminaciones nerviosas. Nunca lo creyó capaz de ni matar moscas, pero ese Freddy no era ni la sombra del que niño con el que jugara a los cochecitos o a las escondidillas, ni con el que se comiera una congelada en las tardes de verano sentados en la base de la fuente de jardín de su casa; mucho menos con el que se besara, viajara, pasara horas estudiando

para los exámenes de universidad, ayudándose, apoyándose... o con el que discutiera números, proyectos y contratos en la empresa. Era otro... era el que le propinaba golpizas, el que la raptara pretendiendo dominarla y poseerla... ese era el sujeto que sostenía un arma en su mano temblorosa, apuntándoles.

Un frío penetrante viajaba por su cuerpo. De pronto un disparo.

Luego otro.

Y uno más...

Un frío más intenso seguido de un calor atroz.

Dos cuerpos desplomados... otro tambaleante.

Max se había separado de Renata con las manos en alto, pensaba hacer tiempo en lo que aparecían los otros tres. Debía tranquilizarlo, era evidente su nerviosismo y la falta de pericia con las armas. Lo tenía de frente, con la cama de por medio. Renata había permanecido sentada en el mismo lugar donde Max la encontrara.

—Freddy. Saldremos de aquí y arreglaremos esto. No llevemos la situación a puntos irremediables... vamos Renata.

—Renata no va a ningún lado, ni contigo ni con nadie.

El primer disparo. Max se tambaleó.

—¡NOOOO!

Un desgarrado grito de Renata inundó la habitación...

Freddy soltó el segundo disparo al tiempo que Renata de un salto trataba de llegar para cubrir con su cuerpo al del amor de su vida...

Renata se derrumbó.

La sangre comenzó a brotar.

—Renata. Estúpida ¿Qué hiciste?! —Gritaba Freddy desorientado. Tú no...

Rodrigo, Oscar y Don Oscar entraron en la habitación cuando Max volaba por encima de la cama dispuesto a luchar cuerpo a cuerpo con el agresor. Con quien dejara malherida a quien amara por encima de todo, a su razón de ser. La que yacía en el suelo, tirada boca abajo, sangrando por su espalda. Freddy sintiéndose acorralado, soltó el tercer disparo... justo por detrás de su propia oreja.

El cuerpo cayó derrumbado antes de que Max llegara a él. Segundos de silencio. De inmovilidad. De hastío.

—Una ambulancia ¡RÁPIDO!... —Don Oscar ordenaba por su teléfono celular—.

—Renata, mi amor...

—Max... —la voz de Renata era apenas audible. Cerraba sus ojos.

—No. No... Háblame... Bonita...

—Tengo sueño...

—No debiste... ese impacto era mío —Max lloraba incrédulo de lo que acontecía. Pensando en los incontables momentos felices al lado de aquella que parecía irse a un viaje sin retorno. Las lágrimas le brotaban sin darle tregua a sus abatidos ojos por tener que mirar como la vida de quien por tanto tiempo luchó tener, se apagaba sin poder hacer nada para evitarlo.

Recostado en la misma posición en la que la había puesto a ella para tener su rostro junto al suyo, para respirar su aliento, lloraba sin cesar. Con gritos ahogados maldecía.

Del otro lado Rodrigo, una parte de él también moría.

—*Twinky*... despierta.

Don Oscar caminaba desesperado por toda la habitación, con el teléfono en la oreja, intentando agilizar el auxilio.

Y Oscar, derrumbado en un rincón. Carcomido por la culpa mirando fijamente el cuerpo sin vida del que fuera su compañero de juegos y travesuras de niños, de parrandas y bravuconadas en la adolescencia. A quien confiara a su hermana y al que por años alimentara la esperanza sobre ella. El mediador entre el amigo y al mismo tiempo abusador y posible homicida una de la mujeres más importantes de su vida. Odiaba su muerte, la odiaba porque ya no podría darle explicaciones, ya no podría pagar los años de sufrimiento de Renata, por cada moretón, por cada golpe... y si ella moría, él, el verdadero culpable de esta terrible agonía, tal y como se sentía, no podría pedirle perdón.

Los segundos se convertían en minutos, los minutos en horas, las horas en tiempos suspendidos en aire denso irrespirable.

Max se encontraba fuera de peligro. Le habían extraído la bala la cual no había ocasionado mayores perjuicios. Tardó unos cuantos minutos en reconocer el lugar en el que se encontrará, en recapacitar sobre el drama que estaba viviendo. La sala de recuperación a media luz, una venda sujetándole el brazo inmovilizado y yo sentada en una silla junto a él.

—Tranquilo. Max. Hace poco que saliste de quirófano.

—Dime por favor que no está muerta.

Habían sido trasladados en la misma ambulancia. Habían tenido que utilizar el equipo de resucitación... había llegado en estado crítico... seguía en

cirugía... se debatía entre la vida y la muerte.

—No hay noticias alentadoras hasta el momento. Estemos preparados —le dije con mi voz ahogada en llanto no derramado. Queriendo morir en lugar de Renata, mi amiga, mi pilar... ella tenía más por quien vivir. Ella si tenía por quien vivir...

—Mientras su corazón no deje de latir... —cerró los ojos de nuevo. Una lágrima gorda le resbalaba por su mejilla—, veo dolor en su precioso rostro al derrumbarse sobre mis brazos extendidos para sostenerla... la mañana que encontré la casa de verano de Renata vacía, cuando aspiré su olor en ese vestido rosa descubrí cuanto lastimaba el amor... creí que no se podía sufrir más... que equivocado estaba Alejandra, si ella abandona el mundo, el mundo me abandonará a mí. Las estrellas dejarán de brillar, el sol de iluminar el día, la luna no podrá guiar mis pasos... mi universo perderá su centro. Si Renata muere...

La vida de Renata pendía de un hilo, la bala oxidada que aun después de una larga cirugía los médicos habían logrado extraer, le había dañado un pulmón provocando una infección que no lograban contener.

Las horas pasaban con una Renata inducida en estado de coma, una familia destrozada y un amor aterrado de morir en el pleno esplendor.

Acorralados entre líos legales y un mar de reporteros asediando el hospital en busca del afamado protagonista de la nota para el espectáculo, los Palacios y Max acompañado por David, esperaban las noticias de los médicos casi sin mediar palabras. Noticias que nos regresara la esperanza que dábamos por perdida a momentos. Mientras que en otro lugar de la ciudad se llevaba a cabo un funeral, donde se enterraba a uno de los responsables de la desgracia.

Y digo a uno porque la otra yacía conectaba a cientos de aparatos debatiéndose entre la vida y muerte, víctima de aquél a quien sepultaban y de su propio silencio. Silencio que ahora carcomía a otros tantos: a Felipa y a Sofía... y a mi... las que cuando pudimos no hicimos... que cuando quisimos nada quedó por hacer.

Más horas después, Renata pasó de estado crítico a recibir los santos óleos.

La espera dolorosa.

La fe sobrevivía tocando corazones intentando no ser desplazada. Muriendo lento.

Max no quiso estar presente cuando el cura acudió. Tempestuoso, despotricó contra todos por querer obligarlo a despedirse del amor de su vida. Mientras su corazón no deje de latir...

—Vamos Max. Necesitas tomar un poco de aire —le dije cuando casi se agarrara a golpes con Oscar por la sugerencia de éste de entrar a decirle adiós a mi amiga, sólo faltaba él.

—Tal vez sea la última ocasión para verla con vida —le había dicho el hermano mayor de Renata, y Maximiliano, como alma que lleva el diablo le había saltado encima lleno de furia. Rodrigo, David y Don Oscar tuvieron que someterlo en el piso y personal del hospital nos había llamado la atención, nos obligarían a desalojar la sala si las discrepancias no cedían. No hubo más problemas que llevaran a las manos, pero esos dos sostenían a cada momento discusiones elevadas de tono en la sala de espera de cuidados intensivos.

Y es que los ánimos estaban a flor de piel, tal vez no era motivo suficiente para reaccionar de ese modo. Pero por la mañana, antes de que llegara el cura a orar por Renata, Oscar con peor talante que otros días (si es que se pudiera) había llegado hasta donde estábamos sentados Maximiliano y yo y con las manos en la cintura le había reclamado: —Tus reporteros de quinta me acaban de linchar a preguntas ahí afuera. No necesitamos esto Rentería, has algo.

—¿Algo como lo que tú hiciste para mantener al asesino de tu hermana fuera de su alcance? —le había respondido Max poniéndose de pie.

Los dos animales se sostuvieron la mirada por más tiempo del necesario.

—Mi hermana no ha muerto.

—No gracias a ti.

—¡Si tú no hubieras aparecido Freddy no habría perdido los estribos!

—Habría intentado hacerla suya de cualquier modo...

—Si mi hermana está ahí dentro fue por salvarte la vida —soltó Oscar ante la mirada incrédula de todos.

Don Oscar llevó consigo al hermano que se estaba pagando con Max el dolor que sentía. También Maximiliano estaba siendo muy injusto por el mismo motivo.

Hasta que finalmente ese mismo dolor los condujo a la imprudente violencia.

Rodrigo poco hacía por acercarse a mí, sin embargo, le notaba su mirada

bastante suavizada... me partía el alma su sufrimiento. Quería abrazarlo, abrazarlo muy fuerte, pero él tenía quien lo consolara. Su novia Laura estaba para él...

Se cumplían casi setenta horas cuando Renata comenzó a dar señales de mejoría. Tuvimos fiesta al escuchar las palabras de los médicos cuando nos indicaron que las altas fiebres estaban cediendo y que tal vez podríamos hacer turnos para que algunos de nosotros pudiéramos ir a casa a descansar. Otra pelea al respecto por parte de Oscar y Maximiliano.

El peligro no había pasado del todo; para la hora que terminamos de decidir quién se iba y quien se quedaba, la temperatura de Renata se había normalizado y con ello, las siguientes horas aguardaríamos por mejores noticias.

Capítulo 21

DESESPERANTE PASIVIDAD

La terrible pesadilla del hospital terminó tres semanas después.

El día en que Renata salió de terapia intermedia y la pasaron a cuarto para recuperarse antes de ser dada de alta y terminar de hacerlo del todo en casa, Maximiliano tuvo que regresar al trabajo. Poco había sido lo que pudieran hablar, la mayor parte del tiempo había estado intubada y luego con órdenes de no esforzarse y sobretodo, manteniéndola sin sobresaltos.

Con el peor de los semblantes y luego de no separarse de la habitación de Renata más que para comer o ir a darse un baño, Max se despidió de ella con un casto beso en la frente, prometiéndole regresar a la vuelta de una semana. Pondría en orden unos asuntos de la grabación para regresar lo antes posible.

Por fin teníamos a Renata en casa, fuera de peligro. Se le veía agradada de volver pero desganada al mismo tiempo. Tardó varios días en recuperar un poco de apetito y las pesadillas se volvieron recurrentes tanto durmiera de noche como de día. Tratábamos de acompañarla pero constantemente nos pedía la dejáramos sola, que quería leer algún libro. Las heridas físicas estaban sanando, sólo esas. Estaba sumida en un profundo tormento emocional lejos de volver a ser la misma pese a que ya la tuviéramos en casa.

Todos nos esforzábamos por ayudarla a llevar las cosas con calma. Los especialistas de la Asociación de Estela sugirieron que las terapias comenzaran luego de un tiempo prudente en que Renata internamente terminara de procesar el daño causado y se manifestaran las primeras consecuencias.

Maximiliano llegaba todos los jueves en la noche y se devolvía a Cancún los lunes en el primer vuelo, tiempo que Renata parecía aprovechar para dormir. Se notaba a leguas que lo estaba evitando.

Uno de esos fines de semana Don Oscar les puso los guantes de box a Oscar y a Max para que se dieran hasta cansarse. Literal. Así como una vez lo hiciera con los hermanos que se peleaban constantemente, le había funcionado. Todos estábamos cansados de lidiar a una Renata absorta, en mutismo e insistente en permanecer aislada, junto al novio y al hermano mayor que no daban su brazo a torcer. Ese día no llegaron a los golpes. Por fin hablaron como humanos logrando limar unas cuantas asperezas; las mínimas que al menos permitieran llevar el drama en paz.

Renata me contaba en pequeñas frases lo acontecido, lo que recordaba o lo que quería que yo supiera. Además Don Oscar y Rodrigo, junto con otro colega del segundo, tenían acceso al expediente en el Ministerio Público y ahí pudimos darnos cuenta de que, gloria al cielo, Freddy no había abusado de ella sexualmente, no en el amplio sentido de la palabra. Por algún motivo desconocido, no había logrado una erección y el sometimiento no había ido más allá de toqueteos y golpes desmedidos.

Demasiado de cualquier modo... no lograba superar los acontecimientos y tampoco nos dejaba ayudarla.

—Bonita. ¿Te parece si salimos por un helado? El día está fenomenal.

—No estoy de ánimos.

—Por eso. Salir te hará bien.

—No quiero Maximiliano. Será mejor que te vayas. No soy buena compañía ahora mismo.

Renata, luego de un par de meses del ataque, seguía en la misma postura del primer día en casa: en pijama, en su cama, con una comida al día, leyendo y durmiendo; sin aceptar visitas, ni psicólogos, sin querer hablar con nadie... ni conmigo, ni su *twinky*...ni con Max, ni con sus padres. Con nadie. Frases amargas de cuando en cuando y ya está.

Max cada fin de semana intentaba una estrategia diferente. Los tres primeros se limitó a estar con ella sentado en el piso junto a su cama o en un sillón morado de una plaza que Renata tenía en su habitación, platicándole un poco y sobre temas sin importancia... cuando ella tenía los ojos abiertos.

Luego comenzó a presentarle variedad haciendo esfuerzos por ayudarla, verla en ese estado lo tenía destrozado, quería a su Renata de vuelta. No le permitía acercarse mucho, algún casto beso en los labios y ya está. A veces lo dejaba que la tuviera abrazada por unos minutos pero le hablaba lo mínimo

indispensable. A la vuelta de un mes, luego de sugerirle salir de paseo y que no aceptara, encendió la televisión ¡no estaban de luto! y se negaba a seguir tratándola como una enferma; buscó una comedia de esas que solían hacerla reír pero ella ni siquiera giró la cabeza en dirección al mueble de la televisión. Ese mismo fin de semana intentó con las de terror barato. Tampoco les puso interés.

Al siguiente fin de semana le llevó los primeros capítulos de su serie, esos los vio, por cortesía. Max esperaba que le preguntara cosas al respecto, no logró sacarle ni media palabra.

Estela pretendió hablar con ella al ver como Maximiliano salía de la casa otro lunes con la cabeza agachada y lo único que logró fueron reproches y reclamos sobre lo poco comprensivos que nos estábamos mostrando.

El siguiente fin de semana le propusimos salir del cuarto y hacer una carne asada en el jardín, nos mandó a freír espárragos junto con nuestras chuletas de res y luego de insistirle a Max que la dejara sola como tanto quería, lo hicimos pasar unas horas agradables en el patio, volviendo con ella para quedarse dormido a los pies de la cama. Ese ir y venir todos los fines de semana, grabar a marchas forzadas y el acoso de los reporteros, lo tenían agotado.

Después intentó llevarse sus libretos para que le ayudara a repasar sus líneas como lo hacían en sus días en Cancún. Renata se negó rotundamente, incluso, le sugirió que si tanto trabajo tenía, que evitara hacer el viaje para verla, que no quería quitarle el tiempo.

Ya al límite de su desesperación comenzó a llevarle regalos, a veces flores, otras dulces y hasta un conejo de peluche. Renata daba las gracias, los veía y los ponía a un lado de su cama.

Un mes... dos y casi tres.

Ese jueves por la noche Maximiliano no llegó. Nos pidió le dijéramos a Renata que llegaría hasta el lunes siguiente y sería para quedarse toda la semana. Maximiliano grabaría veinte horas al día con tal de pasar más tiempo con Renata, dispuesto a levantarla del piso donde se encontraba tirada. No resistía más, la quería de vuelta.

—Max. Te estaba esperando.

—Bonita, hice varias gestiones. Retrasé mi venida a cambio de más días.

—Lo sé y te lo agradezco, pero más te agradecería que te vayas hoy mismo y no vuelvas más...

—¿Pero qué dices...?

—No necesito de tus complacencias, ni sacrificios, ni que andes de aquí para allá.

—Lo hago por que quiero. Por ti, por mí. Por nosotros. Porque te amo...

—Tú no amas a esta Renata que tienes frente a ti. Amas a la que fui y que no volveré a ser nunca... no después de...

Por un momento Max pensó que hablaría de lo que pasó. Max sólo sabía la versión que ella misma vertiera ante el Ministerio Público, mediante un papel en el que narraba lo poco que recordaba al haber permanecido la mayoría de las horas del rapto en estado de inconciencia. Declaró algo sobre los golpes, del dolor que le provocaron los primeros y como luego dejó de sentirlos. Relató insultos, vejaciones; el modo en que intentó abusar de ella y como Freddy no consiguió finiquitarlo al resultar con impotencia aparentemente temporal.

—Te amo Renata —le dijo Max al percatarse que no hablaría más. Había cerrado los ojos como lo hacía cada vez que él trataba de ahondar en el tema.

—No puedo contigo aquí. Ya no soy capaz de amarte como te mereces.

—Lo único que yo merezco es estar contigo. Que me dejes entrar. Sé que podemos salir de esto juntos. Sólo es cuestión de que quieras.

—¡Pues no quiero! No quiero salir de esto de tu mano ¿entiendes?
—Renata se quitó el anillo de compromiso extendiéndolo hacia él.

—No. No. Ese anillo es tuyo.

Max se percató que ya no había nada de ellos en toda la habitación. El portarretrato del buró, el collage en la pared... ya no había nada, el conejo ya no estaba junto a su almohada. Todo estaba en una caja enseguida de la puerta. Max miró la caja con una inmensa tristeza reflejada en sus ojos.

—No quiero nada que me recuerde a ti. No quiero verte. No quiero olerte. Tu presencia me hace recordar que alguien me ha robado la capacidad de amar. Ese mismo que hizo que llegara a ti para luego arrancarme de tu lado. Su sombra me persigue y lo veo en ti cuando te miro, cuando te escucho, cuando siquiera me tocas. Tus besos me atormentan. Todo me hace recordar cuanto te amé y que seré incapaz de amarte de nuevo.

—Estás confundida. Es eso mi amor. Tú me amas, necesitamos ayuda para superarlo, nada más. Tú y yo, nuestro amor, es mayor a esto. No dejaremos que nos rebase.

—Vete y no regreses...

Renata seguía con su mano extendida hacia él. Se había parado en medio

de su recámara, con su rostro lleno de odio.

—Vente conmigo. Has tus maletas y vente conmigo. No separarnos es lo que necesitamos. Despertar en las mañanas para al anochecer regresar a la cama juntos. Hablaremos de todo esto hasta el día que estés lista. Recuerda que yo no tengo prisa contigo. Déjame hacerte feliz... si nunca volvemos a hablarlo no importa, no para mí. Todo está dicho, todo está hecho. Sólo necesitamos estar juntos.

—No quiero seguir a tu lado. Ya no te amo —se limitó a contestar.

—¡Eso es mentira! Tú me quieres tanto como yo... ¡¿Por qué nos haces esto Renata?! —Max estaba desesperado. Al borde de la locura. Incrédulo de lo que escuchaba. Incrédulo de lo que veía en el rostro cenizo de Renata.

—Vete Max y no vuelvas —repitió lo que llevaba diciéndole y al ver que Max no se movía, aventó sobre la cama el anillo, desapareciendo por el cuarto del vestidor.

Max tomó el anillo. Lo apretó en su puño cerrado y se fue.

Ese mismo lunes Maximiliano salía derrotado de la casa de los Palacios con el alma arrancada, con el pecho vacío.

6:42pm

Max: Hoy hace un año la conocí.

Alejandra: Que difícil.

Max: No imaginas cuánto.

Alejandra: Dale tiempo.

Max: Sólo preciso tenerla a mi lado.

Alejandra: Ha comenzado a ir a la oficina.

Max: ¿Cuándo?

Alejandra: Hoy.

Max: Sé que recuerda este día tanto como yo.

Alejandra: Incluso yo lo hago.

Max: Está tratando de olvidarme.

Alejandra: Eso no podría.

Max: Que lo intente es lo que me rompe.

9:51am

Max: ¿Cómo se encuentra?

Alejandra: Quién no la conoce la mira con normalidad.

Max: ¿Y quién si...?

Alejandra: Apenas funcional.

11:24pm

Max: Un día como hoy besé por primera vez los labios suyos.

Alejandra: Díselo a ella.

Max: Me ha bloqueado de nuevo en su celular. Y no toma el teléfono si le llamo por medio de otro número...

1:00pm

Alejandra: ¿Por qué no tratas de reconquistarla?

Max: ¿Lo crees conveniente? No quiere ni verme.

Alejandra: Lo lograste una vez.

Max: Esta vez no fui yo quien falló.

Alejandra: Ella tampoco.

Max: No he dicho eso... sabe cuánto la amo, sabe que me partiría en dos con tal de tenerla a mi lado... como lo hice, como quería seguir haciéndolo. Fue ella quien me echó. No puedo reconquistar un amor que ella ya no quiere sentir, que se obstina en dejar atrás. Es duro por lo que tuvo que pasar, para mí también lo es, no es fácil que tu mujer sea mancillada como... Hice lo que pude... podía más, podía TODO... ella no me lo permitió. No puedo hacerle más daño si mi presencia, en cualquiera de sus formas, es un recordatorio del peor de sus martirios. No debo hacerme presente en su vida aunque eso sea el fin de la mía. No debo por que la amo. Mi amor por ella supera orgullo, supera egoísmo. Aunque me duela en lo más profundo, tengo que dejarla ir. Si estar sin mí la va a sanar, viviría cien vidas sufriendo por no tenerla.

Siempre se ha dicho que por amor eres capaz de hacerlo todo. Pero ¿qué pasa cuándo es el mismo amor el que te provoca dejar al ser amado? ¿Qué pasa cuando ambas partes creen que hacen lo correcto? ¿Qué pasa cuándo es el mismo sentimiento el que aleja al otro? ¿Qué pasa si la falta de comunicación es tu principal error? ¿Qué pasa cuándo supones que el amor que sientes hacia la otra persona es precisamente lo que la daña?

Renata alejó a Max por no creerse buena para él. Max se alejó porque ella le hizo creer que él no era bueno para ella.

Las razones de una mente atormentada pueden no ser acertadas. Las acciones de quien se deja atormentar tampoco podrían serlo.

Y ambos sufrían.

Renata se instaló en un inusual estilo de vida. Salía a correr, regresaba, se bañaba, se ponía guapa, desayunaba, se iba a trabajar, comía en la oficina, regresaba, cenaba, se volvía a bañar, se dormía. Adiós risas frescas, comentarios sarcásticos, idas al club, salidas al cine o al bar, reuniones familiares y de amigos. Adiós spa y *shopping*. Adiós sábados de películas. Adiós tardes de domingo escribiendo algún paraje de alguno de sus libros empezados. Sin embargo, de tenerla acostada dormida o leyendo ya era un avance.

Se volvió complicado hablar con ella. Pocos temas parecían relajarla. Casi no la reconocía y la tristeza reflejada en sus ojos me partía el alma.

—Si sabes que no puedes continuar así ¿verdad? Renata... —le dije.

Estábamos Rodrigo y yo tirados en su cama viendo la televisión mientras ella veía por la ventana sentada en el alfeizar.

—Hago lo que puedo Alejandra.

—Podrías estar ahora mismo con Max —soltó Rodrigo sin más. Después de semanas sin mencionarlo, a petición de ella. Desde la última vez que nos preguntó si teníamos noticias de él y nosotros le confesáramos que había dejado de preguntar por ella.

—Max se ha olvidado de mí.

—Entonces podrías estar tomando alguna terapia. Necesitas ayuda, sé que estás consciente de ello. Eres lo bastante inteligente como para intuir que no podrás hacerlo sola —le seguía diciendo.

—Y aunque nos dejaras entrar a tu familia o a mí, incluso, si buscaras a Max, necesitas atención especial —rematé.

—Ustedes que saben. Día con día lucho contra todo y contra todos. Estoy cansada de que esperen más de mí cuando no he hecho otra cosa que tratar de salir adelante dando un paso a la vez. Estoy harta de su lástima y de que me consideren tan débil como para no poder salir de esto.

—¿Y Max? ¿Crees que te va a esperar toda la vida? ¿Piensas que estará para ti cuando estés recompuesta del todo? Lo dejaste al margen. Nos contó que le dejaste sentir que junto a él no lo lograrías —continuaba Rodrigo, inquisitivo, comportándose como un bruto diría yo.

¡Auch!

—Apenas se lo dije y simplemente no volví... más bien lo liberé de una carga muy pesada. Era fácil tener una novia sin problemas aparentes, no una cargada de fantasmas que le costaría traer auestas por quien sabe cuánto tiempo hasta que volviera a ser la misma... si eso pudiera ser posible... quizá nunca. Arruinándole la vida.

—Si lo hizo, varias veces, pero no le abriste la puerta, lo bloqueaste de tus contactos y no le atendiste el millón de llamadas que te hizo a la casa o a la oficina. Resultaste convincente al final de cuentas, y más convincente aún que te lo has creído tu misma —le di una patada en la espinilla para que se callara. Quiso matarme con los ojos pero continuó: —Pasaste de víctima a victimaria del único óyelo bien, del único que nunca dejó de creer en ti porque te hizo la promesa de primero escucharte antes de juzgar. Pasó terribles momentos con la idea de que lo habías dejado por Freddy pero supo hacerle caso al corazón. Si tardamos horas en llegar hasta ti fue porque tu familia pecamos de ignorantes. Ni siquiera yo he podido conocerte tan a fondo. Alejandra hubiera hablado de cualquier modo, pero Max no merecía ser desplazado. No después de serle tan fiel a su amor por ti...

—¿Y yo que hago con toda esta mierda?! —Para nuestra sorpresa Renata comenzó a elevar la voz, a caminar por toda su recámara, a dejar a un lado esa desesperante y aparente pasividad—. ¿Cómo se supone de debo volver a empezar? ¿Qué hago con la imagen que tengo de mí misma ante Max? Golpeada, tiranizada, lacerada, ultrajada... ¿Cómo? Si mi cuerpo y mi voluntad fueron vencidos por otro y él fue testigo de la piltrafa en la que me convirtió... —las lágrimas de Renata comenzaron a brotar, a chorros. Chillaba como niña pequeña. Como solía llorar antes.

Mi corazón se hizo pasita.

Rodrigo sonrió... de pena. Pero había logrado su objetivo. Renata hablaba, lloraba, se desahogaba.

Nos abrazamos los tres por mucho tiempo. No sabría decir cuánto. Pero el suficiente para que Renata aceptara que necesitaba ayuda. Que necesitaba recobrar su vida de verdad: recuperar a Max.

Capítulo 22

BESO SABOR TEQUILA CON LIMÓN

—L-Lo siento, perdóname, no debí venir sin avisar —tomó unas servilletas desechables, más de las necesarias y se agachó para limpiar el piso—. Saldré de aquí cuanto antes. D-Dile a t-tú amiga que soy una loca que entró a tu casa sin p-permiso.

Las risas que escuchó luego de que sonara la chapa que abría la puerta principal le taladraron en sus oídos haciéndole eco, un eco que le indicaba pérdida total y definitiva. El vaso con limonada que acababa de servirse se le soltó de las manos al escuchar: —Adelante *preciosa*, estás en tu casa...

A los días de que por fin se soltara y admitiera que no estaba llevando bien las cosas, le pidió a Estela que la llevara a la Asociación y ahí la canalizaron con los profesionales indicados y comenzó a recibir el auxilio que necesitaba para salir adelante.

Había puesto todo de su parte. Asistía un par de veces por semana con una terapeuta especializada; luego de unas semanas comenzó a reintegrarse con la familia, a dejar de parecer una máquina humana, a sonreír más.

Los meses pasaban y aun y cuando poco a poco recuperábamos en gran medida a nuestra Renata, la tristeza en su mirada no mermaba. Sabíamos que el tema Godofredo estaba superado casi todo lo que era posible, hablaba con más naturalidad del asunto, contándonos detalles que no se había atrevido a contar ni siquiera ante las autoridades. Incluso, me sorprendió cuando me pidió que la acompañara a visitar a Felipa. La madre de su agresor que resultara muerto en el rescate, en varias ocasiones había querido verla, Renata se negó rotundamente todas y cada una de ellas, en aquellos días no nos permitía nombrar nada que oliera a Altamirano. Platicaron muy poco, básicamente Renata le dio el pésame y la pobre señora no encontraba cómo

pedir perdón, tanto en su nombre como en el de su hijo.

Don Gonzalo terminó internado en un psiquiátrico y luchando contra el cáncer, no soportó la noticia cuando le enteraran que prácticamente estaba en la ruina. Tal vez no tanto, pero para su acostumbrado ritmo de vida, sí. Felipa vivía económicamente tranquila con los rendimientos de las acciones que le dejara Godofredo y Sofía había vuelto a la ciudad para hacerse cargo de ella, su salud no era mejor que antes.

Todo volvía a tener cierta normalidad en la vida de Renata. Sólo faltaba un asunto... ese con nombre y apellido parado frente a ella, pasmado, sin entender lo que pasaba.

Varios segundos después de que Renata abandonara la cocina fue que logró movilizarse. Tenía que sacar a Melanie de ahí. Hizo las gestiones necesarias para ponerla en un taxi; en menos de ocho minutos ya estaba en su habitación para darse cuenta que Renata buscaba cosas por los cajones terriblemente descolocada, con muy mal aspecto.

—Si buscas las pertenencias que dejaste la última vez, están en la bodega. Entenderás que toparme con ellas cada vez que me vestía era un desagradable recordatorio.

—Bien. Después me la haces llegar. Gracias —le dijo Renata con un nudo de sentimientos a punto de convertirse en agua torrencial.

Comenzó a girar de un lado a otro y en su propio eje, estaba tan turbada que no sabía dónde había dejado su bolsa, su teléfono, el par de tenis converse que llevaba puestos y la ligera *pashmina*; los únicos objetos con los que saldría de su casa esa mañana, cuando pensó que no necesitaría más, cuando nos dejara un mensaje desde el aeropuerto avisándonos que partía a recuperar al amor de su vida.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó viéndola con el ceño fruncido. Una pregunta que Renata le hiciera a él en varias ocasiones cuando éste trataba de recuperarla con anterioridad. Usando el mismo tono casi despectivo.

Renata no respondió y evadió verle la cara. Estaba acobardada, mucho. ¿Qué responder a esa pregunta? Después de tanto tiempo... después de echarlo de su vida sin contemplaciones.

—¿Quieres decirme exactamente qué demonios sucede contigo?
—Preguntó de nuevo Maximiliano al verla cómo se veía los pies y temblaba como maraca.

Renata se había quedado muda ¿Ahora qué? ¿Reclamarle por llevar a su casa a aquella mujer con la que lo había visto platicar en la fiesta de Miami?

La misma con la que salía en las revistas últimamente. Aquella que la prensa señalaba como la nueva conquista del galán.

¿Qué? Si esa mañana de pronto y sin más decidió salir a su encuentro sin pensar en que decir o hacer para recuperarlo. Nunca esperó toparse con el remplazo. Se había aferrado a que eran chismes amarillistas, de esos que venden. Tampoco es que creyera que Max debía guardarle luto por los siglos de los siglos. Tampoco había pasado tanto tiempo... ¿O sí?

Sencillo, la presencia de aquella mujer la tenía nublada, asqueada. Surgiéndole una inminente necesidad de volver el estómago al imaginar de pronto lo que Maximiliano haría con ella, con la “preciosa” que lo acompañaba.

Corrió al baño atrancando la cerradura.

Si alguien puede romperse en más cachitos, bueno, ahí estaba una Renata partida en veinte mil. El inodoro fue testigo de la mezcla de sentimientos y emociones condensados en su interior. Vomitó hasta que no hubo más que arcadas vacías y comenzó a gritar.

—¡Me estoy muriendo! —comenzó a gritar, hipando. Muerta de pánico—. Sucede que... que me estoy muriendo... —hizo una larga pausa. Se limpió la nariz estruendosamente y jaló la cadena del depósito de agua de la taza del baño—... te alejé porque precisaba asimilar, reconstruirme... pero no puuuuudeeeee —el llanto apareció de nuevo, con más fuerza—, y ahora... sucede que estoy aquí, llorando... haciendo el ridículo contigo y con tu... con quien quiera que sea la mujer con la que estás.

Max muy sereno, para el gusto de Renata, que hubiera preferido que despotricara y le dijera cuánto daño les había hecho por obstinada, no dijo nada al respecto, esperó mucho rato hasta que no la escuchó llorar más.

—Abre la puerta Renata.

—Prefiero quedarme aquí otro poco.

—No hagas que la tire a patadas y mañana tener que pedir que vengan a arreglarla. Ahórrame eso y abre la puerta ¡ya!

Renata giró el pomo de inmediato acatando la orden sin moverse de su sitio. Sabía que Max no era de los que alardeaban.

—Ahora sal de ahí y prepárate para ir a dormir. Es tarde y tengo que estar en una locación lejos de aquí, mañana antes de las diez.

No entró por ella, no la tocó, no la miró.

—Lo mejor es que me vaya, te esperan abajo —le dijo quedamente, con tristeza, con la cara enrojecida de llanto.

—¿En serio lo crees? Llevas horas ahí dentro —Renata no le respondió y no supo interpretar sus palabras ni el tono de su voz, pero se alegraba de que la tipa ya no estuviera esperándolo —. Y no vas a ningún lado. Ponte una camiseta mía, ya sabes dónde están. Mañana te doy tus cosas.

Siguió diciéndole mientras desabotonaba su camisa para quitársela. Hizo lo mismo con sus zapatos y pantalón, luego se enfundó unos pantalones ligeros de pijamas y comenzó a lavar sus dientes al tiempo que sacaba de fondo del mueble del lavabo un enorme estuche azul cielo que contenía todos los enseres de aseo de Renata. Lo colocó encima.

A través del espejo le miraba la cicatriz por él impacto de bala que recibiera, le hubiera gustado acariciarle y que él hiciera lo mismo con la suya de similar aspecto pero mucho más grande que le había quedado en la espalda. En ese instante se le ocurrió que podrían hacerse un tatuaje cada uno sobre su cicatriz, uno igual, algo que los representara a ambos.

Le hubiera gustado... cómo decirle si lo sentía ajeno, inalcanzable, más que nunca en su vida. Se dio cuenta de que tal vez la divina conexión que algún día los uniera se había transformado en una horrible marca que traspasaba lo físico, lo tangible, en una cicatriz del alma.

—Puedes quedarte en el cuarto de visitas, necesitas tranquilizarte —remató. La dejó suspendida, pendiendo en el inmenso y profundo dolor del rechazo.

En el avión, durante el tranquilo vuelo, se llenó de regocijo al pensarse esa noche durmiendo sobre el duro pecho del hombre de su vida.

Ilusiones desquebrajadas.

Una raya más al tigre ¡¿cómo no?!

Tratándose de Max solía actuar sin trazarse un plan, pero de haberlo hecho esa opción no habría encontrado cabida en ningún listado. Un plan B ahora sí que le serviría. Sencillamente había resuelto ir para volver con él, aun y cuando no se encontraba totalmente lista ni recuperada, lo amaba con cada minúscula partícula de su ser. Necesitaba de su presencia, un abrazo, palabras de aliento... un beso suyo... y lo que recibía era una camiseta para dormir y una cama al otro lado del pasillo.

Y el premio para “el insensible del año” es para...

Vio cómo Max se metió en su cama no sin antes apagar las luces de la habitación dejándola parada a mitad del vestidor. Tomó el estuche azul y salió de ahí sin cerrar la puerta, entró a los aposentos que la obligaban a ocupar igual, sin cerrar la de ahí tampoco.

Confusión.

Miedo.

Hastío.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Suplicarle?

Aposté que la recibiría con los brazos abiertos, perdí.

Finalmente se durmió en medio de un silencioso llanto esperando, deseando que al día siguiente el sol le brillara con rayos más alentadores.

9:00am

Renata: Todo acabó...

Alejandra: Llevo horas esperando noticias.

Renata: Me envió al cuarto de visitas... hoy me han dado los “buenos días” todas mis cosas empacadas, si a meter todo empelotado en una maleta y en una caja de huevo se le puede decir empacar.

Alejandra: O sea ¿Cómo?

Renata: Así, como lo digo... de verdad creí que me recibiría de otro modo, un poco molesto... o mucho; ojalá lo hubieras visto, tan indiferente que me hizo sentir cucaracha... tampoco ayudó que llegara acompañado por la güera esa pedorra.

Alejandra: ¡Ay no!

Renata: Ay si... en fin... supongo que ya nada tengo que hacer aquí.

Alejandra: ¿Estás segura? Tardaste mucho para decidirte a buscarlo. Ya estás allá, tal vez valga la pena intentarlo.

Renata: Voy a darme un baño. Te escribo luego.

Las lágrimas rodaban por su mejilla cuando se inclinó para ver el contenido de la caja recordando que la última vez que Max la visitó, ella había hecho lo mismo: poner en una caja de cartón sus recuerdos con él enseguida de la puerta de su dormitorio, con la diferencia de que era una caja de esas que venden nuevas y todo perfectamente acomodado en su interior.

Ahí dentro, estaba el portarretrato que Max tuviere en su habitación, en su buró, que enmarcaba una foto de los dos sentados en el peñasco; recordaba perfecto ese momento en el que sacó la *selfie*, al instante que la besaba en la mejilla. Daría lo que fuera por volver a tener a Max con ella como aquél feliz

día luego de una carrera por la playa. Revistas donde aparecieron juntos, entradas a parques... su anillo de compromiso...

Llorando junto a sus recuerdos, mientras se deslizaba la sortija por su dedo, mientras se lo volvía a quitar para dejarlo de nuevo dentro de su cajita, pudo confirmar que su tristeza ya no encontraba sustento principal en las vivencias con Godofredo. Era la falta de Maximiliano, su amor por él. Su ahora no correspondido amor por él. Siendo más consciente aún del alcance de sus palabras, de sus actitudes y comprendió sobre todo, la actitud de Max la noche anterior.

Colocó todo de nuevo en la caja; se aclaró las ideas con un largo baño, hizo una llamada, tomó su maleta únicamente y se fue.

—No requiero explicaciones ni recorrido.

—Es parte del protocolo.

—No lo descubriré.

—Como guste, señorita —el joven le recriminó con cierto disgusto—. El personal de servicio tardará un par de días en llegar, fue un alquiler muy apresurado —continuó diciendo.

—Gracias, no lo necesito. Que no venga nadie por favor y si no le importa...

Renata encaminó hasta la puerta al tipo de la bermuda verde pistache, recargándose en ella cuando éste salió, suspirando nerviosa.

Tercer paso y contando. Más le valía trazarse un plan, con unos cuantos pasitos, de menos...

El primero: avión de ida.

El segundo: no huir...

El cuarto: comenzar a luchar... ahí luego, con más calma.

El tercer paso estaba de incognito...

6:42pm

Max: Mmmm supongo sabes que tu amiga estuvo por acá... estoy desconcertado y ciertamente muy pero muy encabronado, esa es la palabra... aparece de la nada, llora, ensucia mí baño, le sugiero que se calme... supongo que se apaciguó tanto que optó por largarse, otra vez... ¡gracias!... En fin, me gustaría saber si regresó con bien.

Definitivamente Renata lo estaba sacando de su centro. Lo cual estaba lejos de ser justo para quien por mucho tiempo hizo de todo por tenerla a su lado. Siempre al pie del cañón, en la medida de sus posibilidades, apoyándola en su recuperación hasta que ella le exigió que no volviera. Aun así, Max por más tiempo del que debió, vivió con la esperanza de que Renata recapacitara, estando pendiente de ella en todo momento, llamando diario, acudiendo para ver si lograba que lo recibiera, hasta que un día desistió.

Así las cosas, mi insensata amiga se instaló de nuevo como vecina del amor de su vida con vayan a saber los entes extraños de algún universo alterno, lo planes a realizar. Pero llevaba dos enteros días sin siquiera correr las cortinas para no ser descubierta; tramando lo que sólo ella y esos mismos entes estaban enterados, así que no, no le respondí nada a Maximiliano. Que a decir verdad bien merecido lo tenía por no recibir a mi amiga con algo poquito menos cruel que una rubia despampanante y una bandeja de indiferencia bien repleta. A quien engaño, que pena por Max.

7:00am

Max: Sigo esperando saber si está bien... aunque supongo que si algo terriblemente malo le pasara no serías tan despiadada como para no informármelo. Además, como siempre has sido mi especie de “diario”, te confieso algo: estoy por perder el poco juicio que pensé que me quedaba... ¡la vi correr por la playa! Sí. Siente pena por mí, por favor, ruega por mi salud mental... y riéte, con esas carcajadas que sueltas de modo desquiciado... la vi por la terraza y bajé corriendo las escaleras para ir a encararme con mi alucinación... me caí... estoy en el hospital... me quebré dos dedos del pie izquierdo. El chiquito y el que sigue. Y para que, *querido diario*, te burles de mí con más ganas, antes de venir a revisión con un dolor infernal y cojeando, recorrí la playa buscándola y también para que me otorgues el título oficial del patético del milenio, fui a pegar la nariz al ventanal pensando en verla por algún orificio. Resulta inútil decirte que no.

Mientras Max se debatía entre la amputación de un par de dedos y sus no alucinaciones en el hospital, Renata se dispuso a salir de la casa para comprar algunas cosas, se les estaban acabando los pocos víveres y el poco

material de limpieza que había pedido en línea. Necesitaba además, una laptop para ponerse a trabajar, el ocio la estaba matando.

—Ya advertí a Alejandra que no se le ocurra decirle a Max que no me fui y lo mismo hago contigo. Se bien que están en continuo contacto con él.

—Yo no, lo estuve hasta que él decidió dejar de preguntar por ti.

—No tienes por qué recordármelo, hermanito.

—Es una estupidez lo que haces, si lo sabes ¿verdad?

—Sí, pero igual, mantén tu boca cerrada... ya hablé con mamá y papá y aunque no me entienden, les hice saber que al menos, creo que me siento mejor que en meses. Necesito que me mandes trabajo. No tengo cabeza para escribir y tengo que ocuparme en algo.

—¿Para escribir? ¿Escribir qué? Como sea, mejor ocúpate en recuperar a Max o en recuperarte a ti misma. La neta, con eso me conformo.

—Tú mándame que hacer, que de lo demás me encargo yo.

—De menos oriéntanos sobre tus planes chiflada —le dije.

—¿Me traes en altavoz?

—Si —vuelvo a interferir—, vamos al centro comercial por unas cosas.

—Ustedes no se separan desde que... en fin, que mis propósitos los tengan sin cuidado.

—¡Renata! —dijimos mi bicho y yo al unísono.

—Quiero cerciorarme de que no tiene nada con la güereja ¿ok? Para saber que terreno estoy pisando.

—Se la está tirando. Está bien buena y las revistas lo aseguran, sin mencionar que estaba con ella cuando irrumpiste en su casa —le dice Rodrigo con frialdad.

Lo mato.

—De ser así, ¿te darás la media vuelta? —pregunté.

—No lo he considerado —la voz de Renata se apagaba.

—Claro que se la está cogiendo...

¿Mato a Rodrigo de una vez?

—Cállate Rodrigo —le digo al tiempo que le advierto con la mirada—, tacto ¡por Dios! Igual y el burdo de tu hermano tiene razón. Será mejor que si te traces la idea, amiga...

—Lo que no significa que no puedas quitárselo —me interrumpió el rústico.

—No se trata de quitarle nada a nadie Rodrigo. Quiero recuperarlo pero no a la mala. Quiero que vuelva a mí porque me ame, no porque se lo bajé a

alguien.

—Ustedes las mujeres así son, creen que si nos acostamos con una vieja es porque estamos colados por ella y no. No me veas así Alejandra. Lo que digo es que si Max piensa cómo yo, o sea, como el común denominador, podemos estar con una u otra sin apegos de por medio mientras no nos enamoramos y somos correspondidos, por supuesto. Entonces, si eres un tipo fiel, te entregas cien por cien y te olvidas peeeeero, Max te creyó perdida, tú te encargaste personalmente ¿cierto? y no dudo en que tardó en volver a estar con otra pero créeme, no se iba a entregar al celibato. Así que me haces el favor de dejar de espiarlo si no quieres emputarlo más.

—No sé... después de tanto tiempo no creo que sea correcto de mi parte volver a ponérmele enfrente, igual si tiene algo fuerte con Melanie... no tengo derecho a interponerme.

—Será su pedo Renata ¡Deja de decidir por los dos! Ya lo hiciste una vez y mira cómo te salió. Plántate frente a él, dile que lo amas y pídele una oportunidad... reconoce que la cagaste y ya está.

Rodrigo estaba realmente ofuscado con la necesidad de su hermana. Manejaba con una mano y con la otra se jalaba el pelo desesperado.

—Tal vez es feliz con ella y yo sólo le acarrearía problemas.

Y Renata ciclada.

—Entonces regresa a casa ahora mismo. Si no eres capaz de enfrentarlo deja de hacerla de *Sherlock Holmes*.

Rodrigo podía ser duro pero la verdad es que entendí el punto, lástima que no era yo la que debía entenderlo.

5:00pm

Max: *Querido diario* si te digo que hoy vi moverse las cortinas de la recámara principal ¿me creerías? Y por si estabas con el pendiente, tengo los dedos morados tirando a negro... nada de yesos ni férulas, pegarán solos.

15.6:44pm

Renata: Creí que Max iría a búscame este fin a México.

Alejandra: ¿Cómo por qué?

Renata: ¿De parte de quién estás?

Alejandra: A ver loca ¿para qué quedarte si creíste que vendría a

buscarte? Lo siento pero digo lo que pienso y lo que pienso es que Max se merece un poco más que apariciones y desapariciones.

Renata: ¿Por qué creo que sigues en contacto con él?

Alejandra: Me escribe pero no le he contestado. Digamos que soy su block de notas electrónico. Te aclaro: te ha visto y ha notado cosas raras, piensa que en cualquier momento el psiquiátrico irá a recogerlo.

Renata: Pues lejos de querer hacer realidad sus visiones, tiene fiesta. Oigo música, varias voces y muchas risas.

Alejandra: ¿Y qué esperas para hacerte presente? Has gala de tu locura... por deber moral.

Se lo dije como una idea al aire y se lo tomó literal, sin meditarlo.

Se atavió con un bikini y un mono vestido calado. Arreglo su cabello, pintó sus labios y antes de que se arrepintiera, subía por la escalinata del acceso a la alberca para encontrarse con Max... Max parado en una esquina de la palapa con Melanie colgada de su cuello... besándolo... en la boca. Unos cuantos segundos agonizantes en los que Renata, despierta, encarnaba la peor de sus pesadillas.

Sintió su mirada y como un autómatas giró la cabeza en su dirección deshaciéndose del beso y de las manos que le acariciaban la nuca.

Caminó hacia ella con cautela.

Renata, de pronto dejó de escuchar los ruidos... un pitido estridente en sus oídos que la voz de Max esfumó.

—¿Si me acerco a tocarte desaparecerás?

—Lo alucinante es ver tus labios en otra boca —le dijo con tristeza profunda, sin atisbo de reproche. Con la verdadera voz de un corazón desgarrado.

—Maxi ¿Dónde pusiste mi maleta? —Melanie se acercó a ellos con cara de pocos amigos, fingiendo una dulce voz que definitivamente no le correspondía.

—En la recámara.

—¿De la izquierda o de la derecha?

—Izquierda.

«En la habitación de Maxi. ¿Maxi? Vieja ridícula»

Melanie se dio la vuelta con dirección a la casa contoneando el trasero al aire dada la diminuta tanga que traía metida en la línea divisoria.

—No te fuiste...

—No.

—Y hasta ahora te presentas de nuevo en mí casa ¿Qué quieres Renata?

—Pídeme que me vaya y lo haré...

—No te diré que hacer —la interrumpió sin tratar de ocultar su molestia—, dónde quieras estar es decisión tuya.

—¡Renata! ¡Qué gusto verte!

—Hola David —Renata le sonrió con sincero gusto. Sonrisa que a Max le supo a puñalada por los celos que le provocaba que fuera otro quien la hiciera sonreír.

«¿Sientes eso con una sonrisa, Max? Imagina lo del beso...»

—¡Te ves asombrosa! Pero pasa por favor. Max, ofrécele algo de tomar a la recién llegada.

—No acaba de llegar. Es la vecina de nuevo.

—No me lo habías dicho.

—Estoy enterándome.

—Celebremos entonces ¿Qué te apetece? Cerveza, vino...

—¿Tienes tequila?

—¿Tequila? —Preguntó Max asombrado. En todo el tiempo que convivió con Renata jamás la vio tomarse una bebida con tequila y menos en caballito.

Renata se tomó dos *shots* seguidos. Era eso (por aquello de tomar valor) o salir corriendo de ahí... pero hasta el aeropuerto.

—Me encanta que estés ya recuperada y más que estés aquí —le dijo David cuando Melanie se llevó del brazo a Max hasta la sala de jardín.

Renata trataba de no mirar en esa dirección pero casi no podía evitarlo. David parecía darse cuenta porque trataba de distraerla sacándole plática, preguntándole por Camila.

—Deberías invitarla. Unos días de playita no le harían daño —le dijo realmente interesado.

—No debería. Ella loca y tu sin freno ¡oh no!

Ambos rieron. Max fijó su mirada en Renata, quien daba pequeños sorbos a su tercer tequila para luego quitarse el vestido y entrar a la alberca con David. Se reunieron con Susan y su novia Valerie y otro par de mujeres, una de linda cara pero de porte muy arrabal y otra bastante feíta y misma apariencia y Juan, un primo de David que estaba de visita y quien evidentemente no estaba al tanto que era la ex de Max porque algo le susurró a David en el oído a lo que éste no respondió más allá de con una sonrisa

pícara. Miró a Max junto a Melanie y luego a Renata. Después de eso, Juan se instaló junto a mi amiga y platicaron por más tiempo del que Max podía resistir.

Renata se sentía morir. No era que el tal Juan no fuera agradable, lo que la tenía en lenta agonía era ver a la güera toqueteando a Max quien prudentemente no se dejó besar ni una vez más... no en la boca, de menos... hasta que entraron a la residencia, con ella colgada del brazo y el dolor comenzó a ser insufrible.

—Miren, el par de tortolitos ha desaparecido —dijo una de las monas que Renata no conocía.

—Que se le hace a mi “amiguis” con el “quesito” —dijo la otra leandra, la más fea.

—¿Te parece si ocupamos la otra habitación, David? —preguntó la primera de ellas acercándose al amigo de Max, sacudiendo las bubis en el agua.

David soltó una carcajada y se la pegó al cuerpo para besarla de modo muy desagradable.

Estaba totalmente fuera de lugar. Eran tres gatas para tres gatos y aunque Juan parecía que tenía todas las intenciones de cambiar a su minina, definitivamente Renata no encuadraba en esa especie de hembra.

Y las otras dos eran pareja entre sí.

El ambiente, bueno, no era aquel en el que Renata departiera ni de vez en cuando.

Salió de la piscina, prendió un cigarro sopesando la situación; tenía dos caminos: o entraba para tratar de impedir que Max se fuera a retozar con Melanie o se largaba de ahí de una buena vez.

Luego de una honda calada a su espantoso cigarro y sin poder decidirse, pudo ver que Max parecía discutir con su “pareja”. Se la quitaba de encima una y otra vez. La “señorita” sonreía y “maullaba” hasta que, sin más, le plantó una cachetada a Maximiliano.

—¿Interesante la película?

Renata pegó un brinco cuando Juan se le acercó para entregarle otro caballito de tequila.

Apuesto a que la quería emborrachar para sacarle algo. Iluso.

—¡Me espantaste! —hizo ademán de tomarle a la bebida pero en realidad sólo se mojó los labios—. Gracias.

—Eso te pasa por curiosa.

—No sé de qué hablas.

—¿Te gusta Max?

Renata no le contestó, en cambio, caminó hasta la salita y se acomodó en una posición estratégica para que Max la pudiera ver desde donde estaba. Se había quedado solo en la cocina.

—No suelo contar mi vida a desconocidos pero me has caído bien así que te diré: Maximiliano y yo fuimos novios.

Juan la miró estupefacto.

—Ah ya...

—¿Ya qué?

—Nada. Que ya decía yo que tu tipo no congeniaba con el de este trio de damas, ni con el otro par... ¿Eres a la que balearon junto con Max?

Renata no respondió inmediatamente ante la impertinencia. Sonrió y le bebió al tequila hasta la mitad. Cogió un limón de la mesilla de centro y se lo exprimió en la boca chupándolo de cierto modo coqueto. Coquetería dirigida especialmente a la mirada que la escrutaba desde la ventana de la cocina.

—Sí. Esa soy.

—No lo adiviné al verte la cicatriz en la espalda. Que tonto.

«Si claro. Tonto sólo por eso»

Renata se encogió de hombros. Se inclinó por otra mitad de limón, lo escurrió en su boca enseguida del resto del tequila.

—Me voy.

Renata se levantó de la silla y camino hasta donde estaba su vestido para luego ponérselo. Juan fue tras ella y tomándola del brazo le dijo:

—Puedes utilizarme para darle celos.

Ahora sí que la hizo reír.

—Gracias, pero no lo necesito.

Max salió de inmediato. Por supuesto que se había dado cuenta del como Juan la estaba asediando.

—Tú te lo pierdes —le aseveró con cierta complicidad.

—En otra ocasión con mucho gusto —le dijo a sabiendas que Max ya podía oírla—. David, Susan, Valerie —continuó diciendo—, me dio gusto saludarlos y a ti Juan, un placer conocerte.

De Max, de las otras dos fulanas ni de Melanie se despidió, esa que salía detrás de él con la furia instalada en los ojos.

—Renata...

Renata hizo caso omiso al llamado y siguió caminando. Cuando pisó la

arena le dio alcance para colocarse frente a ella denotando nerviosismo. Y Renata no estaba menos perturbada, se sentía dolida, mucho, lo había visto besándose con la mujer de las revistas, esa que ya conocía y que no se había atrevido a presentarle una vez más. Su más grande temor se había materializado. Fuera o no una aventura para él, le lastimaba en lo más profundo, una cosa era imaginar que el amor de su vida ese tiempo pudo verse con mujeres y otra muy distinta constatarlo con sus propios ojos, con la que los medios especulaban desde hacía varias semanas ya, era su remplazo. Y al parecer estaban en lo cierto, el comportamiento de Max durante el lapso de tiempo que Renata había estado ahí, no le indicaba otra cosa; el beso, la cercanía con ella y el ignoro hacia su presencia, hasta la discusión en la cocina con todo y bofetada, sumado al hecho de que la susodicha no se hubiera ido después de que la sostuvieran.

Había tomado la decisión de luchar sí él no estaba en una relación, pero no sobre lo contrario. En su loca cabeza ahora todo encajaba: la había rechazado el día de su reaparición porque ya tenía una mujer a su lado y si no la corrió de su casa en ese mismo instante, lo fue por pura compasión. Por eso la mandó al cuarto de visitas y esa mañana sin despedirse, le dejó todas sus pertenencias. Este pensamiento llevaba aniquilándola la última parte de la tarde, lentamente y sin piedad.

—Tengo que irme.

—Como siempre.

—¿Acaso importa? Estás con alguien...

—¿Y qué esperabas? Te tardaste demasiado.

Y ahí estaba. La respuesta temida.

—Por eso es que me voy Maximiliano. Otra vez.

Renata intentó rodearlo para seguir con su camino pero él se lo impidió de nuevo.

—¿Por qué regresaste?

—Lo dije aquel día... cuando me encontraste en tu casa —Renata ya no podía sostenerle la mirada.

Max avanzaba hacia ella y ella iba retrocediendo, paso a paso, hasta toparse con una palmera. La estaba acorralando entre su cuerpo, un tronco, preguntas, acusaciones y un inmenso dolor.

—Lo único que dijiste fue algo así como que no habías logrado recuperarte... estabas muy alterada; has venido a llorar como una demente, a meterte a esa maldita casa —Max señaló la casa que habitaba Renata con un

además furioso—, y a hacerte la aparecida cuando nadie te espera.

—Tienes razón y por eso... si me permites.

—¡Exijo una explicación Renata!

Renata contenía el llanto con todas sus fuerzas. No entendía el enojo de Maximiliano. Su temperamento era muy fuerte, era una persona tan directa que rayaba en el cinismo y ahora mismo esa dureza la estaba contrariando. Entendía que lo desconcertaba pero el único motivo por el que atinaba pudiera estar más que molesto, tendría que ser porque le hubiera causado problemas con su pareja.

—Perdón Max, no pensé que mi presencia te disgustara tanto —le dijo con la voz apagada, con la cabeza gacha.

Renata no era ni la sombra de quien fuera. Se le había olvidado cómo actuar ante situaciones adversas y las reacciones de Max no estaban ayudando.

—No es tu presencia lo que me disgusta —Maximiliano le abrió paso al tiempo que le aclaraba eso, pero su tono de voz no era muy concluyente.

9:01pm

Alejandra: ¿Le dijiste que lo amas?

Renata: No.

Alejandra: ¿Le pediste otra oportunidad?

Renata: Tampoco.

Alejandra: ¿Sabes que harás ahora?

Renata: Programaré mi regreso.

Capítulo 23

EL MAXI Y LA NENA

La noche transcurría entre los ruidos de la fiesta del vecino y los ruidos en su cabeza. Si Melanie era un juego para Max ¿podía entonces entrometerse y hacerse prevalecer?

Su corazón no soportaba tanta humillación. Enrollada en una ligera manta y en sus pensamientos, giraba la cabeza de cuando en cuando hacia la terraza de la habitación principal de la casa contigua tropezando con lo que no quería averiguar. Sus miradas se encontraron en la oscuridad de la noche, unos pequeños instantes, hasta que otros brazos rodearon la cintura de él, irrumpiendo el profundo contacto en la lejanía. Renata enterró su cara en sus rodillas. Cuando tuvo el valor de levantarla de nuevo, habían desaparecido.

Pasó los siguientes tres días metida en su casa, seguía con las cortinas cerradas debatiéndose entre la depresión, el añoro y los celos. Los terribles y malnacidos celos que provocaron que la siguiente compra se constituyera de puros carbohidratos y grasas saturadas. Pasaba el día comiendo, subiendo y bajando las escaleras, haciendo abdominales, series intercaladas de quince minutos cada una. Todas las noches decidía irse al día siguiente, todas las mañanas aplazaba su partida un día más.

Está de sobra decir que Max no volvió a escribirme, debió sentirse decepcionado de todo lo que olierá a Renata. Ahora me costaba más trabajo tratar de orientar a mi perturbada amiga. Daba casi lo mismo, en realidad la mayoría de las veces terminaba por hacer uso del libre albedrío del que el creador nos dotó.

Pretendía que Max volviera a ella ¿volviendo en el tiempo?

«¿*Realy*? Necesito gafas de sol, tus brillantes ideas de porquería me encandilan»

Sí. Optó por salir a correr a la misma hora que Max lo hacía. Dicho así no suena descabellado pero lógico que era, sólo un par de días coincidieron, él dejó de correr por la playa... así de tajante.

Por las tardes comenzó a sentarse a trabajar bajo la palapa, ojo: sólo por las tardes, por las mañanas sabía que Max no estaba en casa. ¿Qué quería? ¿Qué Max llegará también una noche de esas con dos copas y una botella de tinto? ¿Qué parte de es tu turno de luchar por el amor de tu vida no has entendido? Querida amiga mía.

Y para colmo de males rentó un Jeep casi igual al que usara en aquellos tiempos; éste no era de vestiduras negras, sino beige.

Detengámonos a pensar un momento: las revistas no decían que Melanie fuera su pareja formal. Lo que se traduce en que Max, digamos que cuando mucho, había retomado su vida habitual “a.R.” o sea, antes de Renata y que podía tanto verse con Melanie como con otra u otras... o con nadie, en realidad.

Traté de razonarlo con Renata, con el único afán de que saliera de esa nueva especie de locura, que entendiera que con suerte, no lo tenía perdido; que tal vez no se trataba de luchar contra una mujer en específico, sino contra el par de corazones que ella misma rompió.

Esperó a que fuera de nuevo martes. Se sentó en la playa a mirar el ocaso. Y como lo temí, Max no fue a sentarse junto a ella. Lo vio salir por su terraza unos momentos, pero no bajó a su encuentro.

En fin, Renata intentó de varios modos hacerle ver a Max que ahí estaba, que estaba ahí por él, intentando hacerle recordar. En varias ocasiones se le quedó mirando pretendiendo que sus ojos hablaran por ella.

Y sé que Max veía amor en esos ojos, que veía amor con tan sólo saberla presente.

Luego de varios días más en los que dejé de fastidiarla con lo mismo, fue a prepararle una cena, en su terraza, en sábado ¿por qué no? Así como Max se había metido en la suya alguna vez. Como no tenía ni corta idea de cómo prender el carbón, omitió el asador. ¡Que digamos cena! Renata era la reina de las inútiles para cocinar. La sorpresa versó en copas de vino y botanas compradas, eso sí, monamente dispuestas en platonos y ella engalanada en un hermoso vestido color hueso casi muy elegante y tacones excesivamente altos para una “cena” casual.

Y Max no llegó solo.

Microinfarto...

—¿Qué se supone que significa esto?

—Hola —se limitó a contestar con un tímido saludo.

—Mira, lamento que hicieras todo esto en vano. He venido a cambiarme de ropa nada más, tengo un compromiso.

—¿Podrías cancelarlo? Por mi... quiero decir —Renata tosió un par de veces tratando de cambiar el chillido que emitía por voz—, por quedarte a...

—Lo siento. Es ineludible.

Decepcionada y sin quedarle más por hacer, comenzó a poner todo en la canasta tipo picnic en la que llevara sus cosas para sorprenderlo. No imaginó que otra vez, la sorprendida fuera ella, asombrada por el rechazo. Max la había dejado parada en medio del patio con la palabra en la boca.

—Espera Renata. En lugar de guardar todo eso porque mejor no degustamos lo que has traído —le dijo un sonriente David.

David y Juan se acercaron, eran los acompañantes de Max. Renata suspiró aliviada, al menos no había llegado en compañía de Melanie. El segundo de ellos sacó de la mentada canasta unas alcachofas y unas galletas.

—Max debe estar ciego para despreciar esta exquisitez —Juan la repasaba de arriba a abajo, con descaro, dejando más que claro a qué se refería. David le dio un puñetazo justo por debajo de las costillas—. Yo no tengo obligación de asistir a esa fiesta —agregó. Soltó una risotada y le propinó un zape al del puño—, con gusto me quedo a tomarme una copa contigo nena.

David intervino inmediatamente, salvándola del lanzado de su primo.

—Creo que si no tuviéramos este evento, Max se tomaría no una, varias copas contigo, Renata. No la está despreciando, Juan, cierra la boca.

Renata se encogió de hombros y sonrió dulcemente. Por dentro se la llevaba el mismísimo diablo, pero firmeza ante todo, así que, como muy quitada de la pena, colocó garbanza sobre pan árabe y se los ofreció en un par de pequeños platos. Ella se sirvió una copa para ver si así se le deshacía el nudo en el gástrico. Se sentía ridícula.

—Debemos irnos.

Max salió al jardín en busca de sus compinches, vestido de tal modo que puso a babear a Renata. La camisa verde agua le resultaba muy favorecedora, resaltaba tanto su espectacular bronceado como sus penetrantes ojos casi del mismo color.

—Dame un minuto. Tengo que probar eso.

Se notaba que David quería ganar tiempo. Juan mantenía el pico ocupado masticando el pan, intercalando uvas rojas entre bocado y bocado.

—Es *hummus*, David, lo has comido cientos de veces —dijo Max restando importancia al hecho de que Renata estaba ahí, junto a sus amigos, dándoles a probar lo que se suponía, había preparado (o comprado) para él. Ignorándola olímpicamente.

—¿Te sirvo un poco más, Juan? —Tú me ignoras, yo te ignoro— Pensó ella.

El morenazo asintió con la cabeza —Deberías acompañarnos —le preguntó y Maximiliano lo acribilló con la mirada. Todos se dieron cuenta—, total, que si no embonamos con el ambientillo, nos escapamos tú y yo, por ahí, a algún bar. ¿Qué dices? —Juan le hacía honor a su nombre, Don Juan en toda la extensión de la palabra.

—No... Yo...

—Estupenda idea, primo. Aunque no habrá necesidad de escapar a ningún lado. Las fiestas de Germán siempre son espectaculares —David soltó una buena carcajada. Se daba cuenta perfecto por dónde iba su primo así que optó por no darle tiempo de contestar a Renata y la tomó del brazo para hacerla andar—, además estás guapísima, como siempre.

Max apretó la mandíbula. Ahora la mirada con fusiles era dedicada para su mejor amigo. Sin más remedio, y muy ceñudo, extendió el brazo haciendo el típico ademán de paso con la palma abierta, invitándolos a que entraran a la casa para luego salir por la puerta principal.

—¿Quién es Germán? —Preguntó Renata. Necesitaba dejar de sentirse la colada, la que llega sin avisar a la hora de la comida y se sienta en la mesa.

Juan, galante caballero, le abrió una de las puertas traseras de la camioneta de Max y muy confianzudo, le ayudó a subir tomándola por la cintura.

Renata de reojo, vio cómo Max apretaba más los dientes.

—Es el proveedor estrella de la producción aquí en Cancún —le contestó David, sentándose de copiloto.

Por suerte el trayecto solo tomó cerca de veinte minutos. Tanto a David como a Renata se les acababan las ideas en sus intentos vanos de destemplan el hielo instalado dentro de la camioneta.

10:28pm

Alejandra: Necesitas ponerte el traje de me vale madre y divertirte. ¿Hace cuánto que no vas a una buena fiesta?

Renata: Hace tiempo que no voy a ninguna... ni de las aburridas.

Alejandra: Pues como vas mi reina.

La fiesta en una casa que aparentaba ser muy pequeña en comparación con el inmenso jardín que la rodeaba, bordeado de altas palmeras. El lugar se encontraba abarrotado de gente muy bien vestida. Debía tratarse de todo un personaje lleno de amistades adineradas, pues el aparcamiento daba más la impresión de tratarse de una exhibición automotriz que de un cumpleaños número 40. No había necesidad de preguntar, había letreros y adornos alusivos a ello por todas partes.

—En la última reunioncita andaban mimos trepados en zancos ofreciendo *shots* de bebidas de colores, de dudosa procedencia, y esto era una verdadera pasada de corazones y adornos de rosas rojas por doquier.

—14 de febrero.

—Exacto. Y Germán vestido de cupido, no sabes que desagradable.

Ambos soltaron la carcajada mientras caminaban buscando la mesa reservada para la producción y los actores de la serie.

—Temático el sujeto.

—Y muy pintoresco, igual que su esposa. Son chidos. Excelentes anfitriones. Gastan una fortuna en festejos, ya nos tocó también un *Halloween* y una posada... trabajan para despilfarrar en estas parrandas.

Llegaron a la mesa y ahí estaban muchas caras conocidas para Renata. No eran tantos; cerca de quince personas entre actores y personal de detrás de cámara, entre ellas Melanie quien al ver a Max se levantó de su sitio para saludarlo.

—Maxi, corazón.

—Melanie —respondió Max.

La mujer le tomó la cara con ambas manos y le depositó un beso en cada mejilla. Muy cerca de los labios ¡con ambos besos! Luego saludo a David de modo mucho menos cariñoso... y a Renata, nada, como si fuera transparente.

—Ven, mi tío no deja de preguntarme por ti —le dijo.

Se llevó a Max tomándolo de la mano hasta unos de los sillones de exteriores y a Renata, se la llevó la chingada.

—¿Qué hago aquí David?

—No hagas caso. Melanie no es más que la sobrina de Henry, el productor asociado. Quiere apuntalar la carrera de Melanie usando a Max; le están buscando un hueco en los libretos para que salga más en televisión, por eso es que se les ha visto juntos.

Henry, el mismo señor con el que platicó Max en aquella misma fiesta cuando Melanie se la pasó haciéndole los mismos nefastos arrumacos.

—Por eso y porque se la lleva a la cama... —remató amargamente, girando la cabeza hacia la plancha de cemento bordeada de flores de todos los colores, donde la gente comenzaba a reunirse.

Por los altavoces anunciaban al cumpleaños como si se tratara de una estrella de rock que sube al escenario y si, el tal Germán de la mano de su esposa pasaba al centro agitando la mano, bajo una canción de esas de entrada triunfal seguida por “las mañanitas”. Todos aplaudieron y luego el *Di-Jey* le pasó el micrófono al homenajeado quien dedicó unas palabras de bienvenida y agradecimiento invitándonos a divertirnos.

—No se están acostando.

—Si tú lo dices...

Renata miró hacia ellos. Max conversaba entre el tal Henry y la Melanie. Esta última con sus codos sobre el muslo de Max, poniéndole los exuberantes pechos casi en la barbilla.

—Ni siquiera es su tipo.

—Ni yo...

—Renata, por favor ¿Cómo te atreves a compararte con esa vulgar de pasarela de lencería barata?

La fiesta transcurría entre personas bailando y hablando en grupos. Los meseros pasaban uno tras otro con sendas charolas, unos con cócteles y otros con botanas.

Renata desvió la conversación y quiso obligarlo para que fuera a divertir. David insistió en no querer dejarla sola pero luego llegó Juan y se la llevó a dar una vuelta por ahí, para luego terminar en la pista.

—Ya sé que no me vas a pelar, nena, pero tú sonrías como si sí; anímate a sacarle un susto a ese que te mira como pendejo con las manos metidas en los bolsillos.

Renata rio con el comentario al tiempo que veía de reojo a Max, parado a unos metros de ellos.

—Lleva rato buscándonos. Tuvo que andar entre la gente hasta que nos

encontró. ¿Ya lo viste?

—Si —se limitó a contestar.

—Estoy jugando... —le susurraba al oído—, con él... no contigo. Tú estás para comerte —la apretó más hacia su cuerpo, en realidad la canción lo exigía, el mix de canciones ya iba por las de género regional mexicano—, pero las viejas de los cuates se respetan.

—No soy la vieja de tu amigo —dijo lastimosamente cuando su compañero de baile le dio una pirueta y terminaba sujetándose de nuevo de su hombro.

—Uyyy ¿te ofendí?

—No —Renata volvió a sonreírle y esta vez lo hizo con coquetería, entrando en su juego—. Fui su “vieja”... tiempo pasado.

—Entonces ¿qué haces aquí?

—Bailando contigo.

—¡Eso nena! Ya estás entendiendo el juego.

Bailaban entre risas y comentarios con doble trasfondo cuando Max sin soportarlo más se acercó a ellos, esquivando parejas, recibiendo algunos empujones y codazos.

—Renata ya tuvo suficiente contigo, Juan.

Pararon de seco el baile. Pero Juan no quitó la mano de la cintura de Renata.

—Pregúntale a ella —dijo el muy socarrón. Con una sonrisa de oreja a oreja.

—Cambio de pareja —le ordenó tratando de ocultar la furia.

—Tú no traes dama para completar el trueque.

—El que no trae eres tú. Búscate una.

Y de un jalón le arrancó a Renata del brazo y la apretó a su cuerpo de tal modo que sería imposible desplegar paso de baile alguno, demostrando posesión.

La mantuvo así por unos segundos hasta que muy molesto le soltó:

—¿Te estás divirtiendo con Juan?

—Tanto como tú con Melanie.

—¿Te estás vengando de algo, Renata?

—Si lo hiciera, me buscaría un cuarto.

¿Se podía apretar más la mandíbula sin tronarse un diente? Max la acercó aún más, si se pudiera. Sus rostros estaban separados únicamente por las puntas de sus narices aplastadas, Max le devoraba los labios con los ojos y a

Renata le temblaban las rodillas. Sí que el jueguito de Juan daba resultado. Max ardía en celos.

Max se deshizo de su propio arrebató, la separó un poco y comenzó a dirigirla por la pista. No era un bailarín experto como Juan pero sabía moverse.

No les dio tiempo más que de bailar media canción de Banda, el *DJ* saltó abruptamente a la salsa y ahí tuvieron que parar.

¡Cuatro pies izquierdos!

Sus sonrisas recordando aquella noche cuando Max le confesara que la amaba. Intentaban bailar salsa aquella vez. Exactamente la misma canción “El Malo”.

Juego del destino.

La tomó de la mano y la sacó de la pista pero luego la soltó para tomar un par de bebidas que ofrecía un mesero y a Renata se le acabó el contacto directo, quien habría preferido morir muerta de sed.

—¿Donde estuvieron?

—No sé de qué hablas.

—Antes de bailar, Juan te llevó a algún lado.

—Ah claro. Fuimos a ver los tigres. Me platicaba que David le habló de ellos y sentimos curiosidad.

—Pero el acceso hasta ahí no es del dominio público. Pocos saben que los tiene. ¿Es ilegal sabías?

—No lo delataré —Renata se le acercó para darle un leve empujón sobre su costado y le sonrió. Max se puso tenso—. El mismo Germán nos llevó. ¿Podrías decirme donde está el baño?

—¡Maxiiii! Invítame a bailar un poco.

Melanie se acercó a ellos haciendo escándalo. Al mismo tiempo Juan también llegó; estaba pendiente de cada movimiento de Renata, tanto él como David.

—Tendrás que esperar a que cambien el giro, no le gusta la Salsa, ¿verdad Maxi? —Renata tenía que aprovechar para ganarle una a la güera de las pechugas.

—Y a ti nena ¿te gusta? —Preguntó el oportuno de Juan, mirando a los ojos a Renata.

—A la “nena” sí, pero no sabe bailarla—canturreó Max con enfado.

—Pues yo me muevo y bien... también con este ritmo Maxi, puedo guiarte —dijo sacudiendo las nalgas de modo sugestivo, aludiendo a

movimientos de otra especie.

Para regocijo de Renata, ninguno de los dos amigos reparó ni en el comentario ni en el movimiento.

—Te enseñé unos cuantos pasos básicos, ven nena...

Juan estiraba la mano.

—La ne-na necesita ir al tocador —siguió Max—, vamos Renata.

Y justo en ese momento el DJ pasó de latino a electrónica.

—Y tú ¿cómo dijiste que te llamas? Cómo sea, busca con quien bailar porque Ma-xi —haciendo énfasis en el ridículo diminutivo—, odia este género. Se agarró de la mano que Max le extendía y caminaron a paso firme sin voltear atrás.

Oyeron cómo Juan se reía con ganas y que David le gritaba a Melanie algo que Renata ya no supo dilucidar.

En silencio pero sin soltarse, atravesaron toda el área del jardín con rumbo a la casa. Varias personas que querían saludar al actor los entretuvieron hasta que se toparon con un grupo de mujeres algo tomadas que les impedían el paso rogándole una foto. Max accedió y casi sin ganas, le soltó la mano a mi amiga. Las tipas lo rodeaban para tomarse *selfies* en grupo, luego una a una. Cuando era el turno de la tercera, Renata siguió su camino sin saber exactamente a donde se dirigía. Perdiéndolo de vista.

—Disculpa, ¿sabes dónde están los sanitarios? Le preguntó a una chica que se encogió de hombros.

—Te ves desorientada, ¿puedo ayudarte en algo?

—Necesito encontrar un baño.

—Ven, te llevo.

—No hace falta. Con que me indiques el camino basta.

—La verdad es que si vas a los baños exteriores tendrás que hacer fila, esto es como un antro. Te llevo a los de la casa.

El tipo que se le acercó parecía estar sobrio y no se le veían intenciones raras y además, le urgía hacer pipí, así que accedió.

Entraron a la casa por el área de la cocina donde se veía bastante movimiento. Meseros entrando y saliendo y más personal del servicio de catering de un lado para otro. Esquivaron el caos como pudieron hasta que llegaron al baño de visitas colocado a un lado de la puerta de acceso principal.

Renata hizo lo que tenía que hacer y al salir, se dio cuenta que el tipo la estaba esperando.

—Gracias —le dijo firme.

—Encantado, me llamo Ricardo.

—Renata —contestó ella con media sonrisa. Los tipos en esos lugares solían malinterpretar la cortesía con el ofrecimiento.

—Vamos —con una sonrisa muy amplia, el tal Ricardo de aspecto empresarial, le ofreció salir por la puerta principal para evitar el tránsito pesado de la cocina.

—Cuéntame, ¿cómo es que conoces al disparatado de Germán?

—En realidad no lo conozco. Me refiero, me lo han presentado pero vengo invitada por amigos en común.

—Pues yo soy su tío.

—¿Cómo crees? Te ves menor que él.

Caminaban por un costado de la propiedad. Si el sentido de orientación no la traicionaba, se estaban alejando de donde había dejado a Max con las tontas de las fotos.

—Lo soy. Su padre y yo somos medios hermanos. Ya sabes, soy el hijo del segundo aire.

—¡Vaya! Oye perdón, pero me gustaría volver con mis amigos.

—Si claro. Perdóname tú a mí.

La tomó por la parte alta de la espalda y cuando la hizo girar Max estaba justo unos metros de ellos.

Si su cara estaba descompuesta cuando bailaba con Juan, ¡no bueno!

—Maximiliano, hombre, qué gusto verte, mira te presento a...

—Viene conmigo.

Se estrecharon la mano, Ricardo con la misma sonrisa excesivamente abierta para llevar los dientes llenos de *brackets* y el otro con uno de esos apretones dignos de dislocar dedos.

—Yo que tú no la dejaba sola. Ya sabes cómo son estas fiestas y andaba perdida buscando el baño.

—Que yo sepa, el baño no se encuentra en la dirección que la llevabas. Y si, sé muy bien cómo son tanto las fiestas como la mayoría de las personas que asisten. Bonita, ¿nos vamos?

Max la jaló de la mano con suavidad.

—Mira que no sabía que estaba contigo.

—No tienes de que disculparte. Has sido muy amable —, dijo Renata con una combinación entre pena y enojo (fingido), soltándose de la mano de Max. Las maripositas de sus entrañas tenían reunión patrocinada por los celos de

Rentería desde el baile con Juan—, mucho gusto y gracias, otra vez.

Se dio la vuelta y emprendió camino.

—Que no necesit...

—Ya me llevo Ricardo, al de dentro —Renata le señalo con su dedo la casa.

—Vámonos. No quiero más contratiempos. Entre más horas pasan, más pesado se torna el ambiente.

—¿Y los chicos?

—¡Qué me importa!

—Juan fue quien me invitó. Sería de muy mal gusto irme sin avisar.

—Y quieres darle gusto ¿o qué? —preguntó en tono más que molesto, incitando que en la fiesta de las mariposas explotaran fuegos pirotécnicos.

—El ambiente está pesado... pero el que te gira alrededor, guapo.

—Bonita, eres quien me carga.

La tomó de nuevo de la mano y con la otra pedía un Uber en su teléfono. Que maravilloso era oírlo decirle Bonita de nuevo.

Las mariposas abrieron pista y bailaron conga.

Estuvieron en silencio sepulcral mientras esperaban el taxi. No importaba, la junta en el interior de Renata estaba subiendo a categoría de pachanga del año. Continuaron así, tomados de la mano hasta que llegó el servicio.

—Me preocupé por ti ¿ok? En estas fiestas todo es glamour hasta que aparecen las drogas y el rock and roll. Pudo no ser Ricardo quien te encontrara. Tampoco es que me fie de él, pero... como sea... ya no tengo el control sobre ti.

—Porque no quieres.

—¡Tú fuiste quien me lo quitó! —gritó Max fuera de sí.

—Baja la voz. El joven no quiere enterarse.

En ese momento el Uber entraba en la privada. Al bajar del coche Renata se disculpó por el exabrupto con el chofer y Max se apretó el puente de la nariz tratando de contenerse.

—No traes bolsa. ¿Dónde están tus llaves?

—La puerta de atrás está abierta.

Max hizo una mueca de “ya que” que a Renata no le gustó nada y las mariposas bajaron el volumen de la música, Don Agrio aparecía de nuevo.

Cruzaron la casa, en silencio, otra vez. Ya en el jardín ella trataba de ganar tiempo guardando lentamente las botanas y demás utensilios, buscando el modo de que la colonia de maripositas en sus entrañas reanudara su

celebración.

—Yo quiero que lo recuperes... el control quiero decir.

Renata se bajó de sus zapatos tranquilamente.

—No estoy interesado.

Le dijo tan seco que las mariposas, así, como el loco Dj de la fiesta de Germán, cambiaron la música revoltosa por un disco de *blues*.

—Tal vez necesitas recordar...

—Justo es lo que no quiero.

¡Qué esos insectos apaguen el sonido!

Renata dejó a un lado el tema de la canasta, caminó muy despacio el par de metros que la separaban de la alberca sintiendo la mirada de Max clavada en la espalda; metió los dedos de un pie para tentar el agua. El amor de su vida que permanecía muy quieto, recargado sobre uno de los muros de la palapa, se enderezó cuando Renata lo miró de manera sensual y provocativa. Lógicamente lo tenía a la expectativa.

—Estás muy tenso, Guapo. ¿Qué tal si nos damos un baño? El agua está deliciosa...

Le dio la espalda de nuevo para andar por el contorno de la alberca, desabrochando el zipper de su vestido con una sola mano, con mucha cadencia... y lo dejó caer. No traía sostén pues el vestido era de esos sin tirantes. Así que así, ataviada con una tanga, que daba una excelente vista al sujeto que la observaba, giró la cabeza para constatar el deseo reflejado en los ojos de él.

Sí.

Había deseo.

Se trataba de esa misma mirada con la que tantas veces la devoró, embobado por tenerla desnuda a su total alcance. Cuadraba los hombros y levantaba ligeramente la barbilla; la nuez de la garganta subía, bajaba, subía bajaba.

Renata entró al agua de un ligero clavado y cuando sacó la cabeza de agua cuidando no descubrir su pecho, le sonrió con toda la coquetería que las expugnables maripositas lograron reunir dentro de su manojito de nervios.

—Así es como lo hacen todas. Creen que quitándose la ropa van a conseguirme.

Una mariposa murió y se fueron todas al funeral.

—Voy a traerte una toalla —continuó.

¡Rebote monumental! De esos que te entierran viva y deseas que te echen

palas de tierra encima para que no saques la cabeza en mucho rato... o nunca.

En un principio no dio crédito a sus palabras. Apuesto que en su mente la escena se desarrollaba de muy diferente manera. Mariposas hembra y macho apareándose. ¡Qué sé yo!

Salió muy a prisa, temblando de frío, de pies a cabeza, de frío en el alma. Más segura que nunca de que se trataba del final, que lo había perdido y esta vez para siempre. Ni cuando la creyó falsa en entre las falsas y tocó a su puerta en estado catártico con efecto zombi, la había repudiado. Lo hacía justo cuando Renata creía que montaba el espectáculo más erótico que podría en su vida; seduciéndolo del modo que él tanto deseaba en el pasado, cuando no en una, sino en varias ocasiones, le pidió nadar desnudos y hacer el amor en el agua bajo la luz de las estrellas.

Se puso el vestido con dificultades, la tela no cedía, el vestido parecía haberse encogido... o tal vez era ella quien no cabía en su pena.

Max volvió. Le acercó la toalla y ésta la agarró para secarse la cara bañada en agua... y lágrimas.

—Tenemos que hablar Renata...

—No debiste hacerme creer que era única —había secado el agua de su cara pero sus lágrimas se encargaban de mojársela de nuevo.

—Siempre se trata de ti, ¿no es cierto?

—Llevó días entrando a tu casa, pasándote por enfrente ¡tragándome mi orgullo al saber que te estás acostando con otra! Intentando hacerte recordar...

—¿Crees que eso es suficiente? ¡Casi un año Renata!

Renata se sacudió el cabello con la toalla y luego la arrojó al piso con repulsa; se había deshecho el chongo con el que lo traía sujeto y limpiaba sus lágrimas dándose manotazos en la cara. Maltratándose.

—Nada es suficiente sin interés, y tú ya no lo tienes, lo has dicho... —el sollozo entrecortado que rugió desde su interior la obligó a cubrirse el rostro con ambas manos y desde ese refugio le dijo: —no sé cómo inmediatamente después creí que podía lograr que te prendieras de nuevo de mí... —estaba hipando de dolor. Inmenso, profundo, pérfido desgarrador dolor—, ¿por qué mejor no me pides que me vaya?

—Es tu especialidad. Tanto si te lo pido como si te volviera a rogar que no me dejes. Lo harás. Te irás.

—No, espera —Renata se sorbió los mocos, ciclada en su propia conmoción, sin prestar atención a la inflexión de congoja que imprimía Max en su última frase—, ya con actitudes y palabras me dejás claro que me

largue pero no las cacho, porque soy una más de TODAS... de las que aguantan que las manden al cuarto de visitas, que las desconocen, que ven como se meten a la cama con otra, otra de todas, y aun así, vuelven a suplicar un poco de atención aunque las reciban con el gesto más ácido y arrogante y terminen despreciándolas con una simple y sencilla frase... de estas que calan hondo.

Creo que Renata jamás había contenido el aire en sus pulmones por tanto tiempo para alegar un punto. Ella por lo general sabía exactamente qué decir, tan segura, que se daba su tiempo, que al cabo no se le escaparía detalle. Este no era el caso, gritaba y lo hacía de modo atropellado.

Mandó al cuerno la canasta, copas, platos, cubiertos, sus zapatos. Bajó corriendo la escalinata.

Antes de entrar por su casa escuchó el grito enfurecido de su vecino:

—¡Siempre te irás!

Capítulo 24

VUELVE. VETE. ESPÉROME

2:45am

Renata: Por una corta fracción de tiempo se quedaría mirándome. Apagaría las luces, dejando prendidos aquellos farolitos que iluminan el jardín. Se desvestiría en pocos movimientos, con urgencia, pero lentamente para provocarme, incluso sin sonreírme porque está tan molesto que debe retrasar las apariencias hasta el final. Entraría al agua regalándome media sonrisa de sus hermosos labios, sin acercarse, continuando con su oposición y tendría que ser yo la que diera el siguiente paso, confirmándole mi deseo. Yo encantada, tan feliz que no disimularía al nadar en su dirección, sonriendo tímidamente, tanto por los nervios como para continuar con nuestro duelo. A él no le quedaría más que completar su sonrisa y acudir a mi encuentro. Nos daríamos el primer beso después de los amargos que lo obligué a recibir de mi parte en nuestros últimos encuentros, y lo compensaría por ello, entregándome de tal forma, que no podría albergar duda alguna de que mi boca le pertenece a él y sólo a él, como el resto de mi cuerpo y toda mi alma, mi corazón entero, cada uno de mis pensamientos, mis locos raciocinios. Tendríamos tanta prisa, que el tierno beso sería corto, para abrirles paso a muchos más y más candentes, uno todavía más que el anterior. Mis piernas se verían obligadas a rodearle la cintura y él, para amoldarme a su cuerpo, me llevaría a una de las paredes de la alberca para hundirse en mí. No desesperado, sino anhelante de sentirme... ávidos de sentirnos. Recordaríamos que somos todo si nos tenemos... Y no Alejandra, esto no lo pensé antes, esto es tan profundo que no pude pensarlo antes. Lo siento ahora que lo escribo... ahora que me lo robaron sin siquiera tenerlo.

Quería pedir perdón billones de veces... quería decir te amo millones... quería darte miles de besos... quería envolvarte en cientos de caricias... quería decenas de noches a tu lado... y una oportunidad para demostrar mi amor. Quiero decirte adiós, quiero y ya no puedo, arrancarías el último trozo de mi corazón, aquél que alimenta los latidos; será él quien algún día se despida... yo no quiero que suceda nunca, mientras palpita, quiero que lo haga por ti.

Renata

—¿Dónde estás?

—Llegando al aeropuerto.

—¡Regresa ahora mismo!

—Estoy justa para mi vuelo.

—Lo perderás y vendrás para acá en este instante.

—Se me han acabado las fuerzas Max...

—No te permito que vengas a decirme nada por medio de papelitos ¿Me oyes? Eso ya lo hice yo cuando tuve que luchar por ti, cuando primero ¡tuve el valor de hablarte de mis sentimientos a la cara! Me excluyes de tu vida para luego aparecer queriendo que sea yo quien haga, quien mueva los hilos...

—Max...

—Llevas días queriendo retroceder el tiempo, provocando *dejavus*, ¡no se trataba de presionar los mismos botones para que cayera rendido a tus pies Renata! No se trataba de que volviera a enamorarme de ti.

—Max...

—Vuelve aquí ¡YA! Has atendido mi llamada, ahora vuelve, vuelve y entérate que el dolor es inmenso Renata. Que pasan los días y no se mitiga. Date cuenta que no necesitas hacerme recordar, ni tú ni nadie ni nada. Estás sin estar. Pasé semanas bebiendo café con stevia en tu taza favorita, sin leche... un día la arrojé contra el horno de microondas y no fui capaz de tirar los pedazos a la basura, porque ni los de mi corazón he podido. Estás en cualquier largo cabello negro, en todos los libros ¡en una maldita *tutsi pop!* Decidí dejar de luchar contra el dolor, hacerme su amigo y entrar en proceso de resignación, de aprender a vivir con él instalado en el pecho... para ni siquiera poder continuar con mi anterior mezquino estilo de vida, y es cuando vuelves, vuelves para que deje de imaginar tu aroma, vuelves para que te

huela. Vuelves para que deje de acudir a la maldita caja de huevo a buscar el gris de tus ojos, para volver realidad tu intensa mirada, para que muera lentamente al verte mirarme, vuelves a recordarme que podría matar por comer tu labio luego de que lo muerdes. Vuelves porque no te das cuenta que tienes el poder de hacerme tan feliz como miserable. Porque eres más fuerte, capaz de resistir en el tiempo sabiendo que podías regresar cuando quisieras, tú Renata, podías volver cuando quisieras, en cambio yo no podía ir en tu búsqueda ni una sola vez más, porque tu dureza, tu resistencia simplemente me desintegra, dejo de ser persona. Amarte es lo mejor que pudo pasarme, pero también lo peor. Rogué porque volvieras, todas las mañanas, todas las noches... y lo haces... y el dolor se transforma en miedo de que como llegas te vas... ¡y vienes a espolearme! Y yo me niego a dejarme embrujar por tus encantos otra vez... y me pongo una coraza, me disfrazo de quien fui y decido que no estoy interesado en tener lo que más me importa en la vida porque soy un cobarde ¡maldita sea! Un cobarde no quiere arriesgar más su corazón.

—Max... yo... perdóname por favor... creí que sería un estorbo y...

—Es una pena que jamás conseguí convencerte de mi amor por ti.

—Sabía que me amabas...

—Y ¿qué clase de amor era? ¿Desechable? ¿De los que después de una buena borrachera y un par de viejas se arranca?

—Estaba turbada...lo sigo estando.

—Intentaste olvidarme ¿no? Ven aquí y responde en mi cara. No te permito ni una vez más que te largues sin que me digas todo lo que necesito oír.

Maximiliano cortó la llamada sin esperar respuesta, sin escucharle decir que ya se había dado la vuelta en U y que estaría ahí minutos más tarde.

Lo encontró en su garaje sentado en una mona banca de madera empotrada al piso junto a la puerta de la entrada principal de su casa. Esperándola.

—Trataste de olvidarme ¿verdad?

Renata miraba al piso, miraba al cielo, miraba un insecto volar pero no lo miraba a él. Jamás lo había escuchado tan encrespado, sólo aquella vez que la corriera por mencionar a Freddy, pero era muy diferente, se trataba de un cólera cargado de impotencia, como si todo dependiera de ella. En su manera de pronunciar cada palabra había una desesperación que nunca percibió en él.

—¡Contesta! —le gritó, poniéndose de pie, dando unos cuantos pasos.

Quedándole a unos metros.

—Sí.

—Pensaste que podrías.

—Si.

—Pues esa es la enorme diferencia entre mi amor y el tuyo. Por eso tú puedes obligarnos a vivir sin el otro y yo no... yo ni siquiera lo intenté.

—Igual no pude...

—Lo que lastima es que pusiste empeño, que como no lo conseguiste, decidiste volver, Renata, así, muy fácil —el tono desesperado abría camino a uno de desolación.

—Tenía la esperanza de que no fuera demasiado tarde.

—Dije que tardaste demasiado... que no es lo mismo.

—¿Para qué me llamaste? Ya no estás interesado. Ahora estás con Melanie.

—¿Te propones no entender verdad? ¡Entonces vete! —le gritó. Muy fuerte. Muy alto—. No tengo nada con Melanie, ni con ninguna otra.

Max estaba descolocado, viajaba de la furia a la desesperación y de ésta a la desolación para regresar al enojo en la más exacta de sus acepciones.

Renata se estremeció.

—Vete.

Max dio otro paso. Ella también... hacia atrás.

—Vete.

Max redujo el tono de su voz hasta ser casi imperceptible y la acorraló entre sus brazos y su camioneta.

—Pero antes de irte me dirás, con todas sus letras, el por qué resolviste regresar —se acercó lentamente a su oído rozándole con la boca su mejilla—, si nunca logré meterte mi intenso amor dentro de la piel... y me dirás —se separó un poco para tentar el borde de su mandíbula caminando hacia a sus labios—, por qué te quedaste al no obtener el recibimiento que esperabas, al darte cuenta de Melanie.

Era oír ese nombre saliendo de su boca para que a Renata se le revolvieran las entrañas.

—Deja que me mueva. Yo... así... tú y tus lab... y tu cercanía... y-yo... n-no...

—Lo harás Renata y luego... te irás.

Transcurrían los minutos sin que pronunciara palabra alguna haciendo que Max transformara ese semblante retador con el que la acorralaba, por uno

de rendición. Con profunda tristeza en el rostro, limpió con su pulgar una gorda lágrima que rodaba por la mejilla de ella, brotando de sus sobreaperturados ojos grises y sin poder más, la liberó de su prisión.

—Puedes irte. No pienso detenerte más.

Le dijo dándole la espalda. Renata lo vio meter una mano en la bolsa del short deportivo que llevaba puesto, percibió que removía algo en su interior. Eso la desconcentró por unos momentos.

El silencio siguió presente. Los segundos más angustiantes. Renata sentía una enorme necesidad de correr hacia la caseta de entrada y seguir corriendo hasta estar lo suficientemente lejos y lo suficientemente cansada como para no poder regresar sobre sus propios pasos. Respiró profundo. La noche anterior se había convencido de que Max ya no le pertenecía y en ese momento, cada instante que pasaba la persuadía más de que su dolor casi lo obligaba a odiarla, pero de pronto resolvió que aunque fuera una vez en la vida intentaría abogar por una causa que consideraba perdida.

—Resolví venir porque te amo —habló al fin.

—Dime algo que no sepa.

—Pedir perdón...

—No. ¡NO! Dime —Max trató de contenerse. Se sentía rebasado—, dime más que eso, no quiero tus millones de disculpas. No las quiero, Renata.

—Tienes tanta razón que ya ni siquiera valdría la pena explicarme. Me doy cuenta lo egoísta que he sido y me pudre que sea esa enorme condición la que maquille mis reales sentimientos, mis verdaderas intenciones —Max, se giró para verla—. Tienes que saber que si te alejé de mí fue para no hacerte daño. En ese oscuro momento sólo pensé en los problemas que te causaba tanto a nivel personal por la piltrafa en la que me convertí, como en tu vida profesional, Max. Tú medio dejó de hablar del galán, del productor, del afamado de la serie con mayor *rating* para hacer de ti papilla, usando la desgracia que te acarreó la mujer de la que te enamoraste; comenzaron a despedazarte y yo no podía permitirlo. Para estar contigo, debía volver a ser digna de ti, de Maximiliano Rentería, si eso pudiera ser posible.

—Eso debiste hablarlo conmigo Renata. ¿Cómo es que nunca supe nada al respecto?

—¡Por favor! La farándula te hundió en el fango. Estábamos en todas las revistas y periódicos y...

—Lo sé. Me refiero, ¿por qué yo no supe que eso era lo que te impulsó a echarme? Me dijiste que te recordaba la tragedia y que mi presencia no hacía

más que empeorar las cosas. Estoy comenzando a odiar a Alejandra y a tu hermano.

—Esa fue mi arma. Y ellos no lo sabían, tampoco. Tenía que encontrar algo que te hiciera desistir. Que entendieras, o que creyeras, mejor dicho, que no me recuperaría contigo al lado. Sabía que me amabas profundamente y qué harías lo que fuera porque yo saliera adelante. Y me funcionó...

—Pero...

—El tiempo transcurrió y yo me cansé de estar tirada en el piso. Tenía que recomponerme y me esforcé por dejar atrás el asunto de Freddy. No lo conseguí del todo, tal vez nunca lo haré, pero me esfuerzo a vivir aún con ello... creo. Pero no me pude sobreponer de ti... quería olvidarte, con todas mis fuerzas, como supuse que tú lo estabas haciendo y que las noticias amarillistas me lo confirmaban, ya no chismeaban de la mujer del escándalo, lo hacían de tu nueva conquista... lo intenté sin éxito. Ni un sólo día dejé de pensarte, de dedicarte mis lágrimas, moría lentamente al plantearme la posibilidad de que estuvieras rehaciendo tu vida con ella, o con cualquier otra. Reuní valor como pude, vine a buscar posibles cenizas que reavivar.

—El fuego sigue encendido...

—Hoguera oculta.

—Mecanismo de defensa, Bonita.

Ambos sonrieron lastimosamente.

—El día que me encontraste en tu casa quería pedirte una oportunidad...

—Y llegué con Melanie.

—El mundo me cayó encima.

—Y huiste.

—No lo hice.

—¡Y querías volverme loco!

—Con todo propósito.

—Y apareciste de nuevo.

—Te besabas con ella.

—Y doblegaste tu orgullo

—Mi corazón lo imploraba.

—Y regresaste, otra vez.

—Me ignoraste.

—Y te veías tan hermosa.

—No me valió.

—Y desfallecía de celos.

—Me humillaste.

—Y me arrepiento.

Y se quedaron mirando por varios segundos.

Y ella apareció. Estacionándose en su convertible color chicle tan ridículo como su pañoleta de mismo tono atada sobre su rubia y falsa cabellera platinada. Como *Marilyn Monroe* región cuatro se acercó a ellos a grandes zancadas, balbuceando algo que Renata no comprendía pues su asquerosa boca acartonada por tanto colágeno se posaba así, sin más, sobre los labios de Max.

—Maxi, llevo la última hora llamándote. Veo que te han quitado el tiempo —con ojos cargados de desprecio repasó a la acompañante de Maxi—. El comercial corazón. No lo olvidaste ¿o sí? Tenemos que irnos.

—Yo igual, no sigo quitándote el tiempo *Maxi* —Sentenció Renata con mucha firmeza, mirando su reloj de mano. Apresurando su andar hasta el Jeep.

Max quitó los brazos de Melanie de su cuello y en unos cuantos pasos logró sujetarla de un hombro pero no dijo nada. Esperó pocos segundos. Nada.

Renata siguió caminando. Esa Melanie y su Maxi ya habían conseguido irritarla más de lo necesario —No más besos en mi jeta— pensó.

La conversación iba lo bastante bien si se toma en cuenta que se estaban sincerando. Y justo en el punto de inflexión llega la zorra a estropearlo todo, o fue Max quien lo lanzara todo al caño al permitir de la mona lo besara. O las dos cosas.

A Renata le imperaba la necesidad de salir por patas de ahí; estaba confundida. ¿Es que nunca podría dejar de pensar en irse sin dar debida pelea? El tema era sencillo: contaba con nulo entrenamiento para pugnar por objetivos amorosos mezclados con orgullo herido.

Max apresuró la carrera para interponerse entre ella y la puerta del piloto justo en el momento en que estiraba la mano para abrirla.

—Renata, no te vayas —le dijo con un volumen muy bajo en su voz, sin dejar que pareciera lo que era: una orden.

—Me has pedido que lo haga una vez hablarte de todo cuanto debía decir. Max, por favor, no me lo hagas más difícil.

—Que lo hayas hecho cambia muchas cosas. Las cambia todas, en realidad.

—¿Si? ¿También cambia el hecho de que esa, con la que dices no tener

nada tenga acceso a tu casa sin siquiera anunciarse y pueda besarte sin que tú te inmutes siquiera?

—Me tomó por sorpresa.

Rebata puso los ojos en blanco. Luego las manos en la cintura.

—¡Tú provocas que te sorprendan!

La voz de Renata era apremiante. Sabía que no tenía derecho a reclamar, pero la situación no ameritaba otra cosa. Mejor que la dejara ir de una buena vez antes de que armara uno de esos panchos que no solía armar, pero que toda mujer puede tanto si lo acostumbra como si no.

—Lo sé y lo voy a solucionar. Pero necesito que te quedes. Espérame a que regrese, por favor —ahora suplicaba. Punto para Maximiliano—, tengo trabajo con ella y también será cuando aclare varias cosas, sobre todo a Henry.

—Ya le he hecho de estúpida un par de semanas Maximiliano. Y si lo pienso, creo que vengo desempeñando ese papel desde que estábamos juntos.

—¿De qué hablas?

—Da igual —Melanie estaba en su vida desde antes, al menos desde que la llevara a Miami a conocer a su familia—. Si esperas a que me quede aguardando por ti mientras le das el gusto de irte con ella, estás muy equivocado. ¡Ya no! No cuando sabes mis razones para dejarte ir y volver por ti. Olvídalo.

Renata trataba de moverlo para que la dejara abrir la puerta y subirse. Obvio no lo arrastraba ni medio centímetro.

—Me encantas celosa ¿sabes? No se cómo has podido ocultarlos. Insisto, eres mucho más resistente que yo.

Se inclinó para besarla.

—¡No te atrevas a embarrarme sus babas! —apretaba los dientes para que no saliera su voz demasiado alta. Max sonrió y retrocedió.

Cuando ella trataba de quitarlo para entrar en su vehículo, la había abrazado dejándole sus brazos paralelos al cuerpo. Siempre hacia lo mismo cuando trataba de dominarla y ella le daba batalla.

—No me iré con ella —la soltó, y sin quitarse de la puerta de dijo: — Debemos estar en una hora en una locación, sin embargo, cada quien llegará por su cuenta. Tenemos trabajo pero nada más ¿ok? A ella sólo tengo que decirle unas cuantas palabras y lo haré frente a Henry luego de aclarar los malentendidos. Te explicaré, Bonita, por favor, sólo di que sí, que me

esperarás.

—Con permiso Max —Renata insistía metiendo la mano para encontrar la manija.

Max le dio paso haciendo puchero, un puchero no de niño malcriado, uno de verdadera suplica desesperada.

—Bonita por favor, no dejemos esto inconcluso... no de nuevo. En serio, no lo resisto más.

—Si me dejas sacar mi bolsa y mi teléfono...

Max dibujó una sonrisa de alivio, muy muy aliviado. Tanto que emitió un leve suspiro que a Renata le pudo sacar una sonrisa, sonrisa para responderle pero que no dejó que le llegara al alma. Ese último beso la tenía fuera de sus trece.

El hombre que no podía ocultar su felicidad, accedió al carro para extraer el par de cosas de Renata de su interior. Le entregó su celular colgándose el bolso sobre el hombro.

Macho alfa lomo plateado haciéndose cargo de los objetos de su hembra.

—¿Te puedo tomar de la mano?

—¿Cuándo has necesitado permiso?

—Nunca. Es que te ves tan enojada que...

Renata no desaprovecharía la oportunidad de pasarle por enfrente, con sus dedos entrelazados con los de Max, a la modelo de pacotilla que como espinada por sus altísimos tacones, trajinaba de lado a lado por el camino de piedra de la cochera.

—¿Nos vamos, *Maxi*?

—Mi llamado es a la una, Melanie, e iré por mi cuenta.

No le dijo más. Pasaron junto a ella tomados de la mano y entraron a la casa cerrando la puerta casi en su nariz, sin mirar atrás. Renata conteniendo la risa y él, como sintiéndose orgulloso de su comportamiento patán.

Capítulo 25

BASES DE CEMENTO

—Tal vez debiste invitarla a entrar, o acompañarla a su coche. Has sido grosero —le dijo apenas cruzar el vestíbulo, recargándose en el respaldo del amplio sillón. Y le decía sin asomo de sarcasmo.

—Merece más por oportunista. Sabe quién eres, le hablé de ti en Miami y a sabiendas de mis sentimientos hacia ti, desde que se enteró de nuestra ruptura, ha regado la mentira de que estamos iniciando algo, haciéndoles creer a su tío Henry, a los medios... incluso a ti.

—Seguro le diste pie.

—No.

—Deja de justificarte Maximiliano. No tienes que hacerlo.

—Por supuesto que no tengo que hacerlo. ¡Rompiste nuestro compromiso!

Max colocó la bolsa de Renata sobre la mesilla de centro y se encaminó a la cocina. Con el ceño fruncido, otra vez.

—Igual no deja de ser una barbajanada de tu parte dejarla parada ahí a fuera, cuando otras veces la tuviste metida hasta la recámara.

—¿Por qué no haces el reclamo completo y en forma de una vez?

Max regresó de la cocina con un par de botellas de agua; le entregó una a Renata y bebió más de la mitad antes de que ella pudiera abrir la suya.

—No tengo derecho —por fin pudo quitar la tapa y bebió el contenido dando pequeños tragos.

—No, no lo tienes. Pero responderé tus dudas, sobre todo, para dejarte claro que no soy ningún barbaján.

—Evita engorrosas explicaciones. No quiero saber.

—Besos. Los que viste y algunos más...

—¡No me interesa Maximiliano! —le advirtió. El estómago se le estaba

revolviendo.

—Dos que tres subidos de tono...

—¡Ay por favor! Lo que tengo que oír.

Renata salió como bólido hasta el baño de visitas. Azotó la puerta y se recargó en ella.

—Ya se te hizo costumbre venir a ensuciar retretes.

—¡Vete al diablo!

—No tuve sexo con ella, si te ayuda saberlo, digo, para que contengas los fluidos dentro de tu estómago.

Renata no parecía tener necesidad imperante por devolver las tripas, sin embargo, esa aclaración le valía para aligerar las agruras que le producía la idea desde días atrás. Sonrió y se sintió estúpida a la vez. Ya que más daba...

—¡Bien! —le gritó desde el interior. Abrió la llave del lavabo y dejó correr un poco el agua para disimular.

David le había aclarado el punto sin creer en sus palabras. Era amigo de él y eso suelen hacer los amigos, fungir de tapaderas.

—No merece mi consideración, yo fui franco al decirle que no llegaríamos a nada desde el primer beso que me plantó, mismo que no provoqué, pero que si correspondí. Incluso, el día que hiciste realidad mis alucinaciones le pedí que no volviera a hacerlo, que el tonto había terminado por el simple hecho de que regresabas a mi vida y ¿qué hizo? Fue con Henry a decirle que esa misma noche yo la seduje y me la llevé a la cama para vengarme de ti.

—Eso te pasa por andar besuqueando niñas acuciosas de fama.

Renata salió del baño airoso. Fue a sentarse en una de las sillas del comedor, no sin antes sacar de su cartera un cigarro y encenderlo con suficiencia.

—No es mucho menor que tú. Y yo nunca busqué sus labios. Ni una vez.

—Pero bien que te dejabas... y entre su cerebro y el mío hay cien años de diferencia.

—No sólo en eso, mi Bonita...

Renata le dedicó una sonrisa arrogante. Batalla ganada y concluida.

De pronto la tensión se acumuló de nuevo.

A Renata le volvieron los nervios que trataba de sacar en cada exhalación de humo, Max se le acercó para que le convidara un toque y otro roce de sus manos generó descargas de electricidad que le llegaron hasta el

centro de su cuerpo. Ya daban grandes pasos, pero aún no llegaban a donde Renata quería llegar; Max hasta cierto punto, había dejado claro que no tenía interés de retomarlo, luego afirmó que con la sinceridad de ella las cosas cambiaban, pero seguía sin sentirlo seguro de que quisiera volver a intentarlo. Si la oportunidad pedida le sería otorgada. Tener que averiguarlo más tarde hacía todo, menos reconfortarla.

—Tengo el tiempo justo para irme.

—¿Así te vas?

Renata lo repasó de pies a cabeza. Se veía guapo hasta en ropa deportiva pero no era el modo en el que Max solía salir a trabajar.

—¿No te gusto? —Se puso roja sin saber que responder—. El comercial es de ropa interior que ahí me proporcionarán, da lo mismo que lleve puesto.

—¡Genial!

Fue todo lo que pudo responder. Lo que le faltaba, grabaría con su rival en paños menores. Hizo de tripas corazón y se dejó besar en la punta de la nariz a modo de despedida, ante la mirada socarrona del otro que sabía perfecto por donde iba aquella exclamación.

Si Max no le hubiere llamado para detenerla, en ese instante, estaría despegando su vuelo con destino al sufrimiento. Por lo pronto tendría que esperar el próximo avión, ya fuere con mismo destino u otro quizá más paradisiaco, con un itinerario que fuera más atrayente.

Renata pensó que el beso se lo daría en la boca cuando lo vio inclinarse hacia ella, de haberlo hecho, se hubiera quedado con la certeza de que al volver, le entregaría el pase de abordaje que deseaba, que necesitaba imprimir no para acudir a sala de última espera, sino para emprender aquel maravilloso viaje que no debió nunca interrumpir ni postergar. Viaje que no debió permitir que terceras personas ni los fantasmas de su cabeza estropearan. Viaje que si le daban oportunidad de ponerlo en marcha, se encargaría de disfrutar sin secretos, sin culpas, libre de remordimientos.

Amaría y se dejaría amar sin límites.

Su corazón comenzó a palpar de manera acelerada, como cuando iniciaba una carrera a toda velocidad sin dale aviso previo a sus pulmones con trote lento. El Jeep no estaba. Un silencio de esos que martillan en tus oídos, palpitaciones perturbadoras que provienen de tu interior pero que sientes ajenas porque se oyen como en altavoces. El cenicero con la única

colilla consumida, un vaso con restos de alguna bebida a un costado del fregadero y una cáscara de plátano en el cesto de desechos orgánicos.

Y nada más.

La boca seca, la saliva densa y amarga.

Las escaleras parecían más largas, los escalones más altos, mientras que en su pecho crecía la asfixia al disminuir los latidos. No había nada, ni rastro de ella. Y su corazón se detuvo cuando por la terraza pudo cerciorarse que no estaba, que una vez más confió y se había ido. Rememoró el día que se fue aquella primera vez, cuando carente de raciocinio, la buscó dentro de los cajones, desorientado... perdido.

Abatido, lleno de rencor, salió corriendo por la puerta corrediza hacía la playa. Quería gritar tan alto y tan fuerte, que Renata, donde quiera que estuviera, lo escuchara maldecir su nombre.

Y la vio.

Arrodillada escribiendo algo con el dedo sobre la arena humedecida. Las olas llegaban y le borraban, ella reía. La vio feliz. Max se escondió detrás de una palmera, necesitaba seguir mirándola, tranquilizarse, llenarse de la paz que irradiaba de ella.

Si aguantar más, caminó hacia a Renata justo en el momento en que se ponía de pie y entraba al mar para enjuagar sus piernas. Lo miró como tanto le gustaba que lo mirara, con amor y deseo, pidiendo en silencio un beso... rogando por una caricia.

Maximiliano apresuro el paso para cumplir sus pretensiones y llegó a ella atrapando su cara con ambas manos.

—Te amo Renata. Te quiero tanto que no puedo perderte nunca más.

La besó con toda la pasión que se puede besar; saboreando su labio de abajo, mordiéndolo, luego el de arriba, succionando, abriendo su boca lentamente para llenarla con su lengua y jugar con la de ella. Renata posó las manos sobre las suyas acariciando sus nudillos. Max dejó de besarla para abrazarla fuerte, para llevarla hasta el camastro más próximo y ahí tumbarla.

—Primero voy a tomarte. Aquí y ahora. ¿Me oyes?

Renata, con la respiración acelerada, lo miraba con expectación, excitada por sus palabras, mientras sus manos acariciaban su musculosa espalda por debajo de la camiseta. Esperaba de todo menos un arrebató tan sexual como ese. Tal vez más reclamos o explicaciones, quizá promesas, incluso un adiós definitivo. Suspiraba por acabar esa noche en sus brazos, por supuesto que sí, pero no sin antes llegar a un punto reconciliador.

—Después, Bonita, voy a llevarte hasta nuestra cama, te voy a desnudar y voy a acariciar con mi lengua cada rincón de ti...

—P-Pero...

Metió una de sus manos bajo el vestido de playa y con pericia desanudo un costado del bikini. Renata quiso respingar. La tarde caía, pero la luz del día seguía presente pese a la ausencia del sol. Alguien podía verlos. Max la cayó con un beso de esos que te quitan las ideas, que te proporcionan demencia temporal y que desequilibran hasta a la más sensata.

—Luego, mi amor—le dijo separándose de su boca y enterrando la cabeza entre su cuello y su oído al tiempo que uno de sus dedos acariciaba su húmedo e hinchado clítoris—, te voy hacer el amor tan despacio que me vas a implorar que me dé prisa... que te tome como lo voy hacer en este instante...

¡Qué manera de hablarle, de seducirla!

Bajó su short lo estrictamente necesario y entró en ella de un sólo movimiento, haciendo que se arqueara de cierto dolor embarrado de mucho placer, invitándola a que le rodeara con sus piernas para él arremeter con mayor velocidad y empuje. Física pura. El mundo dejó de existir, sólo ella y él conscientes únicamente del amor con el que la poseía y del amor con el que se dejaba poseer.

—¿Lista? —le preguntó Max con descaro, casi de inmediato luego de ambos alcanzar el clímax al mismo tiempo y salir de ella lleno de cinismo, engréido, como si eso no hubiera sido impresionante ni lo más exótico, ni lo más deliciosamente extasiante que le hubiere infringido a su mujer. Su mujer.

Con la sonrisa pintada en los labios, le ató de nuevo la parte inferior del traje de baño y con mucha premura la puso de pie y se la llevó casi cargando hasta la habitación.

—No sabes lo que anhelo desnudarte y meterte a la ducha conmigo —le dijo. Renata no hablaba, sonreía más que hechizada. La escena erótica mental de la noche anterior se quedaba no corta, lo siguiente. Verlo quitarse la ropa y admirar su majestuoso cuerpo luego de que la usurpara con bravura, era, como menos, fascinante—. Tocarte... —continuaba diciéndole mientras sacaba su playera de un movimiento—. Toda...

Pantalón corto y bóxer fuera.

La miraba con apetito al tiempo que ella veía como su miembro alcanzaba, otra vez, todo su esplendor; sintió tal pinchazo de libídine que la hizo comenzar a desnudarse mecánicamente, humedeciéndose más.

—Espera, el gusto de despojarte de tu ropa es mío.

Fue lento, tal y como se lo advirtió; le quitaba las prendas haciendo un millón de pausas en cada parte de su piel y dentro del baño se tomó su tiempo para lavarla con delicados toques y luego se lavó él, llevándola hasta el tormento y la súplica.

—Deja que yo lo haga —le había dicho Renata pretendiendo lavarle el pelo.

—Me obligaste a dejarte. El resto de la tarde te haré pagar por dejarme al margen de ti y de tu cuerpo. Por obligarme a no desear a ninguna mujer, por hacer que me negara a tocar a nadie que no fueras tú.

La sacó de la regadera y tiernamente la envolvió en una toalla, sobando y secando toda su anatomía. Hizo lo mismo con él rápidamente y con dulces besos en la parte posterior del cuello, la llevó hasta el colchón dejándola caer suavemente boca abajo, dándole la mejor de las vistas. No obstante, él no pudo fijarse en la parte atractiva... su mirada se centró en su cicatriz, esa que tenía un corte casi perfecto, pero no dejaba de ser “la marca”, aquella que representaba el terror de su mujer, su dolor, su partida y su ausencia. No dejaba de ser la estampa que les recordaría siempre que alguien consiguió arráncales la ilusión y que tal vez, tendrían que trabajar mucho para volver a mantenerla a salvo.

Deslizó su dedo pulgar por encima de ese asqueroso grabado, no su aspecto, sino su significado. Renata lloraba, sabía perfecto por qué Max lo hacía y su alma volvía a partirse en pedazos tratando de forzar a su cerebro a no recordar, al menos no hacerlo con intensidad, no en ese momento. Antes no había podido del todo, no había encontrado el modo de no pensar en las manos de Freddy sobre ella. Lo único que parecía eliminarlas era el sentir las del amor de su vida por los mismos lugares que aquél ultrajó. Eso la reconfortó intensamente y como por artificios de un mágico hechizo se sintió segura, a salvo, querida, deseada... sin miedo.

Renata se giró para sentarse al borde de la cama y con suaves movimientos puso a Max de rodillas entre sus piernas. Lo miró fijamente. Le besó la cicatriz de su clavícula con tanto amor, que le hizo llorar también.

—Imprégname de besos, mi amor, limpia mi piel...debes saber que Freddy no me hizo suya... sigues siendo el único hombre en mi vida.

—Lo sé y no sigas por favor... te desearía de igual forma. Todo este tiempo me sentí excluido, que mi amor era más intenso que el tuyo, eso me hacía sentir débil. Te consideraré de piedra.

—Max...

—Renata ¡es que no entiendes! Me pasé reprochándole a tu recuerdo que me alejaras, el egoísta fui yo. Necesitabas superar el daño que te hizo ese maldito enfermo y yo no supe comprenderlo.

—Fue porque yo te hice creer que tú presencia hacía latente mi desgracia... que contigo no podría...

—Esa es la diferencia. Tu pensaste en mí, en mi carrera y mi futuro, en dejarme fuera del escándalo aunque eso te partiera el alma y ahora no puedo con eso... no puedo porque te deje sola.

—¡Fue mi culpa Maximiliano!

—¡No debí creerte! Debí insistir más y más, mucho más, todo el tiempo... ¡CARAJO! Que impotencia. Te dejé sola... meses y meses, sola. Vuelves y te obligo a que emprendas una guerra entre mi maldito orgullo, mis miedos y tu afán por recuperarme, por una oportunidad cuando no me la merezco, cuando ni siquiera puedo ser yo quien la pida.

—Entre lo que hice y lo que no... lo que debiste y no debiste nada se puede hacer. Déjalo por favor. Debemos perdonarnos, no uno al otro, sino a nosotros mismos.

—Estabas tan vulnerable... te abandoné y ahora como un cerdo te tomo sin más... tal vez no estás lista siquiera y yo, yo necesitando que disfrutes del amor con el que te toco, con el que te acaricio, con el que entro y salgo de ti, aunque sea con arrebatos por desearte tanto... con sufrimiento. No puedo seguir. No debo.

Max se puso de pie. Caminó unos cuantos pasos para alejarse, para pensar. El miedo que Renata dejara minutos atrás, regresó, pero no en forma de rechazo, sino temiendo que Max, por mucho que la amara, necesitara más ayuda que ella para superar los acontecimientos.

—Estoy disfrutando Max. Más que nada en el mundo. Me siento feliz como hacía tanto, como antes. Eres tu quien duda, no yo. Eres tu quien se ha alterado al recordar. Que sepas que he aprendido a vivir con esto después de muchas semanas de terapia en las que trabajé para aceptar que lo que me hizo Freddy, tanto en los dos episodios como el tiempo de tormento psicológico, no fue responsabilidad mía, que mi única culpa fue callar, no buscar ayuda de un profesional ni de mi familia. Fue cuando descubrí que de tu mano habría sido más rápido o menos doloroso, pero seguí apartada porque mis temores de no ser buena para ti me perseguían constantemente. Luego creí que ya rehacías tu vida... luego me arme de valor y el resto es historia.

Max la observaba, la veía serena. No lloraba más, ni siquiera hacía por cubrir su cuerpo. Lo miraba fijamente mientras hablaba. La notó segura. Firme. Fuerte.

—Y lo que no puedes, es dejar de viajar con tu lengua por cada rincón de mí; me prometiste hacerme el amor tan lentamente, que te imploraría prontitud. Si necesitas detenerte por ti, lo entenderé, no es fácil por lo que hemos pasado pero no te confundas, yo, en este instante, ayer, la semana pasada y desde el día uno que te dejé partir, no quiero otra cosa que no sea tu cuerpo sobre el mío, tu boca recorriéndome y que me des todo el amor que quieras darme —Renata se incorporó abrazándose a sus rodillas—. Freddy quiso trastocar mi cuerpo, trastornarme... no lo consiguió, tal vez lo logró de manera temporal pero al final, sólo me dejó la huella de una bala y un horrible recuerdo que me acompañará el resto de mis días, pero tú eres capaz sellar mi piel, mi alma, envolver mi corazón. Eres tu quien ha marcado mi vida en un antes y un después... Si no puedes Max... si no quieres...

—No. No. No. Renata. Si quiero y si puedo... me detengo por ti, porque no quiero ser egoísta una vez más.

—Pues no quiero que te detengas —lo interrumpió y agregó: —has el favor de venir y cumplir tus amenazas. Ansiosa me tienes esperando mi castigo.

—¿Así que has vuelto? ¿Esto es real?

—Y lo hago sin titubeos... sin sombras que me impidan ser tuya completamente.

Max trepó por la cama y Renata se recostó sobre su espalda, sintiendo como la tensión se disolvía.

—¿Entonces soy libre para castigarte?

—Sólo si después llega mi turno...

—Lo primero será besarte.

—Uyyy ni que eso supusiera sacrificio...

Comenzó a besarle los pies, dedo por dedo.

—Lo que no sabes es que no será donde lo esperas... tus labios, por ejemplo, no los tentaré.

—Te creí más ingenioso —Renata se removía sobre las sábanas mientras aquella boca iba subiendo con lentitud por una de sus rodillas, doblándola hacia arriba para que tal lengua dejara un caminó húmedo y serpenteante por el interior de su muslo.

—Tampoco puedes tocarme —le dijo cuándo, por acto reflejo, quiso

sostenerle la cabeza—, ni detenerme, ni impedir nada —siguió diciéndole justo antes de que su lengua pasara a sus anchas por toda su ingle hasta el ombligo... y de regreso por el camino paralelo hasta el otro muslo.

—¡Oh dios!

—Esto es por engañarme... —Max no bajó por la pierna como Renata esperaba—, por hacer que me fuera... —su lengua entró de pasada por el centro de ella, sosteniéndola con ambas manos de la cadera—. Y esto, Bonita... —otra pasada, moviéndola a su antojo—, es por tardar en volver.

Sin más pasadas, calvó su boca en la carnosidad, devorando ambos lados, apretando con sus labios, chupando; mientras ella se consumía en gemidos ahogados de gozo.

—Tu sabor, Renata...

Soltó sus caderas para con una mano ir hasta sus pechos y jugar con ellos; con la otra le abrió para ocuparse de ese botón de placer, para encenderlo más, fundirlo y provocar corto circuito en su interior.

—Max...Max...

—¿Max o más?

Un gemido... una exhalación... un respiro profundo.

—Max...

—¿Renata?

—¡Maaaaás!

—Por aparecer y desaparecer... por provocar mis celos... por querer irte de nuevo...

—¡No pares! Ya... el castigo delicioso pero... ¡ten madre!

—No tengo.

Renata se tapó la cara y él soltó la carcajada. Le tomó la cara y se lo llevó hasta sus labios, tenía la boca seca, necesitaba besarlo.

—No puedes besarme —le recordó para luego bajar de nuevo por su cuerpo dándole besos y apretones desesperados, cargados de deseo, mordiéndola suavemente. Llegando de nuevo a donde quería verla y sentirla explotar.

—¿Por qué sonríes?

—Sé cuánto te gusta.

—No puedes imaginártelo.

Hizo un intento por cambiar de postura. Quería tocarlo, besarlo por todas partes como él a ella. Y sentirlo dentro. Ese orgasmo no había hecho más que provocarle ganas de otro. Y Max lo sabía. Le atrapó las manos para

sujetarlas por arriba de su cabeza y comenzó a torturarla (y torturarse) rozando su erección por encima de la entrada, muy lento, muy conciso.

—Entra ya...

—No —negativa en un susurro bajo su oreja, restregándose más sus cuerpos—. Resistirás por lo que me has hecho esta tarde —Renata le mordía la clavícula, subiendo sus caderas, apoyando las plantas de sus pies sobre la cama. Como toda una ninfómana—. Creí que te habías marchado de nuevo. Te busqué hasta debajo de las camas —Max puso su rostro por encima de el de ella y la besó reclamando posesión—. ¡Y las bases son de cemento!

Una sonora carcajada de ella e interrumpida por una dura penetración, luego suave, luego tan dulce... soltó sus manos y la dejó deambular por su cuerpo, a su agrado. Dejó de dominarla para que ella marcara el ritmo.

Al sentirse con el poder lo empujó para hacerlo rodar y colocársele encima, llegaba su turno. Max la buscaba para volver a introducirse en ella pero no se lo permitía, restregaba su entrepierna sobre su muslo, mojándolo, y sus pechos por todo su vientre, besándolo, muy cerca de su mata de bello, por debajo de su ombligo.

—¿Q-qué haces?

Renata cogió su pene sobándole con la palma desde los testículos hasta la punta; luego lo envolvió con todo su puño muy suavemente y con su lengua dibujaba círculos.

—¿Así?

Maximiliano emitía sonidos de satisfacción indicándole que lo estaba haciendo bien pero a Renata ya no se le ocurría que más hacer. No tuvo que esperar más de unos cuantos segundos para que él lo comprendiera; con una de sus grandes manos sobre la de ella que lo envolvía, apretaba hacía arriba y hacia abajo, con lentitud, luego la soltó para que continuara sin su ayuda unas cuantas veces más. Su hombre se quejaba lúbrico lo que la envalentonó para seguir con una tortura diferente: con su lengua, lamiendo desde la base hasta la punta y de vuelta...

—Ahora imagina que soy tu *tutsi pop*...

Renata soltó una carcajada inclinando la cabeza hacía atrás, casi no podía contenerla, entre la novedad y la petición.

—Si no quie...

Max se incorporó sosteniéndose con los codos, se estaba volviendo loco.

No terminó de decir la frase para cuando Renata, con cierta torpeza, comenzó chupar su “paleta”, rodeando con su mano la base, saboreando la

primera parte de su masculinidad, dándole vueltas, haciéndola entrar, haciéndola salir, arrancándole gruñidos y exhalaciones que no le conocía...

—¡Tu boca!

Y la hacía sentir invencible por ser ella quien le provocara aquello que resumía como indescriptible; tumbado sobre la cama a su merced con los brazos extendidos removiéndola la cabeza de lado a lado.

—¡No resisto! ¡No resisto!

Le gritó al tiempo que se sentaba y con toda agilidad, la asió por la cintura con ambas manos para que lo montara. Renata comenzó a moverse con soltura, excitada por provocar tal desesperación, por llenarlo de ansias, por descolocarlo.

—Te amo —le dijo con la voz entrecortada—. Te amo demasiado Bonita, necesito dejar de sentir que tarde o temprano te irás.

—No lo haré Max. No lo haré jamás. Yo también te amo. No he dejado de hacerlo ni un segundo.

—Aun queriéndome te has ido... o me has apartado. ¿Por qué sería diferente esta vez? Me siento muy inseguro...

Max atrapó sus pezones para pellizcarlos...

—P-puedo hacer p-promesas... ¡Dioooooos!

—¿Y qué prometerías? ¿De qué me servirían? Renata, has faltado a ellas...

—Entonces... haré... juramentos...

Renata arqueaba la espalda, Max abandonaba uno de sus pechos para dirigirse al lugar donde sus cuerpos se unían y después de unas cuantas caricias la hizo explotar para luego empujar con fuerza y derramarse en su interior.

—Haré... j-juramentos... mi amoor —le repitió con la respiración pendiendo de un hilo, derrumbándose sobre su pecho bañado en sudor, metiendo sus dedos entre su cabello mojado.

—Tendré que darte mi voto de confianza, supongo.

Max tomó su cara y se la llevó a los labios, dándole besos diminutos. Por fin estaban llegando a algo más que reproches y disculpas, inmediatamente después de saciar sus cuerpos ávidos de llenarse del otro.

—Te juro no irme más, ni pedirte que te alejes. No mientras el amor que siento por ti habite dentro de mí ser.

—¿Qué más Renata? Convénceme, te lo suplico.

—Juro seguir en terapia y mira que la odio... intentaré ser Renata, esa

que no conociste, esa poco menos maniática y que es aquella que lucha por lo suyo, una que no tira la toalla nunca... pero sobre todo Max, te juro decir SI... sí algún día merezco mi anillo de vuelta.

Nunca antes Renata vio esa sonrisa de Max, era una totalmente diferente, brillaba por la luz que emitían sus penetrantes ojos verdes. Parecía haberle dicho exactamente lo que quería oír, como si hubiera hurgado en su mente y tomado las palabras que le persuadirían, que le quitaban todas las dudas y cada temor.

Salió de ella despacio y con toda la ternura del mundo la puso de espalda sobre las sabanas; entrelazó sus manos al costado de su cabeza para mirarla fijamente.

—No me quiero enamorar de esa Renata, me enamoré de la más loca y nada me pone más dichoso que quedarme con esa.

Y Max definitivamente hizo lo mismo. Conectarse con lo que el alma de Renata quería saber.

EPÍLOGO

—¿Dónde están tus pertenencias?

—En el closet de la entrada.

—¡Maravilloso! En el único lugar que no busqué —a Renata se le salió una risita—. Lo hiciste a propósito ¿verdad? —sin darle ni pizca de gracia, Max abandonó la habitación.

—Nooo —le contestó con fingida indignación.

—Que sea la última. Son estos casos en los que no me parece nada cómico ese humor negro que tienes... ¿y el jeep?

—Vinieron de la agencia por él, es que quedé en entregarlo hoy, ya lo tenían comprometido... oye ¿qué haces? —le preguntó desconcertada. No era que Maximiliano fuera de los que le gustara organizar armarios, pero luego de que regresara con la maleta, sacaba prenda por prenda.

—Pongo tus cosas entre las mías. Requiero sentir que ya estás aquí, de vuelta y de manera definitiva.

—Me va a dar algo como sigas doblando así mis vestidos... ¡oye! esas blusas van en ganchos.

—Deja tus obsesiones compulsivas para luego, mejor vístete, estoy famélico. Quiero que salgamos a cenar.

—Esto se queda en la maleta... dos o tres cosas por aquí —Renata lo ignoraba tratando de apartarlo de su ropa que hecha bola acomodaba en las repisas—. Hay algo que no me queda claro aún, nunca me presentaste con Melanie ni con Henry.

—Falda. Usa una falda. Ésta... —Max descolgó una blanca con rayas negras que acaba de colocar en uno de los tubos cuando la vio enfundándose en un pantalón—, me encanta como la luces.

—¡Mandón!

—Henry tiene un lugar importante en la producción, se había enterado de nuestro compromiso, lo que al parecer sorprendió a más de uno... el caso es que en la fiesta de fin de año me reclamó, pues ya no podría fingir relación alguna con su sobrina.

—¿Cómo? ¿Tenías un trato de ese tipo?

—Según él le di mi palabra para ayudarla a brincar a la fama. Salimos un par de veces antes de conocerte sin llegar a relacionarnos de ningún modo. Cuando se enteraron de que rompimos, se dejaron venir. Yo le aclaré a Melanie de que iba el rollo, también a Henry: nos dejaríamos ver juntos sin declaraciones ni demostraciones públicas de nada; que la prensa sacara las conclusiones a su gusto con el único afán de que su nombre se relacionara con el mío y ya está.

—Debiste decírmelo desde entonces.

—Creo que con esto acabamos con los secretos.

Se vestía con la ropa que Max le elegía mientras éste le explicaba el asunto y terminando él de arreglarse, se abocó a seguir guardando las cosas de Renata por los cajones.

—Ya no sigas. Mira que no es que te deje, eso ya está hablado, pero debo regresar a casa, buscaremos de nuevo el modo de vernos lo más posible ¿de acuerdo?

—No. No estoy de acuerdo con eso de lo más posible ni dispuesto a vivir lejos de mi esposa más de la mitad del mes.

—Pero que...

—Juraste decir SI...

Max sacó del bolsillo del short tirado en el piso el anillo, su anillo, ese que trajo ahí metido todo el día y que no paraba de darle vuelta con los dedos cada vez que metía la mano. De una u otra manera supo que si Renata perdía ese vuelo, sería para perderse en él, y que de ser así, lo sería para toda la vida.

Lo deslizó por su dedo sin apartarle la mirada, esperando su reacción, temiendo las razones por la que ella no había querido casarse antes.

—Max...

—No. No es demasiado pronto.

—P-Pe...

—Renata. Cuando te vi por primera vez me cautivaste, pensé que eras la mujer más hermosa que se pudo cruzar por mi camino; tus ojos me embelesaron desde ese día y lo siguen haciendo... supe que serías especial. *Pero cuando te conocí, mi corazón comenzó a latir con la certeza de que serías su principio y su fin.*

Lo miraba nerviosa, alterada hasta cierto punto. Había jurado decir SI, y no al aire o con la intención de no cumplir, sólo que la pregunta la sacaba de sus propias ideas de que Max lo dejaría para luego, cuando estuvieran

estables, consolidando la relación, no en medio de la reconciliada como la primera vez.

—Y esta vez —continuaba—, no esperaremos nada. Las grabaciones concluyen en tres meses, mismos tres meses con los que cuentas para organizarlo todo, a tu entero gusto, no interferiré más que en lo quieras que lo haga, será la boda de tu sueños, tus sueños que son los míos —ella le sonreía ampliamente, casi respondiéndole. Max le acunó sus manos con las de él—. Nos podemos casar aquí, mi amor, donde nuestro amor nació, donde nuestro amor nos ha vuelto a reunir y que confío, lo será para la eternidad... y luego de la luna de miel, pasar una temporada en México para después irnos... porque tendremos que hacerlo, Renata. Bonita, ¿quieres ser mi esposa?

Renata se echó a llorar. Sus palabras la conmovían en lo más profundo. Cuando le pidiera matrimonio por primera vez pensó y pensó y volvió a pensar el modo de que aquello pudiera funcionar bastando el amor que se tenían, lo mucho que se disfrutaban el uno al otro. Pero las dudas de que todo aquello no bastara no le dejaban avanzar. Incluso, Don Oscar le planteó la posibilidad de abrir una filial de la empresa en Miami donde Renata pudiera desempeñarse como directora general y con ello seguir en su giro, la idea de convertirse simplemente en una típica esposa de actor, no hacía menos que aterrarla, era una niña consentida sí, y mucho, pero también inteligente y capaz, con más de un par de dedos de frente. Era una mujer con recursos propios, tanto financieros como cerebrales, no podía aventurarse a vivir a la sombra de un famoso, famoso al que amaba hasta la médula pero del que sin duda, no podría seguir enamorada si se perdía tras su espalda dejando a un lado su propia esencia.

Por un momento Max dudó, se creyó precipitando las cosas. Le soltó las manos y se giró para no seguir viéndola. Era demasiado doloroso para él ver cómo aquella mujer no era capaz de renunciar a nada por él.

—¡Sí! Si quiero.

Max seguía sin darle la cara de nuevo, Renata respondía luego de unos instantes que a Max le parecieron horas.

—¿Qué dices?

—Que sí, sí quiero. Si quiero ser tu esposa e iré a donde quiera que vayas.

—¡Bonita! Haces de mí el hombre más dichoso.

La tomó entre sus brazos haciéndola girar por los aires.

—Te estoy pidiendo que dejes todo por mí. Llévate lejos —Max la

puso de nuevo en el suelo, triste y tomándole la cara entre ambas manos—, pero te compensaré, te mimaré tanto que no dejaré que extrañes mucho lo que dejas atrás... irás con tu familia cuantas veces quieras, tendremos hogar en las dos ciudades, mi vida, y ellos también podrán visitarte siempre.

—Eso no tienes ni que decirlo Maximiliano y que te quede claro: no me tendrás en casa esperando cómo vas y vienes, yo también trabajaré y seguiré haciendo lo que se hacer aún fuera de mi país, tengo planes.

—¿Cómo? ¿Ya lo habías meditado?

—Sí. Y te aseguro que me tendrán muy ocupada. Pero no nos alejará de compartir nuestras noches y haremos tiempos para disfrutarnos. No abandonaré mi vida por ti Guapo, la complementaré contigo, recorriendo juntos nuestros caminos —Max estaba boquiabierto y sin soltarla, acariciándole las mejillas. Absolutamente incrédulo de lo que escuchaba—. Te amo Max. Te amo porque sí, porque te metiste dentro de mi ser, llegaste sin esperarte, sin siquiera buscarte. Porque *cuando te conocí, no estaba preparada y aun así, fuiste capaz de robarme el corazón.*

10:48am

Alejandra: ¿Nerviosa?

Renata: Y tú, ¿qué me cuentas?

Alejandra: Bueno, es que no todos los días se casa tu mejor amiga...

Renata: Cierto.

Alejandra: Deberías dejar de tronarte los dedos, me enervas ¡por Dios!

Renata: Y tu deberías dejar de hablarme a través de WhatsApp... ¡estoy frente a ti!

Alejandra: Ya sabes, hay costumbres que se arraigan.

Renata: Esto ha sido demasiado a prisa...

Alejandra: ¡Pretextos!

Renata: Sólo te imito...

Alejandra: No puedo creer que te vayas.

Renata: Vendré todo el tiempo y tu irás. Más te vale...

Alejandra: Cada vez será menos.

Renata: ¡Mi maquillaje tarada!

Alejandra: Será tu castigo. Llegar al altar como mapache... ¿no pueden vivir en el chalet?

Renata: No seas boba, pasaremos temporadas en México, tan largas como se puedan.

Alejandra: Gracias por tenerme la confianza para encargarme de las remodelaciones y decoración. La casa tiene potencial, verás cómo se las dejo tan linda que la querrán como el hogar principal.

Renata: El cuadro para nuestra habitación lo adoré. Sobre todo porque sé que no te gusta pintar retratos. ¡Te quedó increíble!

2:22pm

Renata: Islas Griegas, paraísos terrenales. Santorini mi favorita. Mi esposo, el mejor. Te dejo fotos.

6:17pm

Renata: Más que instalados. Max ha reanudado grabaciones y lo veo pocas horas. Ya ordené todo a mi gusto por todos lados; la idea de las lámparas que me diste no pudo ser mejor, el toque que quería... por cierto, ya me llegaron las pinturas ¡Tarada! Cada cuadro supera al que sigue ¿cómo lo haces?

Alejandra: Fotos, quiero fotos.

11:12pm

Renata: Ya terminé otro libro. Te juró que me sobran horas... te extraño. Debiste venir con Rodrigo, dos vueltas y tu ninguna, no me caes bien.

Alejandra: Sabes los motivos... oye, ¿cuándo es que les dirás a todos sobre tus libros?

Renata: Creo que seguirá siendo un secreto entre Max, tú y yo.

9:03am

Alejandra: Cuento los días para verte...

Renata: Cambio de planes...

Alejandra: No empieces.

Renata: Llegó mañana ¿me hospedas en lo que Max puede tomar su receso navideño?

Alejandra: Yeeiiii

7:10pm

Renata: Max está furioso. Es nuestro aniversario y un cliente me ha

retrasado.

Alejandra: No debiste agendar citas para hoy.

Renata: No tuve opción.

Alejandra: Comprenderá.

Renata: Eso espero. No se acostumbra a no tenerme disponible para él todo el tiempo.

Alejandra: Tarde o temprano lo hará. Confía en él.

Renata: Los chismes en las revistas no ayudan. Me acostumbro a todo menos a que me fotografíen en cada esquina, lo bueno es que a mis clientes parece hacerles gracia, se sienten famosos. Eso está hinchando mi cartera ¡ja!

Alejandra: ¿Así que tienes un romance con el peloncito barbas de chivo?

Renata: No empieces...

Alejandra: Es guapo y millonario, deberías pensártelo... eso ha dicho la reportera de *People*.

Renata: Max está verde... vendrás todo el verano ¿verdad?

1:54pm

Renata: Estoy agotada y sin ánimos. Llevo semanas que no doy una... hoy me quedé dormida en plena video conferencia con papá ¿puedes creerlo?... las cosas con Kenia parecen ir mejorando, resulta que Alexa aboga por mí, ¡hazme el extrañísimo favor!

4:46am

Max: *Querido Diario:* Hoy es el día más feliz de mi vida... no, no es cierto, empecemos de nuevo. *Querido Diario:* Hoy es otro de los días más felices de mi vida, con Renata casi todos los días lo son... pero es que es tan diferente, que casi puedo diferenciarlo de los demás. Es un día con un peso de 3.100 kilogramos y 50 centímetros de longitud, y unas pestañas tan largas que llegan a rozar con esos cachetotes para comerse... Ale, ha nacido mi pequeño ¡Mi hijo!

—Ven, corre —Diego se tropieza un par de veces antes de llegar hasta sus padres que lo esperan sonrientes bajo la sombra de un árbol del jardín trasero.

—No entenderá lo que le digas.

—No importa, sabe que es algo maravilloso porque siente nuestra

felicidad —Max acuna al hombrecito de enormes y expresivos ojos verdes que apenas camina y dice algunas palabras—. Mami te dará una hermanita —el bebé emite un puchero gracioso— ¿No te hace feliz? Cuidaremos de las dos ¿me ayudarás, campeón?

Diego sonrío y los llena de besos, primero a uno, luego al otro. Como si le costara decidir a quién embarrar de más babitas.

—¡Los amo, los amo, los amo! —grita Renata colmada de dicha y los besa a ambos con dulzura. No podía ser más afortunada. No podía sentirse más realizada.

—Si pudiera retroceder el tiempo te volvería a conocer... me tomaría un respiro en cada momento a tu lado sólo para impregnarme más de él, para no olvidar que debo detenerme un par de segundos en cada instante e inhalar agradeciendo a la vida que te tengo para amarte. Amarte siempre por ser la mejor mujer, mi compañera, la madre más maravillosa. Amarte Renata. Vivir feliz de amarte a ti, mi Bonita.

—Guapos, sonrían a la cámara.

MARÍA BUGA

Soy María Buga y *Cuando te Conocí* es la primer novela que decido publicar, luego de que, desde que recuerdo, suelo imaginar historias casi todas las noches provocándome entretenidos desvelos.

Tengo 38 años, soy mexicana y licenciada en derecho, profesión que ejercí algunos años hasta que nació el primero de mis hijos. Tengo dos: un inquieto y bondadoso niño y una adorable niña, esa que en lugar de vivir la vida, parece que la actúa. Me dedico a ellos, a mi maravilloso marido, a leer con el corazón y a escribir con toda mi pasión. Y es que podría pasar la vida entera escribiendo con un té de la infusión que sea por un lado, mientras devoro donas de chocolate...o leyendo novelas románticas y viajando. Amo estar en familia y reír, reír de todo y por todo, incluso de mi misma. Me gusta tener la música encendida y si puedo con el volumen alto, mejor. Cuando no estoy cantando (desentonada, por cierto), estoy recreando en mi mente personajes, parajes, escenas, diálogos...

La hermosa y picante historia de Renata y Maximiliano es contada por Alejandra, su mejor amiga. No pueden perderse próximamente la historia de ella con Rodrigo, el mellizo de Renata, aventuras narradas por ellos mismos en “Desde Que Te Conozco”, espérenla muy pronto.

MARIA BUGA es un seudónimo que adopté, formado con mi segundo nombre y una convinación de mis dos apellidos, es así como aparezco en el maravilloso mundo de las letras y siéndoles del todo sincera, jamás me creí capaz de teclear tanto sobre una de mis parejas imaginarias favoritas, enhebrar mis ideas y lograr plasmarlas; cuando vi que podía, jamás pensé buscar su publicación. Y aquí estoy.

Detrás de mí no hay un equipo, somos mi laptop y yo. Desconozco si eso es bueno o malo, pero estoy convencida de que esta novela cuenta con las tres E: ¡entretiene, engancha y enamora!

Deseo intensamente lograr transmitir... ansío con el alma convencer y

conquistar.

Gracias infinitas, síganme leyendo.

Beso tronado,

A handwritten signature in black ink that reads "maría Zuga". The signature is written in a cursive, lowercase style.

Por el placer de escribir

[1] Iron Chef, reality show estadounidense. Programa de cocina.

[2] Término utilizado en México para referirse a los oficinistas que trabajan turno completo.

[3] Parque temático donde, entre otras cosas, se pueden practicar deportes extremos.

[4] Canción interpretada por Dexys Midnight Runners.

[5] Canción interpretada por Bil Medley y Jennifer Warnes.

[6] Municipio ubicado en el Lago Avándaro, al oeste de Ciudad de México. De los llamados Pueblos Mágicos del país.